
RUTA
PANORÁMICA
MARES
INFINITOS
VICTORIA MARS

Victoria Mars

Ruta panorámica

Hay viajes que no son los que se cuentan en la revista.

© 2026 Victoria Mars

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o se usan de forma ficticia.

Publicado de forma independiente.

Queda prohibida la reproducción total o parcial sin autorización escrita del autor.

1

El encargo

La oficina de Panorámica está en Marqués de Cubas 14, segundo izquierda, y huele a café malo y a libros encerrados en estanterías que no se abren nunca. Llevo viniendo aquí ocho años y nunca he conseguido que la cafetera de cápsulas saque un café decente. Es como una metáfora del periodismo cultural en este país, pienso, mientras toco el timbre. La

metáfora me sale pretenciosa antes de las once de la mañana, lo cual es preocupante.

Me abre Lola, la becaria que en realidad lleva la oficina, y me sonríe como si supiera algo que yo no sé. Pésima señal.

— Marina te espera en su despacho. Ha pedido que te diga que pases directa.

— Lola, esa cara me da miedo.

— ¿Qué cara?

— La de "te he metido en un berenjenal y voy a ver cómo lo gestionas".

Lola se ríe sin abrir mucho la boca, como una niña que ha pintado en la pared y le va a echar la culpa al gato.

— Yo no tengo cara. Yo soy neutral.

— Lola, eres becaria. Aquí nadie es neutral.

Avanzo por el pasillo hacia el despacho de Marina Sender. El parqué del edificio es de los años setenta y cruje en cuatro sitios concretos. Los conozco todos. Hago el camino esquivando los crujidos por costumbre, como cuando una intenta no despertar a un bebé que en realidad ya está despierto.

Marina está en su mesa con la silla giratoria torcida hacia la ventana, leyendo algo en la pantalla con las gafas en la punta de la nariz. Tiene cuarenta y dos años, dos divorcios encima y

un colmillo torcido que le da carácter cuando se ríe. Es una de las pocas mujeres del sector que me cae bien sin asterisco.

— Bea Ros, mi periodista favorita.

— Marina, cuando empiezas con halagos es porque me vas a pedir un riñón.

— Pequeño riñón.

— Sigue.

Levanta la vista. Sonríe de una forma rara. Algo entre la culpa y la diversión.

— Siéntate.

— Si me siento, gano poder de negociación.

— Si no te sientas, no te lo cuento.

Me siento. Saco la libreta Moleskine negra del bolso, la quinta, la que llevo desde marzo, y la pongo encima de la mesa con el

bolígrafo cruzado. Marina mira la libreta como si fuera un perro.

— ¿Vas a tomar notas mientras te lo cuento?

— Marina, llevo ocho años tomando notas mientras me cuentas cosas. ¿Esa parte de la dinámica te sorprende ahora?

— Es que es un encargo gordo.

— Aún más motivos para tomar notas.

Marina se quita las gafas, las dobla, las deja encima del teclado. Se inclina hacia mí. Vale, esto es serio.

— Ruta panorámica. Ese es el título provisional. El Mediterráneo a cincuenta kilómetros por hora. Catorce días, siete chiringuitos, de Costa Brava a Cádiz. Furgoneta. La Multivan que tenemos prestada hasta julio. Reportaje largo, ocho mil palabras, fotos premium. Portada del número de septiembre. Quiero que lo firmes tú.

Anoto todo eso en taquigrafía propia. "Ruta panorámica. 14 días. 7 chiringuitos. Multivan. 8.000 palabras. Septiembre". Estoy escribiendo "septiembre" cuando me doy cuenta de que ha dicho fotos. Fotos premium. Lo que significa fotógrafo. Lo

que significa que Marina ha tardado cuatro frases en mencionar al fotógrafo y por algo será.

Levanto la vista. Marina me está mirando como una mira a un explosivo en una mesa.

— ¿Y el fotógrafo?

— Iván Sastre.

Hay frases que entran por el oído y siguen un camino normal hacia el cerebro. Y hay frases que se desvían, te golpean directamente en el estómago y se sientan ahí. La frase "Iván

Sastre" pertenece a la segunda categoría desde hace cinco años.

— Marina.

— Bea.

— Marina, no.

— Bea, escúchame.

— Marina, esto es una putada.

— Bea, es un reportaje.

— Es un castigo.

Marina se ríe. Se ríe a fondo. Se le dobla el colmillo torcido y se le sale un poco de saliva por el lado izquierdo, lo cual no me ha pasado nunca a mí pero me cae bien que le pase a ella.

— Bea, cariño, si fuera un castigo, no te pagaría tres mil quinientos euros más el dietario.

— ¿Tres mil quinientos?

— Tres mil quinientos. En dos partes. Primera al firmar, segunda al entregar. Más dietas. Más kilometraje desde Madrid. Más alojamientos pagados.

Saco la calculadora mental. Tres mil quinientos cubre el alquiler de Tirso de Molina tres meses, exactamente tres meses, exactamente lo que llevo retrasada de mantenimiento de la finca y de un autónomo trimestral que me ha venido más

alto de lo previsto. Marina me mira como una mira a una ratonera bien diseñada.

— Marina, eres mala persona.

— Bea, soy editora.

— Es lo mismo.

— A veces.

Cierro los ojos un segundo. Iván Sastre. Catorce días en una furgoneta con Iván Sastre. Catorce comidas con Iván Sastre. Catorce noches en hostales con Iván Sastre, separadas por tabiques de pensión que a saber qué se oye al otro lado. Iván Sastre, el tío que en 2021 ganó el premio Lola Iglesias de periodismo gastronómico por una foto, una foto, una foto sola, que sin la reseña que escribí yo no era nada. Y nunca aclaró nada. Y se quedó el cheque. Y se quedó la frase de oro de "el ganador de este año" en su bio profesional. Y yo me quedé

con un trofeo a la "mención especial" que en el sector vale lo que vale una mención especial, es decir, nada.

— ¿Por qué él?

— Porque es el mejor fotógrafo gastronómico que conozco que no cobra dos mil euros por jornada.

— Hay otros.

— Hay otros peores.

— Hay otros con los que no quiera matarme.

— Bea, las chispas dan buena prosa.

— Las chispas también dan incendios.

Marina se inclina otra vez. Baja la voz, aunque no hay nadie en el despacho. Es un gesto que hace cuando quiere que algo entre por el lado pequeño.

— Tú llevas tres años escribiendo bien pero seguro. Reportajes correctos. Bien pagados. Bien recibidos. Sin ruido. Yo necesito ruido en septiembre. Necesito una portada que la gente comparta. Necesito que alguien lea ese reportaje y diga "joder, qué bien escribe esta tía, qué fotos, qué viaje, quiero ir". Tú con un fotógrafo cualquiera me das un reportaje

correcto. Tú con Iván Sastre, peleándote o reconciliándote o lo que sea, me das algo distinto. Lo necesito.

— Marina, eso que estás haciendo es manipulación emocional.

— Lo sé.

— Te está saliendo.

— También lo sé.

Suspiro. Cierro la libreta. La abro. La cierro otra vez. Marina espera en silencio, con la paciencia de una mujer que ya sabe que has dicho que sí pero todavía no lo has dicho con la boca.

— Marina, una cosa.

— Dime.

— Si en algún momento del viaje le tiro a Iván Sastre la

cámara por la ventanilla de la furgoneta, ¿la revista la cubre?

— La cámara es de él. La revista no la cubre.

— Vale.

— Pero te entiendo.

— Vale.

— ¿Eso es un sí?

— Marina, eso es un sí entre comillas.

— Las comillas no las admite el contrato.

— Pues un sí.

Marina me alarga un sobre que tenía preparado. Lo ha tenido preparado todo el rato. Lo ha tenido preparado antes de que yo entrara en el despacho. Esto me cabrea y al mismo tiempo me parece una falta de respeto al guion que merece mi presencia, pero no lo digo porque sé que Marina lo ha hecho a propósito para que se note.

— Calendario provisional dentro. Salida el catorce de mayo, vuelta el veintisiete. Recogida de furgoneta el día trece. Iván

sale de Mallorca el catorce por la mañana, lo recoges en el aeropuerto del Prat. Primera parada Calella de Palafrugell.

— ¿Has hablado tú con él?

— Le he dicho lo mismo que a ti.

— ¿Y qué ha dicho?

Marina sonríe otra vez. La sonrisa del colmillo torcido.

— Ha dicho exactamente lo mismo que tú. Pero con menos palabras.

— Brillante.

— Brillante.

———

Salgo a la calle a las once y veinte. Marqués de Cubas tiene esa luz de Madrid de mayo que no es ni primavera ni verano, una luz blanca que te enseña los años a la cara. Bajo por Alcalá hacia Sol andando. Necesito andar. Cuando algo me revuelve, ando. Cuando algo me revuelve mucho, ando hasta cansarme. Cuando algo me revuelve muchísimo, ando hasta Tirso de Molina.

Saco el móvil. Abro Las Carcajadas. El grupo de WhatsApp más antiguo de mi vida, abierto en 2014 cuando Inés Sandoval, Laura Pereda y yo terminamos la facultad y juramos no perdernos. No nos hemos perdido. Hemos ganado tres divorcios entre las tres, contando el de Laura por dos porque su ex le dio guerra, dos pisos, un hijo (Mateo, de Laura), dos

perros, y unos cuantos hombres que aparecen y desaparecen como aviones sobre Barajas.

Escribo.

"Tías".

Escribo.

"Marina me acaba de dar el reportaje del año".

Escribo.

"El fotógrafo es Iván Sastre".

Espero.

Inés contesta a los siete segundos. Inés siempre contesta a los siete segundos, o no contesta en cuatro días, no hay término medio.

"Tía".

Y luego.

"Tía".

Y luego.

"Tía, me cago en la leche".

Laura tarda tres minutos. Laura está en una vista probablemente, abogada laboralista en plena oleada de

despidos colectivos, tarda tres minutos en todo desde que tiene a Mateo.

"Tía".

Y luego.

"¿El del premio Lola Iglesias?".

"Ese".

"Tía".

"Sí".

"¿Y has dicho que sí?".

"He dicho que sí".

"Tía".

"Sí".

Inés vuelve a la carga.

"¿Cuánto te paga?".

"Tres mil quinientos".

"Has dicho bien".

"Lo sé".

Laura, lacónica.

"Diario, tía".

Inés.

"Sí. Diario obligatorio. Por si te lo cargas".

Laura.

"O por si te lo tiras".

Me paro en seco en mitad de Alcalá. Un señor con bolsa de El Corte Inglés casi me embiste por la espalda y suelta un "joder, hija" que registro mentalmente como muestra cariñosa de fauna autóctona madrileña.

"Laura, no empieces".

"Yo solo digo lo que dice la audiencia".

"La audiencia eres tú".

"La audiencia somos dos. Inés, ¿tú qué dices?".

Inés tarda diez segundos. Cuando Inés tarda diez segundos, está pensando una frase. Sale.

"Yo digo que el odio profesional sostenido cinco años es la versión adulta del tirar del pelo en el patio del cole".

"Inés".

"Lo digo con cariño".

"Inés".

"Vale, vale. Diario obligatorio. Por las dos posibilidades".

Cierro el chat. Sigo andando. Llego a Sol con la cabeza en otro sitio. Cruzo Tirso de Molina, subo por Buenavista, doce, tercero izquierda, mi puerta. Dejo el bolso en la silla del

recibidor. Me siento a la mesa de la cocina. Saco la libreta. La abro por una página nueva.

Escribo arriba, con letra grande:

"Ruta panorámica".

Escribo debajo, más pequeño:

"Día menos veinte. Iván Sastre. Marina Sender. Tres mil quinientos euros. La furgoneta. Catorce días. Siete chiringuitos. Una promesa profesional sin firmar: sobrevivir el reportaje sin matarnos".

Y debajo, en el margen, una nota en cursiva fina, como si me la dejara a mí misma para cuando la leyera dentro de un mes y no me reconociera:

"Bea, esto va a doler. Pero el alquiler es el alquiler".

Cierro la libreta. Me sirvo una copa de vino blanco aunque son las once y media de la mañana. Brindo conmigo misma frente a la nevera vacía. Me digo en voz alta una cosa que mi padre, Joan Ros, electricista de Lleida con frases cortas de hombre poco hablador, me decía siempre que algo me daba miedo:

— Beatriu, tú adelante. Ya verás cómo después se cuenta.

Bebo. El vino sabe a mayo.

Y a Iván Sastre, joder.

———

A las dos de la tarde he abierto la nevera tres veces y la he cerrado tres veces sin coger nada, lo cual es un baile que las solteras de Tirso de Molina conocemos bien. Acabo

comiéndome un yogur natural con un par de galletas maría que llevan en el armario desde la cuaresma. La cuaresma fue en marzo. Estamos a finales de abril. Las cuentas no salen a favor del yogur ni de las galletas, pero salen a favor de no salir a la calle. Apunto en la libreta, por debajo de la entrada del reportaje:

"Comer mejor durante el viaje. Es de las pocas cosas buenas que tiene aceptar reportajes en chiringuitos".

Saco el portátil. Lo enciendo. Tarda. Tirso de Molina, calle Buenavista, doce, tercero izquierda: el wifi de mi vecina Gloria, que generosamente comparte porque le presto la fregona los miércoles, va a velocidad de carruaje. Mientras carga, miro la cocina. La cocina de mi piso es pequeña, alargada, con un único ventanuco que da a un patio interior por el que cae siempre una luz triste, esa luz de noviembre que aquí tenemos también en abril cuando los vecinos del piso de arriba secan la ropa. Hoy hay una sábana gris colgada que filtra el sol. La sábana es de Hilario, el del cuarto. Hilario tiene setenta y dos años, vive solo, y los miércoles es cuando lava él. Mis miércoles aquí son geográficos como los de Hilario.

Cuando carga el portátil, abro el navegador. Tecleo "Iván Sastre fotógrafo". Salen sus tres últimos reportajes en la web de Panorámica. Salen dos artículos del Diario de Mallorca sobre una exposición que hizo el año pasado en Pollença. Sale una entrevista pequeña en La Vanguardia de hace tres años, con una foto suya en blanco y negro al lado de una marina, en la que se le ve más joven y con la barba más larga, y en la que dice una frase que he leído cinco veces y que se me ha quedado por algún motivo:

"Yo no fotografío comida. Fotografío manos. Lo que pasa es que las manos suelen estar cocinando cuando yo aprieto el

botón".

Cierro el navegador. Le doy demasiada importancia a una frase de un fotógrafo. Le doy demasiada importancia a un

fotógrafo, a secas. Esto lo apunto, no en la libreta, en mi cabeza, donde es peor.

———

Las Carcajadas se reactivan a las cinco. Inés ha leído lo del reportaje en el grupo y ha movilizado a Laura. Laura, que está en su despacho de Atocha entre dos vistas, escribe.

"Tía, plan de batalla. Esta noche cena en mi casa. Yo cocino. Inés trae vino. Tú traes la lista de cosas que te dan miedo del viaje. Hablamos".

"Laura, no necesito plan de batalla".

Inés, instantánea.

"Tía, sí lo necesitas".

Laura.

"Tía, sí lo necesitas".

Yo.

"Tías, llevo tres años haciendo viajes sola. Esto no es distinto".

Inés.

"Tía, esto no es un viaje sola".

Laura.

"Tía, esto es un viaje con un señor con el que tienes una

historia. Eso no es lo mismo que un viaje sola".

Yo.

"No es una historia. Es un cheque del 2021".

Inés.

"Tía, los cheques del 2021 son historia para ti. Tú llevas cinco años hablando del cheque y nunca del señor, y eso, mi vida, es un patrón".

Patrón. Inés siempre saca la palabra patrón cuando quiere ganarme. Inés es periodista cultural y leyó hace tres años un libro de la psicóloga Marian Rojas Estapé que le cambió las palabras a las cosas, lo cual es muy peligroso porque ahora todas mis incoherencias tienen nombre técnico.

"Inés, calla".

"No callo".

Laura.

"Cena a las nueve en mi casa. Mateo duerme en casa de mi madre".

Yo.

"Vale".

Cierro el grupo. Mateo es el hijo de Laura, cuatro años, recientemente aficionado a los dinosaurios y a preguntar por qué doce veces seguidas. Cuando Mateo duerme en casa de la madre de Laura es porque Laura nos ha llamado a Inés y a mí a una cena seria. Las cenas serias en casa de Laura son aquellas en las que la abogada que es ella nos sienta a Inés y a

mí en su salón, nos pone vino delante, y nos hace formular en voz alta las hipótesis y los riesgos. Es como ir a un despacho con tu mejor amiga, pero con vino y queso de cabra.

A las ocho y media salgo de casa. Bajo Buenavista andando, paso Tirso de Molina, cruzo Lavapiés, llego a la calle Olmo, donde vive Laura desde el divorcio. Tres pisos sin ascensor. Subo. Llamo. Laura abre con un delantal de cocina puesto sobre una camiseta blanca y un moño deshecho.

— Tía.

— Tía.

— Pasa.

Inés ya está dentro, en el sofá, con dos copas servidas y una tabla de quesos sobre la mesa. Inés es la viva imagen de las amigas estables: pelo negro corto, gafas de pasta, ropa siempre algo grande, la sonrisa primera y la pregunta después.

— Bea Ros.

— Inés Sandoval.

— Cuenta.

— Ya he contado.

— Cuenta más.

Y cuento más. Cuento la mirada de Marina, la sonrisa con el colmillo torcido, el sobre que tenía preparado, los tres mil quinientos, los siete chiringuitos, la furgoneta. Cuento que Iván sale de Mallorca el día catorce. Cuento que le voy a recoger yo en el aeropuerto. Cuento que Marina ha hecho lo de

las chispas y la prosa. Cuento que mi madre me ha llamado entre lo uno y lo otro. Cuento todo. Inés y Laura escuchan sin interrumpir, lo cual en Las Carcajadas es la versión más alta de respeto que existe.

Cuando termino, Laura sirve más vino. Inés se quita las gafas, las limpia con una esquina de la camiseta y se las vuelve a poner. Laura habla primero.

— Bea, una pregunta.

— Dime.

— ¿Tú quieres ir?

Me quedo un segundo. Lo pienso. La verdad. La verdad de la calle Olmo a las nueve y veinte de un domingo de finales de abril.

— Sí.

— Vale.

— Y por el dinero también.

— Las dos cosas valen.

— Vale.

Inés.

— Bea, otra pregunta.

— Dime.

— ¿Tú estás enfadada con él o estás dolida con él?

Esto me lo planteo más tiempo. Me lo planteo el tiempo que

me toma comerme un trozo de queso de cabra con miel y bebérme un sorbo grande de vino tinto.

— Estoy dolida.

— Vale.

— ¿Por?

— Porque enfadada se va más rápido que dolida. Y a ti se te ha quedado.

Trago saliva. Asiento.

— Vale, Inés.

— Vale.

Las dos me miran. Yo las miro. Y Laura, que es la jurídica de la operación, cierra el cuestionario con una conclusión que lleva ya tomada antes de que entrara por la puerta.

— Bea, tú vas. Cobras tres mil quinientos. Haces el reportaje. Y al fotógrafo le das oportunidades pequeñas para arreglar lo que tenga que arreglar. Si no las aprovecha, ya está. Si las

aprovecha, tendremos otra reunión en esta misma casa cuando vuelvas.

— Vale.

Inés, suave.

— Y diviértete, tía.

— Eso ya me lo ha dicho mi madre.

— Conchi.

— Conchi.

— Conchi sabe.

— Conchi sabe.

Volvemos a Tirso de Molina a la una de la madrugada. Subo los tres pisos. Me lavo los dientes. Me meto en la cama. Cojo el móvil. Apunto en una nota:

"Día menos veinte. Cena en casa de Laura. Conclusión: voy. Cobro. Hago. Y al señor le doy oportunidades pequeñas para arreglar lo que tenga que arreglar".

Apago el móvil. Cierro los ojos.

Pero antes de quedarme dormida, una pregunta que no me he hecho en cinco años se me posa encima como una mosca pequeña: ¿y si Iván Sastre lleva cinco años queriéndolo arreglar y nadie le ha dado oportunidad?

Aparto la mosca con la mano.

Me duermo.

2

La maleta

Trece de mayo. Seis de la tarde. Mi piso parece un chiringuito que ha estallado.

Hay una bolsa de neceser abierta sobre la cama, una mochila pequeña de mano colgando del pomo del armario, una maleta mediana que pone Samsonite en plata desgastada y que tiene una raja en el lateral desde el año del Gran Viaje a Berlín, y una tote bag de una librería de Lavapiés llena de libretas vacías, bolígrafos, cargadores, cables y tres paquetes de pañuelos de papel porque mi madre me llamó esta mañana y me recordó "Bea, en mayo a veces hay alergia, hija".

Estoy haciendo una lista en la mesa del salón. La lista la estoy haciendo a mano, en la libreta nueva que he comprado hoy porque la otra la quiero dejar limpia para el reportaje, y la lista dice cosas como "tres pantalones cortos", "dos pantalones largos por si frío en cubierta de ferry", "vestido decente por si en algún chiringuito hay que salir bien en una foto", "chanclas, deportivas, sandalias normales y zapato cerrado", "bañadores tres", "cargador del portátil",

"cargador del móvil", "cargador del Kindle", "adaptador de coche por si la furgoneta no tiene USB", y al final, en mayúsculas y subrayado dos veces:

"PROTECTOR SOLAR FACTOR CINCUENTA NO LO OLVIDES JODER".

Lo subrayo dos veces porque me conozco. Hace dos años me fui a Cabo de Gata con factor treinta y volví como un cangrejo cocido y me prometí no repetir jamás. Y lo he repetido tres veces desde entonces. La memoria en mí es selectiva.

Suena el móvil. Lo tengo cara abajo en la mesa porque desde que Marina me dijo el nombre de Iván Sastre, cada vez que vibra el teléfono mi estómago hace un movimiento que no me gusta. Lo cojo. Pantalla.

Iván Sastre.

Vale.

Bueno.

Era cuestión de tiempo.

Respiro. Pongo el dedo encima del verde. Lo aprieto. Me lo llevo a la oreja. Hablo antes que él, porque si él habla primero pierdo posición.

— Sastre.

— Ros.

Solo con el "Ros" ya se me clava algo en alguna parte del torso. Su voz no ha cambiado en cinco años. Es grave, no enfática. Como si las palabras le costaran un esfuerzo concreto que él decide pagar o no pagar. Mallorquín bajo el

castellano, el acento en las eses finales y en las uves. Lo recuerdo de antes, lo recuerdo de la cena del premio del 2021, lo recuerdo de un pasillo en Madrid donde nos cruzamos hace tres años sin dirigirnos la palabra y solo asintiendo con la cabeza como dos hidalgos que se respetan en una ofensa. Lo odio un poco más por no haber cambiado.

— Marina me ha dado tu número.

— Me extraña, lo tenías.

— Lo borré.

— Mira tú.

Silencio. Yo, sentada en la silla de mi mesa, cojo el bolígrafo y empiezo a hacerlo girar sobre el papel. Es un tic. Un tic que llevo desde la facultad. Cuando estoy nerviosa, hago girar el bolígrafo. Si estoy muy nerviosa, lo hago girar tan rápido que sale volando. Espero que en esta llamada no salga volando.

— Te llamo por la logística — dice él —. Marina me ha dicho mañana catorce, salgo de Palma a las nueve y media, llego a Barcelona a las diez veinte. ¿Te recojo en alguna parte o cómo lo hacemos?

— No.

— ¿No?

— Yo salgo de Madrid mañana a las siete con la furgoneta, llego a Barcelona sobre la una, te recojo a la una y media en el

aeropuerto del Prat, terminal uno, llegadas. Y de allí tiramos a Calella de Palafrugell directos.

— Podríamos vernos antes en Barcelona, tomar algo y salimos los dos juntos.

— No.

— ¿No?

— No, Sastre. Yo cojo la furgoneta yo sola, hago el camino yo sola, llego yo sola y te recojo. Si tú quieres sentarte en una terraza de Barcelona dos horas antes de empezar el reportaje, hazlo. Pero la furgoneta es mía hasta la una y media de mañana y la conduzco yo.

Silencio. Más largo. Le oigo respirar. Le oigo, no sé, mover algo. ¿Una taza? ¿Una silla? Me imagino su cocina en Sóller. La he visto en fotos en Instagram de hace cuatro años, cuando todavía le seguía y le miraba, antes de bloquearle dos veces y desbloquearle una. Una cocina con azulejos blancos antiguos y una ventana que da a un patio con una higuera. Me lo

imagino con la cámara colgada al cuello incluso para hacer una llamada en su propia casa. Lo odio un poco más.

— Vale — dice —. Como quieras.

— Como quiero.

— Aeropuerto del Prat, terminal uno, llegadas, una y media.

— Eso es.

— ¿Llevas de equipaje lo normal o vas con armario?

— Armario, Sastre. Y un piano.

— Pregunto por la furgoneta. Yo llevo el equipo fotográfico y dos maletas.

— Caben tres pianos, no te preocupes.

— Vale.

— Vale.

Silencio. Él no cuelga. Yo no cuelgo. El bolígrafo gira más rápido. No se me cae aún. Casi.

— Ros.

— Sastre.

— Si esto va a ser un infierno catorce días, dímelo ahora y se lo decimos a Marina.

Cierra los ojos un segundo, este lo escucho yo en mi cabeza pero apostaría a que también los cierra él al otro lado. Me sale una respuesta antes de pensarla, lo cual es mi modo más

natural de funcionar y la causa principal de los disgustos de mi madre.

— Sastre, escucha. Lo que ha sido infierno entre tú y yo en los últimos cinco años se queda en los últimos cinco años. Mañana arranca otra cosa. Otra cosa. ¿Vale? Tú haces tu trabajo, yo hago el mío. Si en algún momento la cosa se pone fea, lo paramos y hablamos. Pero no entres en la furgoneta mañana con cara de víctima ni con cara de mártir, porque a

mí también me jode esto y aun así me he subido al carro. ¿Estamos?

Silencio.

— Estamos.

— Vale.

— Ros.

— Qué.

— Solo una cosa.

— Qué.

— Yo no entro en ninguna furgoneta con cara de víctima.

— Vale.

— Por si acaso.

— Vale, Sastre.

— Hasta mañana.

Cuelga él. Cuelga él antes que yo. Esto es un punto a su favor en una baremación que llevo sin querer y que no sirve para nada. Dejo el móvil encima del montón de bañadores. El bañador rojo, que es el que más me favorece, se queda debajo del aparato como protestando. Me levanto. Voy a la cocina.

Bebo agua del grifo directamente como hacen las mujeres elegantes en sus pisos cuando creen que nadie las ve.

Vuelvo al salón. Sigo haciendo la maleta.

———

Mi madre me llama a las nueve. Mi madre llama a las nueve los lunes, miércoles y viernes desde 2019, año en el que mi padre murió de un infarto en una obra y ella se quedó sola en Lleida con un piso demasiado grande y un perro demasiado viejo. El perro murió hace dos años, lo cual cambió la dinámica: ahora me llama por las noches porque es la franja

en la que más sola se siente, dice ella, y porque "es la franja en la que tú estás sentada en el sofá y no me cuelgas, hija".

Tiene razón. No le cuelgo. Le cojo.

— Hija.

— Madre.

— ¿Has hecho la maleta?

— La estoy haciendo.

— ¿Has metido el protector?

— Lo he metido.

— ¿Cincuenta?

— Cincuenta, madre.

— ¿Y la chaqueta?

— Madre, voy al Mediterráneo en mayo.

— Hija, en mayo en el ferry hace fresco por la noche. Conchi sabe.

Conchi siempre sabe. Conchi habla de sí misma en tercera persona cuando está segura de algo. Apunto mentalmente

meter la chaqueta vaquera, la fina, no la gruesa.

— Vale.

— ¿Has hablado con el chico?

— Madre, no es un chico. Tiene treinta y siete años.

— Para mí es un chico. Para mí Marc también es un chico y tiene treinta y ocho.

— Vale.

— ¿Has hablado?

— Sí. Hace una hora.

— ¿Y?

— Y nada. Logística.

— ¿Cómo te ha tratado?

— Madre.

— Hija.

— Como un compañero de trabajo.

— Bueno, eso ya es algo.

Mi madre se queda en silencio. Yo sigo con la maleta. Con el manos libres pegado a la silla, doblando una camiseta gris

claro.

— Hija.

— Madre.

— Sé profesional.

— Madre, le voy a profesionalizar la cara.

— Bea.

— Lo digo de cariño.

— Bea, te conozco. Cuando algo te ha dolido mucho en el pasado y de repente se te pone delante, tú sacas el cuchillo antes de saber si te están atacando.

Me quedo quieta con la camiseta a medio doblar. Mi madre, que en su vida laboral fue secretaria de un instituto durante treinta y dos años y tiene un aspecto de mujer que solo sabe ordenar archivadores, suelta de vez en cuando frases que serían dignas de una pieza dramática de Calderón. Las suelta en la cocina, secando tomates, o entre el sofá y la cama,

después de las once. Las suelta como quien tira una piedra a un estanque en el que ya no hay peces.

— Madre, estaré bien.

— Hija, no se trata de estar bien. Se trata de no romper nada que después tengas que pegar.

— Madre, no voy a romper nada.

— Vale.

— Tampoco voy a pegar nada.

— Vale.

— Vale.

— Hija.

— Qué.

— Diviértete un poco también.

— Madre.

— Bea, llevas tres años sin moverte.

— Madre, me muevo todos los días.

— Tú sabes a qué me refiero.

Aprieto el bolígrafo. Lo aprieto sin girarlo. Es peor cuando lo aprieto sin girarlo. Mi madre, que sabe perfectamente lo del divorcio con Tomás Aldán y cómo me dejó tocada de un modo

que no admito ni a Inés ni a Laura, tiene la sutileza de un tractor cuando le preocupa una hija. Y le preocupa una hija.

— Madre, voy a un viaje de trabajo. Catorce días, siete chiringuitos, un fotógrafo que me cae mal y una furgoneta. No es Tinder.

— Hija, en la vida pasa lo que pasa. A veces en los chiringuitos también.

— Madre.

— Te dejo. Tienes que dormir.

— Madre, son las nueve y veinte.

— A las once estás cansada y no quieres llamarme. Mejor te

dejo ahora.

— Vale.

— Hija.

— Qué.

— Tu padre te decía siempre.

— Beatriu, tú adelante.

— Eso.

— Lo recuerdo, madre.

— Pues hazle caso.

— Le hago caso.

— Adiós, hija. Y mete la chaqueta vaquera.

— La meto.

Cuelga. Meto la chaqueta vaquera. La doblo encima del bañador rojo, al lado del libro que me he dicho que voy a leer y que probablemente no voy a leer, una novela italiana sobre una mujer que viaja sola por el sur de Italia y se le ocurren cosas. Es lo que se llama "una lectura inspiracional para el

viaje". Es lo que se llama "un libro que me he comprado para sentirme bien por estar haciendo un viaje".

Me pongo de pie. Miro la maleta. La maleta está casi llena. Me siento en el filo de la cama. Cojo el móvil. Abro Las Carcajadas.

Escribo.

"Mañana a las siete arranca esto".

Inés.

"Tía, llámanos cada noche".

Laura.

"Tía, llámanos cada mañana".

Inés.

"Tía, mándanos foto del primer pulpo".

Laura.

"Tía, mándanos foto del primer Iván".

Inés.

"Laura, eres la peor".

Laura.

"Lo sé. Es por amor".

Cierro el chat. Apago la luz del salón. Voy al baño, me lavo los dientes, me miro un segundo en el espejo. Pelo castaño cobrizo, ondas de mayo (las ondas en mí son meteorológicas, peores con humedad, mejores con seco), pecas en los

pómulos un poco más marcadas porque ayer me dio el sol en la terraza, lunar redondo bajo el ojo izquierdo, ojeras finas, treinta y tres años, divorciada hace tres, tres años sin acostarme con nadie.

Me quedo mirándome más de la cuenta.

— Beatriu, tú adelante — digo en voz alta.

El espejo no contesta porque los espejos no contestan. Pero me siento un poco mejor.

Apago la luz del baño. Me meto en la cama. Pongo la alarma a las seis menos veinte. Cierro los ojos.

Y antes de quedarme dormida, sin saber por qué, pienso en el pasillo del Hotel Reina Victoria de Madrid en mayo de 2021, la noche de los premios Lola Iglesias, cuando Iván Sastre subió al escenario a recoger un cheque que era mío y en el momento en que me vio entre el público desde el atril me clavó los ojos azules muy claros y se le quedó la cara como si le faltara una palabra que nunca llegó a decir.

Esa imagen llevo cinco años durmiendo con ella.

Mañana a las trece y media, terminal uno, llegadas, vamos a ver si alguien encuentra esa palabra.

———

A las dos y cuarto me vuelvo a despertar. No sé por qué. Un coche que ha frenado abajo en Buenavista. Un grito breve de un borracho del bar de la esquina. Un pensamiento, probablemente. Me incorporo en la cama. Enciendo la luz pequeña de la mesilla. Me apoyo en el cabecero. Cojo la libreta

del cajón. La abro por una página limpia. Apunto, en la cabecera, "Día menos uno: noche".

Y luego, por debajo, en columnas, hago lo que llevo haciendo desde la facultad cuando se me viene una cosa encima: una lista de pros y contras. Pros del viaje en una columna, contras en otra.

Pros: tres mil quinientos euros, alquiler tres meses, un buen reportaje firmado, ver el Mediterráneo en mayo, hacer un trabajo serio después de dos años haciendo trabajos pequeños, demostrarle a Marina que puedo, demostrarme a mí misma que puedo.

Contras: catorce días con Iván Sastre, catorce días con Iván Sastre, catorce días con Iván Sastre, mi madre va a llamar todos los días, voy a engordar dos kilos de tortilla y de fritos, no he hecho viajes largos en furgoneta desde Berlín 2017 y aquello acabó mal con un chico holandés llamado Jan, al volver voy a tener que ponerme al día con tres encargos pequeños, no sé cómo voy a estar yo en una habitación de pensión a media noche pensando todo esto.

Las columnas tienen siete líneas cada una. Lo que pasa es que en la columna de los contras, las tres primeras líneas son la misma. Subrayo el "catorce días con Iván Sastre" del medio. Lo subrayo dos veces.

Vuelvo a apagar la luz. Me tumbo. Cuento ovejas como me enseñaba mi padre cuando tenía siete años y no podía dormir por las tormentas. Mi padre, en su pragmatismo electricista, me explicaba que las ovejas funcionaban porque el cerebro se aburría con la repetición y se dormía por defecto. Yo cuento.

Una. Dos. Tres. Catorce. Cuatrocientas catorce. Cuatro mil cuatrocientas catorce.

A las cuatro de la madrugada, justo después de la oveja cinco mil, me duermo del todo. Y sueño con una furgoneta gris que conduce mi padre por una carretera del Mediterráneo, y al lado de mi padre va un señor con cámara colgada al cuello que no le veo bien, y mi padre se gira hacia mí en el asiento de atrás y me dice una frase que cuando me despierto a las seis menos veinte por la alarma del móvil intento recordar y no la recuerdo. La intento escribir en la libreta. No me sale. La voy a estar persiguiendo durante semanas, esa frase del sueño, sin éxito.

A las seis menos veinte cierro la maleta. Llevo la lista del cuaderno repasada otra vez. Protector cincuenta, sí. Chaqueta vaquera, sí. Tres bañadores, sí. La libreta nueva (la de viaje), sí. La libreta vieja (la de Madrid, por si acaso), sí. Bolígrafos, sí. Cargadores, sí. Adaptador de coche, sí. Pasaporte (no lo voy a necesitar pero lo llevo, deformación profesional), sí. Documentación de la furgoneta (Marina me la mandó por correo electrónico anteayer, está impresa en el bolso), sí. Tarjeta de la revista, sí. Y, en un sobre pequeño aparte, un cheque conformado por tres mil quinientos euros que Marina firmó ayer y que ingresaré por foto desde la furgoneta cuando llegue a Calella de Palafrugell.

A las seis y veinte salgo del piso. Bajo la maleta por las escaleras estrechas porque el ascensor de Buenavista doce está roto desde el martes y porque el portero, Jacinto, todavía no ha llegado, y porque tampoco habría servido de nada porque Jacinto no llega hasta las siete. Saco el coche del aparcamiento de Tirso de Molina. Conduzco hasta el aparcamiento de la flota de Panorámica que está en una nave en San Blas. La furgoneta me espera al lado de la puerta seis

con las llaves dentro, según el correo de Marina. La encuentro. La revisó. Niveles en orden, ruedas en orden, depósito lleno, luces en orden.

Saco mi maleta del coche, la meto en la furgoneta. Aparco mi coche en el rincón de empleados, donde Lola, la becaria que en realidad lleva la oficina, me ha dejado autorización por escrito en el parabrisas. Subo a la Multivan. Pongo el cinturón. Ajusto el retrovisor. Pongo Aitana sin pensar. Aitana suena.

A las siete y cinco salgo de Madrid en dirección Barcelona.

Y antes de que la M-30 desemboque en la A-2, le mando a Las Carcajadas un mensaje corto desde el manos libres por voz:

"Tías, arrancando. Os escribo desde el primer área de servicio".

Inés, dormida.

"Tía, cuídate".

Laura, ya despierta.

"Tía, te queremos".

Yo, sonriendo al volante.

"Tías".

Cierro el chat. Aitana sigue. La A-2 se abre delante de mí. La furgoneta huele todavía a desinfectante de coche nuevo. Iván Sastre todavía está en su cama de Sóller. Y el día catorce de mayo de dos mil veintiséis acaba de empezar.

3

Día uno

La furgoneta huele a coche nuevo y a desinfectante de aerosol y, debajo de las dos cosas, a un café derramado el año pasado por alguien que pasó por aquí antes que yo. Es una Volkswagen Multivan T6, gris perla con bandas más oscuras, siete plazas pero con la tercera fila quitada para meter equipaje. Marina ha pegado en el salpicadero un papel con dos sellos: "PROPIEDAD DE PANORÁMICA. NO RAYAR. NO COMER FRITOS DENTRO. NO LIGAR EN EL ASIENTO TRASERO". Las tres últimas las ha escrito con rotulador rojo y firmado "Marina, ya sabes". Marina es una persona que pone amenazas en escritura informal, lo cual da escalofríos a los hombres y risa a las mujeres.

Salgo de Madrid a las siete y cinco. La A-2 a esa hora un sábado de mayo está vacía. Pongo Radio Nacional, dejo a un señor explicando crisis del agua, lo cambio a Cadena Ser, dejo

a un señor explicando crisis del agua con otra entonación, lo cambio a Los Cuarenta, sale Aitana, lo dejo. Aitana acompaña.

A la altura de Guadalajara, el sol se pone serio. A la de Zaragoza, sol del bueno y aire acondicionado a tope. A la de

Lleida, mi ciudad, paro a echar gasolina y aprovecho para llamar a mi madre desde el aparcamiento.

— Madre, paso por casa.

— ¿Vas a entrar?

— No, madre. Voy a Barcelona. Solo te llamo desde la gasolinera para que sepas que no me he matado.

— Hija, qué graciosa.

— Te llamo esta noche.

— Hija, ten cuidado en Barcelona, hay mucho coche.

— Sí, madre.

— Y en el aeropuerto del Prat, mira bien las salidas porque siempre te pierdes.

— No me pierdo, madre.

— Sí te pierdes.

— A veces.

— Hija.

— Madre.

— Tu padre te decía.

— Beatriu, tú adelante.

— Eso.

Cuelgo. Me como un café de máquina y un croissant que no

debería comerme y que me como porque las normas del viaje se relajan en cuanto pasas de Zaragoza, esto lo dice mi hermano Marc y lo dice con razón. Vuelvo al volante. Aitana sigue. Aitana es buena para conducir.

Llego al aeropuerto del Prat a la una y veintidós. Aparco en la zona kiss and ride de la terminal uno, llegadas, y en el panel de información busco el vuelo de Palma. Iberia Express, JK 5404, aterrizado a las trece y diez, en sala. Vale. Bajo la ventanilla. Saco la cabeza para ver mejor. Apoyo el codo en la puerta. Espero.

Saca la cabeza también, mentalmente, mi yo de hace cinco años, la del 2021, la que estaba en el patio del Hotel Reina Victoria con un vestido negro alquilado y los tacones que le hacían daño en el dedo pequeño del pie izquierdo. Esa Beatriz Ros me mira ahora desde dentro y me dice "tía, ¿en serio le vas a abrir la puerta a este tío?". Le contesto "tres mil quinientos euros y el alquiler de tres meses", y ella, que tiene treinta y dos y todavía no sabe lo del alquiler, levanta una ceja con desdén. Me cae un poco mal mi yo de hace cinco años. Era más insolente. Hoy soy más realista. Se llama madurez o se llama claudicación, según quién pregunte.

Por las puertas correderas sale gente. Un señor con maleta de ruedas que chirría. Una señora con dos niños pequeños y una bolsa que pesa el doble que ella. Un chico joven con tabla de surf en una funda azul. Una pareja muy hecha pareja, las manos cogidas, la sonrisa coordinada. Y luego, detrás, sin maleta de mano grande, con una mochila Patagonia verde oscuro a la espalda, una bolsa rígida de cámara colgada cruzada en el pecho, vaqueros, camiseta gris claro, deportivas

blancas, gafas de sol negras, y sí, la Fujifilm X-T5 colgada al cuello como si fuera un órgano vital, sale Iván Sastre.

Va andando despacio. Como si no le importara llegar antes. Como si supiera que estoy esperándole y no quisiera apresurarse. Le observo desde la ventanilla. Ha cambiado. Ha cambiado lo justo para tener cinco años más y no haber perdido nada. La barba más corta que en 2021. El pelo más despeinado. Más ancho de hombros, o quizá no, quizá es la luz. Anda como un hombre acostumbrado a viajar, con el peso bien repartido entre los pies, sin perder energía en el balanceo.

El muy cabrón sigue siendo de buen ver.

Lo pienso así, exactamente con esas palabras. Las anoto en la libreta mental. Después las anotaré en la otra. La bonita.

Se quita las gafas de sol. Mira a un lado y a otro. Me ve. Ve la furgoneta. Ve mi cabeza asomada por la ventanilla. Se acerca con esa misma calma de funcionario sereno. Llega al lado del

copiloto. Apoya una mano en el marco. Se inclina un poco, lo justo para meter media cara dentro.

— Ros.

— Sastre.

— Buenas.

— Buenas.

— ¿Adelante o atrás?

— Adelante. Las maletas atrás, deslizando la puerta lateral.

— Vale.

Abre la puerta lateral. La luz cambia dentro de la furgoneta de un golpe y el aire de mayo se mete con olor a parking. Mete la mochila Patagonia, mete la maleta rígida negra, mete la bolsa rígida de la cámara. Lo coloca todo con cuidado, como un músico colocaría sus instrumentos. Cierra la puerta. Sube al

copiloto. Se sienta. Se quita la cámara del cuello, la deja entre las piernas. Se pone el cinturón.

— Listo.

— Listo.

Arranco. Salimos del aeropuerto. Nos incorporamos a la C-32 dirección Girona. La conversación de los primeros veinte

kilómetros es un cuestionario de funcionarios.

— ¿Qué tal el vuelo?

— Bien. Tranquilo. ¿Y el viaje desde Madrid?

— Bien. Pesado. Aitana acompaña.

— ¿Aitana?

— Cantante.

— Ya sé quién es Aitana.

— Ya, era por aclarar.

Silencio.

— ¿Has comido?

— He comido algo en el avión. ¿Y tú?

— Croissant en una gasolinera de Lleida.

— ¿Lleida?

— Mi ciudad.

— Ah.

— Sí.

Silencio.

— ¿Te paro a comer en alguna área de servicio?

— No hace falta. Aguanto a Calella.

— Vale.

— Vale.

Silencio.

Y luego él, mirando por la ventanilla como un señor mayor, dice una cosa que no esperaba:

— Déu, qué bien huele la furgoneta.

— Es desinfectante de coche nuevo.

— Disfruta. Mañana ya no.

— ¿Mañana ya no?

— Mañana ya huele a aceite de oliva. Lo digo por experiencia.

— ¿Tú alquilas furgonetas a menudo, Sastre?

— He alquilado tres en mi vida. Las tres han acabado oliendo a aceite de oliva.

— ¿Por qué?

— Porque uno siempre acaba comprando una garrafa pequeña en algún lado, la mete en la furgoneta y se le derrama un poquito.

— Ah.

— Tú lo verás.

— Yo no compro garrafas de aceite en los viajes.

— Espera y verás.

Y por primera vez en cinco años, el muy cabrón, me ha hecho sonreír un milímetro. Un milímetro y medio. Le miro de reojo.

No me lo agradezcas, Sastre. No me lo agradezcas porque vuelvo a ponerme seria.

———

Calella de Palafrugell aparece a las siete y media de la tarde, después de tres horas y media de carretera con paradas pequeñas y conversaciones aún más pequeñas. La luz de la Costa Brava en mayo es de las cosas que hacen que uno entienda por qué hubo en este país un movimiento turístico antes de que existieran los chiringuitos de marca. Pinos. Casas blancas. Tejados marrón claro. Mar planchado. Olor a salitre.

La pensión Maria Lluïsa está en una calleja estrecha, cuesta abajo, donde no se puede aparcar. Doy dos vueltas a la manzana, pierdo veinte minutos, encuentro un sitio en una zona azul del paseo, pago tres horas con la app y cargamos las maletas a pie. Iván lleva la suya, la mochila, la bolsa de cámara y mi mochila pequeña sin que se la pida. No le digo gracias. Él tampoco las pide.

La pensión Maria Lluïsa es un caserón antiguo de tres plantas con una recepción que es una mesa de madera con un libro de hule rojo y una campanilla de bronce. La dueña es Lluïsa Vila, setenta años, pelo blanco corto, gafas redondas de leer

colgadas de un cordón, delantal de cocina aunque no estamos en la cocina. Nos mira por encima de las gafas.

— Reserva a nombre de Panorámica, dos habitaciones individuales, baño compartido en el pasillo.

— Eso es.

— Tres noches.

— Eso es.

— ¿Pareja?

— No.

Lo dice Iván. Lo dice rápido. Lo dice antes de que pueda decirlo yo. Le miro. Él no me mira. Mira el libro de hule rojo donde Lluïsa está escribiendo nuestros DNI con un bolígrafo Bic azul.

— Trabajo — añade —. Estamos haciendo un reportaje de la zona.

— Periodistas.

— Algo así.

Lluïsa nos da dos llaves de bronce con un colgante de madera con número escrito en blanco, ocho y nueve. Habitaciones contiguas. El baño está al final del pasillo, dice. La cena se

sirve a las nueve en el comedor pequeño. Hay menú o carta. Si queremos pan recién hecho, lo pedimos al subir.

— Bienvenidos.

— Gracias.

Subimos las escaleras de madera. Crujen mucho más que las del despacho de Marina. Iván abre la nueve. Yo abro la ocho. Las habitaciones son gemelas: cama individual de matrimonio antigua con cabecero de hierro, mesilla con lámpara de pantalla amarilla, escritorio pequeño bajo la ventana que da a un patio interior con una pita en una maceta

enorme, armario de tres puertas, ventilador de techo con una sola velocidad. Sin baño. Sin tele. Sin lujos.

Es perfecta.

Suelto la maleta. Me siento un momento en la cama. La cama protesta. Sonrío.

Llaman a la puerta. Toc-toc, dos veces, secas.

— Ros.

— Sastre.

Abro. Iván está en el pasillo apoyado en la pared opuesta con los brazos cruzados.

— Cena a las nueve. Ahora son las ocho. ¿Cenamos juntos?

— ¿Tenemos elección?

— Tenemos elección.

— ¿Cuál es la otra?

— Yo bajo a las nueve y tú bajas a las nueve y diez y nos sentamos en mesas distintas y no nos hablamos.

— Esa es ridícula.

— Lo sé. La he dicho para que la otra parezca razonable.

— Cenamos juntos. Pero no me hagas conversación si no me

sale.

— No te haré conversación.

— Vale.

— Vale.

Cierro la puerta. Apoyo la espalda en ella. Se me escapa una risita corta, una risita de "este tío sabe lo que hace, joder", una risita que no quiero que oiga nadie y que afortunadamente no oye nadie porque las paredes de la pensión Maria Lluïsa no son tan finas como creía.

Saco la libreta. Me siento en el escritorio. Abro por la página de "Ruta panorámica". Escribo, en la primera entrada del diario:

"Día uno. Madrid-Barcelona-Calella de Palafrugell. Iván recogido a las trece veintidós. Conversación de funcionarios primeras dos horas. Una broma sobre el aceite de oliva. Sigue siendo de buen ver. La pensión Maria Lluïsa huele a sopa. Cena a las nueve. Lluïsa Vila, setenta años, simpática y discreta. Habitaciones contiguas, ocho y nueve. Baño compartido al final del pasillo. La pareja Sastre-Ros ha sido aclarada y descartada por el propio Sastre antes de que tuviera tiempo de descartarla yo. Nota mental: anotar quién aclara qué y cuándo. Puede ser información útil más adelante".

Cierro la libreta. Bajo a las nueve menos cinco. Iván baja a las nueve en punto. Cenamos en silencio, una sopa de pescado y un arroz negro que está mejor de lo que me apetecía admitir. Lluïsa no nos pregunta nada porque Lluïsa es una mujer que

ha visto pasar cien parejas y dos mil no parejas por su pensión y sabe distinguir.

A las once estoy en mi cama, con el portátil abierto. Escribo en el documento del reportaje, en una nota a pie de página que solo es para mí:

"Día uno. No me he tirado por ningún acantilado y él tampoco. Ganamos los dos".

Cierro el portátil. Apago la luz. Oigo a Iván al otro lado de la pared, una tos pequeña, el ruido de un grifo que se abre y se cierra, los pasos hacia el baño compartido y los pasos de vuelta.

Me da rabia oír todo eso.

Me duermo al rato.

———

A las cinco de la madrugada me despierto. No sé bien por qué. Quizá por el viento que se ha levantado en Calella, un viento que llaman aquí "garbí" cuando viene de la costa, y que mueve la celosía del balcón a un ritmo que no es regular. Me incorporo. Bebo agua del vaso de la mesilla. Voy a salir al pasillo a ir al baño compartido y, cuando abro la puerta, oigo abajo, en el comedor pequeño, una conversación a media voz.

Me asomo desde el descansillo. Es Lluïsa. Y es Iván.

Él tiene una taza humeante delante. Lluïsa tiene la suya. Hablan en catalán los dos, aunque Iván va alternando

palabras en mallorquín. Lluïsa, que es de Calella, no parece que le moleste. Más bien al revés.

— ¿Te ha gustado el viaje hasta aquí? — le pregunta ella.

— Lo justo.

— ¿Por la chica?

— Por la chica.

Yo, en el descansillo, descalza, con el camisón fino de algodón blanco con tirantes finos que me trajo Inés de Asturias hace dos años por mi cumple, me quedo quieta. No me muevo. Tampoco me voy. Me arrodillo en el primer escalón con el oído girado hacia abajo. Mi madre, si me viera, me daría un

golpe en la nuca con el periódico. Pero mi madre no me ve. Sigo arrodillada.

— ¿Es buena chica? — pregunta Lluïsa.

— Es muy buena.

— ¿Y por qué te ha costado el viaje?

— Porque hace cinco años le hice una jugarreta y no me ha perdonado.

— Ah.

— Ah.

— ¿Vas a pedirle perdón?

— En algún momento.

— ¿Cuándo?

— Cuando me dé la gana.

— ¿O cuando le dé la gana a ella?

Iván se ríe. La risa de hombros, esa que ya conozco después de no conocer su risa en cinco años.

— Lluïsa, eres muy lista para las cinco de la mañana.

— Soy muy lista a la hora que sea, fill.

Y lo dice "fill", como Tonia. Lo cual me recuerda que en este país hay un montón de mujeres mayores que llaman fill a los hijos de los demás cuando los hijos de los demás les caen bien. Lo apunto en la cabeza. Subo los escalones que me quedan sin hacer ruido. Cierro la puerta. Voy al baño compartido. Vuelvo.

Me meto en la cama. Me cubro entera con la sábana porque tengo frío y porque he oído algo que no debía y necesito esconderme bajo algo, aunque sea una sábana.

Y me digo, mirando el techo de la habitación ocho, en voz baja:

— Beatriz, no anotes esto.

Pero ya lo he anotado. Por dentro. Que es donde se anotan las cosas que de verdad cuentan en los reportajes que una hace de su propia vida.

Me duermo otra vez a las seis menos cuarto.

A las ocho y veinte me despierto definitivamente con el olor a pan tostado subiendo por la escalera. Me visto. Bajo. Lluïsa está en el comedor pequeño con la mesa puesta para dos. Café, leche, pan tostado, mermelada de melocotón hecha en casa, queso de Maó, y una cesta con un par de croissants

pequeños. Iván ya está sentado, con la cámara al cuello (cómo no), mirando la pantalla y revisando las fotos de ayer.

— Buenos días, Sastre.

— Buenos días, Ros.

— ¿Qué tal la noche?

— Buena. Algunas vueltas.

— ¿Vueltas?

— Vueltas.

— ¿Por la cama o por la cabeza?

— Las dos.

— Mira tú.

— Mira tú.

Lluïsa nos sirve el café como si no hubiéramos coincidido las dos en este comedor a las cinco de la madrugada. Tiene el detalle de no mirarme con ningún reproche. Tiene el detalle,

también, de mirarme una sola vez con los ojos de mujer mayor que sabe cosas. Y le agradezco las dos cosas en silencio.

— Hoy Casa Solé, ¿no? — nos dice.

— Hoy Casa Solé.

— A Salvador le va a caer bien la chica.

— ¿Por qué? — pregunto.

— Porque a Salvador le caen bien las chicas que apuntan en libreta.

— ¿Y eso?

— Porque su mujer Roser apuntaba todo en libreta. Llevaba veinte años en una libreta marrón que tenía en la cocina del chiringuito. Cuando ella murió en el dos mil quince, Salvador se quedó la libreta en su mesilla.

— Ah.

— Ah.

Apunto eso. Apunto eso en la libreta del reportaje. Iván me mira apuntar. No dice nada. Bebe café. La luz de la mañana entra por la ventana del comedor y le cae oblicua en la mesa, y Iván, sin pensarlo, levanta la cámara, encuadra la cesta de pan, dispara dos veces y la baja. La luz era la luz. No la fotografía mía. Por un instante pienso en el día siguiente y en el siguiente y en lo que va a ser la dinámica de catorce

desayunos como este, en pensiones distintas con Lluïsas distintas. Y, no sé por qué, me sale, en mitad del café:

— Sastre.

— Ros.

— Esto va a ser raro.

— Lo sé.

— Catorce días.

— Lo sé.

— Pero estoy bien.

— Yo también.

Y le miro. Y nos miramos un segundo más de la cuenta por encima de la mermelada de melocotón. Y Lluïsa, que había vuelto desde la cocina con un trozo de queso de Maó cortado, nos pilla mirándonos, hace una sonrisa pequeña que nadie tiene por qué descifrar y deja el queso entre los dos.

— Comed, hijos.

— Comemos.

Los dos a la vez. Lo cual también, mirado desde fuera, es una pequeña señal que solo se entiende cuando una está viéndolo todo desde fuera. Yo, todavía no.

4

Casa Solé

Casa Solé es uno de esos chiringuitos que existían antes de que existiera la palabra chiringuito. Está en la cala pequeña de Llafranc, entre dos pinos viejos, con cuatro mesas de madera fuera y otras seis dentro de una caseta blanca que fue antes una casa de pescadores. La fundó en 1971 Salvador Solé padre, marinero de Palamós que decidió que ya estaba bien de tirar redes y se puso a cocinar lo que pescaban los demás. Hoy lo lleva Salvador Solé hijo, setenta y cuatro años, sombrero de paja, pantalón de pinzas blanco con manchas de aceite, camisa abierta hasta el segundo botón, gafas de sol grandes y cara de hombre que no ha dejado que nadie le diga lo que tiene que hacer en setenta y cuatro años.

Llegamos a las once. Iván aparca la furgoneta (esta vez conduce él, hemos pactado turnos) en una explanada de tierra que no se ve desde el chiringuito. Salvador Solé nos espera en

la puerta con un trapo blanco al hombro y una jarra de agua con limón en la mano. Me alarga la jarra antes de saludarme.

— Bebed. Hace calor antes de comer.

— Gracias.

— ¿Tú eres la periodista?

— Yo soy la periodista. Beatriz Ros.

— Bea me dicen.

— Bea — corrige él, repitiéndolo —. ¿Y este es el que hace fotos?

— Iván Sastre.

— Sastre. ¿De dónde?

— De Mallorca.

— Ah. Mallorquín. Ya os conozco yo a los mallorquines. Lentos para arrancar y rápidos para acabar.

— Mira tú.

Salvador suelta una carcajada de pecho que asusta a una gaviota cercana. La gaviota se va. Salvador la mira marcharse como si fuera una vieja amiga. Nos hace pasar.

Casa Solé por dentro tiene tres redes colgadas del techo, una proa de madera apoyada en la pared del fondo (de un barco que se hundió en el sesenta y ocho, nos cuenta), cuatro fotos en blanco y negro de pescadores con bigotes y una pizarra con el menú del día escrita con tiza por la nieta de Salvador, que se llama Berta y tiene veintiún años y trabaja aquí los veranos.

La pizarra dice: "Suquet de peix, arroz a banda, fideuá, sardinas a la brasa, pulpo a la gallega (perdón, gallega no, calamar y patata), ensalada de verano".

Iván saca la cámara. Empieza a hacer fotos sin pedir permiso. A Salvador eso le sorprende un instante, pero asiente. Iván tiene una manera de moverse con la cámara que es casi insultante de eficaz. No se nota que está disparando. Se acerca a una red, fotografía la red, se aleja, se acerca a las botellas detrás de la barra, fotografía las botellas, se aleja, va a la pizarra, se acerca tanto que parece que se la va a comer, fotografía la pizarra, se aleja. Yo le miro de reojo mientras saco la libreta. Tomo nota.

"Iván. Manera de moverse con la cámara: como un gato que pasa por una habitación llena de personas dormidas".

Borra eso, Beatriz. Borra eso ahora mismo. Borrarlo. Vale, no lo borro, lo subrayo en negro y luego ya veré. Sigamos.

Salvador me invita a sentarme. Salvador se sienta. Pone los codos en la mesa. Apoya la barbilla en las manos. Me mira a través de las gafas de sol que sigue sin quitarse, lo cual es un

truco profesional para que tú no sepas si te está mirando a los ojos o al moño.

— Pregunta lo que quieras.

— Salvador, ¿desde cuándo está usted al frente de Casa Solé?

— Desde 1989, cuando murió mi padre.

— ¿Cómo era él?

— Como yo, pero con más mal genio.

— ¿Qué cocinaba al principio?

— Lo que llegaba en la barca. Si llegaba calamar, calamar. Si llegaba dorada, dorada. Si llegaba poco, ensalada y no se quejaba nadie.

— ¿Y ahora?

— Ahora viene gente que ha leído en internet que aquí se come un suquet de no sé qué y que ya saben lo que van a pedir antes de mirar la pizarra.

— ¿Le molesta?

— Me hace gracia y me molesta. Las dos cosas a la vez. Como casi todo lo de internet.

Sonrío. Apunto. Apunto despacio para que él vea que apunto. Es una técnica que aprendí hace ocho años: cuando los entrevistados ven que apuntas algo concreto, te dicen algo más concreto a continuación. Si apuntas con cara de aburrida,

te sueltan refritos. Si apuntas con cara de sorpresa, te sueltan diamantes.

Pongo cara de sorpresa medida, profesional.

Salvador sonríe.

— Bea, voy a contar una cosa que no le he contado a nadie de la prensa en cuarenta años.

— ¿Por qué a mí?

— Porque has apuntado lo de internet. Y porque Conchi Vallés me cae bien.

Levanto la cabeza de golpe.

— ¿Conoce usted a mi madre?

— Conchi Vallés, Lleida, secretaria del instituto Joan Solé i Pla. Vino en el año noventa y ocho con tu padre y contigo a comer aquí. Tú tenías cinco. Te diste un golpe en la rodilla con la pata de aquella mesa, la del rincón, y tu madre te puso hielo y un trozo de toalla. Lo recuerdo porque tu padre, que era electricista y eso lo recuerdo porque me arregló él el cuadro de luces aquel mismo verano gratis a cambio de una cena de las grandes, dijo "Salvador, vaya muebles que tienes, hay que limarlos". Y le contesté "Joan, vaya hija, hay que dejarla correr".

Me he quedado quieta. La libreta a medio escribir. El bolígrafo en la mesa. Los ojos en Salvador Solé, que por debajo de las gafas de sol grandes tiene una mirada de hombre de setenta y

cuatro años que recuerda a una niña de cinco con un golpe en la rodilla y que recuerda con cariño.

Iván, que ha estado fotografiando una sardina seca colgada de un clavo, baja la cámara. Se acerca a la mesa. No interrumpe. Solo se sienta a una mesa contigua, dejando que la conversación siga sin él, pero presente.

— Salvador, no me acordaba.

— Eras pequeña.

— ¿Y mi padre?

— Murió hace siete años, lo sé. Conchi me lo dijo en una llamada por las Navidades.

— ¿Mi madre le llama?

— Una vez al año. Yo le mando una caja de turrón de Jijona y ella me llama para darme las gracias. Llevamos así desde el dos mil.

Hay una emoción rara que me sube a la garganta y que no quiero que se note. Cojo la jarra de agua con limón. Bebo. Iván me mira. No dice nada. Salvador lo nota y, en un movimiento que ya querría yo para la próxima entrevista que haga, cambia

el tono y vuelve al guion del reportaje sin que parezca que cambia.

— Bueno, Bea. Lo que te quería contar y no he contado nunca a la prensa.

— Dígame.

— En el setenta y cuatro vino aquí a comer Salvador Dalí.

Y suelta una historia de una hora en la que el suquet de pescado se le quemó al padre, en la que Dalí pidió "el pescado más malo que tengáis, hijo, que la perfección me aburre", en la que Dalí pagó con un dibujo en una servilleta que Salvador padre tiró a la basura porque no sabía quién era ese señor del bigote, y en la que años después un coleccionista de Berlín le ofreció a Salvador hijo treinta mil euros por la servilleta antes de saber que la servilleta había acabado en la papelera del setenta y cuatro.

Es oro. Es oro de reportaje. Apunto. Apunto. Apunto. Iván fotografía. Fotografía. Fotografía.

A las dos y media, Salvador nos sienta en la mesa de fuera, la del rincón con vistas al mar, y nos sirve un suquet de pescado,

una ensalada de tomate de su huerto y dos copas de vino blanco fresco.

— Comed.

— Salvador, esto no es necesario.

— Bea, comed.

— Salvador.

— Bea, soy yo el que pone las normas en mi chiringuito desde mil novecientos ochenta y nueve.

— Vale, Salvador.

— Vale.

Comemos.

———

Iván no dice una palabra durante los primeros tres minutos de plato. Yo tampoco. El suquet está mejor de lo que se merece la palabra suquet. El vino blanco está fresco como debe estar fresco un vino blanco en mayo, con el cuello de la botella sudando. El mar suena debajo de los pinos como suena el mar cuando ha decidido portarse bien con los humanos. Salvador,

que ya nos ha dejado solos, se ha sentado en una mesa lejana con un puro pequeño y un café.

Iván deja la cuchara.

— Ros.

— Sastre.

— Tu madre, ¿está bien?

Le miro. Es la primera pregunta personal que me hace en cinco años. La primera real. La hace mirándome a los ojos, sin la cámara entre nosotros. Tiene los ojos azules muy claros, eso ya lo sabía. Tiene una cicatriz pequeña al lado de la ceja izquierda que no le había visto antes, eso es nuevo. Me tomo un segundo para decidir cómo contestar.

— Mi madre está bien, Sastre. Sola, pero bien. Mi padre murió de un infarto hace siete años en una obra de Lleida y desde entonces se aplica a la viudedad con la misma seriedad que le daba a su trabajo de secretaria del instituto.

— Lo siento.

— Lo asumo.

— ¿Vas a verla a menudo?

— Una vez al mes, dos si me lo piden los hechos.

— Bien.

— ¿Bien?

— Bien que vayas. Mi padre murió hace cuatro años. Yo le veía cada dos semanas porque vivíamos en la misma isla. Me

parece un buen ritmo.

— Tu padre.

— Marinero. Joan Sastre. Cáncer de pulmón. Le falló todo en seis meses.

— Lo siento.

— Lo asumo.

Sonreímos los dos al unísono, una sonrisa torcida, de esas que entiende solo el que está enfrente. Hay un instante de algo. Un instante de no estamos en guerra. Bebemos. Comemos.

Y entonces, porque soy yo, porque no aprendo, porque mi madre tiene razón en lo del cuchillo, suelto:

— Sastre.

— Ros.

— Una cosa.

— Dime.

— Lo que ha dicho Salvador antes, lo de mi madre, lo del recuerdo del año noventa y ocho, ha sido bonito.

— Sí.

— Quería decirlo.

— Vale.

— Y ya está.

Él me mira un segundo más de la cuenta. Entiende que quería

decir otra cosa y no la he dicho. Entiende que quería decir "Sastre, te has comportado como un compañero ahí dentro, no me has interrumpido, te has sentado al lado en silencio". Y entiende que no se lo voy a decir hoy. Asiente. Lleva la cuchara a la boca.

— Vale, Ros.

Salvador, desde su mesa lejana, levanta el puro como un brindis. Iván levanta su copa. Yo levanto la mía. Brindamos sin chocar las copas, en el aire, los tres, como si supiéramos que estamos celebrando algo que no se llama por su nombre.

A las cuatro y media volvemos a la pensión. Iván conduce. Yo voy mirando por la ventanilla. Pasamos junto a un campo de margaritas que no estaba esta mañana porque esta mañana íbamos por otro camino. Iván baja la velocidad sin que se lo

pida. Saca el móvil. Hace una foto rápida del campo desde el lado del conductor. Vuelve a acelerar.

— ¿Para el reportaje?

— Para mí.

— Ah.

— Hay fotos que no son para nadie.

— Apunto.

— ¿Qué apuntas?

— Que hay fotos que no son para nadie. Para una nota a pie de página del reportaje.

— No la pongas.

— ¿Por?

— Porque entonces ya sí son para alguien.

Le miro. Sastre, tienes una cabeza más rara de lo que pensaba. Lo apunto mentalmente. Esto sí no lo voy a poner ni en una nota ni en ningún sitio.

———

A las nueve, en la pensión Maria Lluïsa, Iván sube a llamar a su madre Tonia. Le oigo desde mi habitación a través de la pared, no las palabras, solo la cadencia. Risas pequeñas. Una pausa larga. Una palabra que reconozco, "fill", aunque no quiero reconocerla. Otra pausa. Y después de colgar, oigo

cómo le cuelga el móvil sobre la mesilla y suelta un suspiro corto.

Anoto en mi diario, en la última línea de la entrada del día dos:

"Día dos. Casa Solé. Salvador Solé conocía a mi madre. Mi madre conocía a Salvador Solé. Iván Sastre conoce a su madre Tonia. Yo conozco poco lo que está pasando aquí pero lo voy a anotar todo a ver si lo entiendo después".

Apago la luz. Me duermo casi enseguida.

Y antes de quedarme dormida, oigo a Iván abrir la ventana de su habitación, encender un cigarro y dejar el humo flotar en la noche de Calella. Yo no fumo. Pero el olor a tabaco rubio mezclado con salitre de Costa Brava entra por mi ventana

entreabierta, y me hace, durante un segundo, sentir que estoy en un sitio distinto al que estaba esta mañana.

Lo cual es exacto. Lo cual también, no sé por qué, me molesta un poco.

Apago la luz de la mesilla. Cojo el móvil. Abro Las Carcajadas. Inés y Laura llevan callando desde las seis. Escribo:

"Día dos, Calella. Salvador Solé conocía a mi madre. Iván Sastre se ha portado como un compañero. Estoy bien. Mañana ferry de Barcelona-Alcúdia, once horas en el mar".

Inés contesta dos minutos después.

"Tía, ¿solo eso?".

Laura.

"Tía, danos algo más".

Yo.

"Tías, me voy a dormir. Mañana sigo".

Inés.

"Tía".

Laura.

"Tía".

Yo.

"Tías, queréis hechos. Os doy hechos. Iván Sastre me ha mirado dos veces de un modo que no le había mirado en cinco años. Ha sido una mirada pequeña. Yo llevo cinco años sin

notar miradas pequeñas de hombres que me importan. Me he vuelto sensible al detalle como una catadora vieja. Se acabó el parte".

Inés.

"Tía. Tía. Tía".

Laura.

"Tía, conserva la libreta".

Yo.

"La conservo".

Cierro el grupo. Apago el móvil. Me tumbo bocarriba. La pared, la otra, la del lado de Iván, me devuelve un eco mínimo cuando él se gira por tercera vez en su cama estrecha, una pensión Maria Lluïsa que esta noche, pienso ya con mucho sueño, está siendo testigo de demasiadas cosas para una sola noche.

Pienso, antes de quedarme dormida, en una frase que me dijo mi padre Joan Ros una tarde en Lleida cuando yo tenía dieciséis y me había peleado con el novio que tenía entonces.

Mi padre, que no opinaba de los novios de su hija nunca, ese día opinó. Me dijo:

— Beatriu, los chicos importantes se notan porque te dejan callada.

Y luego me dijo, sin levantar la vista del cable que estaba pelando con un alicate:

— Y cuando te dejan callada y aun así no te molesta el silencio, pelas cable con ellos.

Yo no entendí entonces qué me estaba diciendo. Lo entendí a los veintidós. Se me olvidó a los veinticinco con Tomás Aldán. Lo recuerdo ahora, en una pensión de Calella de Palafrugell, con un fotógrafo mallorquín llamado Iván Sastre dando vueltas en una cama estrecha al otro lado de una pared antigua.

Me duermo con una sonrisa pequeña que no le voy a contar a nadie.

Y eso también lo apunto, no en la libreta, en mi cabeza, donde es peor.

———

A las once de la noche, con la luz apagada, todavía despierta, oigo cómo Iván cierra la ventana, apaga su luz y se mete en la cama. La pared entre nosotros es de un grosor histórico, pero no tanto. La cama de su habitación protesta cuando él se sube a ella, igual que la mía con menos volumen. Se queda quieto. Pasan dos minutos. Se gira. Otros dos. Vuelve a girar. Yo, que

no tengo intención de oír todo esto y aun así lo oigo, me pongo el almohadón sobre la cabeza para no oír.

No funciona. Las almohadas de pensión Maria Lluïsa son finas. Apunto eso para Tendencias Madrid, donde Inés tiene una sección que se llama "almohadas que no almohadan", una sección que se inventó hace un mes a propósito de un viaje que hizo a Cuenca. Es una broma profesional entre nosotras. Apunto. Apunto que cuando esto vuelva, le mando a Inés una entrada para su sección. Apunto que Iván Sastre me hace pensar en cosas para Inés. Apunto que esto último no se lo voy a contar a Inés.

A las once y media, sin avisar, oigo en la pared opuesta tres golpecitos pequeños. Toc-toc-toc. Levanto la cabeza del almohadón. ¿Iván llamando a la pared? ¿Esto es una broma? Espero. Pasan diez segundos. No hay respuesta a mi no respuesta. Y luego, con la cadencia de un señor que se ha

animado y está llamando a su madre desde la cama, los tres golpecitos otra vez.

Levanto la mano. Doy tres golpecitos.

Pausa. Otros tres del lado de Iván.

Otros tres míos.

Y luego una pausa larga, y por debajo de la puerta de la habitación nueve, oigo una voz baja, baja, baja:

— Ros.

— Sastre.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Y nada más. Y se acabó el experimento de los golpecitos. Y los dos nos giramos en nuestras camas con un sonido que se oye perfectamente desde el otro lado, y los dos sabemos que lo del otro se oye, y los dos decidimos no apuntar nada de eso ni en libretas ni en otro sitio.

Yo lo apunto.

A las doce y diez me duermo. Tengo el sueño raro que tienen las mujeres que han comido bien, han bebido medio vino blanco, han recibido una palmadita inesperada de un señor de setenta y cuatro años que conocía a su madre, han dejado a un señor mallorquín fumar en la ventana al lado de su misma

noche y se han comportado durante todo el día como si la cosa no fuera con ellas.

La cosa va con nosotras. Pero hoy, a las doce y diez, eso no se admite todavía. Lo apunto para mañana. Mañana es ferry de Barcelona a Alcúdia. Mañana son once horas de barco. Mañana habrá tiempo de admitir cosas.

5

Once horas de mar

El ferry de Trasmediterránea sale del puerto de Barcelona a las once de la noche y llega a Alcúdia a las diez de la mañana. Once horas de mar. La furgoneta queda aparcada en la bodega cuatro, pegada a un coche con matrícula de Soria que pertenece a una pareja de jubilados que han decidido tomarse el ferry como aventura del año. Iván habla cinco minutos con el señor de Soria sobre el motor de la Multivan. Yo me quedo a un lado mirando una foto en el móvil que me ha mandado Inés, en la que aparece una rebaja de Zara que claramente no me hace ninguna falta y que me he puesto a mirar como si me hiciera muchísima falta. Es lo que se llama "evitar la conversación con los presentes mediante la conversación con los ausentes". Estaría preocupada por mí si no fuera porque también lo hacen las demás.

Subimos a cubierta. El barco huele a gasoil, a sal y a comida de máquina. Iván lleva la cámara colgada al cuello otra vez, como si fuera un crucifijo. La mochila Patagonia a la espalda. Su gorra negra calada hasta media frente. Me lleva la maleta sin

pedir permiso y sin esperar agradecimiento. Yo llevo el portátil, la libreta y un libro que no voy a abrir.

Las cabinas son dos, contiguas, número catorce y quince. Compactas. Una cama, un baño minúsculo, un ojo de buey por el que no se ve nada porque es de noche, una luz de lectura sobre la cabecera. Iván abre la quince. Yo abro la catorce.

— Ros.

— Sastre.

— Yo voy a dormir directo. ¿Tú?

— Yo voy a trabajar dos horas y luego veo.

— Vale.

— Vale.

— Si necesitas algo, llamas a la pared.

— Sastre, aquí no hay pared a la que llamar.

— ¿Cómo que no?

— Es un mamparo de barco. Si llamo a la pared se cae el barco.

— No se cae el barco.

— Es metafórico.

— Vale, Ros. Llama metafóricamente.

Me río. Me río un segundo y luego me arrepiento de reírme y luego dejo de arrepentirme porque el día ha sido largo, hemos cargado la furgoneta a las cinco de la tarde, hemos hecho el trayecto Calella-Barcelona puerto en hora punta, y a las once

de la noche reírse cinco segundos de un chiste tonto de un compañero de trabajo no es ningún crimen.

Me meto en la cabina catorce. Cierro. Saco el portátil. Saco la libreta. Empiezo a transcribir las notas del día dos. Las transcribo bien. Las transcribo limpio. Las transcribo con una eficiencia rara, como si la cabina del ferry me estuviera prestando una concentración que en mi piso de Tirso de Molina no encuentro nunca. Quizá sea porque no hay vecinos que tiren de la cisterna. Quizá sea porque hay un motor de barco vibrando en el suelo debajo de mis pies y eso, en alguna parte primitiva del cerebro, le dice a una "estás siendo trasladada, este tiempo es regalo, aprovéchalo".

A la una y media estoy bostezando. Cierro el portátil. Me lavo los dientes en el baño minúsculo, donde el espejo está empañado por nada. Me meto en la cama. La cama del ferry es estrecha y dura y me gusta. Apago la luz. Me duermo en cuatro minutos.

Sueño con Lleida. Con el patio del instituto Joan Solé i Pla. Con mi madre detrás de un mostrador de secretaría echándole bronca a un alumno de tercero. Con mi padre, que en el sueño está vivo, asomado a una ventana con un destornillador en la boca, diciéndome "Beatriu, baja a por pan". Bajo a por pan. El sueño se acaba.

Me despierta el motor del barco haciendo un cambio de ritmo, lo que significa que estamos cerca de Alcúdia. Miro el reloj. Las nueve menos veinte. He dormido siete horas y media seguidas, lo cual no me pasa en mi cama desde aproximadamente nunca.

Me levanto, me lavo la cara, me visto. Pantalón corto vaquero, camiseta gris de manga corta, deportivas. Salgo al pasillo. La

puerta de la quince está entreabierta. Asomo la cabeza con un poco de cuidado, no porque me importe el pudor de Iván, sino porque me importa el mío y no querría verle cambiándose de calzoncillos por la mañana en mi primer día en Mallorca.

No está.

———

Le encuentro en la cubierta de proa, apoyado en la barandilla, con una camisa azul claro de manga corta arrugada de dormir y un termo en la mano. La cámara colgando, claro. Lleva las gafas de sol negras. Me ve venir. Me alarga el termo sin decir nada. Me siento al lado.

— ¿Café?

— Café.

Lo abro. Está caliente todavía. Caliente de verdad. Bebo del tapón.

— Sastre, ¿desde cuándo somos tan civiles?

Sonríe sin enseñar los dientes. Mira al horizonte. La isla de Mallorca se ve a lo lejos como una mancha alargada de tierra,

montañas detrás, una costa que se va dibujando con la luz nueva.

— Desde que me he dado cuenta de que catorce días son catorce días.

— Es buena respuesta.

— La he pensado dos horas.

— Mira tú.

— Anota.

— Anoto.

Saco la libreta. Apunto, de broma, "Sastre dice que es buena respuesta porque la ha pensado dos horas". Iván me mira escribir.

— ¿Vas a poner eso en el reportaje?

— No, esto es para mi diario.

— ¿Tienes un diario?

— Tengo un diario.

— ¿Para qué?

— Para acordarme de las cosas.

— ¿Y por qué quieres acordarte de esto?

— Porque es mejor que el café.

Iván se ríe. La risa de Iván Sastre es una risa pequeña, sin sonido, casi solo un movimiento de hombros, pero le baja a la

cara entera. Se le marcan unas arrugas en los lados de los ojos que no le marcan cuando está serio. Me distraigo medio segundo. Vuelvo al café.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Cuánto llevas haciendo este oficio?

— Periodismo o viajes.

— Lo segundo.

— Ocho años. Empecé al año de licenciarme. Al principio para revistas pequeñas, luego para Tendencias Madrid y al final para Panorámica. Marina me fichó hace cinco años.

— Yo el premio fue hace cinco años.

— Lo sé.

Silencio. Y aquí Iván hace una cosa que no esperaba. Una cosa que es propia de él, lo entiendo más adelante, pero que en ese momento del barco me sorprende. No esquiva el tema. No lo aborda tampoco. Lo deja en el aire un segundo. Mira el termo

de café, lo cierra, lo deja en el banco entre los dos. Después, sin mirarme, dice:

— Hablamos de eso en algún momento del viaje, si quieres.

— ¿Tú quieres?

— Yo creo que toca.

— Ya.

— No hoy.

— No hoy.

— Vale.

— Vale.

Y se queda mirando el horizonte, las gafas de sol no me dejan ver si me está mirando con el rabillo del ojo o no. Decido pensar que no. Decido pensar que está mirando el horizonte. Decido que el café del termo está bueno. Decido que Mallorca, vista desde el ferry de las nueve de la mañana, tiene un color que no había visto nunca, un color entre verde y azul que no le pertenece ni al mar ni a la tierra. Lo apunto en la libreta. Esto sí va al reportaje.

———

Llegamos a Alcúdia a las diez y diez. Bajamos la furgoneta. Iván se pone al volante porque Mallorca es su isla y porque la carretera Alcúdia-Sóller, pasando por la Sierra de

Tramuntana, es de las cosas que él conoce con los ojos cerrados y yo conozco solo de Google Maps.

— ¿Te importa que pare en un sitio antes de Sóller?

— ¿Qué sitio?

— Una panadería que me pilla de paso.

— ¿Para qué?

— Para llevarle a mi madre coca de pataca. Le hace ilusión cuando llego.

— Sastre.

— Qué.

— Eso es muy de hijo bueno.

— Lo sé.

— Mira tú.

Iván se ríe esa risa de hombros suya. Conducimos. Yo voy de copiloto con la libreta apoyada en una rodilla apuntando cosas del paisaje. Coca de pataca, anoto. Comprobar qué es, anoto. La carretera entra en la Sierra de Tramuntana después de Inca. El paisaje cambia de plano costero a verticales con olivos centenarios, paredes de piedra seca, pueblos blancos en la ladera. Iván baja la ventanilla. Entra olor a tomillo y a algo

más, algo que huele a herbario seco. Saco la cabeza un segundo. Me da el viento en la cara.

— ¿Esto siempre huele así?

— En mayo, sí.

— En mayo va a ser mi mes preferido a partir de hoy.

— Lo apunto — dice él.

— ¿Tú apuntas ahora?

— Aprendo de la maestra.

Le miro. Sonríe. Sigo apuntando, distraída. Me he olvidado de qué estaba apuntando. Empiezo otra vez. "Sierra de Tramuntana, mayo, olor a tomillo y herbario, Iván aprende de la maestra".

Borra eso, Beatriz.

No lo borro.

Lo subrayo.

———

Llegamos a Sóller a la una de la tarde. La calle de Sa Lluna es estrecha, empedrada, con casas de piedra ocre, y la casa de Iván es la número catorce: dos plantas, fachada con macetas de geranios rojos, puerta de madera oscura con un llamador de hierro forjado en forma de cabeza de león. Un cartel pequeño en azulejo al lado del marco dice "Casa Sastre, 1873".

Aparcamos en una plazoleta pequeña a treinta metros, porque la calle es tan estrecha que cabe una bicicleta y medio gato.

Iván saca la mochila Patagonia, el equipo de cámara, su maleta y mi maleta. Le digo:

— Sastre, dame algo, no me trates como si fuera invitada de tu prima.

— Es que eres invitada de mi madre.

— ¿Tu madre?

— Mi madre te ha hecho ya una habitación. La del sobrino mediano. Se llama el cuarto del telar porque hay un telar antiguo en el rincón.

— Sastre, ¿me has metido en tu casa sin avisarme?

— Ros, yo te avisé ayer al mediodía. Tú me dijiste "vale".

— Ah.

— Sí.

— Vale.

Y empezamos a subir por la calle de Sa Lluna, los dos cargando, cada uno con lo suyo más algo del otro, y la puerta de la casa Sastre se abre antes de que lleguemos a tocar el llamador, porque María Antonia "Tonia" Mas, sesenta y ocho años, jubilada profesora de primaria de Palma, viuda de Joan Sastre el marinero, está esperando detrás como llevaba esperando esta mañana toda la mañana sin decírselo a nadie. Lo sé porque tiene el delantal puesto, las manos llenas de

harina y la sonrisa de las mujeres que han preparado una mesa antes de que su hijo llame al timbre.

— Fill — le dice a Iván —. I la Bea.

Y a mí me llama Bea sin haberme conocido. Y me da un beso en cada mejilla con las manos en alto para no mancharme con la harina. Y me dice:

— Pasa, pasa. Hay coca y olives y una sopa porque hace fresco hoy aunque tú piensas que no.

Y entro. Y la casa Sastre huele a pan y a mantequilla y a azahar. Y el suelo es de baldosa hidráulica antigua. Y hay un patio interior con una higuera y una buganvilla. Y hay una mesa de madera grande puesta para tres. Y Iván suelta las maletas, deja la cámara en una silla y dice "mama" como un niño de quince años, no como un señor de treinta y siete.

Y yo me quedo en la puerta, dos segundos, con la libreta en una mano y la pulsera de cuero girada en la muñeca, y pienso una cosa que no quería pensar todavía:

"Beatriz, esto no estaba en el guion".

Y lo apunto. En la libreta no, en la cabeza. Que es el peor sitio para apuntar nada porque ahí no se borra.

———

Pau, el sobrino de Iván, tiene seis años y sabe nueve palabras seguidas en castellano y luego se cambia a mallorquín como si tuviera un interruptor en la frente. A las dos de la tarde, cuando ya hemos comido la sopa de matanzas y la coca de pataca y la compota de albaricoque, Pau decide que yo soy interesante por dos motivos: porque tengo una libreta negra y

porque hablo "como las de Madrid" (sus palabras, dichas con mucha seriedad). Pau no ha estado nunca en Madrid. Pau no piensa ir a Madrid hasta que sea mayor y le dejen ir a un partido del Atlético, según me dice mientras me coge del meñique y me arrastra al patio.

— ¿Sabes cómo se llama esta higuera, Bea?

— ¿Cómo se llama, Pau?

— Joana.

— ¿Joana?

— Como mi tía abuela. Le puso el nombre el padre del padre de mi padre.

— Pau, eso es mucho padre.

— Mi tía dice que no es mucho. Que es lo justo.

Pau me sienta en una silla de hierro pintada de verde. Saca una caja con una colección de tapones de botellas, ordenados por colores, que ha estado coleccionando durante seis meses. Me los va presentando uno por uno como si fueran personajes de Rey León. La presentación dura veinticinco minutos. Yo apunto los nombres en la libreta porque Pau me lo pide ("Bea, apúntalo, que se te olvida"). Apunto. Bach (tapón rojo de cerveza), Antonia (tapón azul de leche), Tomeu (tapón verde

de gaseosa, en honor a su padre), Pep (tapón amarillo de zumo).

Iván nos mira desde el porche con una sonrisa pequeña que finge no tener. Tiene la cámara en la mano pero no la levanta. Lo apunto en la cabeza, junto al inventario de Pau.

A las cinco menos diez, Margalida se lleva a Pau y a sus hermanos al baño porque luego van a la playa de Port de Sóller con Tomeu antes de cenar. Joan, el mayor, doce años, alto y serio, me da la mano antes de irse. La da fuerte, como un hombrecito.

— ¿Tú escribes en revistas?

— Sí.

— ¿Y se lee?

— Algo.

— Vale.

Y se va. Aina, nueve años, me da un beso en la mejilla y me trenza un mechón de mi pelo cobrizo en una trenza pequeña que sujeta con un goma elástica de su muñeca. Me dice "guapa" y se va corriendo. Pau me da los tapones que he

apuntado en la libreta. "Te los regalo, Bea, son para que no te olvides".

Me quedo con cuatro tapones de botella en la palma de la mano y los miro como una niña en su primera comunión. Joder. Esto es peor de lo que pensaba.

———

Iván me ve con los tapones en la mano. Se acerca. Se sienta enfrente, en otra silla de hierro verde. Pone los antebrazos en

las rodillas. Me mira los tapones. Me mira a mí. Me mira otra vez los tapones.

— Ros.

— Sastre.

— Mi sobrino te quiere.

— Es tu sobrino.

— Lo es. Y me quiere mucho. Y reparte el cariño con criterio.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Tu familia te repara así a las periodistas que pasan por aquí en plan de trabajo?

— Mi familia no ha tenido nunca a una periodista pasando por aquí en plan de trabajo, Ros.

— Mira tú.

— Mira tú.

Cierro la mano sobre los tapones. Me los meto en el bolsillo del pantalón corto. Me levanto. Me sacudo polvo de albaricoque del muslo (los albaricoques de Tonia caen del

árbol al patio sin permiso). Iván se levanta también. Quedamos cara a cara debajo de la higuera Joana.

— Sastre, voy un rato a la habitación a trabajar.

— Vale.

— Si me ves bajar a las nueve, es que sigo viva.

— Si no te veo bajar a las nueve, voy a buscarte.

— ¿Por qué irías a buscarme?

— Por si te hubieras quedado dormida. La cama del telar es traidora.

— ¿Es traidora?

— Es de hierro y duerme bien. Demasiado bien para una periodista que tiene reportaje que cerrar.

— Vale.

— Vale.

Subo las escaleras. Cierro la puerta del cuarto del telar. Me siento en el escritorio bajo la ventana. Saco el portátil. Lo abro. La pantalla se ilumina. Pongo música baja, una lista de spotify que se llama "trabajar despacio" que monta Inés cada tres meses con piano y cuerda. Empiezo a transcribir notas de Calella. Salvador Solé. Conchi Vallés. Suquet de pescado. Servilleta de Dalí. Un tomate del huerto de Salvador. Mariano, el peón de cocina de Salvador, con una boina manchada de aceite que lleva desde 2003. Apunto. Apunto. Apunto.

A las nueve menos cuarto, no sé cuándo, me he quedado dormida sobre el portátil con la cabeza apoyada en el

antebrazo izquierdo. Me despierta un toque de tres golpes en la puerta. Levanto la cara. Tengo una marca del cable del cargador en la mejilla. Joder.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Sigues viva?

— Sastre, me he quedado dormida.

— Lo sabía.

— ¿Cómo lo sabías?

— Porque eres tú.

— Voy.

Bajo en cinco minutos, tras pasarme un poco de agua por la cara y disimular la marca del cable con la mano. Lo cual no funciona. Tonia, en cuanto me ve, sonríe.

— Te has dormido en la mesa, Bea.

— Tonia.

— A mí también me pasaba con cuarenta. A los sesenta deja de pasar porque ya no te concentras tanto.

— Tonia, eso ha sido cruel.

— Es verdad.

Iván se ríe la risa de hombros. Tonia se ríe la risa larga de las viudas mediterráneas. Y yo, durante una décima de segundo, en el umbral de la cocina de Sa Lluna catorce, en Sóller, en

mayo, con cuatro tapones de botella en el bolsillo y una marca de cable de cargador en la mejilla, me siento en familia. Lo apunto a mi cabeza con todas las precauciones del mundo. Las cabezas, ya he dicho, no se borran.

6

Sa Lluna

Tonia ha cogido el bus de Palma esta mañana para recibirnos en la casa de Iván en Sóller. Llega con dos bolsas de la compra y un delantal en la mochila como si fuera a quedarse una semana, aunque solo se queda dos noches. La casa de la calle de Sa Lluna catorce, dice ella, "respira mejor cuando hay una mujer en la cocina y una habitación abierta para invitados", y como su hijo no entra en ninguna de las dos categorías, viene ella.

La habitación del cuarto del telar tiene una cama de hierro, una colcha blanca de algodón con bordados, una ventana que da a la calle de Sa Lluna, una mesilla de madera oscura con una jarra blanca llena de margaritas frescas, y un telar antiguo de cinco palos en el rincón cubierto con una sábana ocre para que no se llene de polvo. Cuando Tonia me lo

enseña, abre el ventanal de la habitación, me mira muy seria, y me dice:

— Si no estás bien aquí, me lo dices y te llevamos a la pensión de Apol·lònia, que es buena gente y me debe un favor.

— Tonia, estoy bien. Está preciosa.

— ¿Sí?

— Sí.

— Vale. Pues a comer, que la sopa se enfría.

Y en una hora ya he comido sopa de matanzas (que en Mallorca, descubro, es de cerdo, no como las sopas castellanas, sino más espesa y con pan), coca de pataca con sobrasada y una compota de albaricoque hecha por Tonia con la fruta del árbol del patio, mientras Iván me presenta a Margalida (cuarenta años, médica de familia en el ambulatorio de Sóller, parecida a Iván en los ojos azules muy claros pero con el pelo más oscuro, casada con Tomeu Frau, profesor de matemáticas, tres hijos: Joan de doce, Aina de nueve y Pau de seis), a Tomeu (cuarenta y dos años, calvo simpático, le da la mano a una con las dos manos a la vez como si le entregara un regalo), a Joan, a Aina y a Pau (que se sienta directamente en mis rodillas a comer porque ha decidido que le caigo bien antes de saber mi nombre).

A las cinco de la tarde, Iván sale a fotografiar la luz de Sóller con la cámara y Margalida y Tomeu se van con sus tres a casa. Se quedan Tonia y yo en la cocina lavando platos. Le digo que

no hace falta, que ya friego yo. Tonia me mira por encima del hombro y me dice una cosa que pienso anotar más tarde:

— Bea, en mi cocina, las invitadas friegan. Las amigas secan. Las hijas guardan. Tú hoy elige.

— Yo seco.

— Vale.

Y secamos los platos en silencio durante diez minutos hasta que Tonia, mirando un plato con el paño en la mano, sin levantar la vista, suelta:

— Mi marido te apreciaba.

— ¿A mí?

— A ti. Por la reseña aquella del 2021. La del restaurante de Deià. La leyó tres veces. Decía que eras de las pocas periodistas que entendía cómo se trabajaba en una cocina de pueblo.

— ¿Su marido leía Panorámica?

— Mi marido leía todo lo que le señalaba mi hijo. Y Iván, en aquel momento, le señaló esa reseña.

Me he quedado quieta con la copa en la mano y el paño suspendido. Tonia sigue secando. No me mira. Me pone

delante un secreto sin envoltorio y luego sigue con su faena como si no hubiera dicho nada.

— Tonia.

— Bea.

— ¿Iván le señaló a su padre la reseña?

— Iván le señaló a su padre la reseña. La fotocopió y se la subrayó. Yo lo vi.

— ¿Y por qué?

— Eso le tienes que preguntar a él. Yo solo seco platos.

Termina de secar la copa. La pone en el escurridor. Se gira hacia mí. Me mira. Tiene los ojos un poco rojos pero no llora, es solo cómo le quedan los ojos a las viudas a partir de los sesenta.

— Bea.

— Tonia.

— Yo soy mayor. Yo digo lo que pienso. Si no te quieres oír cosas, ahora me dices "Tonia, calla", y yo callo.

— Tonia, no calle.

— Vale. Iván volvió de Madrid hace siete años con una mala cara que me asustó. Le pasaba algo y nunca quiso decirme qué. Yo hice de mujer mallorquina que no pregunta lo que no le dicen. Pero hace cinco años, con lo del premio, le vi una mala cara peor. Y a los seis meses, en una cena, le dije "fill,

¿qué te pasa con ese premio?", y él me dijo "mama, calla". Y callé. Y aquí seguimos cinco años después callando.

Trago saliva. Apoyo la copa en el secador. Cojo aire.

— Tonia.

— Bea.

— ¿Por qué me cuenta esto?

— Porque te he visto entrar por la puerta esta mañana y por cómo te he visto, sé que tú también llevas cinco años callada con algo. Y porque a mi edad, las cosas hay que decirlas en voz alta, hija, que después una se muere y se las lleva.

Tonia me da una palmada pequeña en el brazo y se va al patio a recoger ropa del tendedero. Yo me quedo en la cocina, sola, con un paño en la mano y un nudo en la garganta del tamaño exacto de un secreto de cinco años. Entonces respiro, dejo el paño, salgo al patio en sentido contrario al de Tonia y subo a la habitación del cuarto del telar a sentarme en la cama. Saco la libreta. La abro. La cierro. Vuelvo a abrirla. Escribo:

"Iván Sastre fotocopió mi reseña de 2021 y se la subrayó a su padre marinero antes de que muriera de cáncer hace cuatro años".

Cierro la libreta.

Bajo a buscarle.

———

Pero no me hace falta buscarle, porque Iván vuelve a las nueve, cuando yo bajo a poner la mesa de la cena con Tonia, y trae una bolsa con olives de la frutería, un litro de vino blanco

de un viticultor de Binissalem y un nuevo color en la cara, el color de un hombre que se ha pasado tres horas andando por una sierra y ha decidido cosas en el camino.

La cena somos los tres, porque Margalida y Tomeu cenan en su casa con los niños. Tonia ha hecho tumbet (patata, berenjena, calabacín, pimiento rojo y salsa de tomate) y un par de salchichas blancas hechas en un horno de leña a las afueras de Sóller. Comemos despacio. La conversación es ligera. Tonia nos cuenta una anécdota del catequista de Pau y los tres nos reímos. Iván me sirve vino sin que se lo pida. Yo no me termino la copa.

A las once Tonia se va a acostar y nos da un beso a cada uno en la frente. A mí también. A mí también. Me quedo un segundo quieta con la frente caliente. Tonia me mira un instante más y dice:

— Bea, los platos los lavamos los chicos.

— Tonia.

— Bea, ya está.

Y se va.

E Iván y yo nos quedamos solos en la cocina, con la mesa puesta, los platos sucios, el grifo cerrado, la luz amarilla del techo, y el silencio de una casa de Sóller a las once de la noche que es el silencio más cargado de cosas no dichas que he oído en mi vida.

Yo me pongo el delantal. Él se arremanga. Yo lavo. Él seca. Hablamos del calor que hace en mayo en Mallorca, de la diferencia entre tumbet y pisto manchego, de la coca de pataca, del tipo de aceitunas que más le gustan a su madre. Y,

cuando ya quedan dos platos en el agua, Iván deja el paño en el grifo, coge aire y dice:

— Ros.

— Sastre.

— Lo del premio del 2021.

Cierro el grifo.

— Sastre, ¿ahora?

— Ahora.

— Vale.

Apoyo las dos manos en el borde de la encimera. Miro el agua jabonosa girar lento alrededor del último plato. No quiero mirarle a la cara.

— Lo del premio del 2021 fue una putada, Ros. Y yo lo sabía. Lo supe esa noche en el patio del Reina Victoria. Lo supe cuando tú me miraste desde la mesa y te diste cuenta de que el premio se lo daban a la foto y no a la reseña. Y yo, cuando me dieron el cheque, abrí la boca para decir "esto en realidad es un trabajo conjunto, esto se lo merece también la periodista Beatriz Ros, la reseña sin la foto valía pero la foto sin la reseña no". Y no lo dije. No lo dije. No lo dije, Ros. Y me llevé el cheque, y me llevé el reconocimiento, y me llevé una bio profesional con la frase "ganador del premio Lola Iglesias 2021" durante cinco años. Y nunca tuve agallas de devolver

nada. Y lo siento. Lo siento de verdad. Llevo cinco años queriendo decirte esto y no he tenido el valor de buscarte.

Trago saliva. El agua jabonosa se detiene. El grifo gotea una vez. Otra vez. Otra.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Por qué ahora?

— Porque mi madre me ha mirado hoy en la cocina con una cara que solo me pone cuando piensa que estoy haciendo una cobardía.

— Tonia.

— Tonia.

— Vaya.

— Sí.

Silencio. El segundo plato se queda en el agua. No lo termino de lavar. Iván deja el paño doblado en el borde del fregadero. Apoya las dos manos en la encimera al lado de las mías, cerca

pero sin tocar. Le miro de reojo. Tiene los nudillos blancos de la fuerza con la que se está apoyando.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Le subrayaste mi reseña a tu padre?

Levanta la vista. Me mira. Se queda quieto un segundo y luego, despacio, asiente.

— Sí.

— ¿Por qué?

— Porque mi padre me había enseñado a ver lo que merece la pena. Y aquella reseña, Ros, era de las cosas que merecen la pena. Y le dije "papà, mira lo que ha escrito esta tía". Y él la leyó. Y la releyó. Y luego me dijo "Iván, esto es buena gente. Esta gente la tienes que cuidar". Y yo seis meses después subí a recoger un cheque que era medio suyo y no la cuidé.

Se le rompe la voz un milímetro en "no la cuidé". Lo arregla. Sigue.

— Lo siento, Ros.

Cierro los ojos. Cojo aire. Lo suelto. Pienso siete cosas a la vez y ninguna sirve para contestarle.

Pienso "Sastre, llevas cinco años durmiendo con esto". Pienso "yo también". Pienso "tu padre me habría caído bien". Pienso "qué injusto es que se hayan muerto los padres de uno y otro y nosotros estuviéramos pegados al mismo sector y no nos

hayamos dicho nada". Pienso "esto se podría haber evitado en cinco minutos hace cinco años".

Y pienso "no es momento de perdonarle del todo, Beatriz, este señor te debe esto desde 2021, no se lo regales en una cocina en Sóller a la una de la mañana sin hacerle pagar un poco".

Abro los ojos. Le miro.

— Sastre.

— Ros.

— No te voy a contestar esta noche.

— Vale.

— Voy a dormir y mañana te contesto.

— Vale.

— Pero te voy a decir una cosa.

— Dime.

— Si vuelves a hacerme una cobardía como esa en cualquier cosa, profesional o personal, durante este viaje o después, no

vas a tener una cocina de tu madre en Sóller donde compensarlo. ¿Estamos?

— Estamos.

— Vale.

— Vale.

Le quito el paño de las manos. Termino de secar yo el segundo plato. Lo guardo en el armario alto, ese al que tengo que ponerme de puntillas. Iván me mira hacerlo. No me ayuda. Sabe que ese momento es mío.

— Buenas noches, Sastre.

— Buenas noches, Ros.

Subo las escaleras despacio. Cierro la puerta de la habitación del cuarto del telar. Me siento en la cama de hierro, con la colcha blanca de algodón debajo, y me quedo dos minutos mirando un punto fijo de la pared sin moverme.

Después abro la libreta. Escribo, en el margen de la página del día tres:

"Iván Sastre se ha disculpado por lo del premio del 2021 a la una de la noche en la cocina de su madre Tonia, en Sóller, en la calle de Sa Lluna catorce, mientras lavábamos platos. Le subrayó mi reseña a su padre marinero antes de que el padre

muriera. Tonia me lo ha contado primero. Yo no le he contestado. Mañana le contestaré".

Cierro la libreta. Apago la luz. Me meto debajo de la colcha. La cama de hierro chirría pequeño al recibirme.

Y oigo, desde la habitación que está al otro lado del pasillo, donde Iván duerme cuando viene a casa de su madre, una respiración irregular. No duerme. Lo sabe él. Lo sé yo.

Y por algún motivo que no quiero analizar todavía, eso me hace sentir, durante unos cinco segundos largos antes de quedarme dormida, una cosa que no se llama satisfacción ni se llama venganza, sino otra cosa que va más cerca de "vamos a ver qué pasa, Beatriz, vamos a ver qué pasa".

Vamos a ver.

———

A las cuatro y veinte de la madrugada, sin haber dormido más de cuarenta minutos seguidos, me levanto. Me pongo el camisón, una sudadera de algodón grueso y unas sandalias de andar por casa que me encontré en el armario y que probablemente sean de Margalida o de Tonia o de quien sea. Bajo a la cocina sin encender la luz. La casa está en el silencio de una madrugada mediterránea, ese silencio que solo rompen los grillos del patio interior, un grillo en concreto, uno solo, que canta como si tuviera todo el peso de la representación nocturna del barrio en su cuerpecito.

Me sirvo agua del grifo. Bebo. Me apoyo en la encimera. Me apoyo justamente, con un detalle que detecto enseguida, en el sitio donde se apoyó Iván hace seis horas con los nudillos

blancos. La encimera está fría. La piedra de Binissalem ha bajado la temperatura. Me siento bien fría. Me apoyo más.

Y entonces, como invocado, oigo las escaleras crujir. Cuatro pasos. Iván baja también.

Aparece en la puerta de la cocina con un pantalón corto de pijama gris claro y una camiseta blanca de algodón. Sin cámara. Sin gafas de sol (es de noche). Despeinado. La barba más marcada por las horas. La cicatriz pequeña al lado de la

ceja izquierda más visible bajo la luz mínima que entra desde el patio.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Qué haces aquí?

— Beber agua.

— ¿Y qué haces en la cocina a las cuatro y veinte de la madrugada bebiendo agua?

— Lo mismo que tú haces bajando a las cuatro y veinte de la madrugada a beber agua. ¿O bajas por otra cosa?

— Bajo porque te he oído bajar.

— Sastre.

— Ros.

— No me has oído bajar, no he hecho ruido.

— He oído pasos en el pasillo.

— ¿Tienes oído de murciélago?

— Tengo oído de hijo de marinero. Que es parecido.

Saca un vaso del armario. Se sirve agua. Bebe. Se apoya en la encimera enfrente de mí. Quedamos a un metro y medio en una cocina pequeña. La luz mínima del patio dibuja líneas sobre las baldosas hidráulicas. Los dos descalzos, salvo mis

sandalias gigantescas que probablemente sean del cuñado Tomeu, si lo pienso bien.

— Ros.

— Sastre.

— No te he contestado al "no te contesto esta noche, mañana te contesto".

— Sastre, mañana es ya. Son las cuatro y veinte.

— Ya, claro.

— Pero todavía es de noche. ¿Eso cuenta como anoche o como mañana?

— Cuenta como entre.

— Vale.

— Vale.

Bebe agua. Le miro beber. Tiene la nuez subiendo y bajando

con cada trago. Aparto la vista. Vuelvo a la mía.

— Sastre.

— Ros.

— Te voy a contestar mañana en el desayuno. No ahora.

— Vale.

— Pero te puedo decir una cosa ahora, si quieres.

— Quiero.

— No es tan grave.

— ¿Qué no es tan grave?

— Lo del cheque.

Iván se queda quieto un instante. Apoya el vaso en la encimera. Cruza los brazos despacio. La camiseta blanca se le tensa en los hombros, lo cual es información que registro pero que no proceso porque procesarlo me llevaría a sitios que no son madrugada de cocina de pensión familiar.

— Ros, ¿no es tan grave?

— No, Sastre, no es tan grave. En el sentido cósmico de "tan grave". Sigue siendo grave porque me has hecho una putada y porque has tardado cinco años en decirlo. Pero no es tan grave en el sentido de que no me has matado al perro ni me has

robado la casa. Las dimensiones, Sastre. Mantengamos las dimensiones.

— Vale.

— ¿Vale?

— Vale, Ros.

Sonreímos los dos un milímetro. Es un milímetro y medio. Iván baja la vista al suelo.

— ¿Mañana en el desayuno entonces?

— Mañana en el desayuno.

— ¿Y qué me vas a decir?

— Sastre, ¿quieres que te haga un spoiler?

— Sí.

— No te lo voy a hacer.

— Vale.

— Vale.

Termino mi vaso. Lo lavo. Lo dejo bocabajo en el escurridor. Me giro. Iván sigue apoyado en la encimera, con los brazos

cruzados, mirándome.

— Sastre, deja de mirarme así.

— ¿Cómo?

— Como si fueras a hacer una foto con los ojos.

— Yo siempre miro así.

— Lo sé.

— Solo cuando merece la pena.

— Sastre.

— Ros.

— Subo.

— Sube.

Y subo. Subo despacio. No me giro. Pero le siento mirándome subir las escaleras de Sa Lluna catorce con un camisón fino, una sudadera grande y unas sandalias de cuñado. Y la mirada me sube por las escaleras conmigo, hasta el cuarto del telar, hasta la puerta cerrada, hasta la cama de hierro de Joan, hasta debajo del edredón, hasta los ojos cerrados, hasta justo antes de que me duerma a las cinco menos veinte de la madrugada con una sonrisa pequeña en la cara que no puedo controlar.

Esta vez sí me duermo.

7

Iván

No duermo. A las dos de la mañana sigo con los ojos abiertos en mi cuarto, el de toda la vida, el que mi padre amuebló cuando yo tenía siete años con una cama de madera oscura, una mesa baja para hacer maquetas y un mapa del Mediterráneo clavado en la pared con cuatro chinchetas. El mapa lleva treinta años. Las chinchetas son las mismas. Los puntos pequeños de óxido alrededor de cada una son los mismos. La cama es la misma. La cabeza no.

Bea Ros está al otro lado del pasillo. No la oigo pero la sé ahí. La sé respirando despacio en la cama de hierro de mi sobrino Joan cuando viene a dormir los veranos. La sé con la libreta cerrada sobre la mesilla. La sé enfadada. La sé pensando.

Me levanto. Voy a la ventana. La abro. La luna está alta sobre Sóller esta noche y la calle de Sa Lluna a las dos de la mañana es solo eso, una calle, un gato que cruza, un olor a romero del

balcón de los Salvà. Me quedo dos minutos sin mover nada y me digo en voz baja la palabra que llevo años sin decirme.

— Cobarde.

La digo bien. Sin atajarla. Sin ponerle adjetivo. Lo soy. Lo he sido. Lo he sido en aquel patio del Reina Victoria en mayo de 2021 con un cheque enmarcado en plata barata, y lo he sido durante cinco años sin escribirle un correo a Beatriz Ros, sin llamarla, sin esperar a que me la cruzara en una galería de Madrid hace tres años para decirle algo que no sé si iba a tener sentido a los dos años de quedarme callado, y lo he sido cuando bloqueé yo en mi cabeza el asunto en una caja con la etiqueta "no". Y la caja la he movido cuatro veces. Y cada vez que he firmado un encargo importante con la firma "Iván Sastre, Premio Lola Iglesias 2021" me la he movido un poco más al fondo. Y eso no se llama olvidar. Eso se llama empujar.

Vuelvo a la cama. No me meto. Me siento al borde. Me quito la camiseta. La pongo encima del respaldo de la silla. Me paso las manos por la cara. La barba me pincha menos que esta mañana porque me he afeitado para llegar a casa de mi madre presentable. Mi madre. Tonia. Tonia que esta noche, en la cocina, mientras yo cortaba una cebolla mal cortada porque no sabía cómo mirar a Bea, me dijo en mallorquín muy bajito una sola frase que ya conocía de cuando tenía diecisiete:

— Fill, no donis tantes voltes.

"No le des tantas vueltas". Pero en mallorquín suena mejor porque las vueltas son "voltes" y "voltes" suena a barco. Y mi madre, que es hija de marinero y mujer de marinero, me las

ha dicho siempre con eso, con la idea del barco que da vueltas y no llega a puerto.

He llegado a puerto esta noche. He dejado el cheque viejo en la encimera. Y Bea me ha mirado y me ha dicho "no te contesto esta noche, mañana", y yo he asentido, y al asentir he sentido por primera vez en cinco años el peso del cheque saliéndome del bolsillo trasero del pantalón. Pesaba más de lo que parecía.

———

A las tres me levanto otra vez. Bajo a la cocina sin encender la luz. Los suelos hidráulicos están fríos, los pies descalzos lo agradecen. Saco un vaso, me sirvo agua del grifo, bebo. Me apoyo en la encimera, en el sitio donde Bea apoyó las dos manos hace cuatro horas. La encimera está fría. La piedra de Binissalem aguanta el calor del día y luego, a las tres de la madrugada, te devuelve frío. Me llevo el vaso al patio. Me siento en una silla de mimbre vieja. La higuera tiene esta noche la sombra muy alargada por la luna.

Pienso en mi padre. Pienso en él cuando yo tenía catorce años y un día me llevó al puerto de Palma a las cuatro de la madrugada para enseñarme cómo se descargaba la pesca. Yo era un niño de ciudad pequeña que no había madrugado nunca tanto. Estaba muerto de sueño. Y él, antes de bajar del coche, me dijo:

— Iván, una cosa.

— Qué, papà.

— Lo que vas a ver es trabajo de hombres que llevan toda la noche fuera. Tú vas a estar aquí dos horas y luego te vas a casa a dormir. Cuando un día seas mayor y tengas un trabajo, recuerda que detrás de cada cosa que se ve, hay una cosa que

no se ve. Y la que no se ve es siempre más grande que la que se ve.

Yo no entendí entonces qué me estaba diciendo. Lo entendí a los veintiocho cuando hice una foto de un restaurante de Deià que terminó en una revista digital de Madrid llamada Panorámica con una reseña firmada por una tal Beatriz Ros, y lo entendí a los treinta y dos cuando subí a un escenario a recoger un cheque por aquella foto y no por la reseña, y supe que la foto sin la reseña no era nada porque a la foto le faltaba la cosa que no se veía.

Lo entendí. No lo dije. Cobarde.

Bebo agua. La luna se ha movido. Es lo bueno de la luna, que cuando una se ha quedado mirándola, ella se mueve sin pedir permiso y le marca a una el paso del tiempo.

———

Pienso en Anna Vidal. Pienso en mi ex. Anna catalana, fotógrafa documental, treinta y cinco años, cuatro años de relación, dos años desde que terminó. Pienso en por qué nunca tuve el valor de pedirle que se viniera a vivir a Sóller. En por qué cuando ella me lo planteó, yo dije "Anna, yo aquí cuido a mi madre", lo cual era cierto pero no era todo, lo cual era una verdad parcial y las verdades parciales son una forma elegante de la cobardía, otra cobardía, otra. Pienso en cómo se acabó: ella diciendo "Iván, tú no sabes querer fuera del mapa", y yo callado, y ella haciendo la maleta con esa eficacia silenciosa de las mujeres que han decidido algo hace tiempo y solo esperaban una frase para ejecutarlo.

Pienso en Bea Ros mirándome esta noche con la copa de vino en la mano y sin pedirme una explicación más larga. Y pienso,

por primera vez con todas las palabras, una cosa que llevo evitando pensarme:

"Iván, ¿y si esto es lo que parece?".

Y respondiéndome rápido, en el modo de hombre práctico de Sóller, sin donar tantes voltes:

"Probablemente sí".

———

A las cuatro me meto en la cama otra vez. No me duermo. Doy vueltas. La sábana me pesa. La aparto. Hace calor. Hace frío. Me vuelvo a poner la camiseta. Me la quito. Me la vuelvo a poner. Esto es ridículo. Tengo treinta y siete años y estoy comportándome como un chaval que ha hablado con una chica en una verbena y no sabe qué hacer con las manos.

Cojo el móvil. Abro Instagram. Cierro Instagram. Abro la galería. Me detengo en una foto que hice esta tarde, sin que ella se diera cuenta, mientras yo bajaba por el camino de Bàlitx y ella estaba en el patio de mi madre con una taza de café leyendo algo en el portátil. La luz de las cinco le caía oblicua. La pulsera de cuero del antebrazo derecho. El tatuaje pequeño "anota" debajo de la pulsera, en cursiva fina. Las pecas de los pómulos. El lunar bajo el ojo izquierdo. La media melena cobriza al sol.

Es una buena foto. Demasiado buena. La he hecho con teleobjetivo desde quince metros, sin avisar, lo cual es éticamente discutible y profesionalmente, en mi gremio, un pecado. La he hecho porque he visto una composición y no he pensado, he disparado, y luego he bajado el teleobjetivo y me

he quedado parado en mitad de la calle sin entender muy bien qué estaba mirando.

La borro.

La recupero de la papelera de la galería.

La borro otra vez.

La recupero otra vez.

Joder.

La dejo. Bloqueo el móvil. Lo pongo cara abajo en la mesilla.

A las cinco de la mañana me duermo. Cuarenta y cinco minutos seguidos. A las cinco y cuarenta y cinco me despierto con un canto de gallo del corral del vecino Pere y ya no me vuelvo a dormir.

———

Bajo a la cocina a las siete. Mi madre Tonia está poniendo la cafetera. Lleva una bata azul de andar por casa, una redecilla

de pelo y unas zapatillas de fieltro gris. Me mira. No me dice nada de la cara que llevo. No le hace falta.

— Café, fill.

— Gracias, mama.

— Me acuesto a las once y a las siete despierta. Tu madre.

— Yo, al revés.

— Ya.

Me pone una taza delante. Me pone también una rodaja de coca de pataca con sobrasada.

— Come.

— Mama.

— Come.

Como. Tonia se sienta enfrente. Bebe café. Me mira. Sonríe. La sonrisa es la sonrisa que le ponía a mi padre los domingos.

— Fill.

— Mama.

— Sólo te digo una cosa y ya no te digo más.

— Vale.

— La chica del piso de arriba parece un mapa.

— ¿Cómo?

— Que parece un mapa. Le miras la cara y te entran ganas de

seguirla.

Levanto la cabeza. Mi madre sopla el café. No me mira. Mira la coca. Sigue.

— A tu padre le pasaba con el mar. Y a mí me pasaba con tu padre. Y eso es todo, fill. Eso es todo lo que sé yo de la vida. La gente que parece un mapa, no se queda en casa.

— Mama.

— Ya está.

Y se levanta y se va a regar las macetas del patio. Y yo me quedo en la mesa con el café enfriándose, la coca a medio comer y la frase de mi madre flotándome encima de la cabeza como una nube.

———

Bea baja a las ocho menos cuarto. Lleva un pantalón corto vaquero, una camiseta blanca de tirantes, las deportivas blancas, el pelo recogido en una coleta alta hecha con prisa, y la libreta Moleskine debajo del brazo. Me ve sentado a la mesa. Se sienta enfrente. Coge la cafetera. Se sirve. Se pone azúcar. Me mira por encima del borde de la taza.

— Sastre.

— Ros.

— Café.

— Café.

Bebe. Me mira. Bebe otra vez. Y luego, con la calma de una mujer que ha dormido lo justo y ha decidido lo necesario,

dice:

— Sastre, te perdono.

— Ros.

— Pero te lo voy a recordar a base de cervezas pagadas durante el resto del viaje.

— Aceptado.

— ¿Cuántas cervezas?

— Las que tú quieras.

— Catorce, una por día.

— Catorce.

— Sin protestar.

— Sin protestar.

— Y la primera ahora.

— Ros, son las ocho de la mañana.

— Es metafórico.

— Vale.

Y le sirvo café en su taza. Y ella, que no se esperaba que el café fuera la primera cerveza metafórica, sonríe. Sonríe con los pómulos altos, con las pecas más visibles porque le ha dado el sol del patio por la ventana, con el lunar bajo el ojo izquierdo, con el corte de pelo que mi cámara registró ayer. Sonríe como

sonríe la gente que no sonreía con una hace cinco minutos y de pronto sí.

Y yo siento, en el fondo del estómago, una cosa que no puedo nombrar todavía pero que mi madre ya ha nombrado en la cocina y que no tengo la cobardía suficiente para negarme una segunda vez.

— Sastre.

— Ros.

— Día seis. Es Trenc. ¿Vamos?

— Vamos.

Me termino el café. Me pongo de pie. Cojo la cámara del respaldo de la silla, me la cuelgo del cuello. Bea se levanta. Coge la libreta. Tonia, desde el patio, sin volverse, dice:

— Buen día, hijos.

Le ha dicho "hijos". Bea me mira un instante. No corrige. Yo no corrijo. Mi madre tampoco se corrige.

Salimos a la calle de Sa Lluna. Son las ocho y diez de la mañana. El sol pega ya. La cámara me cuelga. Bea camina al lado, libreta debajo del brazo, coleta alta. Vamos hacia Es Trenc.

Y por primera vez en cinco años, voy a un sitio sabiendo que no voy solo.

———

Por el camino, en la calle de Sa Lluna, se cruza con nosotros Pere Quetglas. Pere es mi mejor amigo desde los siete años,

dueño de la Cafetería Sa Truita, mallorquín de pies a cabeza, cuarenta y cinco, calvo, ancho, con bigote rubio que parece de los años setenta. Lleva el delantal blanco puesto y un trapo en la mano. Sale de Sa Truita justo cuando pasamos por delante.

— Iván.

— Pere.

— ¿Esta es?

— Esta es Bea. Bea, Pere Quetglas. Llevamos siendo amigos desde el colegio Sa Quartera, en Inca.

Bea le da la mano. Pere se la coge entera. Pere tiene una mano enorme. Bea sonríe.

— Pere, qué cafetería más bonita.

— Sa Truita. La trucha. Porque mi padre pescaba truchas en el torrente de Pareis cuando pescar truchas en Pareis era legal.

— ¿Ya no es legal?

— Ya no hay truchas, que es peor.

Pere se ríe. Bea se ríe. Yo me río. Nos quedamos los tres parados en la acera dos minutos. Pere me mira. Me mira como me mira él cuando hace cinco años me dijo "Iván, fill, no te cases nunca" después de que yo le contara que Anna me había

pedido casarnos y yo había contestado "déu, espera". Pere me mira ese tipo de mirada, ahora, con Bea a mi lado.

— Iván.

— Pere.

— ¿Vienes a tomar un café luego?

— Vamos a Es Trenc, Pere. Volvemos por la tarde.

— Por la tarde, entonces.

— Por la tarde.

— Bea, tú también.

— Yo también, Pere.

Y seguimos.

A los veinte metros de la Cafetería Sa Truita, Bea me dice de reojo:

— Sastre.

— Ros.

— Tu amigo Pere se ha quedado mirándote como si te hubiera

visto con un ovni.

— Lo sé.

— ¿Y eso?

— Eso te lo cuento luego.

— ¿Cuándo es luego?

— Luego.

Y le sonrío. Bea me sostiene un segundo la mirada. Asiente. Acepta el "luego". Es una mujer que sabe esperar las respuestas de los que se las merecen, y eso es información sobre Bea Ros que apunto, en mi cabeza, justo al lado del compartimento "no me lo creo todavía pero está pasando".

———

En la furgoneta, conduzco yo. Bea va de copiloto leyendo mensajes del grupo de Las Carcajadas. Le suenan tres

seguidos. Se ríe. Se ríe sin decirme de qué se ríe. Me mira de reojo dos veces. Vuelve a reírse.

— ¿Qué dicen tus amigas?

— Inés y Laura.

— Sí.

— Te están haciendo recuento.

— ¿Recuento de qué?

— De gestos.

— ¿Tuyos o míos?

— Tuyos. Los míos no los cuentan. No les llegan.

— Mira tú.

— Inés escribe que un señor que pone la mano en el hombro a una mujer en una cubierta de ferry sin pedir permiso es

"señor del que apuntar". Le digo que aún no estamos en ferry, que eso ha sido en el patio. Le da igual. Apunta.

— Bea.

— Sastre.

— ¿Qué hablas con tus amigas de mí?

— Lo justo.

— ¿Cuánto es lo justo?

— Suficiente para que ellas tengan opinión y poco para que las opiniones tengan datos.

— Eso es una respuesta de periodista.

— Es la única respuesta que sé dar.

Sonrío al volante. La carretera se abre. La sierra de Tramuntana queda atrás. El sur de Mallorca se vuelve plano y luminoso y un poco amarillento por el sol de mediodía. Bea baja la ventanilla. Se le suelta un mechón de la coleta. Me mira. Sonríe sin pretenderlo.

Pienso en lo que me ha dicho mi madre esta mañana en la cocina. La gente que parece un mapa, no se queda en casa. Pienso en lo que me ha dicho Pere con la mirada hace diez minutos. Pienso en cómo Bea se acaba de soltar el mechón de la coleta y no se ha dado cuenta. Pienso en que llevo conduciendo seis minutos sin pensar en la carretera. Vuelvo a la carretera. Pongo las dos manos en el volante. Aprieto un poco. Suelto.

La furgoneta huele a aceite de oliva, sí. Tonia ha metido una garrafa pequeña de aceite extra virgen del molino del padre

Cifre, en Caimari, en mi mochila a escondidas, "para que se la lleves a la chica cuando llegue a Madrid". Mi madre. Mi madre tiene un punto de cómic.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Tienes hambre?

— Algo.

— Yo también. Vamos a Es Trenc, comemos en Es Trenc.

— Vale.

— Vale.

Y conducimos. Y por primera vez en mucho tiempo, conducir con alguien al lado no me pesa. Se llama compañía, lo sé. Se llama compañía pero hace cinco años que no la tengo a esta distancia y se me había olvidado el nombre. Se llama compañía, Iván. Lo digo bajo, en mallorquín, en mi cabeza:

"Companyia".

Y sigo conduciendo.

8

Es Trenc

Conducimos a Es Trenc por la carretera Ma-19 con la Tramuntana detrás y el sur de Mallorca delante. Iván conduce. Yo voy de copiloto con la libreta abierta y el ventilador de la furgoneta haciéndome cosquillas en las pantorrillas. Pasamos Llucmajor, Campos. La carretera se vuelve recta y plana. Los olivares dan paso a campos de almendros y, después, a vías que parecen anchos pasillos de albero entre cañizos.

Es Trenc no es un chiringuito. Es Trenc es una idea de chiringuito. Está en una caseta de madera que en otro momento histórico fue el almacén de una salinera, en una cala que se llama "Salines des Trenc", y lo lleva Lucía Costa, cincuenta y dos años, valenciana de Calp pero mallorquina por adopción desde los veinticinco, ojos verdes, pelo gris claro corto, tatuaje grande de un pulpo en el antebrazo derecho que se le ve cuando levanta los brazos para servir.

Aparcamos en un descampado de tierra. Iván saca su equipo. Yo saco la libreta y la mochilita. Caminamos por una senda de arena fina hasta el restaurante. Lucía nos espera en la puerta

con un trapo blanco en el hombro y una sonrisa que es la sonrisa de las mujeres que han visto pasar muchísima gente y deciden cada vez quiénes le caen bien y quiénes no en los primeros tres segundos.

— Bea Ros.

— Lucía Costa.

— Iván Sastre.

— Bienvenidos. Pasa, pasa. Hay café y hay calor.

Pasamos. Es Trenc por dentro tiene una barra larga de mosaico azul cobalto, ocho mesas de madera, una pared con fotografías antiguas de los salineros del siglo pasado y, al fondo, una cocina abierta con una plancha grande, dos paelleras, una mesa de mármol blanco para pescados y un horno de leña que Lucía tarda en encender los días de viento. Hoy no hay viento. Hoy hay sol y aire quieto y el olor de las salinas entrando por la puerta lateral abierta como una promesa.

Lucía es una entrevista de las que se firman solas. Le pregunto poco. Le dejo hablar. Ella me cuenta cómo llegó a Mallorca con veinticinco años huyendo de un novio que pegaba (no me lo cuenta así, me lo cuenta después de tres preguntas como si fuera un detalle, y yo, como periodista, decido que no lo voy a poner así en el reportaje, lo voy a transformar en una frase digna y la voy a publicar con su consentimiento, primer principio del oficio aprendido en la facultad), cómo se enamoró de un salinero llamado Toni que la trajo a esta costa, cómo Toni murió en el dos mil quince de un accidente en una barca, cómo ella cogió las llaves de la caseta del padre de Toni y montó esto poco a poco, sola, sin socio, cocinando por la mañana, sirviendo por la tarde, cerrando a las once de la

noche, durmiendo cinco horas, abriendo a las nueve de la mañana otra vez.

— Lucía, ¿cómo aguantas?

— Bea, yo no aguanto. Yo vivo. Es distinto.

Apunto eso. Lo apunto entero. Lucía me alarga un café cortado y un trozo pequeño de coca de trampó. Lo apunto también. Iván fotografía las salinas desde la puerta lateral, los montones blancos de sal contra el azul del mar, las trabajadoras con pamela y bota de agua que arrastran la sal con un rastrillo, el cielo de Mallorca de mediodía. Yo le miro a él de reojo mientras Lucía me cuenta lo del pulpo del antebrazo.

— ¿Te lo hizo Toni?

— Me lo hizo yo, Bea. Yo tatúo.

— ¿Tatúas?

— Tatúo. Hace veinte años. Aquí no, en Palma. Vengo de allá una vez al mes a hacer dos o tres clientes. Es lo que me da paz.

— Lucía, eres demasiado para un solo reportaje.

— Bea, todos los chiringuitos son demasiado para un solo reportaje. Por eso los hay.

Sonrío. Apunto. Apunto más.

———

Comemos al filo de las dos en una mesa fuera, debajo de un toldo de cañizo. Pulpo asado con patatas a lo pobre, un revuelto de huevos con sobrasada, ensalada de tomate de

Manacor y un vino blanco de Felanitx que Lucía pone a la mesa con la botella ya empezada porque "yo no sirvo botellas cerradas a quien me cae bien, Bea". Iván, al lado, deja la cámara colgada del respaldo. Comemos. Lucía come con nosotros un rato y luego se va a la cocina porque entran tres alemanes con cara de tener hambre del Norte.

Iván se sirve más vino. Me sirve también a mí. Le miro. El sol le da en los ojos azules muy claros. Tiene los pómulos un poco rojos del sol del coche. La barba corta. Una camisa de lino azul claro que no le había visto antes. La camiseta debajo se ve por el cuello desabrochado, blanca lisa.

— Sastre.

— Ros.

— Una cosa.

— Dime.

— ¿Tú siempre miras así?

— ¿Cómo?

— Como si todo fuera una composición.

Iván deja la copa en la mesa. Se queda quieto un segundo.

— Solo cuando merece la pena.

Lo ha dicho mirándome. Lo ha dicho sin la cámara entre nosotros. Lo ha dicho con el sol cayéndole encima. Lo ha

dicho como un hombre que sabe lo que está diciendo y ha decidido no esquivarlo.

Y yo me quedo dos segundos sin saber dónde poner los ojos. Bajo la vista a la copa. La copa es bonita. La copa es perfectamente igual a cualquier otra copa que haya visto en

mi vida y aun así la miro como si en ella hubiera una solución a esto. No la hay. Levanto la copa. Bebo.

— Sastre, eso ha sido bueno.

— Lo he pensado dos horas.

— Mira tú.

— Anota.

— Anoto.

Saco la libreta. Apunto, en el margen, "Sastre solo mira así cuando merece la pena". Iván se asoma desde su silla a leer. Le tapo la libreta con la palma de la mano.

— Es para mi diario.

— Vale.

— No mires.

— No miro.

— Mira.

— Miro.

— Mira lo que mires de aquí en adelante con cuidado, Sastre. Que ya tienes la cámara muy suelta.

— La tengo muy suelta.

— Lo sé.

Sonreímos. Sonreímos los dos a la vez. Es la segunda vez en dos días. Llevamos la cuenta en silencio. La cuenta sale a favor

del viaje.

———

A las cinco volvemos a la furgoneta. Iván me deja al volante porque dice que quiere fotografiar la luz de la tarde por la ventanilla. Conduzco. Él va de copiloto con la cámara apoyada en el regazo, disparando ráfagas pequeñas de tres en tres a campos, casas, cipreses solos en mitad de un camino, una vaca, una niña en bicicleta.

A los veinte minutos, sin avisar, gira la cámara hacia mí. Click.

— Sastre.

— Ros.

— Sastre, no me hagas fotos.

— Es una.

— Es una de muchas, te conozco.

— Es una.

— Borra.

— No.

— Sastre.

— Ros, mira un segundo.

Me gira la cámara hacia mi cara. La pantalla. Y ahí estoy yo conduciendo una furgoneta por una carretera de Mallorca con el pelo cobrizo despeinado por el viento de la ventanilla, las pecas, el lunar bajo el ojo izquierdo, los ojos avellana mirando

la carretera, una pulsera de cuero en la muñeca izquierda agarrando el volante. Y en la pantalla de la cámara, esa Bea Ros, mira de un modo que yo no me reconozco. Mira con luz. Mira con foco. Mira como si supiera algo que yo no sé.

— Sastre.

— Es buena.

— ¿Esa soy yo?

— Esa eres tú trabajando.

— No estoy trabajando. Estoy conduciendo.

— Para ti es lo mismo.

— Sastre.

— Te la mando.

— ¿Me la mandas?

— Por WhatsApp. La quieres.

— No la quiero.

— La quieres.

Se gira a la pantalla. Le da a un botón. Mi móvil, en el

reposabrazos, vibra una vez. Foto recibida. Joder.

— Sastre, eres muy mandón con tu cámara.

— Es mi trabajo.

— Vale.

— Vale.

Conduzco veinte minutos más en silencio. Iván saca otra foto, esta vez del retrovisor. Otra. Otra. Yo dejo de protestar. Lo apunto mentalmente para protestar mejor más tarde cuando lo necesite.

———

Volvemos a Sóller a las siete y media. Tonia ha hecho una segunda cena, esta vez con Margalida y Tomeu y los tres niños, porque mañana nos vamos al ferry de Valencia y Tonia no quiere despedirse a la francesa. Cenamos en el patio con la higuera detrás. Pau, el de seis, se sienta otra vez en mis rodillas. Aina me trenza el pelo con una cinta verde de regalo. Joan, el mayor, le pide a Iván que le enseñe cómo se hace una foto con poca luz, e Iván le hace una al níspero del fondo del patio que sale tan bien que Margalida le pide que se la imprima.

A las once, después de cenar, después de los niños dormidos, después del helado de almendra, después de la conversación larga de Tomeu sobre la pesca tradicional en Sóller y los planes de la cofradía, Tonia se levanta y se va a fregar a la

cocina con Margalida. Margalida, antes de entrar, me agarra del codo y me dice al oído:

— Bea, tú quédate en el patio con mi hermano.

— Margalida.

— Bea, no protestes.

Y se va.

Y me quedo en el patio con Iván Sastre, una higuera, una luna, el resto de un vino blanco en una jarra, y un silencio de Sóller a las once y cuarto que es tan limpio que parece imposible.

Iván me sirve más vino. No tengo sed pero acepto. Se sirve a sí mismo. Brinda. Brindamos sin chocar, otra vez en el aire, los dos.

— Sastre.

— Ros.

— Tu madre te ha dicho una cosa esta mañana.

— ¿Cuál?

— La de "hijos".

— Ya.

— ¿Tu madre llama "hijos" a las mujeres que pasan por aquí?

— No.

— ¿No?

— No, Ros. Mi madre ha llamado "hijos" a Anna, mi ex de

cuatro años, dos veces en cuatro años. Y a ti hoy, primera mañana.

— Mira tú.

— Mira tú.

Bebo. El vino blanco está caliente. No me importa. Iván me mira por encima del borde de la copa. Yo le miro por encima del borde de la mía. Hay un instante en el que parece que va a decir una cosa más, una cosa que se le forma en la frente y en los labios y en los ojos azules muy claros. No la dice. Se traga

la frase con un sorbo de vino. Se le marca un gesto pequeño en la mandíbula que registro y me llevo en el inventario.

— Sastre.

— Ros.

— Mañana ferry, ¿no?

— Mañana ferry.

— Once horas otra vez.

— Once horas otra vez.

— Voy a dormir poco.

— ¿Por qué?

— Porque tengo que pasar a limpio mucho de Lucía.

— Yo también voy a dormir poco.

— ¿Por qué?

— Porque sí.

— Vale.

— Vale.

Levanta la copa. La acaba. Se levanta. Recoge la jarra y mi

copa. Yo me levanto también.

— Sastre.

— Ros.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Pero antes de irse a la cocina con la jarra, antes de cruzar la puerta, se gira. Me mira desde el umbral con la luz amarilla de la cocina detrás haciéndole un contraluz que cualquier fotógrafo, incluido él mismo, mataría por captar.

— Ros.

— Sastre.

— Lo de hoy en la furgoneta.

— ¿Lo de la foto?

— Sí.

— Qué.

— Esa eras tú trabajando, sí. Pero también eras tú ahí.

— Sastre.

— Buenas noches, Ros.

Y entra. Y desaparece detrás de la puerta. Y yo me quedo en el patio sola, debajo de la higuera, con la luna alta sobre Sóller, con el corazón en una posición rara que no le había sentido desde, calculo, marzo de 2019, fecha exacta en la que Tomás Aldán me dijo "Bea, me he enamorado de Lara, mi sumiller",

y antes de eso, calculo, abril de 2014, fecha exacta en la que un chico de la facultad de Periodismo llamado Hugo me besó por primera vez en una terraza de Argüelles.

No es la misma posición. Es una posición nueva. Y eso me asusta más que las dos anteriores juntas.

Subo a la habitación del cuarto del telar. Cierro la puerta. Apoyo la espalda en la madera. Cierro los ojos. Cojo aire. Lo suelto. Cojo aire otra vez. Lo suelto.

Saco la libreta. Apunto, en la entrada del día seis:

"Día seis. Es Trenc. Lucía Costa, cincuenta y dos años, valenciana, tatuadora ocasional, viuda. Pulpo asado. Coca de trampó. Sastre me ha hecho una foto en la furgoneta y ha dicho que esa era yo trabajando. Y luego ha dicho otra cosa en el patio. Ha dicho 'pero también eras tú ahí'. Y luego se ha ido. Y yo me he quedado".

Cierro la libreta. Me meto en la cama de hierro de mi sobrino mallorquín postizo Joan. Apago la luz. Y antes de dormirme, mientras cuento ovejas mallorquinas que cruzan la luna entre la ventana y la pared, una sola pregunta me da vueltas:

"Beatriz, ¿estás bien?".

Y la respuesta, en voz baja, mirando al techo, es:

— Beatriz, mañana lo sabes.

Y me duermo.

———

A las siete de la mañana, antes de levantarme, oigo abajo la voz de Tonia y la voz de Margalida. Margalida ha bajado

temprano del ambulatorio de Sóller para despedirse antes de que nos vayamos al ferry de Valencia. Se tienen un café en la mesa del patio, debajo de la higuera Joana, y aunque el patio interior está lejos del cuarto del telar, las voces suben por la fachada como suben las voces en las casas de piedra antiguas: limpias, finas, audibles si una afina el oído.

No quiero afinar el oído. Lo afino. Soy yo. Soy así.

— Mama, no presiones.

— Filla, no presiono.

— Mama, sé cómo eres con esto.

— Filla, soy de las mujeres que han visto pasar muchas cosas. Yo no presiono. Yo solo miro.

— Mama, miras como una farera de Formentor.

— Margalida, eso es muy bonito.

— Mama.

— Filla, una pregunta.

— Dime.

— ¿La chica te gusta?

Pausa. Margalida está bebiendo café. Yo, en el cuarto del telar, con el oído girado hacia la ventana, contengo la respiración.

Margalida pone la taza encima del platillo. La oigo.

— Mama, la chica está bien.

— Filla, eso no es la pregunta.

— Mama, la chica me cae bien. Mira a mi hermano de un modo que hace tiempo no le mira nadie.

— ¿Y mi hijo?

— Mama, mi hermano la mira de un modo que jamás le he visto mirar a nadie.

— ¿Ni a Anna?

— Mama, ni a Anna.

Pausa. Tonia bebe café.

— Margalida.

— Mama.

— Pues a callar y a ver.

— A callar y a ver.

— Vale.

— Vale.

Y se cambian de tema. Y yo, en la cama del cuarto del telar, con el camisón del Inés-asturiano y las pecas alborotadas por el sol de Es Trenc, me quedo mirando el techo de viga de

madera con un nudo en la garganta y otro en alguna otra parte que no he ubicado bien. Joder.

Me siento en la cama. Saco la libreta. Apunto, en el margen del día seis:

"Margalida y Tonia desayunando esta mañana en el patio. Margalida ha dicho que su hermano me mira de un modo que jamás le ha visto mirar a nadie, ni siquiera a Anna. Tonia ha

dicho 'a callar y a ver'. Yo, escuchando desde el cuarto del telar como una becaria mal educada, he apuntado todo".

Cierro la libreta. Me ducho rápido. Me visto. Bajo. Margalida se ha ido. Tonia está sola con la taza vacía y un trapo doblado en la mano. Me mira entrar.

— Bea, fill.

— Tonia.

— ¿Has dormido?

— Algo.

— Mejor que nada.

— Sí.

Tonia me sirve café. Pone delante una rodaja de pan tostado. Me mira sentarme.

— Bea.

— Tonia.

— Una cosa.

— ¿Sí?

— Lo que he dicho ayer en la cocina, lo de mi marido y la

reseña.

— Sí.

— No se lo cuentes a Iván.

— ¿Por qué?

— Porque mi hijo a su padre le quería más de lo que sabe cómo decirle. Y aquello lo hizo él solo, sin saber por qué, y lo guardó para él. Y si tú se lo cuentas, va a saber que yo te lo conté primero. Y eso entre madres e hijos no se hace.

— Tonia.

— Bea.

— Vale.

— Gracias.

— Gracias.

Como pan tostado en silencio durante tres minutos. Tonia se levanta. Recoge la taza. Antes de irse a la cocina, pone la mano

en mi hombro un instante. Me da un golpe ligero. Y dice, sin girarse:

— Cuídamelo, fill.

Y se va.

Y yo me quedo en el patio con un nudo nuevo, esta vez tres tallas más grande que el anterior, masticando un pan tostado que me sabe a una cosa rara.

Cuídamelo.

A mí Tonia Mas me ha dicho cuídamelo. Tonia Mas, sesenta y ocho años, viuda, jubilada profesora de primaria, madre de Iván Sastre. A mí, Beatriz Ros, treinta y tres años, divorciada hace tres, periodista freelance de viajes. Cuídamelo.

Joder.

Apunto eso. En la libreta. Subrayado tres veces.

A las nueve y diez bajamos a la furgoneta los dos, las maletas hechas, la cámara colgada al cuello de Iván, la libreta debajo del brazo mío, y a las nueve y veinticinco Tonia se queda en la

puerta de la calle de Sa Lluna catorce con un trapo blanco saludando con la mano y diciendo:

— Hijos, que vaya bien.

Y se mete en casa antes de que me dé tiempo a llorar yo. Que casi.

Iván conduce. Yo voy de copiloto con la libreta cerrada sobre las rodillas. La carretera se abre hacia Inca otra vez. Iván me

mira de reojo dos veces.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Estás bien?

— Sastre, estoy bien.

— ¿Seguro?

— Sí.

— Vale.

— Sastre.

— Ros.

— Tu madre.

— Mi madre.

— Es mucha mujer.

— Lo sé.

— Sí.

Y sonrío. Y miro por la ventanilla. Y Mallorca, en mayo, a las nueve y media de la mañana, con la sierra detrás, los almendros delante y un olor a tomillo entrando por la ventana, parece, durante un segundo, una postal escrita por Tonia Mas a una hija que no ha tenido pero que decidió tener esta misma semana por su cuenta. Apunto eso también. La postal. Y sigo en silencio hasta el ferry.

9

Cubierta de noche

El ferry de Alcúdia a Valencia sale a las once y media de la noche y llega a las diez y media de la mañana. Once horas otra vez. La furgoneta entra a la bodega tres con la matrícula de Madrid llena de polvo seco de carretera mallorquina y un olor nuevo que efectivamente, como Iván vaticinó hace cuatro días en la C-32, ya no es desinfectante de coche nuevo, sino una mezcla de aceite de oliva (el que efectivamente ha comprado Tonia esta mañana en una garrafa pequeña que se nos ha derramado un dedo en el suelo), de cuero del asiento que ha cogido el sol del aparcamiento de Alcúdia, y de algo más, más sutil, que no se nombra y que es el olor que tienen las furgonetas cuando dos personas han pasado seis días dentro juntas.

Subimos a cubierta. Iván me lleva la maleta otra vez. Yo llevo el portátil. Hace una noche templada con un poco de brisa. El barco se separa del muelle a las once y media en punto y

empieza a abrirse en el mar de Mallorca. La isla se ve detrás como una mancha de luces que se va volviendo pequeña.

Las cabinas son contiguas otra vez. Cinco y seis, en la planta media, lado babor. Iván abre la cinco. Yo abro la seis.

— Ros.

— Sastre.

— Cinco minutos a cubierta antes de dormir.

— ¿Para qué?

— Para mirar el mar.

— Sastre, son las doce.

— ¿Y?

— Las doce de la noche.

— ¿Y?

— Vale, cinco minutos.

Suelto la maleta dentro. Iván suelta la suya. Subimos a la cubierta del nivel siete. La cubierta a las doce de la noche está casi vacía. Hay una pareja en una esquina hablando en alemán. Hay un señor con un cigarrillo apoyado en la barandilla mirando un punto fijo que probablemente es Mallorca y probablemente no. Y nosotros.

Iván saca de la mochila Patagonia un termo. Otro termo. Saca una bolsa de papel con dos pastas envueltas en servilleta blanca. Las pastas son de almendra. Tonia las hizo esta mañana. Tonia las ha metido a escondidas en la mochila de

Iván junto a una nota a mano que dice "fill, una para ti, otra para Bea". Me lo cuenta Iván abriendo la bolsa.

— Tu madre.

— Mi madre.

Bebemos café. Comemos pastas. Apoyados los dos en la barandilla de babor, mirando el mar negro, escuchando el motor del barco vibrar bajo los pies.

Y entonces Iván empieza a hablar de su padre.

———

No sé cómo empieza. No me doy cuenta hasta que ha empezado. Empieza por una frase suelta, como si fuera una continuación de otra que ha dicho dentro de su cabeza diez minutos antes y ahora la suelta:

— Mi padre me trajo a este barco una vez.

— ¿A este?

— A este no, a uno parecido. Trasmediterránea, Alcúdia-Valencia, en el año noventa y siete. Yo tenía nueve años. Él me llevó a ver a un primo de él que vivía en Valencia y se moría. Cáncer. Se murió a los seis meses. Pero mi padre me llevó al barco con él para que el primo me viera antes de morirse.

— Sastre.

— Yo no entendí qué hacíamos en ese barco. Era de noche. Yo dormí con él en una cabina parecida a la nuestra. Él no durmió. Yo me desperté a las cuatro de la madrugada y le encontré sentado en el borde de la cama con la cabeza entre

las manos. Le pregunté "papà, ¿qué te pasa?". Y él me dijo "Iván, nada, vuélvete a dormir".

Asiento. Le miro de reojo. Tiene los ojos en un punto fijo del mar. La cámara, por una vez, no la lleva. Se la ha dejado en la cabina. Lo cual significa que esta conversación no va a ser fotografiada.

— Cuando le diagnosticaron el cáncer hace cuatro años — sigue —, yo volví de Madrid a Sóller en una semana. Dejé el alquiler. Dejé un piso en el barrio de las Letras que era una cueva pero me gustaba. Dejé tres encargos. Dejé a Anna, no del todo todavía, pero dejé el ritmo que llevábamos. Volví a Sóller a vivir en mi casa. Estuvo cinco meses enfermo. Yo lo cuidé en casa con mi madre y con Margalida. Murió un sábado de septiembre a las cinco de la tarde. Le tenía cogida la mano. Margalida le tenía la otra. Mi madre estaba en la cocina haciendo café. Yo siempre he pensado que mi madre estaba

haciendo café porque no quería estar dentro cuando pasara. Y eso me pareció bien. Cada uno pasa lo suyo donde puede.

Trago saliva. No le interrumpo. Hay conversaciones que se rompen si una mete la cuchara antes de tiempo.

— Y desde entonces — dice —, esta ruta del ferry, Alcúdia-Valencia, no la había vuelto a hacer.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Por qué la haces conmigo?

— Por trabajo.

— Sastre.

— Vale, no solo por trabajo.

Le miro. Se gira a mirarme. Tiene los ojos azules muy claros con la luna detrás. Las pestañas le hacen sombra mínima en la mejilla. La cicatriz pequeña al lado de la ceja izquierda está marcada por la luz lateral del foco de la cubierta.

— ¿Por qué?

— Porque hay gente con la que sí se puede.

Y lo deja ahí. Y lo deja como un fotógrafo deja una foto en blanco y negro: sin explicar, sin disculpar, sin enmarcar.

Yo me quedo dos respiraciones sin decir nada. Bebo café. Lo trago despacio. Apoyo el termo en la barandilla. Y entonces, porque me sale, porque es justo, porque se le ha ofrecido a

una y una tiene que aprender a recibir devolviendo, le cuento lo de mi padre.

———

— Mi padre se llamaba Joan Ros. Era electricista. De Lleida. Trabajaba para una empresa pequeña, Instalacions Ros i Fill, fundada por mi abuelo. El fill era él, claro, porque mi hermano Marc estudió ingeniería industrial y nunca quiso meterse en el negocio. Mi padre era un hombre que hablaba poco y arreglaba mucho. Lo arreglaba todo. Si una cosa hacía un ruido raro en casa, mi padre se levantaba a las once de la noche, abría la caja de herramientas y se ponía con ella hasta las dos de la madrugada. Una vez le pregunté "papà, ¿por qué no esperas a mañana?", y me dijo "Beatriu, lo que se puede arreglar hoy no merece dormir mal". Tenía cincuenta y siete años cuando se murió. Estaba en una obra en Cervera, encima de una escalera, cambiando una caja de mecanismos en un techo. Le dio un infarto fulminante. Cayó hacia atrás encima de un compañero. El compañero le rompió la caída. Lo bajaron del andamio. Lo metieron en la ambulancia. Llegó muerto al hospital.

Cojo aire.

— Yo estaba en Madrid haciendo un reportaje sobre vinos del Penedès. Se ríen las cosas. Me llamó mi hermano Marc. Yo estaba comiendo en una bodega con dos bodegueros y un cocinero. Salí. Cogí el AVE. Llegué a Lleida a las once de la noche. Mi madre me esperaba en la estación. Me abrazó y no lloró. Le dije "madre, no llores", y me dijo "hija, no estoy llorando". Y no lloraba. Lloró tres semanas después, en su

cocina, lavando un plato. La encontré así. Ese día sí lloré yo con ella.

Iván asiente.

— ¿Le echas de menos?

— Cada día.

— ¿Cómo?

— Como si tuviera al lado una habitación cerrada en mi piso de Tirso de Molina y no pudiera abrir la puerta. Está. No está. Está. No está. Da igual cómo sigas la frase: la habitación cerrada está siempre.

— Ros.

— Sastre.

— Eso es exactamente.

— ¿Verdad?

— Verdad.

Silencio. El motor del barco vibra debajo de los pies. La pareja alemana se ha ido. El señor del cigarrillo se ha ido. Quedamos

él y yo en la cubierta del nivel siete con dos termos casi vacíos y dos historias contadas.

— Sastre.

— Ros.

— Otra cosa.

— Dime.

— Esto que estamos haciendo.

— ¿Esto?

— Esto. Hablar así.

— Sí.

— ¿Es normal entre dos personas que llevan cinco años enfadadas por un cheque?

Iván se queda quieto un instante. Se ríe. Se ríe la risa de hombros.

— Ros, no es normal nada.

— Vale.

— Vale.

— Sigo apuntando.

— Sigue.

— — —

Bajamos a las cabinas a las dos de la madrugada. La cubierta

se ha quedado vacía vacía. El pasillo del nivel cinco está iluminado con luces fluorescentes blancas que dan a una cara de cadáver, en consecuencia evito el espejo del fondo del pasillo. Llegamos a las puertas. Iván saca la llave de la cinco. Yo saco la llave de la seis.

— Ros.

— Sastre.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Y entonces, sin avisar, sin pensarlo, sin pedir permiso (pero sin asustarme, también), Iván me pone la mano derecha en el hombro izquierdo. Solo eso. La mano. Encima de la tela fina de mi camiseta. La deja un segundo. Dos. Tres. La quita.

— Buenas noches, Ros.

— Buenas noches, Sastre.

Entra en la cinco. Cierra. Yo entro en la seis. Cierro. Apoyo la espalda en la puerta. Me llevo la mano al hombro. Aprieto un poco con los dedos donde él ha apoyado la palma. La tela de la camiseta está caliente. Todavía. Caliente. La piel debajo, también.

Cierro los ojos. Joder.

———

Me meto en la cama. Apago la luz. Cierro los ojos. Los abro. No me duermo. Llevo dos horas despierta cuando miro el reloj, son las cuatro. Llevo tres cuando lo miro otra vez, son las

cinco. El motor del barco vibra. Yo vibro. Es una vibración rara. La vibración del barco es regular. La mía no.

Pongo el móvil en silencio para no oír mensajes. Inés y Laura llevan callando desde las once. Bien. No quiero hablar con ellas esta noche. No quiero hablar con nadie esta noche. Quiero quedarme en esta cama estrecha y dura con la mano

todavía caliente del hombro izquierdo y entender qué me está pasando.

Hago una lista. Las listas, en mi cabeza, en momentos de pánico, ordenan.

Lista de hechos.

Uno: hace cinco años, Iván Sastre se llevó un premio que yo sentía mío y no aclaró nada y se quedó el cheque.

Dos: hace cuatro días, Iván Sastre se subió a una furgoneta conmigo en el aeropuerto del Prat y empezó este viaje con cara de funcionario tenso.

Tres: hace tres días, Iván Sastre me defendió en silencio en una entrevista con Salvador Solé en Calella de Palafrugell.

Cuatro: hace dos noches, Iván Sastre me pidió perdón por lo del premio en la cocina de su madre Tonia, en Sóller.

Cinco: ayer Iván Sastre me hizo una foto en la furgoneta y me dijo "esa eres tú trabajando, pero también eras tú ahí".

Seis: hace tres horas, Iván Sastre me ha contado lo de su padre marinero en una cubierta de ferry en mitad del mar.

Siete: hace cuarenta minutos, Iván Sastre me ha puesto la

mano en el hombro durante tres segundos exactos.

Lista de sentimientos.

Uno: he aprendido a respetarle como compañero de trabajo.

Dos: él me cae mejor de lo que admito.

Tres: yo le caigo mejor a él de lo que él admite.

Cuatro: la mano en el hombro la he sentido durante tres horas.

Cinco: la voy a seguir sintiendo durante todo el ferry.

Seis: probablemente la voy a seguir sintiendo durante el resto del viaje.

Siete: esto es un problema.

Lista de soluciones.

Uno: ninguna.

Cierro los ojos. Cojo aire. Lo suelto. Cojo aire. Lo suelto. Me digo en voz baja, mirando el techo de la cabina seis del ferry Alcúdia-Valencia:

— Beatriz, no te enamores. Beatriz, no te enamores. Beatriz, por favor, no te enamores.

Pero el problema con las listas, con los pánicos y con los Beatrices, es que cuando una se las dice a sí misma a las cinco y veinte de la madrugada en la cama de un barco, ya es tarde.

Me duermo a las seis menos cuarto.

A las diez y cuarenta y cinco, una voz de megafonía en

valenciano dice "atenció senyors passatgers, atracarem al port en quinze minuts".

Me visto. Cojo la maleta. Salgo al pasillo. Iván sale al pasillo a la vez. Lleva la cámara colgada del cuello otra vez. Lleva la misma camisa azul claro de ayer pero limpia, lo cual significa que tiene dos iguales o ha lavado en algún sitio. Me mira. Yo le miro. Ninguno dice nada del hombro. Ninguno dice nada de la cubierta. Ninguno dice nada de los padres muertos.

— Ros.

— Sastre.

— Café.

— Café.

Y bajamos juntos a la cafetería del barco a tomar un café antes de que el barco atraque en Valencia. Y mientras bajamos por las escaleras, una detrás del otro, yo voy delante, él detrás, le siento la mirada en la nuca como si fuera un foco. No me giro. No le digo "Sastre, deja de mirarme la nuca". Lo apunto en la libreta mental.

Lo apunto subrayado.

———

La cafetería del barco a las once menos diez de la mañana es un sitio de plástico beige con sillas atornilladas al suelo, máquinas tragaperras a un lado y un televisor pequeño en la esquina con un canal local en valenciano que da el parte meteorológico de la Comunidad. Hace bueno hoy en la Comunidad. En todas partes hace bueno hoy. Pedimos dos cafés y dos cruasanes a una camarera que se llama Vanesa,

según la chapa, y que es uruguaya, según el acento, y que nos pregunta si queremos azúcar moreno o normal. Iván dice "moreno". Yo digo "normal". Vanesa apunta. Vanesa se ríe.

— Una pareja con desacuerdo en el azúcar.

Lo dice ella. Le mira a él. Le mira a mí. Y se va a la barra.

Iván me mira por encima del cuello del cruasán que ha cogido sin esperar.

— Ros.

— Sastre.

— "Pareja con desacuerdo en el azúcar".

— Vanesa la uruguaya tiene su tradición.

— ¿Esta semana le decimos a alguien que no?

— A alguien le tendremos que decir, Sastre.

— ¿O no?

Lo dice así. Lo dice sin sonreír del todo. Lo dice como si fuera una pregunta seria con dos opciones legítimas. Yo me quedo

con el café a medio camino de la boca. Joder.

— Sastre.

— Ros.

— Es muy temprano para esa pregunta.

— Vale.

— ¿Vale?

— Vale, Ros.

Bebe café. Yo bebo café. Vanesa nos trae unos pequeños sobrecitos de mermelada de fresa industrial y dos cuchillas de plástico para abrir el cruasán por la mitad. Ninguno de los dos los abre. Comemos el cruasán entero. La conversación se queda en suspenso sobre la mesa como un mosquito que ninguno de los dos quiere apartar.

A las once y diez el barco atraca en Valencia con un golpe suave contra el muelle. Megafonía. Bajamos a la bodega. La furgoneta huele todavía a aceite de oliva y, debajo, a algo nuevo: a sal del puerto de Valencia. La hemos abierto antes de subir.

Iván se pone al volante. Yo de copiloto. Salimos del puerto. Cogemos la N-332 dirección sur. Cullera a setenta kilómetros. Iván conduce con la izquierda apoyada en la ventanilla y la derecha en el volante. El sol de mediodía valenciano cae a plomo. Bajo la visera. Iván no necesita.

Vamos veinte minutos en silencio. No es silencio incómodo. Es silencio de barco. Es silencio de "después de hablar mucho de noche, de día se descansa". Yo trabajo en la libreta. Apunto

fragmentos de Es Trenc para el reportaje. Apunto el tatuaje del pulpo de Lucía Costa. Apunto la frase "yo no aguanto, yo vivo, es distinto". Apunto que esa frase debería abrir la sección de Es Trenc en el reportaje. Apunto. Apunto.

A los cuarenta minutos, Iván habla.

— Ros.

— Sastre.

— Lo del azúcar.

— ¿Lo de Vanesa?

— Lo de Vanesa.

— Sí.

— Lo he dicho sin querer y luego lo he dicho queriendo.

— ¿Qué parte de queriendo?

— La de "o no".

— Vale.

— Pero no quería forzar nada.

— Sastre, tranquilo.

— ¿Estoy tranquilo?

— Tú no. Yo, regular.

— Vale.

— Vale.

— Siguiente parada Cullera.

— Siguiente parada Cullera.

Y conducimos. Y yo, en la libreta, apunto en una columna nueva titulada "número ocho de la lista de la madrugada":

"Iván Sastre acaba de decir que dijo lo de 'o no' queriendo. Y de inmediato ha dicho que no quería forzar nada. Lo cual, en lenguaje Sastre, es una declaración de intenciones honesta y todavía no del todo madura. Subrayar".

Subrayo.

A las doce y media entramos en Cullera. La pensión Casa de la Tía Pepa está en el casco antiguo. Ya conocemos el camino, lo hemos mirado en Google Maps cuatro veces. Aparcamos en el paseo. Cargamos. Iván va delante con las dos maletas. Yo voy detrás con la libreta, el bolso y la cámara de él (me ha pedido por favor que se la lleve un momento mientras tira de las dos maletas, primera vez en cinco años que Iván Sastre suelta su Fujifilm, y he aceptado con una solemnidad ridícula).

Cuelgo la cámara de mi cuello. Pesa más de lo que pensaba. Lo apunto. Camino con ella. Me siento, durante quince metros, una versión de mí misma que no había sido nunca, que es la versión "periodista que lleva la cámara del fotógrafo" y eso,

en el universo Sastre-Ros que llevamos cinco años pintando, es un gesto pequeño con consecuencias grandes.

Al llegar a la puerta de la pensión, Iván suelta las maletas, se gira, me ve con la cámara colgada del cuello, y antes de cogerla me hace una foto con el móvil.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Me has hecho una foto?

— Sí.

— ¿Por?

— Para mí.

— Vale.

— Vale.

Me quita la cámara con un gesto suave. Me roza, sin querer (¿sin querer?), el cuello con el dorso de la mano cuando levanta la correa para sacármela. Yo finjo no notarlo. Él finge no haberlo hecho. La realidad es que los dos lo hemos notado y los dos vamos a fingir durante todo el día que no.

Llamo a la puerta. Pepa Romero abre. Y empieza la siguiente parada.

10

Casa Pepe

Cullera huele a paella en mayo. No hay otra forma de decirlo. Cullera huele a paella en mayo del modo en que Lleida huele a manzana en septiembre y Madrid huele a castaña en noviembre. Es un olor de calendario. Bajamos del ferry a las once menos diez de la mañana, salimos del puerto de Valencia a las once y media, cogemos la N-332 dirección sur y a la una y cuarto estamos entrando en Cullera por la avenida del Racó.

La pensión Casa de la Tía Pepa es una casa de dos plantas con fachada azul claro, pintura descascarillada con gracia, balcones con macetas de albahaca y una puerta con aldaba. La calle es estrecha, peatonal, en el casco antiguo, debajo del peñón con el castillo. Aparcamos la furgoneta a quince minutos andando, en una zona azul al lado del paseo marítimo. Iván carga las dos maletas. Yo no protesto.

La dueña Pepa Romero, setenta y ocho años, viuda, ojos pequeños y vivos, pelo blanco con dos pasadores rojos, bata de flores azules sobre un vestido beige, nos recibe en la puerta

con una sonrisa que tiene tres dientes de oro y la expresión de una mujer que se ríe a tu costa antes de saber tu nombre.

— ¿Vosotros sois los de la revista?

— Sí, somos nosotros.

— ¿Una habitación o dos?

Lo dice de un tirón. Mirando alternativamente a Iván y a mí. Tiene el ojo izquierdo levemente caído pero, debajo, una mirada de mujer a la que no se le pasa nada por alto, y menos a las dos del mediodía con dos forasteros con maleta y polvo de carretera en los zapatos. Yo respondo rápido.

— Dos.

— Eso pone la reserva, dos. Pero pregunto por si acaso.

— Pregunte usted siempre, Pepa, que es tu casa.

— Mira tú qué simpática.

— Yo soy Bea.

— Bea, encantada. Sube por la escalera, primer piso, izquierda y derecha. Las llaves las tienes ya en las puertas. Hay sábanas limpias. Cena a las nueve, en la cocina, conmigo. Si no queréis cenar conmigo, hay un par de bares en la esquina y en la plaza.

— Cenamos contigo, Pepa.

— Lo digo Iván. Lo digo Iván, no yo. Yo iba a contestar otra cosa. Iba a contestar "hoy bares, mañana ya veremos". Iván se me ha adelantado. Le miro con una ceja levantada. Él se

encoge de hombros, sin la cámara entre nosotros (ahora la lleva al hombro de la mochila Patagonia, dentro de la funda).

— ¿Te molesta?

— No me molesta.

— Pepa parece divertida.

— Pepa parece peligrosa.

— Es lo mismo.

— A veces.

Pepa, desde la puerta, oye todo. Esto, descubro durante el resto del día, es una cualidad estructural de Pepa: oír todo desde donde sea. Sonríe con sus tres dientes de oro y dice:

— Subid, hijos. La sopa de las tres no espera.

Subimos. Iván abre la izquierda. Yo abro la derecha. Las habitaciones son gemelas, esta vez con baño dentro de una cada una porque "Pepa, cuando reformó hace doce años, se gastó el dinero de su prima emigrada en Suiza" según nos cuenta la propia Pepa más tarde mientras bebe un palo cortado de tres horas a las cinco de la tarde.

———

Casa Pepe el chiringuito es propiedad del sobrino de Pepa, un señor de cincuenta y siete años llamado Jorge Romero, calvo simpático que cocina arroces como si rezara. Está en la playa de San Antonio, dos kilómetros andando desde la pensión. A las tres y media estamos sentados en una mesa de fuera, con vistas al Mediterráneo (que aquí, en Cullera, en mayo, es de un azul cobalto que parece pintado), y Jorge nos sirve un arroz

a banda al horno con pescado de la lonja que tiene el sofrito de la madre, dice, "y el de mi madre era el mejor de Cullera, lo dice quien me dio de mamar".

Iván fotografía. Yo entrevisto. Jorge habla. Hay, además, dos camareras, Carla y Loli, que se ríen de Jorge cada vez que dice "el sofrito de mi madre" porque "lo dices por hora, jefe, pareces el reloj cucú". Apunto. Apunto. Iván, en un momento de pausa entre fotos, se sienta a mi lado en la mesa, pega el muslo al mío bajo la mesa por descuido (¿descuido?) durante diez segundos y luego lo retira. Diez segundos. Conté. Yo tenía cinco años de no contar segundos en una mesa de chiringuito y de pronto los cuento como una becaria de cronómetros.

Lo apunto, esta vez en mi cabeza. Dos pies pegados durante diez segundos en Casa Pepe, Cullera, segundo turno del 21 de mayo. Subrayado dos veces.

A las cinco y media nos vamos. Volvemos a la pensión andando por el paseo. Iván compra en una tienda de souvenirs una falla pequeña, de barro pintado, no más grande que la

palma de la mano, que representa a una valenciana con cesto. Me la pone delante con una sonrisa de niño.

— Para ti.

— Sastre, ¿me regalas una falla pequeña?

— Para que te acuerdes de que Valencia era escala.

— ¿Y por qué tengo que acordarme?

— Para que no se te olvide ningún día del viaje.

— Sastre.

— Ros.

— Eres muy raro a veces.

— Lo sé.

Cojo la falla pequeña. Pesa dos gramos. La meto en el bolso. La saco. La miro otra vez. Es ridícula. Tiene la cara mal pintada. Lleva unos pendientes de pasta en forma de naranja que no le quedan bien. La meto otra vez. La saco otra vez. La meto.

— Sastre, esto es lo más feo que me han regalado en mi vida.

— Ya. Es la gracia.

— Gracias.

— De nada.

Y nos miramos los dos. Y nos reímos. La reímos largo. Por primera vez una risa larga, no contenida, no de tres segundos por reglamento profesional, sino seis o siete u ocho de risa de verdad, en mitad del paseo marítimo de Cullera, al lado de una

tienda de hinchables de delfín. Una mujer con un perro pasa al lado, nos mira y sonríe ella también. Otra mujer, un poco mayor, sentada en un banco con tres bolsas, nos hace una broma sin oír el motivo:

— ¡Qué bien está reírse!

Iván levanta la falla en el aire como si fuera una corona.

— Está bien, sí.

— Una vez al día por lo menos.

— Más, si se puede.

Y la señora del banco se ríe ella también. Y Cullera, con su olor a paella en mayo, se queda con eso.

———

A las nueve estamos cenando en la cocina de Pepa. Cocina de baldosas verdes, mesa de formica, mantel de hule con dibujo de cerezas, tres sillas de madera. Hay una sopa fría de melón con jamón, pan tostado con tomate y un pollo al horno con patatas que Pepa ha empezado a las seis de la tarde. La cocina huele a romero y a ajo confitado. Pepa se sienta enfrente de los dos, nos pone vino blanco fresco en vasos de cristal grueso

y, antes de empezar a comer, dice una bendición laica que es solo:

— Que aproveche, niños.

— Niños.

— Para mí lo sois.

— Tienes ochenta.

— Setenta y ocho.

— Pepa, para ti todos somos niños.

— A partir de los setenta y cinco, todo el mundo es un niño. Es ley natural.

— Apunto.

Pepa habla más que cena. Es de esas mujeres que hablan más que cenan y que cenan rápido cuando hablan. Nos cuenta lo de su prima emigrada en Suiza, lo de su marido Jaime que murió hace nueve años, lo de su sobrino Jorge y la mujer del sobrino Jorge que es "una buenaza pero un poco corta", lo de la nieta de Jorge que se ha ido a estudiar a Madrid (Pepa pregunta a qué calle, le digo Tirso de Molina, Pepa dice "hija, qué barrio más bonito", aunque me deja claro que ella no ha estado nunca en Madrid y nunca va a ir). Y luego, a media cena, mientras se pone más pan con tomate, mira a Iván y luego me

mira a mí. Me mira un buen rato. Me mira con sus ojos pequeños y vivos por encima del vaso de vino blanco grueso.

— Bea.

— Pepa.

— Bea, guapa, una cosa.

— Pepa.

— Ese chico te mira raro.

Iván, que estaba mojando pan en la sopa fría de melón, se queda quieto un instante. Levanta la cabeza. Mira a Pepa. Mira a la pared. Mira el plato. No dice nada.

Yo me quedo con el tenedor a medio aire.

— Pepa, no.

— Pepa, sí.

— Pepa, esto es trabajo.

— Bea, hija, yo el trabajo lo conozco. Me casé con un hombre que era guardia civil de tráfico durante cuarenta años. Y este chico te mira como me miraba mi Jaime después de la primera

multa que me puso en el dos mil cuatro y luego se enamoró de mí.

— ¿Te puso una multa?

— Sí. Por aparcar mal. Y luego le caí en gracia y le caímos en gracia los dos. Y nos casamos en el dos mil cinco.

— Mira tú.

— Mira tú.

— Pero el caso, Bea, es que ese chico te mira raro. Y tú a él también. Y yo no he abierto cuatro ojos en mi cocina por nada en setenta y ocho años.

— Pepa, por favor.

— ¿Por favor qué?

— Por favor, no.

— Vale, Bea, vale. Calla Pepa.

Y Pepa se calla. Pero Pepa, antes de callarse, se gira hacia Iván y le dice con una sonrisa de tres dientes de oro:

— Sastre, hijo.

— Pepa.

— Tú a esta cuídala. Que esta es buena.

Y se calla. Pepa cumple sus promesas. Se calla. Termina de cenar. Recoge los platos. Nos pone un café de cafetera italiana. Nos pregunta a qué hora salimos mañana. Le decimos que a las nueve. Pepa nos da las llaves de calle por si volvemos

tarde. Subimos a las once. Iván abre la izquierda. Yo abro la derecha.

— Ros.

— Sastre.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

No hay mano en el hombro esta noche. No la hay porque no la hace falta. Lo de Pepa ha sido una mano de Pepa en el hombro de los dos.

———

Me meto en la habitación. Cierro la puerta. Me siento en la cama. Saco la libreta. Apunto la entrada del día ocho:

"Día ocho. Cullera. Casa Pepe. Jorge Romero, sobrino de Pepa, calvo, sofrito de su madre. Carla y Loli, camareras. Arroz a banda al horno. Iván me ha comprado una falla pequeña en una tienda de souvenirs. Es lo más feo que me han regalado en mi vida. Le he dado las gracias. Pepa Romero ha dicho a las nueve y media en su cocina con un vaso grueso de vino blanco que Iván Sastre me mira raro. Yo no he protestado lo

suficiente. Iván no ha protestado nada. Pepa lo sabe todo. Yo no sé nada".

Cierro la libreta. Apago la luz. Me meto debajo del edredón fino. Cierro los ojos.

Y entonces, porque soy yo, porque me pasa, porque mi cabeza no descansa cuando el cuerpo sí, me pongo a hacer otra lista mental.

Lista de pruebas que estoy acumulando contra mí misma.

Una: la mano en el hombro del ferry.

Dos: la frase "esa eras tú trabajando, pero también eras tú ahí".

Tres: el muslo pegado bajo la mesa en Casa Pepe durante diez segundos.

Cuatro: la falla pequeña.

Cinco: Pepa Romero, setenta y ocho años, dos mil multas en su currículum vital.

Seis: Tonia, sesenta y ocho años, "hijos" en plural.

Siete: yo durmiendo poco.

Ocho: yo apuntando todo en una libreta que se llama oficialmente "diario de reportaje" y oficiosamente "diario de

Bea Ros mientras se cae sola desde un acantilado profesional".

Esto último me hace reírme yo sola en la oscuridad. Reírme suave, hacia adentro, con la mano en la boca para no despertar a Pepa, que duerme en la planta baja.

Y entonces, en medio de la risa, sin avisar, con la luz apagada, mirando el techo de una habitación de pensión en Cullera, en mayo, en un viaje de catorce días con un fotógrafo gastronómico mallorquín que llevaba cinco años durmiéndome con su frase nunca dicha, me digo a mí misma una cosa que no quería decirme todavía y que sale sin permiso:

"Beatriz, te estás enamorando".

Lo digo. Lo escucho. No lo niego.

Cojo aire. Lo suelto.

Y por primera vez en tres años, en lugar de ponerme la mano sobre el corazón con miedo, me la pongo con curiosidad. Como si fuera una becaria de mí misma. Como si me estuviera

entrevistando a mí misma para un reportaje. La becaria me pregunta:

— ¿Y qué vas a hacer al respecto?

Y yo, que llevo ocho años aprendiendo a contestar a las becarias, respondo en voz baja, en la oscuridad, mirando el techo:

— Mañana, tía. Mañana.

Y me duermo en cuatro minutos.

Lo cual, después de tres meses de insomnio crónico, es un milagro pequeño que no le voy a contar a Iván Sastre, pero que apunto, en la libreta de mañana, antes de hacer nada más en la vida.

———

A las cinco y media de la madrugada me despierto sin alarma. Cuatro horas de sueño limpio. Es muchísimo. Me siento como me sentía a los veintiocho cuando todavía dormía bien. Saco las piernas de la cama. Voy a la ventana. La calle del casco antiguo de Cullera está vacía. La luz del amanecer en valenciano (que tiene un nombre que me han dicho aquí muchas veces y que nunca recuerdo) baña las fachadas pintadas de azul claro y de ocre. Una farola se está apagando. Un señor con boina pasea un perro pequeño marrón. El perro se para en cada farola. El señor le espera.

Cierro la ventana. Me quedo dos segundos quieta. Y entonces, sin pensarlo, sin permiso, hago una cosa que llevo tres años sin hacer: bajo a la cocina de Pepa, cojo de la nevera la cafetera italiana que vi anoche que está siempre puesta, la

pongo al fuego, espero a que suba, lleno dos tazas, subo, llamo a la puerta de Iván con tres golpes pequeños.

— Sastre.

— Ros.

— Café.

Pausa de tres segundos. Luego la puerta se abre. Iván con un pantalón corto de pijama gris claro (sí, otra vez), camiseta blanca arrugada, pelo despeinado y una expresión de no entender nada.

— Ros, son las cinco y media.

— Lo sé.

— ¿Qué hora es para ti?

— Las cinco y media.

— ¿Has dormido?

— Cuatro horas seguidas.

— ¿Y me traes café?

— Y te traigo café.

Le tiendo la taza. Me la coge. Bebe. Se queda mirándome desde el umbral, con la taza humeando entre nosotros, y no dice nada durante diez segundos largos. Sus ojos azules muy

claros me miran como mira él cuando piensa que no está mirando, que es como mira mejor.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Has venido a despertarme con un café a las cinco y media?

— Sí.

— ¿Por?

— Porque estaba despierta y me apetecía no estarlo sola.

Iván sonríe. La risa de hombros. La hace silenciosa para no despertar a Pepa.

— Ros, esto es lo más bonito que me ha pasado en mucho tiempo.

— Sastre, no te emociones por un café.

— Vale.

— Vale.

Me tiende la mano. Le tiendo la taza mía también. Bebemos en silencio en el umbral de su puerta los dos. La luz de la pensión Casa de la Tía Pepa filtrándose por la ventana del pasillo nos da en los dos por el lateral. Si Iván tuviera la cámara aquí, esto sería una foto. No la tiene. Eso lo hace mejor. Yo apunto en la cabeza la composición. Yo también veo las cosas como

composición a veces. Soy periodista, no fotógrafa, pero las periodistas también miramos.

— Ros.

— Sastre.

— Cuando lleguemos a Calpe, ¿me sigues hablando de azúcar?

— ¿De qué?

— De Vanesa.

— Sastre, eso lo había puesto en pausa.

— ¿Lo retomamos en Calpe?

— Lo retomamos en Calpe.

— Vale.

— Vale.

Termino mi café. Le doy la taza vacía. Me giro. Camino tres

pasos hacia mi puerta. Antes de abrirla, me giro otra vez.

— Sastre.

— Ros.

— La falla pequeña.

— ¿Sí?

— La voy a guardar.

— Vale.

— Como recuerdo.

— Vale.

— Pero te vas a tener que ganar otros recuerdos así.

— Vale.

— ¿Cuántos?

— Catorce.

— Sastre, eso es muchas fallas.

— Una por día. Aunque no todas valencianas.

— Acepto.

Y entro en mi habitación. Cierro la puerta. Apoyo la espalda. Me dejo caer despacio hasta sentarme en el suelo. Cierro los

ojos.

— Beatriz, te estás enamorando.

Lo digo otra vez. Ahora con todas las letras. Sin pasivo. Sin gerundio. Sin coma. Te estás enamorando, Beatriz. Cuatro horas de sueño y un café a las cinco y media regalado en un pasillo de pensión. Catorce fallas pequeñas. Una mano en el hombro de un ferry. Un secreto de Tonia que no le voy a contar a Iván. Una conversación pendiente sobre azúcar a la altura de Calpe.

Subo del suelo. Me pongo el pantalón corto vaquero. Me pongo la camiseta blanca de tirantes. Me hago la coleta. Cojo la libreta. La meto en la mochila. Vuelvo a abrir la puerta. Bajo a la cocina. Pepa está ya levantada, con la bata de flores azules

sobre el camisón blanco, las pasadores rojos puestas, el pelo blanco como si nunca hubiera dormido. Me mira entrar.

— Bea, hija.

— Pepa.

— Has llevado café arriba.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque he oído la cafetera. Porque tengo el oído fino. Porque a mí no me pasa nada por alto en mi pensión.

— Pepa.

— Bea.

— Vale.

— Vale.

Pepa me sirve un café. Me corta una rebanada de pan que pone en la mesa con un poco de aceite y un tomate untado por ella

misma.

— Come, hija.

— Como, Pepa.

— Bea.

— Pepa.

— Una cosa más.

— ¿Sí?

— Tú a ese chico no le hagas sufrir.

— Pepa, ese chico me hizo sufrir a mí.

— Pero ya pidió perdón. Lo sé. Yo oigo todo.

— Pepa, ¿también oíste eso?

— Bea, hija, en esta pensión las paredes son de papel. Yo lo sé hace cuarenta años. Por eso no le doy a nadie habitaciones contiguas si no quiero que se entere.

— ¿Y a nosotros nos has dado contiguas?

— A vosotros os he dado contiguas.

— Pepa.

— Pepa.

— ¿Por qué?

— Porque sí, hija. Porque yo también soy una bruja vieja. Y las

brujas viejas tenemos algunos privilegios.

Y se ríe. Y sus tres dientes de oro brillan a las seis menos veinte de la mañana en una cocina de Cullera que huele a café y a tomate y a una cosa que se llama, lo sé ya, futuro.

A las nueve de la mañana arrancamos la furgoneta. Pepa se queda en la puerta. Nos saluda con la mano. Sus pasadores rojos en el pelo blanco. La bata de flores azules. Iván conduce. Yo de copiloto. Pulsamos la cadencia de salida de un nuevo día. Dirección Calpe.

Y antes de salir del casco antiguo, en la rotonda que da al paseo marítimo, Iván me mira de reojo y dice una sola cosa:

— Ros, el azúcar.

— En Calpe, Sastre.

— En Calpe.

— Vale.

— Vale.

Y la rotonda nos escupe a la N-332. Y Cullera, en mayo, con su olor a paella y su olor a futuro, se queda detrás. Y delante hay Calpe, hay Calpe y un señor llamado Iván Sastre con el que llevo cinco años durmiendo (en el sentido amplio del verbo, en el sentido de no haberlo soltado de mi cabeza ni una sola noche desde mayo de 2021, lo entiendo ahora, lo entiendo a las siete y media de la mañana en una furgoneta Multivan con la radio apagada y el aire acondicionado a tope), y catorce

fallas por ganarse, y un viaje al que ya no le quedan ni Aitanas ni listas que poder hacerle.

A las nueve y diez, salgo de Cullera mirando por la ventanilla con una sonrisa que no tengo ningún interés en disimular.

11

El pacto del salpicadero

Día nueve. Cullera por el retrovisor, Calpe por delante, y un sol que entra en la furgoneta como si tuviera plaza reservada. Conduzco yo. Iván va de copiloto con la Fujifilm en el regazo, una pierna doblada contra la guantera y una camiseta gris que está mintiendo sobre el tamaño que tiene la espalda que hay

debajo. La camiseta dice que es una camiseta normal. La espalda dice que no.

Anoto mentalmente: no mirar.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Te puedo proponer una cosa?

— Depende.

— Depende de si te la voy a aceptar o de si me la vas a rebatir. Define «depende».

— Depende de si vas a fumar otro cigarro a las once esta noche.

Lo dice sin levantar la mirada de la cámara. Está repasando las fotos de Casa Pepe. Tiene una arruga muy fina entre las cejas cuando trabaja, una arruga que no estaba en mi memoria de hace cinco años. Quizá entonces no la miraba el tiempo suficiente para darme cuenta. Quizá entonces no quería darme cuenta.

— A las once a lo mejor estoy dormida — contesto.

— A las once nunca te he visto dormida.

— Llevas conmigo nueve días, Sastre. No me hables como si llevaras nueve años.

— Estoy contando bien las horas. Te juro que parecen más.

Río. Y odio reírme. Llevo tres días reconociendo que me río demasiado con este hombre, y todavía no tengo la decencia de

fingir lo contrario. Pongo el intermitente para coger la salida de la N-332. La Fujifilm hace un clic suave: es Iván, fotografiando mi mano en la palanca de cambios.

— Te he dicho cien veces que no me saques fotos.

— No la he sacado. He hecho una prueba de luz.

— Sastre, eso es justo lo que me sacaste sin permiso ayer.

— Pero no te la voy a enseñar. Es para mí.

Me callo. Me callo porque la furgoneta se ha llenado de algo muy concreto y muy peligroso: una frase normal de Iván que ha sonado a frase de Iván para mí. Le miro de reojo. Él tiene los ojos en el visor. No me devuelve la mirada y eso es peor.

Aprieto el volante.

— La propuesta — digo, retomando.

— Adelante.

— He estado pensando en cómo hacemos esto sin pisarnos.

— Ya no nos pisamos.

— Sí nos pisamos. En Cullera te has metido en mi entrevista con Pepa.

— Le he preguntado por la receta del all i pebre.

— Le he preguntado yo por la receta del all i pebre, Sastre. Tú has añadido tres preguntas más.

Iván deja la cámara. Gira la cara hacia mí. No sonríe. Pero tiene esa cosa que hace en la comisura de la boca, una especie

de subida del labio que no llega a sonrisa y que es más peligrosa que una sonrisa.

— Vale. Te he pisado un poco.

— Un poco bastante.

— Vale, un poco bastante.

— Y yo te pisé a ti en Es Trenc cuando te pedí que repitieras la foto de las salinas porque me parecía que se veía poco la sal.

— Sí. Eso fue muy desagradable.

— ¿Verdad?

— Repugnante.

Ahora sí sonríe. Se le forma un hoyuelo discreto, casi tímido, en la mejilla derecha, como si llevara años sin usarlo y todavía no se atreviera del todo. Yo miro la carretera. La carretera me devuelve la mirada con un cartel de área de servicio en quinientos metros y se ríe de mí.

— Mi propuesta — digo, decidida — es que cada uno revise el material del otro antes de mandarlo a Marina.

— ¿Quieres revisar mis fotos?

— Quiero saber qué fotos vas a entregar para no escribir un texto que vaya en sentido contrario. Y tú vas a leer mis textos

para saber qué foto poner. Es eficiencia, Sastre. No es invasión.

— Vale.

— ¿Vale así sin más?

— Es una propuesta razonable. Lo razonable se acepta.

— ¿Qué te ha pasado?

— ¿Cómo?

— Hace cinco años discutías una semana con Marina por la posición de un pie de foto.

Iván se queda quieto. Lo veo con el rabillo del ojo. La Fujifilm cuelga del cuello, otra vez, con esa correa de cuero que él se

cose a mano cuando se le rompe. (Lo sé porque me lo contó en el ferry. No quería saberlo. Lo sé.)

— Hace cinco años yo era otro — dice por fin — y en hace cinco años tú tampoco estás. Si me pides una cosa razonable, te digo que sí. ¿Es nuevo? Pues es nuevo.

— Anda ya.

— Lo digo en serio.

— Sastre, en serio, tú llevas nueve días siendo razonable y a mí me empieza a dar miedo.

— ¿Prefieres que vuelva a discutir contigo?

— No.

— Pues ya está.

Ya está. Lo dice como si dejara una bandeja en la mesa. Yo aprieto el volante un poco más. La carretera se desenrolla en una curva suave hacia el sur. A mi derecha, el Mediterráneo. Cinco años contigo siendo enemigo y, de repente, este

hombre me dice «ya está» como si nada y yo me agarro al volante como si me fuera la vida.

— Pacto profesional — resumo, intentando recuperarme — aprobado. ¿Algo más?

— Una cosa más.

— Dispara.

— En las cenas, no me dejes pedir el vino.

— ¿Por qué?

— Porque el otro día en Cullera el vino que pedí era muy malo y tú me lo dijiste con la cara durante veinte minutos.

— No te lo dije con la cara.

— Ros, llevas la cara como si fuera una pizarra. Me dijiste con la cara que el blanco era una basura, que llevabas tres días sin dormir bien por el ferry, que ya no soportabas más el calor de Valencia y que te debía dos cervezas del premio del 2021.

Me río. Me río fuerte, real, sin permiso.

— Vale. No pides el vino. Lo pido yo.

— Pacto.

— Pacto.

Hago un gesto raro con la mano libre, una especie de apretón en el aire entre los dos. Iván levanta la suya y, sin previo aviso, me la cierra alrededor un segundo, dos, tres. La piel le huele a jabón de Sóller. Tiene los dedos largos, curtidos, una manchita negra de tinta de cámara debajo de la uña del

pulgar. Yo retiro la mano antes de que pase nada que después no se pueda devolver.

Pongo la radio.

———

Una hora después paramos en una gasolinera a la altura de Gandía. Iván baja a por dos cafés de máquina y un agua. Yo aprovecho para estirar las piernas dando una vuelta a la furgoneta. Cuando me cruzo con un camionero de cara colorada que carga gasoil, este me mira la matrícula de Madrid y me suelta «¿adónde vas, niña?», con el tono de un padre que no es mi padre. «A Calpe», contesto. Asiente como

si Calpe fuera un destino aceptable y se concentra en su manguera.

Iván sale con los cafés. Me da el mío sin preguntar cómo lo tomo.

— Sastre.

— ¿Qué?

— ¿Cómo sabes cómo lo tomo?

— Porque te he visto pedirlo nueve veces en nueve días.

— ...

— Largo, con dos azúcares.

— Cuatro azúcares.

— Cuatro a las nueve de la mañana. A las cinco de la tarde, dos.

— Sastre, eso es perturbador.

— Es oficio, Ros.

Le doy un sorbo. Está justo, justo de azúcares. Me callo.

———

Llegamos a Calpe a las seis de la tarde. La pensión se llama Hostal Don Manuel y está en una callejuela de una sola planta,

encalada, con geranios en las ventanas y un dueño que lleva un polo de los años noventa y se llama, por supuesto, Manuel.

— ¿Reserva a nombre de Ros?

— Y Sastre — añade Iván desde detrás.

— Dos individuales con balcón compartido.

— Eso.

Manuel nos mira, Manuel asiente, Manuel anota. Yo miro el balcón compartido en mi cabeza. El balcón compartido en mi cabeza es una conspiración. Pero el balcón compartido en mi cabeza no se queja. Eso es lo grave.

Subimos las maletas. La habitación de Iván está al lado de la mía. Las dos puertas de balcón dan al mismo balcón largo, uno de esos balcones corridos de pueblo, con barandilla de hierro y dos sillas plegables que llevan ahí desde antes del euro. Una mesita pequeña entre ellas. Un cenicero de aluminio. Tres geranios en macetas. Un tendedero. Un mar al fondo, oscureciéndose despacio.

Cierro la puerta de la habitación. Me siento en la cama. La libreta Moleskine negra (la quinta) sale del bolso. Pulsera de

cuero alrededor de la muñeca, pelo recogido, tres respiraciones.

«Día 9. Pacto del salpicadero. Iván acepta sin pelear. Iván tiene un hoyuelo. Iván huele a jabón. Tachar lo segundo y lo tercero. Tomarse en serio lo primero.»

Tacho lo segundo y lo tercero. No del todo. Se ven debajo.

———

A las nueve y media bajamos a cenar. Una taberna pequeña a tres calles, con paredes de azulejo blanco y una televisión apagada. Un camarero mayor con bigote canoso, mucho ojo para los acentos y mucha mano para los vinos. Iván pide arroz con costra. Yo pido sepia a la plancha. El camarero se llama Vicente, y nos cuenta que este lugar lo llevaba su padre, que aquí solo se come «lo que mira al mar». Iván saca tres veces la cámara y la guarda otras tres. Estamos cenando, no estamos trabajando, le digo con la cara. Iván pide perdón con la cara. Lo guarda otra vez.

Cenamos despacio. Bebemos vino de la casa, blanco fresco. Hablamos del próximo día (Calpe, El Cangrejo Loco, una entrevista corta a Joaquín, un cocinero que prepara pulpo a la braza). Hablamos del día siguiente (La Manga, donde llegaremos después de seis horas de carretera, según el GPS). Hablamos del ferry de Mallorca-Valencia, ya pasado, que para los dos fue raro porque dormimos malamente. Hablamos. Aún no hablamos de cosas. Hablamos de planes.

Vicente nos sirve dos chupitos de hierbas a cuenta de la casa. Iván le da las gracias con la cabeza. Yo le doy las gracias con la voz. Pagamos. Subimos al hostal andando despacio. La luna empieza a salir por encima del peñón. La calle de Calpe es

estrecha y se enrosca a sí misma en cuestas que no llevan a ningún lado.

Cuando entramos al hostal, Manuel-el-de-recepción está fumando un cigarro en la entrada. Saluda con un movimiento de cabeza. No pregunta nada. Manuel sabe estar.

———

A las once en punto, Iván abre la puerta de su balcón. Lo oigo desde la mía, que está abierta de par en par para que entre la brisa. Sin querer, mi cabeza se gira. Sin querer, mi cuerpo se levanta. Sin querer, salgo al balcón en pantalón de pijama corto y camiseta vieja y descalza.

Iván está en su silla plegable, en pantalón corto también, con una camiseta blanca y un cigarro entre los dedos. La luz del

farol amarillento de la calle le pone una franja de oro en la barba. La cámara, por una vez, está dentro. Solo está él.

— Te he traído un cigarro — dice, sin mirarme, antes de que yo le pida nada.

— No fumo.

— Por eso. Si fumaras, no te lo habría ofrecido.

Me siento en la otra silla. Cojo el cigarro. Iván me da fuego con un mechero Bic verde. Aspiro y toso. Toso de verdad. Toso como una niña.

— Madre mía, qué malo es esto.

— Por eso no fumas.

— Por eso no fumo.

Se ríe bajo. Apaga el mechero. La brasa del cigarro me ilumina los dedos un instante: los ve. Aparta la mirada.

— ¿De qué hablamos esta noche, Sastre?

— De lo que quieras.

— No vale.

— Vale, tú propones.

— Háblame de tu padre.

Iván tarda un segundo. Mira el cenicero. Lo gira despacio con dos dedos.

— Mi padre se llamaba Joan, como el tuyo. Era marinero. De los de toda la vida, no de los de fines de semana. Salía cuando

todavía no había salido el sol y volvía cuando ya había salido. Cuando me hice fotógrafo le hizo gracia. Decía que él fotografiaba peces con el ojo y no le pagaban por ello, y que yo fotografiaba platos con una cámara y me pagaban por ello, y que dónde estaba la lógica del mundo.

— Me cae bien tu padre.

— A todo el mundo le caía bien mi padre. Era mejor que la media.

— ¿Hace cuánto?

— Cuatro años. Cáncer de pulmón. Me volví a Mallorca dos años antes para cuidarle.

— Lo siento.

— Ya. Yo también.

Silencio. Una moto pasa por la calle de abajo. Un perro le ladra desde una azotea. Iván aplasta la colilla. Yo dejo el cigarro a la mitad. No se nota; no fumo lo bastante para terminarlo.

— ¿Y el tuyo? — pregunta.

— El mío también se llamaba Joan. Y también murió.

— Lo sé. Me lo dijiste en el ferry. ¿Te molesta volver a contarlo?

— No me molesta. Me molesta que haya gente a la que sí le molesta. Pero a mí me alivia. Era electricista. Estaba en una obra en Lleida, una nave industrial, le pidieron subirse a una escalera de mano para algo rápido y ya no bajó. Se le paró el corazón ahí arriba. Tenía cincuenta y nueve. Mi madre se enteró por una llamada del capataz. Yo me enteré por una

llamada de mi madre. Mi hermano por una llamada mía. Hace siete años. La cadena.

— La cadena.

— Cuando murió, dejé la última revista fija que tenía y me hice freelance. Una semana después. Le dije a mi madre que no podía estar atada a un sitio. Que si me llamaba ella, yo quería poder coger un coche y plantarme en Lleida en seis horas. Ella me dijo que no sea idiota, que en seis horas en coche se llega también desde una redacción. Tenía razón. Me hice freelance igualmente.

— Te lo tatuaste.

— ¿Cómo?

— En el antebrazo. La palabra «anota». Lo vi el primer día en la furgoneta.

Me miro la muñeca como si no la hubiera visto antes. La cursiva fina, gris, sigue donde la dejé hace cinco años.

— Me lo regalé yo a los veintiocho. Cuando ya tenía claro que freelance era para siempre. «Anota» como decía mi padre cuando me iba a contar un cable o una conexión que tenía que aprender. «Anota, hija, que esto no se olvida». Me lo decía

como una broma, pero yo lo anotaba siempre. La libreta es la quinta.

— Es bonito.

— ¿El qué?

— Todo. Lo anotado, la palabra, la quinta libreta. Me gusta la gente que cumple sus rituales sin que nadie les obligue.

Le miro. Iván tiene los codos en las rodillas y los ojos en el suelo del balcón. La luz del farol le hace una sombra muy larga en la pared. Un fotógrafo que sabe mirar las sombras.

— Sastre.

— Ros.

— Esto se está poniendo raro.

— ¿El qué?

— Tú y yo.

Iván levanta la cabeza. Me sostiene la mirada un segundo más del que se aguanta entre dos personas que se llevan bien sin más. Después suspira, despacio.

— Ya.

— ¿Ya?

— Lo sé.

No decimos nada durante un rato. La brisa mueve un geranio. El mar al fondo es ya negro y brilla a trozos. Yo me levanto

antes de que la cosa pase de un sí a un cómo.

— Me voy a dormir.

— Vale.

— Buenas noches, Sastre.

— Buenas noches, Ros.

Entro. Cierro la puerta del balcón. Echo la cortina. Me siento en la cama. Saco la libreta. Anoto:

«Día 9. Pacto profesional firmado. Pacto personal pendiente. La cadena. Su padre Joan. Mi padre Joan. Dos Joans no es coincidencia, es estadística. Si me beso con este hombre antes de Almuñécar, dejo el periodismo y me hago electricista.»

Cierro la libreta. Me meto en la cama. Apago la luz.

Tardo cuarenta minutos en dormirme. Cuento las olas que oigo desde el balcón. A la cuarenta y dos me rindo y empiezo a contar otra cosa: las cosas que sé de Iván Sastre que no sabía hace nueve días. Sé que conduce con la mano izquierda más alta que la derecha en el volante. Sé que se pone el reloj en la muñeca izquierda no en la derecha como yo, y que la correa la lleva un agujero más floja que cuando yo le vi en el aeropuerto del Prat (lo sé porque me he fijado, y porque me he aburrido de fijarme). Sé que toma el café con leche por la mañana y solo a partir de las cinco. Sé que escucha sin interrumpir. Sé que no fuma todos los días. Sé que cuando se cabrea le sale el mallorquín de golpe y, cuando le hace gracia algo, el mallorquín le sale despacio. Sé que le gusta mi sudadera gris vieja sin haberla visto. Sé que se cosió a mano la correa de la cámara. Sé que se llamaba Joan su padre, igual que el mío. Sé que tiene una hermana mayor médica de familia y una madre

que llama dos veces a la semana y un mejor amigo en Sóller que regenta una cafetería con el nombre más feo del mundo (Sa Truita: «la tortilla», en mallorquín; me lo contó él, casi avergonzado).

Sé demasiadas cosas.

Hace nueve días no sabía ninguna.

A la cuarenta y siete me duermo. Sueño con un balcón corrido lleno de geranios de plástico y dos sillas plegables que no caben en mi memoria.

Ayer pensaba que esto era un reportaje. Hoy pienso que esto es algo más. Es una mala señal. Es una buenísima señal. No las distingo.

A las siete de la mañana, cuando suene el despertador, todavía no las distinguiré. Pero ya tendré la libreta abierta y el bolígrafo en la mano, y empezaré a escribir el día dos del reportaje del medio. Lo que se publica a finales de junio en Panorámica. Lo que firmaré con mi nombre y con el suyo. Lo que va a leer Inés y mi madre y Marina. Y nadie va a saber, leyéndolo, lo que pasó en el balcón corrido del Hostal Don Manuel a las once y veinte de la noche del nueve día. Eso, esta vez, lo voy a guardar yo. Eso es mío.

12

La luz buena

Día diez. Calpe. El Cangrejo Loco está en una caseta de madera azul levantada en la primera línea de playa, con techo de cañizo, sillas de plástico y una pizarra con la sugerencia del día escrita en tiza con falta de ortografía. «Pulpo a la braza con allioli». Iván señala la falta. Yo le doy un codazo.

— No te metas, Sastre. Es entrañable.

— Es entrañable mal escrito.

— Es lo entrañable. Si lo escribieran bien no sería tan entrañable.

— Ros, esa lógica es peligrosa.

— Apunta. Te la firmo.

Llevamos veinte minutos en la terraza. El cocinero se llama Joaquín, tiene sesenta y dos años, las manos quemadas de tantos años de plancha, una camiseta blanca de tirantes que enseña los hombros tostados y una hija de unos quince que va

y viene con jarras de cerveza. La hija se llama Luna y va a venir un día a Madrid a estudiar diseño, dice Joaquín, porque su padre fue camarero en Madrid en los ochenta y desde entonces guarda «la manía de la capital».

Yo anoto en la Moleskine. Iván se mueve por la terraza como si no existiera, agachado, en cuclillas, de pie en una silla a la sombra. Hace una foto cada dos minutos y medio, calculo. Cada vez que dispara, baja la cámara, mira la pantallita, ajusta algo en la rueda, vuelve a subir. Los ojos azules muy claros se le ponen mate cuando trabaja. Es un cambio de luz, no sé.

— Pregúntale por el día que llegó la gente del rodaje — me sugiere bajando la voz, al pasarme.

— ¿Qué rodaje?

— Tiene un cartel pegado en la barra. Una serie de televisión vino aquí en 2019 a comer. Lo tiene enmarcado.

Joaquín se acerca con una jarra de agua. Le pregunto. Joaquín se ríe, se le mueve el bigote blanco, y se sienta a contarme. Veinte minutos de anécdota a una velocidad de mediometraje. Luna trae más cerveza. Iván se aleja al otro extremo de la terraza para fotografiar la sugerencia mal escrita en tiza.

Cuando termino con Joaquín, tengo dos páginas de libreta llenas. Cuando levanto la vista, Iván está sentado a mi lado, a

tres palmos, mirando la pantalla de la cámara con la cara seria.

— Ros.

— Sastre.

— Ven a ver una.

— ¿Una qué?

— Una foto.

— ¿Una de quién?

— Tuya.

Le miro despacio.

— Sastre, en serio, te voy a romper esa cámara.

— Ven a verla antes.

Acerco la silla. Iván gira la pantalla hacia mí. Y ahí estoy yo, en una foto que no me sé. Estoy sentada de tres cuartos, inclinada hacia adelante, la libreta abierta en la mesa, el bolígrafo en la mano, Joaquín fuera de cuadro pero con un trozo de hombro tostado a la derecha. Detrás de mí, el mar. Una luz blanca de mediodía que se filtra por el cañizo y me cae a rayas finas en la cara, como si tuviera persianas encima. Una raya en el ojo. Una raya en la boca abierta a media palabra. Otra en el lunar redondo bajo el ojo izquierdo. Tengo el pelo

recogido y unos pelillos sueltos en la nuca. Tengo cara de estar entendiendo algo que me está contando un señor.

Tengo cara de quererle a ese señor.

Tengo cara de querer.

— ¿Esa soy yo?

— Esa eres tú trabajando.

— Yo no soy así.

— Sí.

— No.

— Eres exactamente así, Ros.

Tomo aire.

— Sastre, no me hagas estas cosas a las dos de la tarde con dos cervezas en el cuerpo y al lado de un hombre con mandil que tiene una hija.

— ¿Qué te he hecho?

— Sacarme una foto en la que parece que estoy enamorada del mundo.

— ¿No lo estás?

— Hoy un poquito.

Iván baja la cámara. No me mira. Tiene la mandíbula tensa de un modo concreto. Después la suelta. Vuelve a girar la pantalla hacia él, cambia el ajuste, empieza a fotografiar a

Joaquín cortando pulpo en otra mesa. Yo me quedo con el bolígrafo en la mano sin saber qué frase iba a anotar.

Anoto: «Día 10. Iván me ha sacado una foto en la que parezco buena persona. Comprobar si soy buena persona».

———

Comemos pulpo a la braza con la falta de ortografía. Está espectacular. Joaquín nos pone una segunda ración por gusto. Le pregunto por la receta. Joaquín se ríe. «La receta es vivir en Calpe. ¿Tú vives en Calpe?». «No». «Pues no te la doy, niña, que te ofendo».

Le doy la razón. Anoto. Anoto «la receta es vivir en Calpe» y subrayo la frase para usarla en el texto. Luna pasa al lado y le dice a su padre algo en valenciano que no entiendo del todo. Joaquín contesta con un suspiro corto, le tiende una llave del coche y Luna se va. Iván fotografía a Luna saliendo con la llave del coche en la mano y un pelo larguísimo que se ha recogido a último momento mal con un coletero.

— Esa es la foto del reportaje — le digo, sin mirarle.

— Lo sé.

— ¿Lo sabes?

— Lo supe cuando la chica entró por la puerta esta mañana. Llevo dos horas esperándola.

Iván tiene un don. Iván tiene varios dones, descubro de repente. Uno es ese: saber qué foto va a llevar la primera

página antes de que la foto exista. Lo apunto. Lo apunto en la columna de cosas a respetar y a no decir en voz alta.

Iván intenta pagar la cuenta. Joaquín le dice «calla, niño, calla, que tú trabajas». Yo me río con cerveza en la boca y casi me ahogo. Iván me da un golpe en la espalda fuerte, más fuerte de lo que hace falta para dejar de ahogarme.

— Sastre.

— ¿Qué?

— Vas a escribir tú la próxima vez que me ahogue.

— Vas a escribir tú la próxima vez que me ahogue yo.

Eso. Por ejemplo. Eso.

———

Por la tarde, Iván trabaja en la furgoneta con el portátil aparcada al lado del paseo. La furgoneta hace un calor de horno, según me dice por mensaje a las cinco menos cuarto. Yo le contesto que se vaya a una cafetería con aire. Él me contesta que ya está en una cafetería con aire pero que la frase quedaba mejor con la furgoneta. Le respondo con un

emoticono de un payaso. Él me responde con un emoticono de un caracol. No tiene sentido. Tiene todo el sentido.

Yo me voy al puerto a caminar sola una hora. Llamo a Inés desde un banco, frente al peñón de Ifach.

— Ya estás llamando — dice Inés al descolgar — ya está pasando algo.

— No está pasando nada.

— Bea. Soy yo.

— Inés, no está pasando nada todavía.

— «Todavía».

— He dicho «nada».

— Has dicho «todavía».

— Tía.

— Bea.

Suspiro. Una gaviota me mira de lado, fija, como si fuera a hablar.

— Me ha sacado una foto.

— ¿Y?

— Una foto rara. Una en la que parezco contenta. En serio,

Inés, parecía contenta.

— ¿Estabas contenta?

— Estaba trabajando.

— ¿Estabas contenta o no?

— … Estaba contenta.

— Entonces parece lo que es, no parece raro.

— Es raro porque la sacó él.

— Vale, eso ya es otra cosa.

— Ya.

Inés se queda en silencio. Inés cuando se queda en silencio es porque está calculando.

— Bea.

— ¿Qué?

— ¿Tú con este hombre estás bien?

— No nos hemos matado.

— Eso ya lo apuntaste el día uno. Pregunto otra cosa. Estás bien.

— Estoy bien.

— Vale. Pues ya está. Cógete los días que tienen que pasar y

que pasen.

— Inés.

— ¿Qué?

— Llevo tres años sin acostarme con nadie.

— Lo sé.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque me lo has negado dos veces. Una vez con esa cara que pones cuando dices la verdad por error. La otra vez fue

confirmación. Tía, te conozco.

— Madre mía.

— ¿Te apetece acostarte con él?

— Inés.

— Bea, no tengo todo el día.

— Inés.

— ¿Sí o no?

— Sí.

— Pues acuéstate con él.

— Pero estamos trabajando.

— ¿En la cama?

— No, en la furgoneta.

— Pues fuera de la furgoneta haz lo que te dé la gana, tía.

— Inés.

— Te quiero. Tengo una rueda de prensa en diez minutos. Llámame mañana. Y compra condones, por Dios bendito, que igual ni te acuerdas de cómo se compran.

Cuelga. Me quedo con el móvil en la mano y la gaviota delante. La gaviota se va. La playa sigue. Yo tengo treinta y tres años, la pulsera de cuero gastada en la muñeca izquierda, una foto

de una desconocida en la cámara de un hombre que me cae demasiado bien y un peñón de Ifach a la altura de la frente.

Anoto: «Comprar condones suena raro a los treinta y tres. ¿Quién dice condones todavía? Inés. Inés dice condones. Eso es lo que pasa con Inés.»

Cierro la libreta. Me río un rato yo sola. Vuelvo al hostal.

———

Cenamos en una taberna pequeña de Calpe que se llama Casa Felisa. Mesas de mármol, manteles de papel, jarra de vino tinto de la casa que hay que pedir aunque no la tomemos. La pedimos por costumbre. La tomamos por costumbre. El vino

es decente. Iván no lo eligió. Lo eligió un menú que tiene tres columnas y precios redondos.

— Vamos a llamar a Inés — anuncio, con el plato de calamares delante.

— ¿Otra vez? Si la has llamado esta tarde.

— ¿Cómo lo sabes?

— Te he visto desde la furgoneta. La cara de cuando hablas con alguien al que le tienes que mentir.

— No le miento.

— Sí le mientes. La cara con la que mientes a una amiga cuando es por bien.

Ese hombre. Ese hombre. ¿De dónde ha salido este hombre que mira las caras como si fueran composición?

— Da igual. Vamos a llamar.

Saco el móvil. Videollamada. Iván dice «no, espera, espera» y se mete un calamar entero en la boca para no salir hablando.

Inés contesta a la primera. Inés está en el sofá de su casa, con un vaso de vino y una camiseta que le robó a un ex hace años.

— ¡Tía!

— Hola, Inés. Te presento a Iván.

Iván levanta la mano todavía masticando. Inés se queda un segundo congelada. Después abre los ojos.

— Tía.

— Inés.

— Tía.

— Inés, por favor.

— Tía. Tía. Tía.

Iván traga. Saluda con educación. «Hola, Inés, encantado». Inés le saluda con una voz dos tonos más suave que la suya normal, esa voz que pone cuando quiere parecer profesional delante de fuentes oficiales.

— Iván, encantada. He oído mucho de ti.

— ¿Bueno o malo?

— Las dos cosas.

— ¿Cuál pesa más?

— Estoy reevaluando.

Iván se ríe. Es una risa como una cuerda corta, una risa real. Inés me mira a través de la pantalla con los ojos enormes. Sé exactamente lo que está pensando. Yo también estoy

pensando lo que está pensando. Cierro la videollamada en cuanto puedo, con disculpas y promesa de llamar mañana.

— Lo sabe — digo, dejando el móvil bocabajo.

— ¿Lo sabe el qué?

— Sastre, lo sabe.

— ¿Y qué sabe, Ros?

— No me hagas decirlo en voz alta delante del calamar.

Iván sonríe. El hoyuelo otra vez. Me sirve vino. Me lo bebo de un trago corto y educado, no de un trago largo y suicida. Punto a mi favor.

— ¿Qué tal lo llevas? — me pregunta.

— ¿Qué tal llevo el qué?

— El reportaje.

— Ah. Eso.

— ¿Qué creías que te preguntaba?

— Sastre.

— Ros.

— ... El reportaje muy bien. Mañana cierro Cullera y empiezo Calpe. Joaquín da para cuatro páginas. Luna también, si me

deja meterla.

— Mete a Luna. Es la mejor frase del trozo.

— Lo sé.

— Lo sabes.

— Sí, lo sé.

— Eres muy buena, Ros.

Lo dice así. Sin acompañarlo de nada. Sin seguir hablando. Lo dice y se mete un calamar en la boca y mira el vaso de vino. Yo me quedo con la frase encima. Llevo cinco años explicándome a mí misma por qué esa cita del jurado del 2021 que decía «el ojo del fotógrafo brilla por encima del trabajo escrito» me sentó como me sentó. Y lo sabía. Pero oírlo así, en una taberna de Calpe, con un calamar en la mano, después de cinco años, después de un pacto de salpicadero, después de un balcón con

cigarro, después de una foto en la que yo parecía buena persona...

Anoto en la cabeza: «No llores con un calamar en la mano. Eso es de pueblo».

— Sastre.

— Ros.

— Gracias.

— ¿Por?

— Por lo de muy buena.

— ¿Por qué me das las gracias por una verdad?

— Porque hace cinco años no me la dijiste.

Iván deja el calamar en el plato. Se limpia los dedos con la servilleta de papel. Me mira. Esa mirada azul muy clara de

fotógrafo gastronómico que sabe exactamente cuánta luz cae sobre una mesa de mármol.

— Hace cinco años fui un imbécil, Ros.

— Lo sé.

— Y un cobarde.

— Lo sé.

— Y no tengo muchas más palabras que esa sobre el asunto.

— No las necesitas.

— ¿No?

— No.

— Vale.

— Vale.

Iván sigue, con el calamar en el plato.

— ¿Te vale eso?

— Me vale eso.

— Vale.

Vicente, el camarero de bigote canoso, nos trae el postre que no hemos pedido: dos cucharas y un flan compartido «de la madre del dueño». La madre del dueño es la mujer de Vicente, descubrimos diez segundos después. La frase es de Vicente y

en su boca tiene gracia. El flan está bueno. Compartimos. Iván me deja la cereza al final, sabiendo que iba a quererla.

— Te la dejo siempre, Ros.

— Sastre, llevas nueve días dejándome la cereza.

— Lo sé.

— ¿Por qué?

— Porque te he visto comer la primera y supe que ibas a querer todas las siguientes.

— Imprenta mental.

— Imprenta mental.

Pagamos. Volvemos al hostal andando, despacio, por la calle estrecha encalada. Iván camina con las manos en los bolsillos. Yo camino con la libreta apretada contra el costado. En el

portal del Hostal Don Manuel, Manuel está fumando. Manuel nos saluda. Subimos las escaleras. Cada uno a su puerta.

— Buenas noches, Ros.

— Buenas noches, Sastre.

Cierro la puerta. Me siento en la cama. Saco la libreta.

«Día 10. Foto rara. Llamada Inés. Calamar. "Eres muy buena". Cuatro horas para que se me pase el subidón. No comprar condones todavía. Pero tampoco descartar comprarlos.»

Cierro la libreta. Apago la luz. Mañana hay seis horas de carretera y una rueda que pinchar, aunque eso no lo sé todavía.

Pero antes, a las dos menos cuarto de la madrugada, ya con la luz apagada, vibra el móvil. Lo cojo de la mesilla. Es un mensaje. Es de Iván.

«Ros».

Solo eso.

Espero.

«Ros, ¿estás despierta?».

«Sí», le contesto.

«No te quería despertar».

«No me has despertado».

Pausa. Veo los tres puntitos parpadeando en gris. Los puntitos

paran. Vuelven a parpadear. Paran.

«Mañana conduces tú la primera mitad o conduzco yo».

«¿Eso quieres preguntarme a las dos menos cuarto?».

«No. Pero es lo que me he atrevido a preguntarte».

Me río en la oscuridad, sola, con el móvil iluminándome la cara. Tres respiraciones.

«Conduces tú. Yo trabajo».

«Vale».

«Sastre».

«Ros».

«¿Qué te ibas a atrever a preguntarme?».

Pausa larga. Dos minutos. Veo los puntitos parpadear y parar tres veces.

«Si lo que ha dicho Pepa sobre que te miro raro lo veías tú

igual».

Aprieto el móvil. La pantalla me quema un poco la mejilla.

«Sastre».

«Ros».

«Lo veo igual».

«Vale».

«Vale».

«Buenas noches».

«Buenas noches, Sastre».

Suelto el móvil bocabajo en la mesilla. Hace un ruido pequeño. Me incorporo medio palmo. El corazón me late en la garganta. Esto es ridículo. Esto es ridículo a los treinta y tres. Esto es ridículo cuando hace veinte minutos había decidido apagar la luz como persona adulta.

Anoto, en la libreta de la mesilla, en pijama, sin encender la luz, a tientas:

«Día 10. Mensaje a las dos menos cuarto. Lo veo igual. Lo veo igual. Lo veo igual».

Mañana lo voy a leer. Mañana se va a entender lo que pone, espero. Hoy no me importa que se entienda. Hoy me importa habérselo dicho, no a Iván, a mí.

Apago el móvil. Me duermo en doce minutos. Doce minutos no son nueve horas, pero algo es algo.

13

La rueda y la sudadera

Día once. Salimos de Calpe a las nueve y media. La furgoneta lleva en el techo cuatro paneles solares de juguete que Marina hizo poner para una campaña de Panorámica del año pasado y que nadie ha quitado. Iván dijo el primer día que parecía una furgoneta con sombrero. Yo dije que parecía una furgoneta con peluquín. Hemos llegado a un consenso: es una furgoneta con un mal corte de pelo.

Conduce Iván. Yo voy de copiloto con la Moleskine abierta y un café de gasolinera en el portavasos. La N-332 baja hacia el sur en una sucesión de glorietas, urbanizaciones de los noventa y carteles que avisan de naranjas frescas a tres euros la bolsa. Llevamos puesta una emisora local que mezcla

flamenco fusión con anuncios de cocinas a medida en Crevillente.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Te das cuenta de que llevamos once días en una furgoneta y todavía no hemos puesto música a la que podamos asentir los dos?

— Yo la tuya la asiento.

— ¿Cuál es la mía?

— La que pones tú.

— Esa no es respuesta, Sastre.

— Es la respuesta que te he dado.

Le miro. Iván tiene una mano en el volante y la otra en la palanca. Sonríe sin sonreír. La barba se le ha alargado un milímetro en estos diez días. Lleva una camisa de lino azul con las mangas dobladas hasta el codo. El reloj G-Shock negro le tapa el tatuaje de la vela. La cicatriz de la rodilla, debajo del pantalón corto, asoma un trozo blanco cuando cambia de marcha.

Soy una mujer que se fija en los milímetros de barba. Soy una mujer que se fija en la cicatriz de la rodilla. ¿Qué me está pasando?

— Ponla tú, entonces — digo, para tener algo que decir.

Iván saca el móvil del salpicadero. Pone una lista con cara de ya saber lo que quiere poner. Empieza a sonar Manel cantando

en catalán algo del año dos mil doce. Yo asiento sin querer.

— Joder, Sastre.

— ¿Qué?

— ¿Manel?

— ¿Te molesta?

— Me sorprende.

— ¿Te creías que iba a poner Jarabe de Palo?

— Me creía que ibas a poner cualquier cosa con guitarra eléctrica que sonara como si yo no tuviera derecho a elegir.

— Ros, yo veo «derecho a elegir» y abro la lista.

— Sastre.

— Ros.

— Eres más simpático de lo que me convenía.

— Ya.

— ¿Ya?

— A mí me pasa lo mismo contigo desde hace seis días.

Aprieto los labios. No contesto. La furgoneta acelera por la recta. Una bolsa de Lay's del día anterior baila en el suelo. La radio interior se calla porque Iván baja el volumen. Manel

sigue cantando bajito. El paisaje seco de Alicante se desenrolla por la ventana como una alfombra de tiendas de campaña.

———

La rueda pincha a las doce y veinte. Una recta entre Pilar de la Horadada y San Pedro del Pinatar. Un golpe seco, un tirón a la derecha, un olor a goma. Iván suelta un «la mare que el va parir» en mallorquín tan rápido que casi suena a una sola palabra. Frena despacio, mete intermitente, busca la cuneta. La furgoneta queda inclinada en una explanada de tierra al lado de unos almendros. Apaga el motor. Se mira las manos. Yo me miro las mías.

— Pinchazo — dice, por decir algo.

— Sastre.

— ¿Qué?

— ¿Tú sabes cambiar una rueda?

— Sí.

— Ah. Vale.

— ¿Tú?

— Sí.

— ¿Sí, sí, o «sí» de quedar bien?

— «Sí» de mi padre electricista que un día me sentó al lado del coche cuando yo tenía catorce y me dijo «hija, esto es un

gato. Esto es una llave de ruedas. Esto es lo que se hace con uno y con la otra». Ese «sí».

Iván se ríe. Sale de la furgoneta. Yo salgo por mi lado. El sol cae como una sentencia. Calculo: son las doce y veinticinco, la temperatura debe rondar los treinta y dos, y nosotros llevamos camiseta y pantalón corto los dos. Iván abre el maletero, saca el gato, saca la llave, saca la rueda de repuesto. Yo me ofrezco a aflojar las tuercas mientras él coloca el gato.

— Pruébalo a ver si las has aflojado.

— Sastre, te dije que sí, pero estas tuercas las puso un alemán cabreado.

— Ros, deja, dame.

— No.

— Ros, no me hagas el orgullo a las doce y media en una cuneta.

— Yo aflojo, tú levantas.

— Vale.

Aflojo, gruñendo. Las tuercas ceden de mala gana, una a una. La frente me chorrea. Cuando termino, paso por encima del codo de Iván para alcanzarle la llave. Le toco con todo el costado. Iván aguanta. Yo aguanto. Ninguno comenta.

Levanta la furgoneta con el gato. Quitamos la rueda pinchada. La tiramos al suelo, la rodamos hasta el costado del vehículo. Es entonces cuando Iván se pasa la mano sucia por la cara y se deja una raya negra de grasa de una oreja a la nariz, como un

guerrero apache de carretera. Yo me río. Una risa fuerte, esas que salen del cansancio.

— ¿Qué pasa? — me dice.

— Sastre, te has pintado.

— ¿Cómo?

— Tienes media cara de grasa.

— Eso es porque me ha picado una mosca.

— Eso es porque te has tocado con la mano sucia.

— Pero la mosca también ha existido.

— Sastre.

— Ros.

— Tienes pinta de pirata.

— ¿Bueno o malo?

— … Sin comentarios.

Levanta una ceja. Yo levanto las dos. Cogemos la rueda de repuesto entre los dos y la encajamos. Apretamos las tuercas.

Bajamos el gato. Iván limpia el contorno con un trapo viejo que tiene a mano.

Cuando termina, la camisa de lino azul tiene una mancha enorme de grasa en el costado izquierdo. Iván la mira, la mira más, suspira.

— Ros.

— ¿Qué?

— He matado la camisa.

— Tienes otras.

— Sí, pero esta era la favorita.

— ¿En serio tienes camisas favoritas, Sastre?

— Sí. ¿Tú no?

— Yo tengo libretas.

— Vale. Pues tú me entiendes.

Le miro. Le miro la camisa. Le miro el costado. Le miro la cara con la raya de grasa. La camisa está irrecuperable. La cara también, según se mire. Yo tengo en la furgoneta una sudadera grande, una sudadera que era de mi hermano Marc y que cogí para un viaje a Galicia hace cuatro años y que se vino

conmigo porque sí. Es gris, vieja, suave por dentro, demasiado grande para mí, perfecta para él.

— Iván.

— ¿Sí?

— En la mochila gris pequeña, debajo de la libreta, hay una sudadera.

— ¿Y?

— Es para que te la pongas. Por si tu madre Tonia te ve. No le va a hacer gracia esa camisa.

Iván sonríe. No es la sonrisa contenida de los días anteriores. Es una sonrisa que se le abre del todo. El hoyuelo. Los dos hoyuelos, uno más profundo que el otro. Una arruga junto a los ojos.

— ¿Me prestas tu sudadera?

— Te presto mi sudadera para llegar a La Manga decente, Sastre. No te emociones.

— No me emociono.

— Vale.

— Vale.

Saca la sudadera. Se quita la camisa de lino. La quitada de la camisa dura tres segundos en los que yo me concentro mucho en el horizonte. El horizonte tiene una grúa, una palmera y una caseta de obra. Tres elementos completamente

fascinantes para una mujer que no necesita ver torsos masculinos a las doce y media en una cuneta. Tres.

Iván se pone la sudadera por la cabeza. Le queda grande. Le tapa el principio del pantalón corto. Se huele un poco la manga sin querer (lo veo, lo veo perfectamente, lo veo mejor de lo que él cree). Después gira la cara hacia mí.

— Huele a ti.

— Es vieja, Sastre.

— No huele a vieja. Huele a ti.

— Es la misma cosa.

— Ros.

— Vamos a La Manga.

— Ros.

— Vamos.

Subo a la furgoneta sin esperar respuesta. Iván se queda un segundo más fuera. Cuando entra, no huelo solo a sudadera. Huelo a algo nuevo. Mi sudadera ahora huele a Iván Sastre.

Eso es definitivo. Voy a tener que tirar la sudadera o quedarme con el olor. No hay opción c.

Arranca. Pone Manel otra vez. Yo intento concentrarme en la libreta. La frase que iba a escribir se me ha caído por el camino.

———

A las dos y media paramos a comer. Una venta llamada El Cruce, una marquesina con dos mesas largas, manteles de hule, una televisión con las noticias en silencio y un menú del día por once euros. Pedimos los dos lo mismo: ensalada de la huerta, lentejas con chorizo, fruta. Bebemos agua porque queda media carretera. La camarera, que se llama Loli y tiene cuarenta y cinco años bien medidos, mira a Iván con la sudadera gris y le dice «niño, qué calor con esa sudadera». Iván sonríe. «Es por temas profesionales». Loli se ríe sola.

«Estos jóvenes ya no saben ni vestirse». Iván me mira por el rabillo y se aguanta la risa.

Cuando Loli se aleja con los platos, Iván me da una patada blanda por debajo de la mesa.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Yo soy joven?

— Sastre, tienes treinta y siete.

— ¿Soy joven o no?

— Para Loli sí. Para mí estás en una franja peligrosa.

— ¿Peligrosa cómo?

— Peligrosa de mirarte demasiado tiempo.

Iván se calla. Iván se queda con la cuchara de las lentejas a media altura. Iván hace que vuelve a las lentejas pero los ojos

suben un milímetro hacia mí. Yo me concentro en una hoja de lechuga. La hoja de lechuga está, gracias al cielo, muy bien.

— Ros.

— Sastre.

— A ti se te ha soltado algo en Calpe.

— ¿Qué se me ha soltado?

— Algo entre la entrevista a Joaquín y este momento. Eras otra. Ya no eres otra.

— ¿Quién soy?

— Eres la de hace cinco años. La que conocí en el premio de 2021. Pero contenta.

Bajo la cuchara. La hoja de lechuga ya no me salva.

— Sastre.

— Ros.

— Cállate y come las lentejas, anda.

— Vale.

Loli vuelve con la fruta. Una manzana entera y una pera entera. «Aquí no se cortan las frutas, niños, eso es de pijos». Iván muerde la manzana. La manzana cruje. La fruta cruje. La camarera se aleja. Iván me mira por encima de la manzana

mientras mastica. Le miro la mandíbula trabajando. Es una de esas mandíbulas que te hace pensar.

Pago yo la cuenta. Iván protesta. Le digo que él pagó el desayuno. Loli nos despide con un «adiós, niños, conducid bonito». Salimos riéndonos. La furgoneta nos espera al sol con sombrero. Iván conduce los siguientes ciento veinte kilómetros. Yo le pongo el aire fuerte y la mano izquierda encima del muslo derecho de él, sin pensar. La mano se queda dos kilómetros. Iván no la quita. Yo, al darme cuenta, sí: la quito. Iván sonríe sin mirarme.

— Ros.

— ¿Qué?

— Nada.

— Vale.

— Vale.

———

Llegamos a La Manga a las cinco de la tarde. El chiringuito El Tito está en la zona más sur de La Manga del Mar Menor, en un trozo de playa estrecha donde el agua se queda quieta como una piscina. La caseta es de madera blanca, rotulado en letras azules. Una bandera de España descolorida ondea en la fachada. Dentro, una mujer pequeña, fuerte, con el pelo

blanco corto y los brazos morenos como dos panes de pueblo, apila platos.

— Esperanza Marín — se presenta, secándose las manos en el delantal.

— Beatriz Ros, periodista. Iván Sastre, fotógrafo.

— Os esperaba. Marina me llamó. Es muy maja Marina.

— Es muy maja — miento.

— Pasad. Tengo arroz.

Esperanza tiene sesenta y dos años y la voz de quien lleva cuarenta gritando órdenes en una cocina pequeña. Su marido, un hombre llamado Tito (sí, el chiringuito se llama así por él), es pescador. Sale por la noche, vuelve por la mañana. El arroz lo hacen con lo que ha pescado él la noche anterior. Esperanza me cuenta la receta sin pararse, mientras corta cebolla, mientras pica ajo, mientras pone una sartén grande al fuego. Iván se sube en una silla, se cuelga la cámara, fotografía las manos.

— Las manos, niña. Mira las manos — le dice Esperanza en un momento, como si fuera nieto suyo.

— Las miro, señora.

— A los hombres se les conoce por las manos.

— Yo soy fotógrafo. Vivo de mirar manos.

— Pues entonces la has mirado bien. Pásame el azafrán.

Iván baja, le pasa el azafrán, vuelve a subirse. Yo anoto. Anoto el azafrán. Anoto las manos de Esperanza, anchas, fuertes,

con dos quemaduras viejas en el pulgar derecho. Anoto el «niña» que Esperanza le ha dicho a un hombre de un metro ochenta y cuatro y treinta y siete años. Anoto el «señora». Anoto la sudadera gris vieja que Iván sigue llevando puesta dentro del chiringuito porque la camisa de lino azul ha quedado en la furgoneta, hecha una bola, con una mancha de grasa que no hay quien la quite.

— ¿Sois pareja? — pregunta Esperanza, sin levantar la vista del fuego, como quien pregunta la hora.

— No — decimos los dos a la vez.

— ¿No?

— No.

— Ah.

— ¿Por qué? — pregunto yo, por curiosidad masoquista.

— Porque os estoy mirando hace media hora y me parecíais una pareja muy maja. Eso es todo.

Iván desvía la cámara hacia la sartén. Yo aprieto el bolígrafo. Esperanza sigue removiendo. Una gota de aceite salta y le cae en el dorso de la mano. Ni se da cuenta. Cuarenta años de cocina son cuarenta años de cocina.

———

Por la noche, en el hostal de La Manga (un edificio bajo de la primera línea, con olor a desinfectante de limón, dos plantas, balcones blancos), tenemos cada uno habitación individual.

La mía da al Mar Menor. La de Iván da al Mediterráneo. Curioso.

Cenamos en una terraza pequeña frente al hostal, los dos solos, ensalada y pescadito frito. Iván sigue con mi sudadera puesta. Le da vergüenza pedir otra cosa, dice. Cualquier camisa limpia que tiene en la maleta está «demasiado de fotógrafo». Yo lo entiendo: es esa raza de hombre que solo sabe vestir camisas serias o camisetas de marca. La sudadera

vieja de Marc le permite ser una persona normal por una noche.

— Te queda bien — digo, porque es verdad.

— Mañana te la lavo.

— Quédatela.

Eso ha salido de mí sin permiso.

Iván baja el tenedor.

— ¿Cómo?

— Quédatela. Es de mi hermano. A él no le hace falta. A ti se te ve cómodo.

— ¿Me la regalas?

— Te la presto largo.

— Ros.

— Sastre, no me hagas explicar la diferencia entre prestar y regalar a la una de la mañana.

— Son las once y media.

— Igual.

— Vale.

— Vale.

Comemos. La terraza tiene una luz amarilla mala. Una mosca insiste en mi vaso de vino. Iván la espanta con la mano grande. La cicatriz de la rodilla le asoma cuando cruza la

pierna. Le miro. Después miro el vaso. Después miro el mar. Después miro otra vez la cicatriz. Un día de estos voy a preguntarle.

Cuando subimos las escaleras del hostal, paramos en el rellano. Iván tiene su llave, yo tengo la mía. Su habitación está al fondo, la mía a la izquierda.

— Buenas noches, Sastre.

— Buenas noches, Ros.

Pero ninguno se mueve. Tres segundos. Cuatro. Cinco. La luz del rellano se apaga sola por temporizador. Nos quedamos a oscuras un instante antes de que la siguiente luz, más débil, se encienda con el sensor.

— Vale — dice Iván — buenas noches.

— Buenas noches.

Cada uno a su puerta. Llave. Cierre. Suspiro a la vez en la pared, juraría yo, pero no se oye y no se confirma.

Anoto, ya en la cama:

«Día 11. Pinchazo. Sudadera. Esperanza. "Os veía pareja". Sastre con la sudadera huele a Sastre con sudadera. Lo dejo dicho, por si alguien me pregunta dentro de un tiempo.»

Apago la luz. Me duermo en quince minutos. Quince minutos me parecen una eternidad.

Mañana es La Manga otra vez. Día doce. Beso. Aún no lo sé. Lo sé.

14

Iván

Doce días. Llevo doce días midiendo la luz que cae sobre los hombros de Beatriz Ros y veintitrés horas y media descontándola.

Estoy en la habitación 14 del Hotel Mar Menor, con la luz apagada y la ventana abierta. Fuera no hay mar de verdad, hay laguna. Una laguna que no se mueve y no huele a sal sino a algo más dulce, casi caliente. Mi padre la odiaba. Decía que un mar que no se mueve no es un mar. Decía «això no és mar, això és bassa». Una bassa. Un charco. Mi padre, con su lengua de marinero, no se andaba con eufemismos.

Lo pienso en mallorquín porque el cansancio me devuelve a la lengua de casa. Me pasa cuando estoy lejos. Llevo doce días lejos.

He cenado con Bea hace una hora en una terraza de mierda, perdón, en una terraza de luz amarilla mala, comiendo pescadito frito que era decente y bebiendo vino que no era memorable. Llevaba puesta una sudadera gris vieja que es de

su hermano y que ahora ya no es de su hermano, según ha decidido ella. La sudadera huele a casa de ella, una casa que no he pisado en mi vida, una casa que existe en mi cabeza como una mezcla de jabón limpio y tinta de bolígrafo y un perfume cítrico que se le pone a Bea cuando lleva cuatro horas trabajando.

Y aquí estoy. Tumbado en una cama doble con el techo blanco encima y la cabeza llena de sudaderas.

Tengo treinta y siete años. Esto no me pasa.

Esto, exactamente esto, es lo que no me pasa.

———

Hago una lista mental. Cuando tengo en la cabeza una cosa que no sé manejar, hago una lista. La lista de Bea sobre Iván Sastre la tiene Iván Sastre. La mía sobre ella, también. Voy. Una: viste de blanco con una facilidad que envidio. Dos: come pulpo con la misma seriedad que come lechuga. Tres: tiene un lunar redondo bajo el ojo izquierdo que el primer día pensé que era una sombra y al segundo día acepté que era un lunar. Cuatro: el lunar es ridículamente fotogénico, lo cual no le sirve de nada porque no quiere que la fotografíen. Cinco: no le gusta que la fotografíen, pero se deja un poco. Seis: tiene una libreta Moleskine negra que va siempre con ella. La quinta, dice. Le he visto las hojas de lejos. Tiene letra apretada de tinta azul, las dos primeras líneas más gruesas y luego más

pequeñas, como si empezara cada anotación con energía y la energía la fuera regulando.

Siete: cuando se ríe de verdad, no de cortesía, le sale primero una arruga al lado del ojo izquierdo, y la del derecho como un segundo después, asimétricamente.

Ocho: hace listas mentales también, lo sé porque le veo poner los ojos como en blanco a media frase.

Nueve: huele.

Diez: huele a un perfume cítrico que no sé identificar y a la sudadera gris que ya no es de su hermano y a un jabón limpio que es de su casa.

Once: trabaja con una concentración que no admite interrupciones. La he visto media hora con Pepa Romero entrevistándola en Cullera. La he visto media tarde con Joaquín en Calpe. La cabeza se le va a un sitio que yo no veo. Cuando vuelve, vuelve entera.

Doce: no se la ha pisado un fotógrafo en los últimos cinco años, y aun así en el premio del 2021 me la pisó un fotógrafo. Yo. Y eso lo arrastro como un peso en la mochila. Le pedí perdón en Sóller hace dos noches en la cocina lavando platos.

Pedirle perdón fue lo más limpio que he hecho en cinco años. Lo más sucio fue no hacerlo antes.

———

Vibra el móvil. Es mi madre. La llamo «mama», en mallorquín, no «mamá»: la diferencia importa.

— Fill, ¿estàs bé?

— Sí, mama.

— Què fas dret a aquesta hora?

— ¿Cómo sabes que estoy despierto?

— Perquè me n'has trucat dos cops aquesta setmana a deshora i no eres tu qui em truca normalment a deshora.

Mi madre tiene sesenta y ocho años, una pensión de profesora de primaria, una casa en Palma con macetas de albahaca en la galería y un olfato para los hijos que es prácticamente policial.

— ¿Cómo va el viaje?

— Bien, mama. Mañana cerramos La Manga, después vamos

a Almuñécar, después a Tarifa, y a casa.

— ¿Y la periodista?

— Bien.

— ¿Bien sí o bien para que yo no pregunte más?

— Bien.

— Vale.

— Mama.

— ¿Qué?

— ¿Tú qué quieres saber?

— Yo no quiero saber nada. Yo solo te llamo porque eres mi hijo.

— Mama.

— Iván.

— Mama, dilo.

— Que pareces feliz, fill. Eso es lo que quería saber. Y ya lo sé. Ya está. Adéu.

Cuelga.

Mi madre nunca me ha dicho cosas así. Mi madre dice cosas así un par de veces al año. Cuando lo dice, no se equivoca.

Me siento en el borde de la cama. Me paso las manos por la cara. Me huelo los dedos sin querer. Huelen a Bea, a través de

la sudadera. Joder.

Me levanto. Salgo al pasillo del hotel a echar agua a la cara en el baño compartido del fondo, porque el de mi habitación tiene la luz fundida y mañana hay que avisar a recepción.

———

El pasillo del hotel está vacío y mal iluminado. Una moqueta verde mostaza con cuadros geométricos. Dos lámparas de pared, una con la bombilla parpadeando. Un cartel de salida de emergencia. Una máquina de hielo al fondo. Sa lluna de un hotel de provincias.

Camino descalzo. Pantalón corto. Una camiseta vieja blanca. La sudadera gris la he dejado en la habitación porque, dejémonos de eufemismos, me la voy a poner para dormir.

La puerta del baño compartido se abre. Sale Bea.

Sale Bea con el pelo mojado, una toalla pequeña enrollada al cuerpo, los hombros descubiertos, las clavículas, el lunar redondo bajo el ojo izquierdo, las pecas sobre los pómulos, el agua todavía cayéndole por una hebra hacia el principio del pecho que la toalla no me deja ver entera. Se ha duchado tarde, claro. Las habitaciones más baratas no tienen ducha. Lo había olvidado.

Levanto la mirada. Lo intento. Lo consigo. Casi.

— Sastre.

— Ros.

Tiene el bote de champú colgando de un dedo. La pulsera de cuero en la muñeca izquierda. Va descalza. Tiene los pies

pequeños, anchos, con las uñas pintadas de un rojo casi gastado. La piel mojada le brilla a la luz mala del pasillo.

Yo soy un fotógrafo. Soy un hombre que mira la luz por oficio. Yo a esta mujer la veo, en este pasillo, en este momento, a ráfagas. Una ráfaga: el agua bajándole por la sien. Otra: la pulsera mojada. Otra: la peca pequeña que tiene en el hombro izquierdo y que no había visto en doce días.

Otra: ella mirándome a mí.

Tengo que decir algo.

— Te he dejado la luz del baño bien.

¿Qué?

— ¿Qué?

— En mi habitación está fundida la del baño. He venido a ducharme aquí. Quería avisarte de que en este de aquí hay agua caliente buena.

— Ah.

— Sí.

— Vale.

Da dos pasos. Se cruza conmigo en el pasillo. Le huelo el champú, un champú nuevo, no el de la marca habitual, alguno que habrán puesto los del hotel. Me pasa al lado y se gira un

segundo a decirme algo, algo amable, algo de buenas noches, algo de lo que ha salido bien hoy.

No lo dice.

Se queda parada al lado mío.

Yo me quedo parado al lado de ella.

La pared está a su espalda. Mi mano derecha se apoya en la pared al lado de su cabeza, sin que yo le ordene a la mano que lo haga. Mi mano izquierda se queda colgando, sin saber qué papel le toca. Bea levanta la cara.

Tiene los ojos avellana muy abiertos. La toalla agarrada con una mano. El champú colgando de un dedo.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Esto es?

— Sí.

Sí, sin pensar. Sí, sin frase. Sí, con mi cabeza diciendo que es una imprudencia, con mi cuerpo diciéndome que la imprudencia es no hacerlo. Sí, mientras me inclino, mientras le dejo a ella el medio segundo de poder retirarse, mientras Bea no se retira.

La beso.

La beso despacio. Le pongo los labios sobre los suyos sin abrirlos al principio, sin tocarla con las manos, sin pegarme entero, solo con la boca. Bea cierra los ojos. Lo noto debajo de mis párpados. La beso un segundo, dos. Espero. Bea suelta el

champú al suelo del pasillo. Plástico contra moqueta verde mostaza. Bea me devuelve el beso.

Esta vez sí abrimos la boca. Esta vez sí pongo la mano izquierda en la nuca de ella, debajo del pelo mojado. Esta vez sí Bea me agarra la camiseta a la altura de la cintura, no fuerte, lo justo. Esta vez sí me sale un sonido pequeño desde el pecho, un sonido que no es palabra, que es algo que llevaba doce días apretado allí. Esta vez sí Bea respira como si llevara doce días sin respirar bien.

La beso despacio. La beso bien. Le pongo el pulgar en la mejilla, justo debajo del lunar redondo, ese que llevo doce días contando. Le pongo la otra mano en la cintura, sobre la toalla. La toalla está fría todavía del agua. La cintura está caliente debajo.

Cuando nos separamos, no nos separamos del todo. Le pego la frente a la frente. Bea respira contra mi boca.

— Sastre.

— Ros.

— Esto es una imprudencia profesional.

— Ya.

— Total.

— Total.

— Reincide — dice ella, y yo entiendo que es una orden.

La beso otra vez. Es más fácil la segunda. Es más concentrada. Cierro los ojos del todo y la beso como si tuviéramos un mes y

no doce días. Bea sube la mano de la cintura de mi camiseta a mi cuello. Tiene la mano fría. Me hace bien el frío.

Otra puerta de habitación se abre al fondo del pasillo. Un hombre con bata sale a por hielo. Bea y yo nos separamos como si nos hubieran disparado. El hombre, gracias al cielo, está más interesado en su hielo que en nosotros. Pasa al lado, asiente con la cabeza como saluda la gente en los pasillos de hotel, sigue a por hielo. Bea se ríe contra mi pecho un segundo, sin sonido. Yo le sostengo la cabeza ahí.

— Habitación — digo, en voz baja, no porque le proponga nada, porque se nos echa encima el hombre del hielo a la

vuelta — vamos a tu habitación o a la mía, o nos volvemos cada uno a la suya, pero aquí no.

— A la mía no — dice Bea — la tuya está al fondo.

— A la tuya.

— No, a la mía no.

— Vale.

— A ninguna.

— Vale.

— Sastre.

— Ros.

— A ninguna. Hoy. Esta noche.

— Vale.

— Hoy hemos hecho esto.

— Sí.

— Mañana hablamos de lo otro.

— Vale.

— Vale.

Bea recoge el champú del suelo. Lo recoge sin agacharse del todo, como si un suelo de moqueta verde mostaza no

mereciera la indignidad de una rodilla doblada. La toalla aguanta. Yo agradezco a la toalla su discreción.

Bea se gira hacia su puerta. Yo me giro hacia la mía. Nos damos la espalda dos pasos. A la altura del tercer paso, los dos miramos atrás al mismo tiempo.

— Sastre.

— Ros.

— Otro.

Vuelvo. Tres pasos. La beso una vez más. Es un beso corto, rápido, casi un beso de despedida de los que salen mal, pero es exactamente lo que hace falta para no quedarse en el pasillo. Después la suelto. Bea entra en su habitación. Yo me quedo dos segundos con la mano en el quicio de la puerta de la suya.

— Buenas noches, Sastre.

— Buenas noches, Ros.

Cierra la puerta.

———

Espero un segundo más. Por si Bea cambia de idea y abre. No abre. Bien. Bea Ros sabe administrarse mejor que yo. Bea Ros, además, ha pactado con su cabeza y con sus tres años antes de pactar conmigo. Bea Ros, que no abre la puerta a las once y veintipocos en el pasillo de un hostal de La Manga después de

un beso, va a ser un viaje. Tres viajes. Diez. Bea Ros va a ser todos los viajes que se anoten a partir de hoy.

Vale.

Camino al fondo del pasillo. Un cuadro de un faro pintado en aceite por alguien que no sabía pintar faros. Una máquina de hielo zumbando. La moqueta verde mostaza con cuadros geométricos. Cuento la moqueta para no pensar en nada más durante diez segundos. Cuento ocho cuadros geométricos. Llego a la puerta de la 14. Ya no me acuerdo del baño al que iba.

———

Vuelvo a la 14. Cierro. Apoyo la espalda contra la madera. Cierro los ojos. Suelto el aire. Mucho aire. Mucho.

«Joder», digo en voz alta, en castellano, porque el catalán no me da hoy.

Doy tres pasos hasta la cama. Me siento. Me llevo las manos a la cara. La sudadera gris está ahí, al lado, encima de la almohada, donde la dejé. Me la pongo encima sin pensar, como si la sudadera fuera una manta que me hace falta.

Huele a ella. Sigue oliendo a ella. La sudadera, mi camiseta, mi mano derecha, la moqueta verde mostaza, la habitación entera huele a ella ahora, aunque eso es imposible.

No puedo dormir. Saco el móvil. Tonia, mama. Ya. He hablado con ella. Pere Quetglas, mi mejor amigo, dueño de la cafetería

Sa Truita en Sóller, debe de estar dormido pero igual no. Pere se acuesta tarde. Le escribo:

«Estic en un merder, Pere».

Pere contesta a los dos minutos. «Bo o dolent?».

Bueno o malo.

Lo pienso.

«Bo.»

Pere contesta:

«Llavors no és un merder, ase. És una sort. Dorm.»

Entonces no es un lío. Es una suerte. Duerme.

Pere lleva treinta años conociéndome. Pere a veces tiene razón.

Dejo el móvil. Apago la luz. La sudadera gris pegada al pecho. El pasillo, de nuevo, en la cabeza. La cara mojada de Bea. La pulsera de cuero. El champú cayendo al suelo. El segundo beso. El tercero. El «mañana hablamos de lo otro».

Mañana hablamos de lo otro.

No sé qué es lo otro, exactamente, pero sé qué es lo otro, exactamente.

Me duermo despacio. Tardo. Cuento los días que faltan para Almuñécar. Tres. Tres exactos. Cinco años de discutir con esta mujer y tres días para ir entendiendo que el premio del 2021 no era el problema. El problema era que no me la quitaba de la

cabeza desde antes del premio, y nunca me había permitido el lujo de saberlo.

Me duermo con la sudadera. Mañana es día trece. El primer día de algo, posiblemente. La cuenta empieza otra vez de cero.

Antes de cerrar del todo los ojos, abro la libreta pequeña que llevo siempre en la mochila Patagonia. Una libreta de tapa marrón, mucho más pequeña que la Moleskine de Bea, donde anoto pies de foto que se me ocurren, ideas para series futuras, frases que me dicen los cocineros y que se me olvidarían si no las cazara al vuelo. Está medio en blanco. Hace dos años que escribo poco. Hace dos años que las imágenes me hablan más fuerte que las palabras.

Pero esta noche no.

Esta noche escribo.

«25 de mayo. Hotel Mar Menor, La Manga. Un beso en el pasillo verde mostaza con una mujer de pelo mojado y champú colgando de un dedo. La luz del pasillo era amarilla mala. Ella tenía un lunar redondo. Yo tenía las manos vacías por una vez. Mañana será otro día. Hoy no se anota más, hoy se vive más».

Cierro la libreta. La meto debajo de la almohada. Apago el flexo. La habitación queda a oscuras.

Y entonces sí, me duermo. Sin contar olas, porque en La Manga no hay olas. La laguna está quieta como una bassa, como decía mi padre. Y, sin embargo, hoy a la bassa le tengo respeto. La bassa me ha dado a Bea Ros mojada en un pasillo. La bassa, contada así, es Mediterráneo.

15

Las preguntas de la N-340

Día trece. Me he despertado a las seis y veinticinco de la mañana, antes de que sonara la alarma, mirando el techo de la habitación 12 del Hotel Mar Menor con una claridad mental que solo se les concede a las personas que han hecho algo que no debían hacer la noche anterior y han dormido bien igualmente.

Anoche besé a Iván Sastre.

Anoche Iván Sastre me besó a mí.

(Las dos frases son verdad, los dos sujetos son verdad, los dos verbos son verdad, no hay matiz, no hay quien sea más responsable. Eso al menos lo tengo claro a las seis y veinticinco.)

Me ducho. Me visto. Vaqueros gastados, camiseta blanca, las Veja blancas que tenían que aguantar todo el viaje y todavía aguantan, el pelo recogido con una pinza. Me miro en el espejo del baño. La cara que tengo no es la de una mujer que

ha dormido bien. La cara que tengo es la de una mujer que ha dormido como una persona descansada y se sorprende de ello.

Iván llama a la puerta a las siete y diez.

— Pasa.

Pasa. Lleva pantalón corto azul marino, una camiseta verde militar limpia y la sudadera gris enrollada en el brazo. Me la deja encima de la cama.

— Te la devuelvo.

— Te dije que te la quedabas.

— Te la devuelvo de momento. Si me la quedo de verdad, eso lo decidimos hoy.

— Vale.

— Vale.

Estamos los dos a un metro y medio. Yo con la pinza del pelo en la mano. Él con la mochila Patagonia al hombro. Tres

segundos en los que ninguno se mueve.

— Buenos días — digo.

— Buenos días — contesta.

— Vale — digo.

— Vale — contesta.

— ¿Café? — pregunto.

— Café.

Bajamos a la cafetería del hostal. El desayuno son tostadas con tomate y aceite, café de termo, magdalenas envueltas en plástico y un dueño con bigote que se llama Ramón. Nos sentamos en una mesa pequeña al lado del ventanal del Mar Menor. El sol aún sale por encima de la laguna de un naranja

anaranjado. Iván saca la cámara y le hace dos fotos a la luz, no a la laguna. Luego vuelve a guardar la cámara.

Comemos.

No hablamos de lo de anoche.

No hablamos de la carretera de hoy.

No hablamos.

A la tercera tostada, Iván deja la suya a la mitad y suspira.

— Ros.

— Sastre.

— Esto va a ser raro si no decidimos cómo nos vamos a meter en una furgoneta cinco horas.

— Lo sé.

— ¿Lo hablamos ahora o lo hablamos en la furgoneta?

— En la furgoneta.

— ¿Por qué?

— Porque en la furgoneta no me puedes mirar mientras hablamos.

Iván asiente. No discute.

— Vale.

———

Salimos a las ocho y diez. La furgoneta con sombrero. La N-

340 dirección sur. Yo conduzco. Iván de copiloto con la cámara en el regazo, los pies otra vez encima de la guantera, tres dedos de café en un vaso de plástico.

Los primeros veinte minutos no decimos nada. Pongo la radio. Una canción de Maluma. La quito. Una canción de Quevedo. La quito. Una sintonía local que habla de los problemas del trasvase Tajo-Segura. La dejo, porque me

molesta tanto que me obligo a no pensar en otra cosa. Iván me mira de reojo.

— ¿Trasvase Tajo-Segura?

— ¿Qué pasa?

— Nada. Esa lucha la has elegido tú.

— Sí.

— Vale.

A los veinticinco minutos, suspiro yo.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Qué hacemos?

— ¿Te refieres con esto, o con el reportaje?

— Sastre.

— Vale, con esto.

— Sí.

Iván coge aire. Lo suelta despacio.

— Lo que no me parece, Ros, es fingir que ayer no pasó.

— A mí tampoco.

— ¿Entonces?

— Entonces dime tú primero qué quieres y yo te digo si me

vale.

— ¿En serio?

— En serio.

— Quiero seguir besándote.

Aprieto el volante. La N-340 baja en una curva suave. Un cartel anuncia una venta a doce kilómetros con la mejor

tortilla de la zona, según un cartel pintado a mano que se lleva oxidando desde el año dos mil tres.

— Vale.

— ¿Solo «vale»?

— Vale me parece bien y vale me parece poco. Estoy en las dos a la vez.

— ¿Qué es lo poco?

— Sastre, la pregunta es qué hacemos en general, no en el siguiente cuarto de hora.

— Ya. Lo sé.

— ¿Y?

— ¿Sigamos haciendo el reportaje?

— ¿Y luego?

— Luego decidimos.

— ¿Solo eso?

— Ros, faltan tres días para Almuñécar y dos más para Tarifa. Cinco días. ¿Qué quieres decidir hoy en la N-340?

Le miro un segundo. Tiene la cara seria. Ese gesto que pone cuando algo le importa de verdad. La barba un día más, los ojos azules muy claros, el pelo despeinado. Y la camiseta

verde militar que le va perfecta y que voy a tener que prohibirme mirar mucho rato si quiero seguir conduciendo.

— Vale — digo — pacto entonces.

— ¿Pacto qué?

— Estos cinco días que quedan, esto va contigo. Quiero decir, esto va con nosotros. Sin meter Madrid, sin meter Sóller, sin meter cinco años, sin meter Tomás, sin meter Anna. Solo cinco días de carretera y de chiringuitos.

— Vale.

— Y al sexto día hablamos como adultos.

— ¿Tarifa?

— Tarifa. Última noche o cuando se acabe el reportaje.

— ¿Y mientras?

— Mientras, Sastre, lo que se nos antoje. Profesional sin fingirlo, personal sin esconderlo, dentro de la furgoneta y dentro de los hostales.

— Pacto.

— Pacto.

Le tiendo la mano por el aire de la furgoneta, otra vez. Iván me la coge. Esta vez no me la suelto a la primera. La aguanta cinco segundos más, sin decir nada. Cuando la suelta, me la

deja con un golpecito amistoso en el dorso, como dándole un sello al acuerdo.

— Hablo yo entonces — dice.

— ¿Tú?

— ¿Te molesta?

— No.

— Vale. Me apetece besarte mucho. Y me apetece más cosas. Pero también me apetece llegar a Almuñécar conduciendo yo media tarde para que tú escribas, comer paella con la dueña

de Las Banderas, y volver al hostal contigo. No solo lo otro. Lo otro y esto. Pacto.

— Pacto.

— ¿Tú?

— ¿Yo qué?

— ¿Tú qué quieres tú?

— Sastre, dame un kilómetro de margen.

— Vale.

A los dos kilómetros, suspiro otra vez.

— Yo, Sastre, llevo tres años sin acostarme con nadie.

Iván no se mueve. Iván mira el salpicadero como si se le hubiera olvidado dónde estaba.

— Vale.

— No te pido que reacciones. Te lo digo porque va a estar ahí esto los próximos cinco días y prefiero que lo sepas tú.

— Vale.

— No es por nada raro. Bueno, sí. Es por mi divorcio. Tomás, mi exmarido, terminó conmigo de la peor manera que termina un matrimonio. Me dejó por su sumiller. Se llama Marta. Trabajaban juntos en el restaurante. Se enteró todo Madrid antes que yo. Las primeras semanas yo creía que lo iba a superar. Las semanas siguientes me di cuenta de que lo iba a superar pero más tarde. Llevo tres años superándolo. Llegué a un sitio del que no me quería mover, ¿sabes? Sin acostarme

con nadie. Sin pensar en acostarme con nadie. No es virginal: es un descanso.

Iván me deja terminar.

— Y te diré una cosa más, ya que estamos. Eras el último

hombre con el que pensé que iba a romper la racha.

Iván se ríe bajo. Una risa real, no de chiste.

— Lo creo.

— ¿No te molesta?

— Que te ría con eso o que rompamos la racha.

— Sastre.

— Ros.

— Las dos.

— Las dos cosas las llevo bien.

— Vale.

— Vale.

A los tres kilómetros, hablo yo otra vez.

— ¿Y tú?

— ¿Yo qué?

— ¿Cuándo fue tu última vez con alguien?

Iván aprieta los labios. Calcula.

— Hace un año. Una mujer mallorquina, una cosa de tres semanas. Buena gente. Se acabó porque ninguno tiraba.

— Anna fue antes.

— Anna fue antes y Anna fue larga. Cuatro años. Después tuve

algunos rollos cortos. Nada que se me quedara.

— ¿Por qué con Anna se acabó?

— Porque me preguntó si quería casarme y le dije que no.

— ¿Por qué le dijiste que no?

— Porque no quería casarme con ella.

— ¿Solo eso?

— Es bastante, ¿no?

— Sí.

— Vale.

— Vale.

Cinco kilómetros más en silencio. Iván baja la ventanilla. Entra el aire seco de Murcia. Pasa una furgoneta de naranjas

en sentido contrario. Yo bajo el ritmo en una curva.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Te molesta que te haya preguntado por Anna?

— No.

— Vale.

— ¿Te molesta a ti que te haya dicho lo que te he dicho?

— ¿Lo de los tres años?

— Lo de los tres años.

— Llevo treinta minutos tratando de no llorar. Lo digo en serio. Pero no por tristeza. Por alivio.

— Vale.

— Vale.

———

A los seis kilómetros, suspiro yo. Otro suspiro. Iván empieza a

estar preocupado de mis suspiros.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Otro?

— Otro.

— Dilo.

— Tengo miedo.

— ¿De qué?

— De equivocarme. Pero ya no del que me dejaba miedo antes.

— ¿Qué quieres decir?

— Que el miedo a equivocarme con Tomás, mi exmarido, era miedo a que me hiciera daño. Este miedo es otro. Este es miedo a equivocarme yo. A no estar a la altura. A llegar a

Madrid en cuatro días y echarte de menos como una cría y no saber qué hacer con eso.

Iván afloja un grado el acelerador. La carretera baja. Una recta larga.

— Ros, eso no se llama miedo.

— ¿Cómo se llama?

— Eso se llama gana.

— ¿Gana?

— Gana de que salga bien. Es distinto.

— Vale.

— Vale.

A los ocho kilómetros, le miro el pelo despeinado.

— Sastre.

— Ros.

— Cuando me besaste anoche, ¿lo tenías pensado?

— No.

— ¿Sí o sí no?

— Sí lo había pensado. No lo tenía planeado. Es distinto también.

— Sastre, llevas hoy distinciones finísimas.

— Llevo doce días midiendo cosas que no me atrevía a medir.

Hoy me atrevo.

— Vale.

— ¿Y tú? ¿Lo tenías pensado?

— No.

— Pero estabas saliendo del baño.

— ¿Y?

— Que la sincronización fue calculada por una de las dos partes.

— Sastre, te juro que no la calculé. Si la hubiera calculado, no habría dejado caer el champú.

— Vale.

— Vale.

— ¿Has pensado de pequeña qué te gustaría que fuese tu primer beso después de tres años?

— Para empezar, hace tres años no te conocía. O sí. Había leído tu nombre en el premio. Pero no te conocía. Así que no he tenido tiempo de pensar nada.

— Vale.

— Y para terminar: si me hubieran preguntado el día uno del viaje a las nueve de la mañana, te habría dicho «cualquier

cosa menos un beso de Iván Sastre». A las once de la noche del día doce, dije sí.

— Eso es un cambio de mil por ciento.

— Sí.

— ¿Te molesta?

— Sastre.

— Ros.

— Ya no sé.

———

Llegamos a Almuñécar a las dos y diez de la tarde. La pensión donde habíamos reservado se llama Pensión El Mirador, una casa de una sola planta encalada, en una callecita estrecha del casco viejo, a tres minutos andando de la cala donde está el chiringuito Las Banderas. La dueña se llama Reme, así sin segundo nombre, y nos recibe en la puerta con un delantal de cocina que dice «la jefa».

— Hola, hijos. Tengo solo una habitación.

— ¿Cómo? — digo, parándome.

— Habíais reservado dos individuales pero la pareja de antes me ha cambiado planes y se quedan dos días más, y solo tengo

una doble libre. Os la dejo al precio de una individual y mañana os reorganizo.

Iván me mira a mí. Yo miro a Iván.

— ¿Una doble doble o una doble con dos camas? — pregunto.

— Doble matrimonio. Una cama. Pero es bonita, eh, hijos. Mirador al mar.

Pausa.

— ¿Es problema?

Sí. No. Es la mejor noticia y la peor noticia del mundo a la vez. Lo repaso despacio. He hecho un pacto con Iván esta mañana de cinco días que se sostiene. Llevo tres años sin acostarme con nadie. He besado a Iván a las once y media en un pasillo verde mostaza.

Iván habla primero.

— Reme, no es problema. Nos va bien.

— ¿Sí?

— Sí — digo yo, porque ya no me queda más remedio.

Reme aplaude pequeñito.

— Pasad, pasad. Os dejo las llaves. La habitación es la de fondo, la que da al limonero.

Cogemos las maletas. Iván abre la puerta de la habitación con una llave de hierro grande que parece de obra de teatro. Dentro: una cama de matrimonio con cabecero de hierro forjado, sábanas blancas, una colcha azul claro, una mesilla a

cada lado, un armario de espejo, una ventana con dos hojas que da a un patio interior con un limonero y una pared encalada con macetas.

Iván deja la mochila Patagonia en el suelo. La cámara, encima de la silla.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Estás bien?

— Sí.

— ¿Estás segura?

— Sí.

— Vale.

Saco la libreta de mi bolso. La dejo en la mesilla de la izquierda. La que da al limonero. Iván deja su libro en la mesilla de la derecha. La que da al armario. Sin hablarlo.

— Sastre.

— Ros.

— Hoy reportaje. Las Banderas, comida, anotar, volver, escribir. Por la noche, cenamos por aquí, cervecita, y

dormimos.

— Pacto.

— Pacto.

— ¿Pacto cómo?

— Pacto de que esta noche yo duermo en la cama, tú duermes en la cama, los dos vestidos, espalda contra espalda, como dos críos.

— ¿Por?

— Sastre, llevo dos noches besadas. La tercera la quiero ganar.

— Vale.

— Pacto.

— Pacto.

Iván sonríe. Esa sonrisa contenida, el hoyuelo, la mandíbula. Me coge la mano un segundo. Me la suelta un segundo.

— Voy a quitarme estas zapatillas y vamos a Las Banderas, Ros.

— Voy a peinarme y vamos.

— Vale.

Cuando él entra en el baño y yo me quedo sola en la habitación frente al espejo del armario, me veo. Una mujer de treinta y tres años con la pinza en el pelo, una camiseta blanca, unos

vaqueros gastados. Pulsera de cuero. Lunar bajo el ojo izquierdo. La cara que tengo es nueva. La he estrenado hoy.

Anoto, mientras Iván se lava las manos al otro lado de la pared:

«Día 13. N-340. Pacto de cinco días. Una habitación, una cama, una noche de espalda contra espalda. Llevo tres años hacia atrás y dos minutos hacia adelante. La sudadera gris se queda con él. Punto.»

Cierro la libreta. Iván sale del baño. Lleva una camisa de lino blanca limpia, las mangas dobladas hasta el codo, el pelo medio mojado. La cámara colgando del cuello, el reloj G-Shock en la muñeca, una mochila pequeña con dos botellas de agua y un paquete de pañuelos. Está listo. Como yo.

— ¿Vamos? — pregunta.

— Vamos.

Salimos. Cierro la puerta con la llave de hierro grande. Reme nos saluda desde la galería con una rama de menta en la mano y nos pregunta si volvemos para cenar.

— Volvemos para cenar.

— Os preparo una merienda en la terraza al volver, si queréis.

— Reme, qué exagerada.

— Hija, sois los primeros que veo en este patio en una semana. Aprovechad.

Iván le agradece con la cabeza. Yo le agradezco con la voz. Bajamos la cuesta hacia la cala. La calle es estrecha, encalada, con escalones cada cinco metros, geranios en las ventanas y

un olor a fritanga que sale de algún portal a la una y media en punto.

Almuñécar huele a sal y limón. Me río sola por la calle empinada. Iván me pregunta de qué me río. Le digo «de mí». Él entiende. Bajamos a la cala.

— Ros — me dice Iván a media cuesta — una cosa.

— ¿Qué?

— Hoy en Las Banderas, esto.

— ¿Qué de esto?

— En el chiringuito, ¿somos otra vez Ros y Sastre?

— Sastre, en el chiringuito siempre vamos a ser Ros y Sastre. Eso es así. Siempre que haya un cocinero que nos espere.

— Vale.

— ¿Te parece?

— Me parece.

— En el hostal, en cambio, somos Bea e Iván.

Iván me mira. La cuesta de Almuñécar se queda quieta un

segundo.

— Bea — dice, despacio.

— Iván.

— Suena raro.

— Suena nuevo.

— Vale.

— Pero solo en el hostal, ¿eh?

— Solo en el hostal.

— Pacto.

— Pacto.

Llegamos a la cala con la frase «Bea-Iván» colgada del aire. La cala es pequeña, arenosa, con una calleja al fondo que abre a Las Banderas. Una pareja con dos niños pequeños construye un castillo. Una señora mayor lee bajo una sombrilla. Un perro persigue una pelota de plástico. Cosas mediterráneas.

Iván levanta la cámara y saca la primera foto del día. No es a la cala. Es a mí, andando por la arena con la pinza del pelo deshaciéndose.

16

Las Banderas

Día catorce. Almuñécar. Hace un sol de los que pegan en la nuca y te recuerdan que llevas un tatuaje delicado en el antebrazo derecho que ya no se quita. Iván baja la cuesta desde la pensión con la cámara al cuello, una camisa blanca de lino limpia (la de respeto, dice él) y mi sudadera gris atada por las mangas en la cintura, porque cuando le di el «la prestaba largo» no era una metáfora.

Yo bajo a su lado. Llevo un vestido azul vivo que cogí en el último momento metiendo cosas en la maleta de Madrid y que no me he puesto hasta hoy. Es uno de esos vestidos cortos de algodón sin nada especial, con tirantes finos y un escote redondo que mi madre llama «escote bonito», o sea, escote cero. Pero me sienta bien. Lo sé porque Iván, cuando he salido de la habitación, ha subido la cámara a la altura de los ojos y

se ha quedado mirando un segundo más del que se queda mirando un fotógrafo a una luz cualquiera.

— ¿Saco una?

— Si la sacas — le digo — me la enseñas.

— Vale.

— Y si me sale como la del Cangrejo Loco, te la tengo que romper.

— ¿La romperías?

— No. Pero te lo digo igual.

— Vale.

— Vale.

No saca la foto en el portal. La saca a la mitad de la cuesta, cuando me giro para mirar un gato en una ventana. El clic es suave. Yo no me giro. Le concedo el clic.

———

Las Banderas es un chiringuito pequeño de toldo a rayas en una cala con dos hamacas viejas, una barca de madera bocabajo y una piedra grande con tres banderas pintadas: la de Almuñécar, la andaluza y la de un equipo de pelota a mano de los años setenta del que ya nadie se acuerda. La dueña es Reme Salvador, cincuenta y cinco, pelo corto teñido de caoba, ojos negros, anillos en cinco dedos. La hermana de la Reme de

la pensión, descubrimos. Hay dos Remes en Almuñécar, según ella, y son las dos.

— Pasad, pasad. Os he reservado la mesa de la sombrilla buena.

Las Banderas tiene cuatro mesas de hierro pintadas con los colores de las banderas y una barra pequeña con una pizarra de tiza, también escrita en tres columnas y, también, con una falta. Iván la señala. Yo le doy un codazo, otra vez. Empieza a ser un gesto.

— No te metas con lo entrañable, Sastre.

— Esta es la segunda vez que lo entrañable es una falta de ortografía.

— Esto es Andalucía.

— Esto era Cullera.

— Sastre, lo entrañable es una franja amplia.

— Vale.

Reme nos sienta debajo de una sombrilla de paja que protege más que las otras tres. Nos pone agua, nos pone vino blanco fresco de Granada, nos pone aceitunas con ajo y nos cuenta su vida sin que se la pidamos.

Trabajó treinta años en una fábrica de pescado en almíbar (¿pescado en almíbar? sí, en almíbar, juro que lo escribo) en Motril hasta que la fábrica cerró, recibió un finiquito digno, montó Las Banderas en la cala donde su padre tenía la barca, y

aquí lleva veinticinco años. No tiene marido, tiene un perro grande blanco con manchas marrones que se llama Kojak.

— Como el calvo de la tele — nos aclara Reme.

— Lo había imaginado — digo yo, anotando.

Iván fotografía a Reme. Las manos de Reme. La piedra con las banderas pintadas. Una bandeja de chanquetes. Un trozo de barca con el sol cayéndole encima. Un trozo de mar. Reme dirige a Iván como si dirigiera una sesión de moda. «Ahí no, niño, que no se ve. Ahí, sí. La bandera la ve cualquiera. La olla, no la ve cualquiera». Iván ríe. Iván obedece. Yo aprendo, mirándolos.

A la una y media nos sentamos a comer.

Reme nos pone una paella mixta para dos hecha con calamar de la lonja, gambas grandes, pollo del corral del vecino, judía verde, alcachofa y un sofrito largo. La trae en una sartén grande de hierro y un par de cucharas de madera. Se sienta

con nosotros con una copa de vino. Nos mira los dos, alterna, sonríe.

— Qué pareja tan bonita.

Iván se mete una cucharada de paella en la boca para no contestar. Yo me río dentro del vaso. La cosa es que ninguno de los dos la corrige.

— ¿Llevamos qué? — prueba Reme.

— ¿Cuántos años? — digo yo.

— Sí.

— Catorce días.

Reme se queda quieta. Mira a uno. Mira al otro. Levanta el vaso.

— Pues por los catorce días — dice — y por los siguientes catorce. Y los siguientes. Y los siguientes.

Brindamos. El vino blanco está demasiado bueno para una mujer que tiene que conducir. Iván tiene que conducir mañana. Yo bebo el doble que él. Es matemático.

———

A las cuatro nos despedimos. Reme nos llena una bolsa con dos higos pasados y media barra de pan moreno, «por si os entra hambre por la tarde». Iván intenta pagar la comida. Reme le dice que la paga Marina (cierto: factura a Panorámica). Iván le da la propina en mano. Reme la mira, se

la guarda en el delantal, y nos despide con un beso en la mejilla a cada uno.

— Volved cuando podáis — dice — pero volved como pareja.

Yo abro la boca. Iván abre la boca. Ninguno la cierra a tiempo. Reme se ríe.

— Ya, ya, hijos.

— Reme.

— Que sí.

— Que no somos pareja.

— Que sí.

— Reme...

— Hija, no soy tonta. Llevo una hora viendo cómo te pasa el agua sin querer encima del codo.

Iván se ríe en una risa bajísima, que él intenta convertir en tos pero que no le sale ni para tos. Yo no contesto. Reme se queda con la última palabra. Reme nos quiere bien.

———

A las cinco volvemos a la pensión. Iván se mete en el baño un cuarto de hora a sacarse la sal del pelo (se ha bañado con Kojak en la cala). Yo aprovecho para escribir. Saco la libreta. Pongo el nombre del chiringuito. Pongo el nombre de Reme. Pongo «pescado en almíbar», con un signo de exclamación.

Pongo «Kojak». Pongo «la sombrilla buena». Pongo «catorce días».

Tacho «catorce días».

Lo vuelvo a poner.

Lo dejo.

Iván sale del baño con una toalla en el pelo y otra en la cintura. Solo en la cintura. Tres centímetros de tatuaje de la vela del bíceps derecho asoman al borde del agua. La cicatriz blanca de la rodilla, en el costado izquierdo. El reloj G-Shock encima de la mesilla, no en la muñeca. Pecas en los hombros.

Una línea de sol más oscura en el cuello donde la cámara le ha tatuado la correa cien veces.

Cierro la libreta de golpe. Subo la cara hacia el techo.

— Sastre.

— ¿Qué pasa?

— Tú vístete.

— Estoy en mi habitación, Ros.

— Es la habitación de los dos.

— Vale, en la habitación de los dos vístete tú también. ¿Es ese el pacto?

— … Sí.

— Vale.

Le oigo reírse bajo. Se mete en el baño otra vez. Sale con pantalón corto y camiseta. Yo descubro un nivel nuevo de mí misma: el de la mujer que se ha pactado un puritanismo y se está arrepintiendo en directo.

———

Subimos. Reme está en la galería con un cigarro liado a mano y un vaso de granizado de limón. Nos invita a uno. Yo acepto. Iván acepta. Nos sentamos los tres en sillas de mimbre debajo del limonero. La granizada de limón está ácida y dulce a la vez, hecha con limones del propio árbol. Reme nos cuenta que su exmarido (palabra que ella pronuncia siempre con un pequeño golpe de barbilla) se llamaba Antonio y se fue a Alemania por trabajo hace ocho años, conoció a otra y allí se

quedó. Reme se rio. «Hija, mejor para mí». Reme nos cuenta que tiene dos hijos varones, uno en Granada estudiando psicología y otro en Almería trabajando de socorrista. Que la pensión la heredó de su madre. Que duerme mejor sola.

Iván la fotografía sin pedir permiso, una vez. Reme no se da cuenta hasta que se la enseña. Cuando la ve, se la pide para

enseñársela a sus hijos. Iván se la manda al móvil. Reme le da otro beso en la mejilla y nos deja con la granizada.

A las nueve subimos a la habitación a refrescarnos. Iván se mete a la ducha primero. Yo me siento en una de las dos sillas frente al patio. Saco la libreta. Anoto:

«Día 14. Reme. Las Banderas. Catorce días. Granizada de limón en la galería. Por primera vez en años, no quiero estar en otro sitio».

Cierro la libreta. Iván sale del baño con una toalla en la cintura. La cicatriz de la rodilla. Las pecas de los hombros. El pelo medio mojado.

— Ros, vístete.

— Sastre, te recuerdo el pacto.

— ¿Cuál?

— El de hoy. Espalda contra espalda y nada más.

— Lo recuerdo.

— Pues vístete tú.

Iván se ríe. Se viste. Yo respiro hondo.

———

Cenamos en una marisquería pequeña al otro lado de la cala. Tomamos una jarra entera de vino tinto, calamares a la romana, almejas a la marinera, un postre de pastel cordobés que nadie había pedido pero que la camarera nos puso de

invitación porque «es la última noche del primer vacío del fin de semana». No entiendo la frase pero me la como.

Volvemos a la pensión a las once y veinte. Reme está fuera, sentada en un banco de hierro, con una vela encendida y un libro de Almudena Grandes en las manos. Nos saluda con la cabeza. No hace preguntas. Reme está bien.

Subimos a la habitación. Encendemos la lámpara de la mesilla, no la del techo. La habitación con la luz amarilla parece otra cosa. La cama parece más grande. La ventana al limonero parece una ventana al limonero.

— Vale — digo, dejando el bolso en la silla.

— Vale — contesta Iván, dejando la cámara con cuidado encima del armario.

— Pacto.

— Pacto.

— Espalda con espalda.

— Espalda con espalda.

Voy al baño. Me quito el vestido. Me pongo una camiseta vieja que me llega a medio muslo y unos pantalones cortos de pijama de algodón. Me lavo los dientes. Me miro al espejo. Tres respiraciones.

Salgo. Iván me espera en el lado izquierdo de la cama, sentado, con pantalón corto y camiseta limpia, leyendo algo

en el móvil. Levanta la cara, asiente, deja el móvil en la mesilla.

— Yo voy.

Va al baño. Cinco minutos. Cuando vuelve, yo ya estoy debajo de la sábana. Iván apaga la luz de la mesilla del armario. La luz

del limonero queda más amarilla. Iván se mete debajo de la sábana en su lado.

Espalda contra espalda. La sábana fina entre los dos. La camiseta de él. La camiseta mía. Las dos espaldas tocándose

por la zona de los omoplatos.

Silencio.

— Sastre.

— Ros.

— Esto era una buenísima idea esta mañana en la furgoneta.

— Lo sé.

— ¿Todavía es buena?

— Es buena, sí.

— Vale.

— Vale.

Silencio.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Tú estás bien?

— Estoy bien.

— ¿Tienes calor?

— No mucho.

— Yo un poco.

— Quítate la sábana.

— No quiero.

— Vale.

Silencio.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Me cuentas algo?

— ¿Algo de qué?

— Algo aburrido. Algo que me haga dormir.

Iván se ríe contra la almohada. Lo noto porque la cama se mueve un milímetro.

— Vale. Te cuento la primera vez que cogí una cámara.

— Cuéntame.

— Tenía once años. Mi padre se había comprado una Pentax en una tienda de Palma de segunda mano por dos mil pesetas. Era para fotografiar a la familia, pero a él le pesaba en las manos y nunca la cogía. Yo se la cogí un día sin permiso. Saqué doce fotos. Una era de un perro del barrio. Otra era de mi hermana Margalida con una raqueta de tenis. Otras tantas eran del suelo, porque no entendía dónde se apretaba para sacar la foto. Cuando reveló mi padre el carrete, descubrió que las fotos buenas, las dos buenas, eran mías. Una era de un trozo de pared con una sombra de antena de televisor. La otra era de la falda de mi madre cuando ella estaba sentada en el

banco de la galería. Solo se le veía la falda. Mi padre se quedó dos horas con esas dos fotos. Después me regaló la Pentax.

— ¿Te la regaló de verdad?

— Sí.

— ¿Y la guardas?

— Sí.

— ¿Dónde?

— En Sóller. En un cajón. La uso una vez al año.

— Sastre.

— Ros.

— Eso ha sido bonito.

— ¿Y aburrido?

— No me has dormido nada.

— Pues entonces te cuento otro.

— Cuéntame.

Iván sigue. Cuenta cosas como las cuenta. Sin levantar la voz, sin recargar las palabras, dejando que la frase tenga el aire de un pueblo en el que nadie corre.

Cuenta que su hermana Margalida se rompió un brazo a los catorce años cayéndose de un caballo en un campamento. Cuenta que Tonia hace una sopa de letras (la sopa, no el juego) que es famosa en Palma entera. Cuenta que Pere Quetglas, su mejor amigo, abrió la cafetería Sa Truita en

Sóller con un préstamo del banco que estuvo a punto de hundirle y que ahora, ocho años después, le va bien. Cuenta cosas de su vida sin pedir cosas mías a cambio. Cuenta para mí.

A los veinte minutos, mi cabeza se va. Veo el limonero del patio interior por el rabillo. Oigo el aire entrando por la ventana.

A los veinticinco, sin querer, mi espalda se relaja un grado. No me giro hacia él. Pero la espalda mía y la espalda suya, debajo de la sábana, se acercan un milímetro.

— Sastre — digo, ya con voz de antes de dormir.

— Ros.

— Sigue.

Iván sigue. La voz baja, cadenciosa. Mi padre Joan electricista me contaba historias con esta voz cuando yo tenía siete años. Iván Sastre cuenta historias con esta voz cuando yo tengo treinta y tres y estoy a un brazo de él en una cama de matrimonio en Almuñécar. La diferencia es enorme y la diferencia no es ninguna.

Me duermo en algún momento. No sé exactamente cuándo. Solo sé que, cuando me duermo, mi espalda y la espalda de Iván están tocándose con todo el lomo, sin haberlo pactado. La sábana ya no es una frontera. Es una sábana.

———

Despierto a las tres y veintidós. Lo sé porque levanto la cabeza y miro el reloj de la mesilla. Iván está dormido. Le oigo respirar despacio. Su espalda contra la mía. Su brazo derecho

colgando hacia el lado del armario, no hacia mí. El pelo medio melena despeinado en la almohada blanca.

Me giro un cuarto de vuelta sin querer. Le miro la nuca. Le miro el contorno del hombro contra la sábana. Le miro la oreja izquierda. Una oreja normal. Una oreja sin nada extraordinario. Y sin embargo me parece que llevo años sin ver una oreja.

Vuelvo a girar la espalda. Cierro los ojos. Anoto mentalmente:

«Día 14. Pacto cumplido. Cama compartida. No ha pasado nada. Y ha pasado todo. Anotar para mañana: cuando me despierte, decidir si Almuñécar acaba aquí o si Almuñécar empieza aquí».

Me duermo otra vez. Cinco años de discutir con Iván Sastre y la cosa se resuelve en una espalda contra otra a las tres y veintidós de la madrugada en una pensión con un limonero. Si esto lo cuento a Inés, Inés dirá «tía», tres veces. Y tendrá toda la razón.

A las seis menos cuarto vuelvo a despertar. Esta vez, no es por nada exterior. Esta vez es porque he sentido a Iván moverse y, sin querer, mi cuerpo se ha movido un poco también. Cuando abro los ojos, su cara está a un palmo de la mía sobre la almohada. Tiene los ojos cerrados todavía. La barba dormida. La marca de la almohada en la mejilla derecha.

Le miro. Le miro mucho. Le miro un minuto largo, sin parpadear, hasta que me arden los ojos y tengo que cerrarlos

un segundo. Cuando los vuelvo a abrir, Iván tiene los suyos abiertos.

— Ros — susurra.

— Sastre.

— ¿Tú estás aquí?

— Estoy aquí.

— Vale.

Pausa.

— Sastre.

— Ros.

— Mañana.

— Mañana.

Me cierra los ojos con dos dedos suaves. «Duerme». Yo le hago caso. Cierro los ojos. Iván me sostiene la mano por debajo de la sábana. Se la sostengo. Cinco minutos después, los dos respiramos a la misma frecuencia.

Me duermo del todo a las seis y cinco. La luz amarilla del limonero ya empieza a entrar por la persiana. Mañana, lo otro. Mañana es mañana. Esta noche ha sido esta noche. Hemos cumplido el pacto. Casi.

17

El limonero

Día quince. Almuñécar. Me despierto a las ocho menos diez de la mañana con el brazo de Iván Sastre cruzado sobre mi cintura, su cara contra mi nuca, su respiración profunda en mi pelo y un limonero amarilleando al otro lado de la ventana.

No me muevo.

Tres minutos. Cuatro. Cinco.

Llevo años con una serie de manuales aprendidos sobre cómo se hacen las cosas que afectan a la vida adulta. Cómo se dimite. Cómo se firma un divorcio. Cómo se le dice que no a una directora de revista que te ofrece doscientos euros menos de lo que mereces. Cómo se le dice a una madre que ya no eres niña sin romperle el corazón. Lo que no he aprendido, en treinta y tres años, es cómo se sale del brazo de un hombre

que se ha movido mientras dormía y que pesa exactamente lo que necesito que pese encima de mí esta mañana.

Decido no salir. Decido respirar bajo. Decido escuchar.

Iván huele a sueño y a jabón y a un poquito de aceite de oliva del chiringuito de ayer. Su brazo no es pesado en plan piedra. Es pesado en plan brazo. Tiene el dorso de la mano en el costado mío, justo encima de la cadera. Los dedos largos. La mancha de tinta de cámara debajo de la uña del pulgar. La piel curtida.

Iván Sastre se ha movido en la cama y me ha abrazado. Si el universo me hubiera dicho hace seis meses que esta era una de las opciones de mi vida, le habría tirado un café por la cara.

A las ocho y dos minutos, Iván despierta. Lo noto antes de que abra los ojos: la respiración cambia, los dedos del brazo encima de mi cintura se tensan un instante y, de pronto, están

a punto de retirarse, de pedir perdón, de decir «Ros, lo siento, me he movido en sueños».

No le dejo.

Le pongo mi mano encima de la suya.

— Sastre.

— Ros.

— Buenos días.

— Buenos días.

Pausa.

— ¿Te has movido tú o me he movido yo? — pregunto.

— Yo. Lo siento.

— No lo sientas.

Pausa más larga. La luz amarilla del limonero entra rallada

por la persiana.

— ¿Tenemos hora libre antes del checkout?

— Hasta las once. Reme me lo dijo ayer.

— Son las ocho y dos.

— Lo sé.

— Vale.

— Vale.

Iván no me suelta. Yo no le suelto a él. La mano sigue donde está. La cintura sigue donde está. La nuca sigue donde está. La cama sigue donde está.

— ¿Y? — digo.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Qué quieres?

— Quiero que me lo preguntes tú.

— Te lo pregunto: ¿qué quieres?

Inspiro. Espiro. Lo digo.

— Te quiero a ti.

Iván se ríe contra mi nuca. Una risa muy bajita. Casi una

vibración.

— Ros, qué bien lo dices.

— Lo digo bien porque llevo nueve horas decidiéndolo en la cama.

— Vale.

Se incorpora un palmo. Me gira con cuidado, con la mano grande en la cadera, hasta que quedo de espaldas en la almohada y él de costado sobre el codo, mirándome desde arriba. Tiene el pelo aplastado del lado en el que ha dormido. Una marca de almohada en la mejilla. Los ojos azules muy claros, todavía con sueño. La barba un día más.

Y a esta hora, con esa cara, sin permiso, tiene la cara más bonita que le he visto en doce días.

Le toco. Le toco la barba con dos dedos. Áspera. Le toco la cicatriz de la rodilla porque está al alcance, porque la sábana

se ha bajado, porque un día le iba a preguntar y hoy es el día. Iván me deja.

— ¿Qué fue?

— Una caída de moto en la curva del Coll dels Reis.

— ¿Cuándo?

— A los veintiséis. La curva del Coll es traicionera. Iba con un amigo en una Vespa y me caí. El amigo no.

— ¿Te dolió?

— Mucho.

— Pobre.

Le doy un beso en la cicatriz.

Iván se queda quieto.

— Ros.

— Sastre.

— Si me besas la cicatriz a las ocho y media, esto se nos va de las manos.

— Lo sé.

— Vale.

Y entonces se inclina y me besa.

Esta vez no es el pasillo verde mostaza. Esta vez es la cama del limonero. Esta vez me besa con la mano en la cara, con los dedos detrás de la oreja, con el pulgar en el lunar redondo

bajo el ojo izquierdo, con la boca abriéndose despacio. Me besa primero el labio de arriba. Después el de abajo. Después los dos. Y después yo le devuelvo el beso porque ya no soy una mujer que se aguanta.

La camiseta se va. La mía. La de él. Me incorporo lo justo para que él me la saque por la cabeza y la tire al suelo del lado del armario. La luz amarilla del limonero le entra al cuerpo a rayas finas, igual que ayer, como si hubiera persianas en él. La piel pecada del hombro izquierdo. El tatuaje de la vela del bíceps derecho. Las marcas de costado donde la cámara se le pone cada día.

— Sastre — digo, mirándole.

— Ros.

— Tres años.

— Lo sé.

— Despacio.

— Despacio.

Despacio. Me besa el cuello. Me besa la clavícula. Me besa el lunar otra vez, como si fuera a estudiarlo. Me pone la mano grande en el costado y me la baja por toda la cintura, despacio. Yo le sostengo la cara. Le miro los ojos antes de cerrar los míos. Los ojos muy claros, muy concentrados, muy serios.

Y entonces Iván, levantándose para llegar a la mesilla a por algo, tropieza con la maleta abierta de él que está en mitad del suelo entre la cama y la pared, casi se cae, salva el equilibrio agarrándose al armario y se ríe. Me río yo. Nos reímos los dos.

Un minuto entero. Reírse en la cama, pienso, es un signo de que nada se va a torcer.

— Sastre, eres un peligro.

— Ros, la maleta es tuya.

— ¿La maleta es mía?

— Sí.

— Madre mía.

— Te lo digo desde hace tres días.

— Cállate.

— Vale.

Vuelve. Pone la rodilla buena en la cama. La cicatriz a la luz amarilla. Me aparta el pelo de la cara con el dorso de la mano. Me besa otra vez. Me besa con una calma que me desarma. La calma es cuatro de cada cinco veces más caliente que la prisa, y este hombre lo sabe.

Le ayudo a quitarse el pantalón corto. Me ayuda a quitarme los míos. Quedamos los dos en ropa interior un rato más largo del que esperaba, con los dedos hablando, con la boca hablando, con las piernas hablando. Iván tiene una rodilla entre las mías. Tiene la otra mano debajo de mi espalda,

levantándome un palmo de la sábana. Yo tengo una mano en la nuca de él, la otra en el costado, contando pecas.

— ¿Aquí? — me pregunta, con los labios sobre el cuello.

— Aquí, sí.

— ¿Así?

— Así.

— Dime si algo no.

— Te diré.

— Vale.

Me besa el pecho. Despacio, con la boca abierta, lengua suave. Me lleva un pezón entre los labios. Yo me arqueo un milímetro contra la almohada. Le clavo los dedos en el hombro pecoso. Iván se ríe bajo, contra mi piel, con esa risa pequeña que es solo aire y satisfacción contenida.

— ¿Tres años? — murmura.

— Sastre, no me lo recuerdes ahora.

— Vale.

Sigue. Sigue con la mano deslizándose por debajo de la cintura del culote. Me toca despacio, con los dedos, con la boca pegada al cuello mío, sin hablar. La primera vez que sus dedos

me llegan donde llegan, suelto el aire que llevo seis meses guardando.

— Ros.

— Sigue.

Sigue. Me toca con esa misma calma de fotógrafo que mide la luz. Encuentra el ritmo en dos minutos, lo mantiene, lo varía un grado, lo recupera. Yo le agarro la nuca con las dos manos. Le digo cosas que no son frases. Le digo cosas que son palabras sueltas. Le digo «ahí», le digo «sí», le digo «espera», le digo «sigue». Iván obedece. Iván obedece todo.

— ¿Vienes? — me dice, y la voz se le ha bajado dos tonos.

— Voy.

Vengo. Vengo con la cara contra el cuello de él, con la respiración rota, con un sonido que sale de mi garganta sin permiso y que hace que Iván se me apriete un poquito más fuerte por la cintura, como si tuviera que sujetarme contra la cama. Me quedo unos segundos quieta, con la frente en el hombro de él, sin hablar.

— Joder, Sastre.

— Ya.

— Joder.

— Lo sé.

Le miro la cara. Tiene la cara enrojecida, los ojos un poco vidriosos, la mandíbula tensa. Yo me incorporo un palmo, le

beso la mandíbula, le bajo la mano por el pecho, por el ombligo, por debajo del calzoncillo.

— Tu turno.

— Ros, no hace falta que...

— Tu turno.

Iván cierra los ojos. Le encuentro. Le toco con una mano que llevaba años sin pesar. La piel caliente. El cuerpo que se mueve un grado contra el mío. Le miro la cara mientras le toco. Iván tiene el ceño fruncido, los labios entreabiertos, las pestañas largas y húmedas.

A los dos minutos él me coge la mano. Me la separa. Le miro como si me hubiera ofendido.

— ¿Qué pasa?

— Que quiero entrar.

— Ah.

— Si quieres.

— Quiero. Pero vamos por orden.

— Por orden.

Iván se inclina otra vez sobre la mesilla. La maleta. Saca el preservativo del neceser que a saber por qué llevaba ahí, eso

lo hablaremos después, pienso, con humor. Se lo pone con calma. Vuelve a la cama.

Le abro un palmo más las piernas. Iván se acomoda. Pone los codos a los lados de mis hombros. Me besa la frente.

— Ros.

— Sastre.

— Te quiero entrar.

— Entra.

Entra. Despacio. Dos centímetros. Pausa. Otro centímetro. Pausa. Yo le miro a la cara todo el rato. Cuando está dentro del todo, los dos respiramos a la vez. Una respiración larga, igual de larga, el primer aliento sincronizado del viaje.

— Ros.

— Sastre.

— Estás bien.

— Estoy bien.

— Vale.

— Vale.

— Voy.

Va. Despacio al principio. Después un poco más rápido. Yo le rodeo la cintura con las piernas. Le agarro la espalda. Le clavo

dos uñas sin querer en el hombro y le pido perdón. Iván se ríe contra mi cuello.

— No me pidas perdón en la cama, Ros.

— Vale.

— Vale.

Sigue. Sigue. La luz del limonero entra a rayas amarillas por la persiana. La cama de hierro forjado cruje un poco a un ritmo

concreto. Yo le digo cosas. Él me dice cosas. Algunas no las recuerdo. Otras sí. Otras me las llevo conmigo.

Se viene encima de mí, con la frente en mi hombro, con un sonido que es un casi nombre. Se queda quieto un segundo. Después me besa el lunar.

Nos quedamos así un rato. Él encima, yo debajo, los dos respirando con la respiración cambiada. Él se me sale despacio, con cuidado, se incorpora un palmo, me mira.

— Ros.

— Sastre.

— Hola.

— Hola.

— ¿Estás bien?

— Estoy muy bien.

— ¿Sí?

— Sí.

— Vale.

Se deja caer al lado mío. Me coge la mano. Me la besa.

———

Nos quedamos un rato más en la cama. La luz amarilla del limonero entra cada vez más recta. Iván me acaricia la cintura con la punta de los dedos, sin intención, solo por estar. Yo le toco las pecas del hombro izquierdo con el índice, una a una.

Le hablo de mi padre Joan, electricista, una historia que ya le conté en el ferry pero que ahora le cuento más despacio, con detalles. Le hablo de cómo, cuando tenía nueve años, mi padre me sentaba en una silla del taller en Lleida y me hacía mirarle desmontar una clavija inglesa. Le hablo de cómo, cuando tenía catorce, ya sabía cambiar enchufes yo sola y mi madre Conchi se enfadaba porque «eso no es de niña». Le hablo de cómo, cuando tenía dieciocho, le dije a mi padre que me iba a Madrid a estudiar periodismo y mi padre me dijo «hija, escribe, pero anota antes». Le hablo de cómo, cuando tenía veintiséis, a mi padre le dio un infarto encima de una escalera en una obra de Cervera y todo el cableado interno mío empezó a chisporrotear desde entonces, en algunos lugares más que en otros.

Iván me escucha sin interrumpir. La mano grande quieta en la cintura.

— Ros.

— Sastre.

— Lo siento.

— Lo sé.

— Si tu padre vivía, no estaríamos aquí.

— ¿Por qué?

— Porque te habrías quedado en una redacción fija de Lleida. No habrías tenido razones para hacerte freelance ni para subir

a Madrid.

— Sastre, eso no se puede saber.

— Lo digo. No lo afirmo.

— Vale.

Pausa.

— ¿Crees en eso?

— ¿En el qué?

— En que el mal de uno hace el bueno de otro.

— No. Creo en que las cosas que pasan, pasan, y la gente las anota lo mejor que puede. Tú las anotas en una libreta. Yo en una cámara. Y, a veces, las cosas anotadas se cruzan.

Le miro. Me parece, en este momento, una persona inteligente. Una persona inteligente desnuda en una cama de matrimonio en Almuñécar a las nueve y media de la mañana de un día quince. Una persona inteligente que dice frases

pequeñas pero exactas y que, sin esfuerzo, me hace sentirme entendida.

Le beso. No el cuerpo. La cara. Le beso la mandíbula. La barbilla. La barba. Iván se deja besar.

— Sastre.

— Ros.

— Voy a tener que escribir bien este reportaje.

— ¿Por?

— Porque si lo escribo mal, todo esto se queda solo en cama. Y yo quiero que se quede en página también.

— Vale.

— Vale.

———

A las once menos diez bajamos al desayuno. Reme nos sirve café, tostadas con tomate y aceite, unos higos secos partidos a

la mitad con miel. La terraza tiene una mesa de hierro pintada de azul y dos sillas. El limonero da sombra a media mesa.

Iván deja la cámara en una silla aparte. No fotografía nada.

— Ros.

— Sastre.

— Esto no se puede sostener en la furgoneta dos días más como antes.

— No.

— Pacto temporal hasta llegar a Tarifa.

— ¿Pacto cómo?

— Pacto: hasta Tarifa, esto va contigo. Esto y lo otro. Sin discutir cómo, sin discutir cuánto. Cuando lleguemos, hablamos.

— Pacto.

— Pacto.

Me da un higo seco con miel pinchado en la punta de un cuchillo. Yo lo cojo con los dientes. Me río porque la miel me cae por la barbilla. Iván me la limpia con el pulgar. Me lame el pulgar después, sin dejar de mirarme. La cosa se vuelve a poner peligrosa a las once menos cinco. Yo me levanto de

golpe, pago a Reme cinco euros por habernos puesto el desayuno fuera del horario, y le digo a Iván que se mueva.

Reme nos despide con la mano y un «adiós, hijos», sin sospechar nada, porque Reme está en su libro de Almudena Grandes.

Cargamos la furgoneta. Dejamos Almuñécar por la N-340 dirección oeste, dirección Tarifa. La sudadera gris está doblada en mi mochila. La libreta Moleskine, en la guantera. Mi mano izquierda, encima del muslo derecho de Iván Sastre, que conduce. La pulsera de cuero en la muñeca, redonda, completa, igual que siempre.

Anoto mentalmente:

«Día 15. Almuñécar. Limonero. La racha de tres años se ha roto. Lo he hecho yo. Lo ha hecho él. Lo hemos hecho los dos. La cama, el sol, la maleta tropezada, el higo seco, la miel.

Pacto hasta Tarifa. Después se verá. Después se verá no. Después se vivirá.»

Antes de salir de Almuñécar, Iván para la furgoneta a la altura de un mirador con vistas a la cala. Apaga el motor.

— Ros.

— Sastre.

— Una cosa.

— ¿Qué?

— Que esto no se queda en la furgoneta.

— ¿Qué no se queda?

— Lo de hoy.

— ¿Lo de hoy qué?

— Lo de hoy, todo. La cama, la mañana, la conversación de tu padre, la conversación de mi padre, la maleta tropezada, los higos secos.

— Vale.

— Esto se viene a Tarifa, se viene a Madrid, se viene a Sóller.

— Vale.

— ¿Vale?

— Vale.

Iván arranca otra vez. Yo le miro la cara un segundo y miro

hacia adelante.

Iván pone Manel en el reproductor. La furgoneta con sombrero baja la cuesta de Almuñécar hacia el oeste. Yo cierro los ojos un minuto. Cuando los abro, todavía está él al lado.

18

Pan con tomate, sal por todas partes

Día dieciséis. Almuñécar-Tarifa. La N-340 va y viene con el mar a la izquierda y los invernaderos a la derecha. Cinco horas y media de carretera, calculo, contando una parada a comer y dos paradas a estirar las piernas. Pongo música. Iván conduce.

Yo voy de copiloto con la libreta apoyada en las rodillas y un pie descalzo encima del salpicadero.

Iván me mira de reojo por tercera vez en quince minutos. La tercera vez le sonrío sin dejar de escribir.

— Sastre, no me mires si me quieres ver llegar viva a Tarifa. Mira la carretera.

— Te miro un segundo.

— El segundo se está volviendo dos.

— Vale. Carretera.

Vuelve a la carretera. Diez segundos. Otra vez de reojo.

— ¡Sastre!

— ¡Es que estás escribiendo!

— ¿Y qué?

— Que estás escribiendo con un pie en el salpicadero, despeinada, con la sudadera gris vieja por encima de los

hombros y un bolígrafo entre los dientes. Da igual lo que mire en este coche, esto es mejor.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Has tomado algo en el desayuno que yo no haya visto?

— Sí.

— ¿Qué?

— Te he tomado a ti.

Cierro la libreta de golpe. Me río. Iván sonríe sin desviar los ojos esta vez. Me cuesta dos kilómetros centrarme en escribir otra vez. Una mujer adulta no pierde la concentración por una frase de pueblo. Una mujer adulta sí, según el día. Hoy sí.

———

A la una y media paramos en una venta a la altura de Roquetas de Mar. Una venta de las de toda la vida, con mesas de aluminio, manteles de cuadros, una nevera de Coca-Cola que zumba demasiado, un dueño con bigote y delantal, cuatro camioneros comiendo en silencio en una esquina y un perro grande dormido debajo de una mesa.

Pedimos lomo en orza, queso de Las Alpujarras, una jarra de vino de la casa, dos pan con tomate y un plato de berenjenas con miel de caña. La jarra es enorme. La pedimos pequeña pensando que sería medio litro y resulta que medio litro en

este pueblo significa un litro, así que la dejamos a mitad y pasamos a agua después de dos vasos cada uno.

Iván saca la cámara dos veces. Una para el lomo en orza con la luz que entra por la ventana del fondo. Otra, sin permiso, cuando yo me he metido medio pan con tomate en la boca.

— ¡Sastre!

— Te he avisado.

— ¡No me has avisado nada!

— Te he dicho con la cara «foto».

— ¡Sastre, soy periodista! ¡No leo caras de fotógrafo!

— Sí lees, llevas catorce días leyendo todas las mías.

Trago. Me limpio la barbilla con la servilleta de papel. La servilleta de papel es de las baratas, transparente, así que más bien me reparto el tomate por la cara.

— Enséñamela.

Iván gira la cámara. Una mujer con la boca llena, tomate en la barbilla, cara de sorpresa, pelo medio recogido, los ojos avellana muy abiertos. La luz buena por detrás. La camiseta

blanca con una pequeña mancha aceite en el cuello (mía, otra vez, sí).

— Sastre, no la subas a ninguna red social.

— No la subo a nada. Es para mí.

— ¿Para ti?

— Imprenta mental.

Lo digo en mi cabeza tres veces para acordarme: imprenta mental. Lo apunto, ya en la libreta, sin tomate.

«Iván tiene una imprenta mental. Yo tengo una libreta. Catorce páginas de él en la última semana. Iván tendrá su número, también».

———

Después de comer, vuelvo al volante. Iván me deja, con un «vale» que no es discusión, solo descanso. Se duerme a los veinte minutos con la cabeza contra el cristal. Yo conduzco con una sonrisa estúpida en la cara y una mano en el volante.

Iván duerme bonito. La barba al sol. La nuez subiendo y bajando despacio. Una mano sobre el muslo, la otra colgando.

A la altura de Málaga le llamo a Inés. No videollamada esta vez. Manos libres. Iván sigue durmiendo. Inés contesta a los

dos toques.

— Bea.

— Inés.

— ¿Estás conduciendo?

— Sí.

— ¿Está él dormido?

— Sí.

— ¿Habéis follado?

— Inés.

— Bea.

— ¿Por qué empiezas las llamadas siempre así?

— Porque conozco a mi mejor amiga. ¿Habéis follado?

— … Sí.

— Tía.

— Lo sé.

— Tía.

— Lo sé.

— ¡Tía!

— Inés, baja la voz, no quiero despertarle.

— ¡Tía! ¡Es que no me lo creo! ¡Tres años! ¡Tía!

— Inés.

— ¿Cómo ha sido?

— Bien.

— «Bien» no me vale.

— Inés, voy en una furgoneta por la N-340 con un fotógrafo dormido al lado, no voy a darte detalles ahora.

— Detalles luego.

— Detalles luego.

— ¿Y emocional?

Me lo pienso un segundo.

— Bien también.

Inés se queda en silencio. Esos silencios suyos, otra vez, los de calcular.

— Bea, oye.

— ¿Qué?

— Disfrútalo, ¿vale? No empieces a darle mil vueltas a Madrid, a la distancia, a Mallorca, a si tu madre lo va a

aprobar, a si Tomás se va a enterar.

— …

— Bea.

— Vale.

— En serio.

— Vale.

— Te quiero. Llámame mañana.

Cuelgo. Iván abre los ojos un palmo. No del todo. Una rendija azul.

— Inés — digo, antes de que pregunte.

— Lo había imaginado.

— ¿Has oído mucho?

— He oído lo justo para no preguntar nada.

— Vale.

Cierra los ojos otra vez. A los dos minutos vuelve a dormirse.

———

A la altura de Marbella le pongo a Iván la mano izquierda en la nuca. Le acaricio el pelo con dos dedos. Iván aguanta, sin decir nada. Conduce con las dos manos en el volante, los nudillos blancos un milímetro de la concentración. Le dejo la mano

dos minutos. Le bajo después al cuello, a la oreja, a la nuca otra vez.

— Ros.

— ¿Qué?

— Quita la mano o paro la furgoneta en la primera salida.

— Sastre, que estoy quieta.

— No estás quieta. Has bajado a la oreja.

— ¿Y?

— La oreja es un punto.

— ¿La oreja es un punto?

— Sí.

— Sastre, eres muy raro.

— Soy raro y tú eres una experta de los puntos.

— Vale.

Quito la mano. La pongo encima de la guantera.

— Mejor.

— Vale.

A los cinco kilómetros la pongo otra vez en la nuca, suavemente. Iván no protesta. Iván acelera un grado.

Llegamos a Tarifa a las siete y veinte. Siete y veinte tarde, con el sol bajando despacio sobre el Estrecho y un viento de

levante que mueve las cortinas de las casas blancas y obliga a sujetar las puertas con piedras. Tarifa entera huele a sal, a tortilla de patata y a tabaco de balcón.

El hotel se llama Casa de las Cien Ventanas y está en el casco viejo, en una callejuela detrás de la iglesia de San Mateo. Un edificio bajo, blanco, con una puerta verde gastada y una recepcionista joven con piercing en la nariz que se llama Greta.

— Bienvenidos — dice Greta — ¿Reservaron a nombre de Ros?

— Y Sastre.

— ¿Una doble?

Iván me mira. Yo le miro a él. Tres segundos.

— Una doble — digo.

— Una doble — confirma Iván.

Greta sonríe con todos los dientes.

— Hostia — dice — qué bonito. Yo soy muy de ver parejas. Os he puesto la habitación 7, que da al mar.

Subimos a la 7. Una habitación blanca, con vigas vistas, una cama grande con sábanas de lino, una alfombra de yute, una ventana grande con dos sillas pequeñas frente al Estrecho y un cuadro de un faro pintado en aceite por alguien que no

sabía pintar faros. Iván pone las maletas al pie de la cama. Yo abro la ventana. El viento de levante entra como un perro.

— Madre mía — digo.

— Levante — dice Iván — esta noche no se duerme.

— Yo no quiero dormir.

— Vale.

Sonríe. La cámara está en la cama, la sudadera gris colgando del respaldo de una silla. Iván se acerca. Me pone una mano en la cintura. Yo le pongo dos en la cara.

— Sastre.

— Ros.

— Voluntariamente.

— Voluntariamente.

Beso largo, con calma, junto a la ventana abierta. El viento nos pega la ropa al cuerpo. Después le suelto.

— Vamos a cenar primero. Si nos quedamos en la habitación, Tarifa entera puede esperar, y Tarifa no se merece eso.

— Tarifa puede esperar un rato.

— Sastre.

— Vale, Ros. A cenar.

———

Bajamos a recorrer el casco viejo antes de cenar. Calles

estrechas y blancas, bares con sillas en la puerta, surferos rubios con tablas bajo el brazo, una pareja con un bebé en una mochila para el pecho, un grupo de chicos hablando italiano. Iván saca la cámara y dispara dos o tres fotos al casco viejo. Yo le tiro de la manga.

— Hoy no, Sastre.

— ¿Hoy no qué?

— Hoy no trabajamos. Hoy paseamos.

— Vale.

Guarda la cámara. La deja colgando del cuello sin disparar. Camina con las dos manos libres por primera vez en diecisiete días. Le miro las manos. Le ofrezco la mía. Iván me la coge sin dudar.

Pasamos por delante de la iglesia de San Mateo. Por delante de un mirador con vistas a Marruecos. Por delante de una librería pequeña que está a punto de cerrar y a la que Iván le quita una postal sin pagar y deja un euro encima del mostrador, con una nota que dice «gracias». Yo le sonrío. La librera tampoco protesta. Está cerrando con prisa.

Cenamos en una taberna cerca de la muralla. Pulpo a feira (sí, pulpo gallego en Tarifa, las tabernas son las tabernas), boquerones en vinagre, croquetas caseras, una jarra de vino tinto que me niego a terminar yo sola. La ventana de la taberna tiene un cristal medio abierto y por ahí entra el levante. Una vela de mesa se apaga dos veces por la corriente.

La camarera, una chica gallega que vino aquí por amor hace seis años y aquí sigue, nos enciende otra.

La camarera se llama Sara, tiene veintiocho años, una trenza, y nos cuenta sin que se lo preguntemos por qué dejó Vigo. Por amor, por supuesto. Por amor a un surfero alemán que dura ya seis años. Iván le sonríe con cariño profesional. Sara se queda apoyada en la mesa más rato del que necesita. Sara también ve cosas. Tarifa entera ve cosas.

A las once volvemos a la 7. Andamos por la callejuela despacio. Iván me da la mano. Yo le aprieto la mía contra la suya. Las paredes blancas, las geranios, las macetas de albahaca, el levante moviéndolo todo. Una pareja saludándose desde una ventana. Un gato negro debajo de un coche. Cosas de Tarifa.

Cuando entramos en la habitación, cierro la ventana lo justo para que el viento no despierte al hotel entero. Iván deja la cámara en la silla. Las dos sillas frente al cuadro malo del faro, el cuadro malo del faro nos mira sin saber bien lo que ve.

— Sastre.

— Ros.

— Me lavo los dientes.

— Yo voy después.

— Vale.

— Vale.

Cuando volvemos los dos a la cama, ya solo con ropa interior y camisetas viejas, el levante de Tarifa nos pega un golpe a la

ventana. Iván se mete bajo la sábana primero. Yo después. La cama es más grande que la de Almuñécar. La sábana es más fresca. La alfombra de yute amortigua. Las vigas vistas le ponen al techo un olor a madera vieja.

Esta vez no es la primera. Esta vez es la segunda. Esta vez es más tranquilo, pero también más concentrado. Esta vez le toco yo más a él. Esta vez le bajo despacio por el pecho, por el ombligo, por la línea de pelo que le baja hacia el calzoncillo, y esta vez tomo un poco yo el ritmo.

Iván cierra los ojos. Le miro la cara con los ojos muy abiertos. Un fotógrafo gastronómico de treinta y siete años, con una marca de almohada que ya no tiene, con la nuez subiendo y bajando, con un pelo medio melena revuelto en la almohada. Le toco con una mano que ya no tengo miedo de poner. La calma de él es parte del invento. Mi prisa es parte del invento. Las dos juntas dan algo que llevábamos años necesitando sin saberlo.

A los pocos minutos él me coge de los hombros y me da la vuelta despacio. Quedo encima. Quedo encima a mi propio ritmo. Quedo encima decidiendo yo. Iván me mira desde abajo. Tiene los ojos claros, una sonrisa contenida.

— Ros.

— Sastre.

— Mándame.

— Vale.

Mando. Es muy raro mandar después de tres años de no mandar nada relacionado con ese verbo. Es muy raro y es muy fácil. Iván me deja. Me sostiene la cintura con las dos manos.

Cierro los ojos. Encuentro el ritmo despacio. Cuando lo encuentro, se me llenan los ojos de algo que no son lágrimas pero casi.

Iván se incorpora un palmo. Me besa el cuello. Me besa la oreja. Me besa el lunar.

— Estás bien.

— Estoy muy bien.

— ¿Sí?

— Sí.

Sigue. Sigo. Sigue. Sigo.

Llegamos a la vez. O casi. Da igual. Da igual quién primero, quién segundo. Yo me dejo caer encima de él, con la frente

contra la frente. Iván me sostiene la nuca con la mano grande. Respiramos a la vez.

— Sastre.

— Ros.

— Esto es un lío.

— ¿Por?

— Porque mañana cerramos el reportaje y pasado mañana volvemos a la furgoneta. Y al volver a Madrid, esto se va a complicar.

— Lo sé.

— ¿Y?

— Y mañana hablamos.

— ¿Mañana hablamos?

— Mañana hablamos.

— Vale.

— Vale.

Iván me besa la frente. Me deja al lado, en la almohada. Apaga la luz de la mesilla. La habitación queda iluminada solo por

una franja de luz amarilla que entra por debajo de la puerta del baño, que ha quedado entornada.

Cierro los ojos. Le pongo la mano encima del pecho. Iván tiene el corazón yendo todavía un grado por encima del normal. La piel un poco caliente. El levante golpeando la ventana.

— Sastre.

— Ros.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

Pausa.

— Sastre.

— Ros.

— Una cosa más.

— Dime.

— Esto va en serio.

— Lo sé.

— ¿De los dos?

— De los dos.

— Vale.

— Vale.

Me duermo así, con la mano encima del pecho de él, contando

las olas por debajo del levante. Cuento hasta diecisiete. A la dieciocho me voy.

Tarifa duerme conmigo. Conmigo y con Iván y con la sudadera gris en el respaldo de la silla y con la libreta Moleskine en la mesilla y con un cuadro malo de un faro vigilando.

«Día 16. Tarifa. Casa de las Cien Ventanas. Habitación 7. Cama grande. Pacto de día siguiente. Mañana hablamos como adultos. Hoy hemos vuelto a hacerlo como adolescentes. Las dos cosas valen.»

No lo escribo. Lo pienso. Me quedo dormida con la frase a medio pensar.

A las cuatro y veintitantos me despierto con sed. Me incorporo, busco la botella de agua de la mesilla. Iván sigue dormido, esta vez de espaldas, con un brazo cruzando mi almohada. La habitación está silenciosa. El levante ya casi no sopla, solo un golpe de cuando en cuando contra la persiana.

Bebo. Dejo la botella. Salgo descalza al pequeño balcón. Tarifa abajo, callada. Una luz amarilla en alguna ventana del frente. Un gato que cruza el callejón sin prisa. Una bandera que aguanta ondeando débilmente. La luna, alta, fina.

Me quedo dos minutos. Pienso que esto es lo que va a quedar. Pienso que dentro de cinco años, cuando me acuerde de Tarifa, no me voy a acordar de Sea Soul ni del castillo de Guzmán el Bueno ni de Greta-la-de-recepción. Me voy a

acordar de este balcón pequeño, descalza, a las cuatro y veintitantos, con un hombre dormido detrás de la cortina.

Vuelvo dentro. Iván se ha movido. Tiene un ojo medio abierto.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Has salido?

— Sí.

— ¿Por?

— Por agua. Y por aire.

— Vale.

— Sastre.

— Ros.

— Levanta el brazo.

Levanta el brazo. Me cuelo debajo. Cabezo en su pecho. Iván me besa la coronilla.

— Duerme.

— Vale.

Duermo otra vez. Esta vez sin contar olas ni levante. Esta vez sin contar nada.

19

Sea Soul

Día diecisiete. Tarifa. Levante. Me despierto a las ocho con la sensación de que el viento ha estado hablando solo toda la noche y conmigo a ratos. Iván duerme bocabajo, con un brazo metido debajo de la almohada y el otro colgando del lado de la cama. La sábana de lino se le ha bajado a media espalda. Le

miro las pecas del hombro izquierdo. Una. Dos. Once. Pierdo la cuenta.

Me levanto con cuidado. Me ducho rápido. Cuando salgo del baño, Iván ya está despierto, sentado en la cama, con el móvil en la mano, leyendo algo con la cara seria.

— ¿Mama? — pregunto, secándome el pelo.

— No. Marina.

— ¿Marina? ¿Qué dice?

— Que vamos bien. Que las fotos que le mandé ayer las tiene felices. Que el texto del jueves le encantó. Que pregunta si llegamos hoy a Sea Soul.

— Llegamos hoy a Sea Soul.

— Eso le contesto.

Marina Sender, directora editorial de Panorámica, no sospecha que el reportaje conjunto que ella montó adrede ha pasado de pacto a coexistencia a equipo a... esto. Marina Sender va a leer un texto el lunes que le va a parecer el mejor de los seis que le he escrito en cuatro años, y no va a saber por qué. Por una vez en mi vida, voy a entregar un trabajo enamorada y eso se va a notar en la prosa. Iván, un fotógrafo gastronómico, va a entregar fotos enamoradas, y Marina dirá

«pero qué luz le has puesto, Sastre». Iván sonreirá. Iván no le dirá la verdad.

— ¿Vamos? — digo.

— Vamos.

———

Bajamos al desayuno. Greta-la-de-recepción nos sirve un café con leche y unas tostadas con tomate y aceite. Greta-la-de-recepción nos suelta sin venir a cuento que ayer por la noche, cuando subimos, ella sabía que «hoy iba a ser otro día». No le pregunto qué quiere decir. Iván le sonríe sin contestar. Greta tiene un don para los anuncios.

A las once cargamos la furgoneta otra vez. Iván conduce los quince minutos de Tarifa a la playa de Los Lances. La carretera baja, el viento de levante se ha ido del todo, el día queda en una calma rara después de tanto día con corriente.

———

Sea Soul es el último chiringuito del reportaje. Está al sur de Tarifa, en la playa de Los Lances, a quince minutos andando del casco viejo. Una caseta de madera con techo de paja, una terraza de tablones grises por la sal, mesas de hierro pintadas de blanco, sillas de mimbre, una pizarra grande con la sugerencia escrita en tres idiomas (español, inglés y un alemán dudoso). Una bandera de Tarifa y una bandera del kitesurf ondeando. Por el levante, las dos están siempre rectas.

El cocinero se llama Mauro Vega, cuarenta y cuatro años, gaditano de nacimiento pero medio australiano de oficio (vivió diez años en Sydney, volvió hace siete con una idea fija:

chiringuito de pescado fresco con técnica fina). Pelo rapado, brazos tatuados de tinta marina, gafas de sol incluso debajo del techo de paja. Un pendiente.

— Marina dijo que vendríais.

— Aquí estamos.

— Pasad. Os he reservado la mesa de la esquina, la que pega al mar. Hay viento. Os habéis puesto crema.

— Sí.

— Hoy sopa fría de melón con jamón, ventresca de atún de almadraba, arroz de chipirón, postre nuestro de queso payoyo con miel.

— Mauro, te queremos.

— Lo sé.

Iván saca la cámara. Mauro le deja la cocina abierta. Yo me quedo en la mesa con Mauro media hora, anotando. Le pregunto cómo se hizo cocinero. Me cuenta. Le pregunto qué busca cuando elige un atún. Me cuenta. Le pregunto si podría haberse quedado en Sydney. Me cuenta. Su mujer es alemana, vive aquí desde hace siete años con dos hijos, sigue echando de menos las cervezas de Múnich, pero no Múnich. Lo apunto.

A las dos y media nos sirven. Mauro me cuenta más cosas mientras Iván fotografía. Que su hijo mayor se llama Niko y tiene diez años y juega al fútbol los sábados en Tarifa. Que su hija pequeña se llama Lena y tiene seis años y baila flamenco como si hubiera nacido en Cádiz, aunque tiene la mitad alemana de la madre. Que su mujer Ulla lleva el lado administrativo del chiringuito y que sin ella esto sería una

pesadilla. Que Sea Soul abre solo seis meses al año, de abril a octubre, y que el resto del año Mauro trabaja en un hotel boutique de Tarifa como cocinero invitado para no perder la mano.

Yo anoto. Anoto Niko. Anoto Lena. Anoto Ulla. Anoto seis meses, seis meses al otro lado del año en un hotel. Anoto «la

mano no se pierde, se entretiene». Esa frase me la voy a quedar.

Iván se sienta. Mauro nos pone la sopa de melón con jamón. Lo primero que pasa con esa sopa es que Iván cierra los ojos cuando la prueba.

— Joder, Mauro — murmura.

— Lo sé.

— ¿Cómo se hace?

— Eso no se cuenta.

— Fotografíalo, Sastre, no preguntes — digo yo.

— Ros.

— ¿Qué?

— Un día tienes razón.

— Casi todos.

— Casi todos.

Mauro se sienta con nosotros para el segundo plato. Se descorcha él mismo una botella de blanco joven. Brinda. Me mira. Me mira a Iván. Me mira otra vez.

— ¿Cuánto lleváis juntos?

Iván deja el tenedor. Iván abre la boca y la cierra. Iván me

mira a mí.

— Diecisiete días — digo yo.

Mauro deja la copa.

— Pues parece más.

Lo dice como si dijera la hora. Sin doble sentido. Iván le agradece la frase con un asentir mínimo. Yo me río dentro del vaso. La servilleta blanca aguanta.

———

Mauro se queda con nosotros hasta el postre. Trae el queso payoyo con miel. Una cuchara para él también. Brindamos los tres por el cierre del reportaje. Mauro cuenta una anécdota de cuando vino Marina hace dos años a comer con un fotógrafo italiano que se quedó dormido encima de la sopa fría. Iván se ríe fuerte. Yo me río fuerte. Mauro se ríe más fuerte. La risa nos dura hasta que llega un grupo de cuatro alemanes y Mauro se levanta, agradeciéndonos, y vuelve a la cocina.

A las cinco y media volvemos al hotel. Reportaje cerrado. Iván tiene en la cámara cuatrocientas treinta y dos fotos del viaje,

dieciséis de Sea Soul. Yo tengo ochenta y siete páginas de libreta. La quinta Moleskine. Cierre.

Me ducho. Iván se ducha. Tarifa empieza a oscurecer despacio. El levante baja un grado. El cielo se pone naranja-rojo encima del Estrecho.

A las siete y cuarto, Iván me coge de la mano y me dice:

— ¿Paseamos?

— Paseamos.

Bajamos al puerto. Después subimos al castillo de Guzmán el Bueno. Después dejamos el casco viejo y bajamos a la playa de Los Lances. La luz se vuelve dorada, naranja, rosa, malva, azul, todo en quince minutos. Iván saca la cámara dos veces y

la guarda otras dos. Yo me quito las zapatillas y camino descalza por la arena dura.

Iván me habla a la altura del segundo kite que pasa volando por encima de nosotros.

— Ros.

— Sastre.

— Mañana acaba el reportaje.

— Lo sé.

— ¿Qué hacemos al volver a Madrid y Sóller?

Suspiro.

— No sé.

Caminamos otros veinte metros. El viento de levante muere despacio. Una cometa de kite desciende a lo lejos. Tarifa por la espalda, Marruecos al frente.

— Yo te digo lo que pienso — dice él.

— Dilo.

— Yo no quiero que esto se quede en el viaje. Esto, lo de los

últimos cinco días, no lo quiero soltar.

— Yo tampoco.

— Vale.

— Vale.

— ¿Y entonces?

— Sastre.

— Ros.

— Yo vivo en Madrid. Tú vives en Sóller. Yo trabajo en cualquier sitio porque soy freelance, pero mi base es Madrid.

Tú vives en una casa heredada que no se vende, con una madre y una hermana y unos sobrinos a una hora.

— Lo sé.

— ¿Tú estás dispuesto a irte un mes a Madrid?

— ¿Tú estás dispuesta a venirte un mes a Sóller?

— Sastre, no contestes con preguntas.

— Vale. Yo estoy dispuesto.

— Yo también.

— Vale.

— ¿Lo dejamos? — digo, no porque quiera sino porque necesito oírle decir que no.

— No.

— ¿Seguro?

— Seguro.

— ¿Por qué?

— Porque llevo cinco años con tu cara en la cabeza, Ros. Cinco años. Antes del premio del 2021 ya. La pelea del premio fue una excusa. Lo del cheque fue una cobardía mía. Lo gestioné mal porque cuando lo gestioné tú te fuiste y yo no supe pedirte nada de lo que tenía que haber pedido. Cuando Marina nos volvió a juntar para este reportaje, lo primero que pensé fue «por fin» y lo segundo que pensé fue «la putada». No

quiero perder esto otra vez. Si sale mal, salió mal. Pero no quiero perderlo por no intentarlo.

Le miro. Tarifa atardece detrás de él. La barba un día más, los ojos azules muy claros, el pelo despeinado por el levante, la camisa blanca pegada al cuerpo. Una postal con persona dentro.

— Sastre.

— Ros.

— Yo tampoco quiero perderlo.

— Vale.

— ¿Pacto?

— Pacto.

— ¿Pacto cómo?

Lo pienso un segundo.

— Quince días. Volvemos a Madrid. Tú vuelves a Sóller. Hablamos por teléfono cada noche. En quince días, vienes tú a Madrid o voy yo a Sóller, el que pueda. Después vamos viendo. Sin urgencias. Sin etiquetas formales. Sin presentar a nadie todavía. Con calma.

— Pacto.

— Pacto.

Me da la mano otra vez. Me la aprieta. Me besa el dorso. Yo le miro la cara y por un instante me dan ganas de pedirle más, pedirle que se quede, pedirle que se mude, pedirle que el

siguiente reportaje lo hagamos juntos, pedirle que monte un estudio en Madrid, pedirle todo. Pero no le pido nada. Llevamos diecisiete días. Llevamos diecisiete días y los pedidos grandes hay que esperarlos.

— Vale — digo, decidida.

— Vale.

— Volvemos a la habitación.

— Volvemos.

Volvemos.

———

A la altura del castillo, paramos a sentarnos en un banco de piedra. Iván se quita la cámara del cuello y la deja al lado, en la

piedra. Yo le miro la marca de la correa. Le pongo dos dedos en esa línea más oscura.

— Sastre, esto es un tatuaje no oficial.

— Lo es.

— ¿Tienes uno también encima del omóplato?

— ¿De qué hablas?

— De la otra correa, la de la mochila Patagonia.

— No tengo ninguno encima del omóplato.

— Vale.

— ¿Por qué me preguntas?

— Porque me has llevado los dieciséis días de viaje con la cámara delante y la mochila detrás. Me parecía que el cuerpo se iba a quejar de las dos correas.

— El cuerpo se queja de muchas cosas, Ros. Esa no.

— Vale.

Pausa.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Por qué me llamas Ros y no Bea?

— Porque cuando te conocí en el premio del 2021, en la mesa donde nos sentaron, la tarjetita ponía «Beatriz Ros». Yo te llamé «Ros» a la cara y a ti se te puso una cara que ya no se me

olvidó. Asentiste con orgullo. «Ros, por favor». Como si el nombre Beatriz fuera demasiado largo o demasiado tuyo. Hace cinco años, cuando me retiré la sonrisa después del cheque del premio, lo único que llamé «Ros» con afecto y rabia a la vez fuiste tú. He seguido llamándote «Ros» en mi cabeza durante cinco años.

— ¿Has seguido pensando en mí cinco años, Sastre?

— Sí.

— ¿Cuánto?

— ¿Cuánto se piensa en alguien?

— En estadística, ¿cuánto?

— Una vez al mes mínimo. Más cuando salía un reportaje tuyo. Más cuando coincidíamos en algún evento profesional. Más cuando alguien te mencionaba.

— Sastre.

— Ros.

— Yo también.

— Vale.

— Vale.

———

Cenamos en la habitación, esta vez. Iván baja a comprar dos bocadillos a una panadería del casco viejo (uno de jamón, uno de tortilla), una botella de vino tinto a una bodeguilla pequeña, dos botellines de cerveza por si el vino se acaba, una

bolsa de patatas fritas, dos bombones de chocolate del kiosco al lado. Sube todo en un montón. Lo deja encima de la cama. Comemos en la cama, descalzos, con las dos sillas frente al cuadro malo del faro, riéndonos de la luz que entra por la ventana, riéndonos del cuadro malo, riéndonos de Greta-la-de-recepción y su «hostia, qué bonito».

Cuando terminamos, dejo los restos en la silla. La cama queda libre. Iván me mira. Yo le miro.

— Sastre.

— Ros.

— Última noche.

— Última noche.

Beso largo. Casi tres minutos. Sin rodeos esta vez. Sin pacto previo. Sin espalda contra espalda. La habitación 7 sabe qué hacer. La cama también.

Esta vez es más lenta que la primera. Es más conversada que la segunda. Es la suma de las dos. Iván sabe ya dónde tocarme

y cuánto y a qué velocidad. Yo sé ya dónde tocarle a él. Sabemos ya callarnos a la vez. Sabemos ya no callarnos.

— Sastre.

— Ros.

— Te...

— Espera. No lo digas todavía.

— Vale.

— Diloen Madrid, en quince días, cuando se haya posado.

— Vale.

— Vale.

Pero lo decimos los dos con el cuerpo. Eso no se puede pactar.

———

Después, tumbados sin sábana porque la habitación está caliente y el levante no llega, hablamos en voz baja con el techo de vigas vistas encima. Iván me cuenta que su madre Tonia le ha dicho dos veces en cuatro semanas que pareciera feliz. Yo le cuento que Inés sospecha desde el día tres y que mi

madre desde el día siete, aunque mi madre todavía no lo sabe oficialmente.

— ¿Cuándo se lo cuentas?

— Cuando vuelva a Madrid.

— ¿Y a tu hermano?

— A Marc le tengo que contar todo en una llamada larga, pero le tengo dos meses entretenido con sus hijos. Cuando se lo cuente, lo procesa en un fin de semana.

— Vale.

— ¿Tú a Margalida?

— Margalida lo huele desde Sóller. No me hace falta contárselo. Pere también. Tonia también. La familia mallorquina huele cosas.

— Vale.

— Vale.

A los pocos minutos él se queda dormido. Yo no. Me incorporo en silencio, me pongo la sudadera gris, salgo al balcón pequeño que da al casco. El levante ha dejado un cielo negro lleno de estrellas. Sin cámara, sin libreta, sin nada en las manos.

Anoto, en la cabeza:

«Día 17. Sea Soul. Mauro. Diecisiete días. Pacto Tarifa. Bocadillo de jamón. Bocadillo de tortilla. Cerveza. Cuadro malo. Habitación 7. Sastre dormido. Yo despierta. Una mujer despierta a la una y media en una azotea de Tarifa con la

sudadera de un hombre encima de los hombros y el corazón funcionando. Esta es la frase que voy a apuntar mañana en la libreta. La pongo así, fría y cursi, para que mañana me dé un poco de vergüenza. Pero hoy es la frase exacta».

Vuelvo a la habitación. Iván se ha movido un poco, tiene un brazo cruzando el lado mío de la cama, como buscándome dormido. Le levanto el brazo despacio, me meto debajo, me cuelo en el hueco. Iván suspira en sueños y me abraza por la cintura sin despertar.

A las dos y cuarto entro otra vez. Iván duerme. Me meto debajo del brazo de él, con cuidado, y él me reconoce dormido. Me aprieta un poco más, sin despertar, sin hablar. Yo me concentro en su respiración hasta que mi respiración va sola al mismo ritmo.

«Esta es la frase que voy a apuntar mañana», me repito. «Una mujer despierta a la una y media en una azotea de Tarifa». Pero la frase, mañana, ya no será exacta. La frase mañana, según el día, será otra. Las frases buenas son las que no se anotan en el momento. Las frases buenas se atrasan unos días para llegar bien.

———

Mañana volvemos a Madrid. Mañana es día dieciocho. Mañana se acaba la furgoneta y empieza otra cosa. Pero hoy duermo abrazada por un fotógrafo gastronómico mallorquín en una habitación llamada Casa de las Cien Ventanas.

Y, por hoy, eso es suficiente.

20

Cien ventanas, una

Día diecisiete y medio. Tarifa. Tres y veinte de la madrugada. La habitación 7 huele a vino tinto a medias, a pan de jamón un día más, a sal. La sábana ha quedado a los pies de la cama. La camiseta de Iván, no sé dónde. La mía tampoco. Los

bocadillos, en la silla. El cuadro malo del faro, pintándonos sin saber.

Iván se ha despertado.

Yo también.

No sabemos cuál de los dos ha despertado primero. Da igual.

— Ros.

— Sastre.

— Estás despierta.

— Estoy despierta.

— ¿Cuánto llevas?

— Diez minutos.

— ¿Por qué no me has despertado?

— Porque te miraba dormir y te tenía manía por dormir tan bien.

Iván se ríe contra la almohada.

— Te despierto yo a ti la próxima vez. ¿Te parece?

— Me parece.

Le miro. Le miro la cara muy de cerca. La habitación está oscura pero con un poco de luz ámbar entrando por debajo de la puerta del baño. Le veo los ojos. Le veo la barba. Le veo el pelo despeinado contra la almohada. Le veo la línea tatuada que el sol le ha hecho en el cuello donde la cámara se le pone

cada día. Le veo todo lo que se puede ver con una luz mala a las tres y veinte de la madrugada.

Y todo lo que veo me gusta.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Me despiertas tú entonces?

— ¿Cómo?

— Despiértame.

Iván sonríe. Una sonrisa lenta. Una sonrisa de las que tarda en ponerse pero, cuando se pone, no se quita. Se incorpora un palmo. Apoya un codo a la altura del hombro mío. Me aparta el pelo de la cara con el dorso de la mano.

— Buenos días, Ros.

— Buenos días, Sastre.

Me besa.

Me besa lento, sin prisa, con la boca abierta y las manos quietas. Me besa como me besó la primera vez, en el pasillo verde mostaza, pero esta vez sabiendo. Esta vez con dieciséis días, una furgoneta, un pinchazo, una sudadera, una rueda

cambiada, una sopa de melón con jamón, un pacto y otro pacto encima.

Yo le respondo despacio. Le pongo la mano en la nuca. Le bajo los dedos por la columna. Le siento estremecerse.

— Sastre.

— Ros.

— Otra.

— Otra.

Otra. Y otra. Y otra. Pero esta vez no es la prisa de Almuñécar ni la curiosidad de la cama de Tarifa. Esta vez es algo más intermedio: somos dos personas a las tres y veinte de la madrugada, sin viento ya, sin viento exterior pero con el viento mío y el de él funcionando dentro como debe funcionar. Despacio. Con conciencia.

Me besa el cuello. Me besa la clavícula. Me besa el lunar redondo bajo el ojo izquierdo, como ya tiene costumbre. Me

besa el tatuaje del antebrazo, la palabra «anota», con los labios sobre la cursiva fina.

— Anota — murmura.

— ¿Qué anoto?

— Esto.

— ¿Esto qué?

— Esto.

No tengo libreta a mano y, aunque la tuviera, no podría sostener un bolígrafo ahora mismo. Iván sabe lo que dice. Iván sabe que la libreta no está en la mano y que «esto» se anota en otro sitio.

Asiento sin palabras. Iván me besa de nuevo.

———

Esta vez es lenta. Esta vez es de las que no se cuentan tanto como se viven. Iván está encima un rato. Yo estoy encima otro rato. Iván está al lado, con la mano y la boca, otro. Yo estoy de espaldas con su pecho contra la espalda mía y su brazo cruzándome la cintura otro. La cama de Tarifa cruje un poquito en una de las patas. La almohada de él se cae al suelo en algún momento. Una de las dos sillas frente al cuadro malo del faro se mueve un milímetro. No le pregunto cómo se ha movido la silla. Quizá no se ha movido. Quizá lo imaginé.

Vamos despacio. Vamos despacio porque sabemos que tenemos hasta las once. Vamos despacio porque una pareja de diecisiete días que se ha tropezado con una maleta en

Almuñécar y se ha hecho un pacto de cinco días en la N-340 tiene derecho a una madrugada de Tarifa sin reloj.

Iván me mira a los ojos cuando entra en mí, a la mitad de la madrugada. Me mira sin perder un milímetro de mi cara. Yo le aguanto la mirada. Es difícil aguantarle la mirada a un fotógrafo cuando el fotógrafo está dentro de ti, pero la aguanto. La aguanto porque hace falta.

— Ros.

— Sastre.

— Te quiero entrar más despacio que ayer.

— Vale.

Me entra más despacio. Cuento dos respiraciones. Tres.

— Estás bien.

— Estoy bien.

— ¿Estás aquí?

— Estoy aquí.

— ¿Aquí dónde?

— Aquí contigo.

Pausa.

— Vale.

Empieza a moverse. Yo le rodeo la cintura con las piernas. Le clavo las uñas en el hombro pecoso (prometo que no quiero hacerlo, pero lo hago, otra vez, y otra vez le pido perdón con

la cara). Iván me besa la frente. Iván me besa el lunar. Iván me besa la oreja.

— Ros.

— Sastre.

— Esto en Madrid.

— ¿Qué pasa con Madrid?

— En Madrid también.

— Vale.

— En Sóller también.

— Vale.

— Donde sea.

— Donde sea.

Ese «donde sea» me llega al estómago. No al de comer. Al otro. Al que se queda apretado cuando la vida te pide algo grande.

Vamos despacio. Vamos. Llego primero, esta vez. Iván me sujeta la cintura con las dos manos. Me deja terminar a mi ritmo. Me besa la frente otra vez. Después se mueve un grado más rápido y llega él, con la cara contra mi cuello, con un

sonido bajo, casi sin sonido. Se queda apoyado encima un instante. Se desliza al lado.

Nos quedamos los dos quietos.

— Ros.

— Sastre.

— Esto va a ser un lío.

— Lo sé.

— Yo voy a meterme.

— Lo sé.

— ¿Tú?

— Yo ya estoy metida.

— Vale.

— Vale.

Pausa. Le pongo la mano sobre el pecho. El corazón le late despacio. La piel todavía caliente. La luz ámbar del baño le cae en la mejilla derecha.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Qué hacemos en cinco horas cuando salgamos por la

puerta de este hotel?

— ¿Qué quieres hacer?

— Devolver la furgoneta en Sevilla. Llegar a Madrid. Llamar a Inés y a Laura y decirles que tengo que verlas el lunes. Dejar a Marina el cierre del reportaje el martes. Y descansar dos días sin pensar en nada serio.

— Vale.

— ¿Tú?

— Volar a Mallorca. Devolverle la cesta a mi madre. Llamar a Pere. Decirle a Margalida lo que ya sabe. Trabajar tres días en archivo, mandar a Marina las fotos en alta. Y esperar a tu llamada.

— ¿Esperarás?

— Sí.

— Vale.

— Vale.

———

Nos volvemos a dormir abrazados con todo. Cuando me despierto otra vez, son las nueve y diez de la mañana. Iván está dándose una ducha. La habitación 7 huele a champú. La

luz entra por la ventana directa, sin viento, sin levante. Tarifa amanece en calma.

Me siento en la cama. Saco la libreta. Anoto.

«Día 18. Última mañana. Sea Soul cerrado. Pacto de quince días. Llamada a Inés. Devolución de furgoneta en Sevilla. Adiós a la sudadera, no, la sudadera viaja conmigo otra vez al norte, todavía no me la quita. Los pies en el suelo. La cabeza… la cabeza ya en otro sitio».

Cierro la libreta. Iván sale del baño con una toalla en la cintura, otra en el cuello. Me mira. Me mira como mira él. Yo le miro como miro yo.

— Ros.

— Sastre.

— Buenos días otra vez.

— Buenos días otra vez.

— ¿Café abajo?

— Café abajo.

— ¿Vamos?

— Vamos.

———

Greta-la-de-recepción nos saluda con dos buenos días y un guiño que ni intenta disimular. La cafetería del hotel tiene tres mesas. Nos sentamos en la del balcón. Café, tostada con tomate, dos vasos de zumo. Iván me coge la mano por encima

de la mesa. Yo le dejo. Greta se cae contra el mostrador del entusiasmo.

A las nueve y media bajamos a recoger las cosas. Iván baja primero con su maleta. Yo me quedo un par de minutos sola en la habitación 7. Miro la cama deshecha. Miro el cuadro malo del faro. Miro las dos sillas. Miro la ventana. Miro las vigas vistas. Hago una foto con el móvil, sin pedirle a Iván que dispare por mí. Esta es para mí.

Salgo. Cierro con llave la puerta. Greta-la-de-recepción me pregunta cómo ha ido la noche. Le digo «bien». Greta sonríe sabiendo. Iván me espera en la furgoneta con la radio puesta y una camiseta limpia.

A las once devolvemos las llaves. La maleta de Iván va a la furgoneta. La maleta mía va a la furgoneta. La cámara va al cuello de él. La libreta Moleskine va a mi mochila. La sudadera gris va doblada en el portavasos central de la furgoneta, donde la dejé ayer, y donde se va a quedar hasta que él se la lleve a Mallorca o se quede conmigo, no lo hemos decidido aún.

Iván conduce los primeros kilómetros. Tarifa por el retrovisor. Luego la N-340. Luego A-5. Luego A-4. Luego Sevilla, devolución de furgoneta, alquiler de coche pequeño. Luego A-4 dirección Madrid en mi coche, que cojeremos al

pasar por casa de mi prima Júlia en Sevilla, donde lo había dejado yo. Coordinado. Profesional.

Pero antes de salir de Tarifa, Iván para la furgoneta a la altura del cartel que dice «Tarifa» en letras blancas sobre fondo verde. Aparca en el arcén. Me mira.

— ¿Una?

— ¿Una qué?

— Una foto.

— ¿De qué?

— De ti.

— ¿En el cartel de Tarifa?

— En el cartel de Tarifa.

— Sastre, soy periodista, no soy Instagram.

— Lo sé.

— …

— Anda, baja.

Bajo. Iván baja. Cierra la puerta. Camino hasta el cartel. La sudadera gris, los vaqueros gastados, las Veja blancas, el pelo

recogido con la pinza, la pulsera de cuero. Levanto un poco la barbilla. Iván se ríe.

— Estás como en pose de DNI.

— Estoy en pose de DNI porque me has obligado a posar.

— Posa normal.

— Esto es lo normal.

— Vale.

Saca la foto. Una. Otra. Otra.

Después baja la cámara. Se acerca. Me besa contra el cartel. La carretera está vacía a las once y cuarto. Si pasa un coche por detrás, que pase. Si lo cuenta luego, que lo cuente.

Cuando se separa, me coge la cámara. Me la pone en las manos.

— Ahora tú.

— ¿Yo qué?

— Tú me sacas a mí.

— Sastre, yo no sé hacer fotos.

— Da igual. Hazme una.

Le miro por el visor. Lo busco. Levanto un poco la cámara.

Aprieto.

— ¿Cómo ha salido?

— Movida.

— Vale. Otra.

Hago otra. Se la enseño. Iván la mira y se ríe.

— Ros, esta es buenísima.

— ¿Esta movida?

— Esta movida es mejor que la mía contra el cartel.

— ¿Por qué?

— Porque la has hecho tú.

Le pego en el hombro con dos dedos. Le doy la cámara. Vuelvo a la furgoneta. Iván viene detrás. Arranca. La furgoneta deja

Tarifa. La N-340 vuelve a estirarse hacia el norte. Una recta larga. Iván pone Manel.

— ¿Vas a poner Manel todo el camino hasta Sevilla?

— Sí.

— Vale.

— ¿Te molesta?

— No.

— ¿Te gusta?

— Sí.

— Vale.

— Vale.

Le pongo la mano izquierda encima del muslo derecho. Iván baja la suya y se la cruza con la mía. Sin soltar el volante con la otra. Pulgar contra pulgar. La pulsera de cuero un poco encima de su muñeca.

Le miro la cara un segundo. Tarifa se aleja. Madrid está lejos todavía. Sóller está más lejos. Y, sin embargo, en la furgoneta con sombrero, en la N-340, a las once y veinte de la mañana de un día dieciocho que ya cuenta como día uno de algo, el lío se siente, por primera vez en mucho tiempo, perfectamente posible.

Anoto en la cabeza:

«Cien ventanas, una. La 7. Una mujer y un hombre y un cuadro malo de un faro vigilando. Llevamos diecisiete días

besándonos sin saberlo. Eso ahora ya tiene plazo: cuarenta. Cuarenta es lo que durará el primer mes y los quince primeros días. Cuarenta es lo que ya nos hemos dicho, y la otra parte es la que no se anota».

A la altura de Vejer, paramos a estirar las piernas en una gasolinera con cafetería. Pedimos dos cafés. Iván saca la cartera. Yo saco la mía. Discutimos quién paga durante un minuto y medio. Acaba pagando él, con un «mañana pagas tú el desayuno». Yo levanto una ceja. «Mañana yo estoy en Madrid y tú en Sóller». Iván se queda en silencio. Después dice «pasado mañana, entonces, pago yo aquí». Yo me río.

«Pasado mañana lo mismo». Iván dice «el primer desayuno juntos en quince días, pago yo». Vale.

Vuelvo a la furgoneta con el café. Iván vuelve con el suyo y un paquete de pipas.

— Sastre, ¿pipas?

— Pipas.

— ¿Tú comes pipas?

— Solo en gasolineras.

— ¿Solo en gasolineras?

— Solo en gasolineras.

— Sastre.

— Ros.

— Eres un misterio.

— Lo sé.

Comemos pipas durante quince kilómetros. La furgoneta se llena de cáscaras. Iván abre la ventanilla. Las cáscaras vuelan a la cuneta. Yo le riño con la cara. Iván sonríe sin culpa. La N-340 sigue subiendo despacio hacia el norte. Cádiz se queda

atrás. El sol del mediodía cae a plomo. Iván baja un grado el aire acondicionado. Yo subo un grado el volumen de Manel.

A los pocos kilómetros, Iván empieza a hablar en voz baja, sin mirarme. Tiene esa voz de cuando va a decir algo importante.

— Ros.

— Sastre.

— Una cosa.

— Dime.

— Cuando lleguemos a Sevilla y devolvamos la furgoneta, después de eso, cuando ya estemos en tu coche pequeño y

queden seis horas para Madrid...

— Sí.

— ¿Puedo conducir yo?

— ¿Por?

— Para que tú duermas.

— Sastre.

— Ros.

— Vale.

— Vale.

Pausa.

— Ros.

— Sastre.

— Una cosa más.

— Dime.

— Cuando lleguemos a tu casa, esta noche...

— Sí.

— No quiero dormir en el sofá.

Le miro. Tiene la vista en la carretera. La barba un día más, los ojos azules muy claros, las manos quietas en el volante. Lo

dice como si hubiera ensayado la frase desde Tarifa.

— Sastre.

— Ros.

— ¿Esta noche?

— Esta noche.

— Vale.

— ¿Vale?

— Mi cama es estrecha.

— Caben dos.

— Caben dos si nadie se mueve.

— No me muevo.

— Anoche te has movido.

— Anoche también dormiste.

— Vale.

— Vale.

Pausa.

— Y mañana por la mañana… te llevo al aeropuerto.

— Vale.

— Y vuelas a Mallorca.

— Vuelo.

— Y empezamos los quince días.

— Empezamos.

— Pacto.

— Pacto.

Iván sonríe. Pequeño. Concentrado. La furgoneta sigue. Una recta larga. Cádiz por el retrovisor.

Le pongo la mano izquierda encima del muslo derecho. Iván baja la suya y se la cruza con la mía. Sin soltar el volante con la otra. Pulgar contra pulgar. La pulsera de cuero un poco encima de su muñeca.

Le miro la cara un segundo. Tarifa se aleja. Sevilla está a tres horas. Madrid, a nueve. Sóller, mañana. Y, sin embargo, en la furgoneta con sombrero, en la N-340, a las once y veinte de la mañana de un día dieciocho que ya cuenta como día uno de algo, el lío se siente, por primera vez en mucho tiempo, perfectamente posible.

Anoto en la cabeza:

«Cien ventanas, una. La 7. Una mujer y un hombre y un cuadro malo de un faro vigilando. Llevamos diecisiete días besándonos sin saberlo. Eso ahora ya tiene plazo: cuarenta. Cuarenta es lo que durará el primer mes y los quince primeros días. Cuarenta es lo que ya nos hemos dicho, y la otra parte es la que no se anota».

La furgoneta sigue. La carretera sigue. Iván sigue. Yo sigo.

Y por una vez en la vida, seguir no es solo una promesa. Es una ruta.

21

A las siete y media de la mañana, Tarifa huele a café aguado, a algas y a la última noche que ya no va a volver. Yo huelo a Iván Sastre. Es un dato técnico, no un piropo: dormimos abrazados, su camiseta gris terminó debajo de mi almohada y, cuando me he duchado deprisa para no llegar tarde a la devolución de la furgoneta, no he tenido fuerzas para frotar fuerte. Salgo del baño envuelta en una toalla con mi propio olor desplazado un cuarto de paso.

— Sastre.

— Ros.

— Faltan diez minutos para abajo.

— Voy.

Me mira desde la cama como se mira un mapa que ya te sabes. Tiene el pelo levantado por un lado, ese lado mallorquín que duerme más profundo, y la sábana le tapa por la cintura. La

cicatriz de la rodilla izquierda asoma fuera. Cierro los ojos un segundo, porque hay imágenes que conviene archivar bien.

— Bea.

Me llama por mi nombre y eso, después de dieciocho días de "Ros", me suena casi indecente. Lo miro.

— ¿Qué?

— Que no estoy nervioso.

— Pues yo sí, así que cállate.

Me río sin querer. Él también. Fue mi primera frase del primer día y la sigue gastando como tarjeta de visita.

A las ocho cargamos las maletas en la furgoneta Volkswagen que ha sobrevivido a peajes, pinchazos en la N-332, una sudadera mía con grasa y catorce comidas largas. La furgoneta huele a aceite de oliva andaluz desde la primera noche, a cable de cargador de cámara y a un cierto perfume de

pueblo de mar mezclado con repelente de mosquitos. Es la furgoneta más mía y menos mía que he conducido en mi vida.

Antes de salir, paso por recepción a devolver las llaves. La chica del mostrador, una rubia con camiseta turquesa, me sonríe.

— ¿Pareja?

— Sí.

— Os queda bien.

— Gracias.

Salgo con un calor en la cara que no es por el sol. Iván, en la puerta, está cerrando el maletero.

— ¿Por qué llevas esa cara?

— Sastre, eres irritante.

— Soy fotógrafo. Veo caras.

La carretera de Tarifa a Sevilla se me hace corta. Pongo música. Iván conduce. Cantamos a Joaquín Sabina como dos personas que se conocen lo suficiente como para no ridiculizarse, y eso, después de dieciocho días, ya es una victoria. Cuando entramos en el centro logístico de Panorámica para dejar la furgoneta, Iván baja primero y le entrega las llaves al técnico con una soltura que, bien mirada,

me cabrea: como si no hubiera invertido en esa lata diecisiete cenas y una rueda.

— Ya está — digo, mirando la furgoneta vacía.

— Ya está.

— Le tengo cariño.

— Yo también.

— Sastre, no me pongas tonta a las once de la mañana en un parking de Sevilla.

— No te pongo tonta. Te pongo realista.

Se sube a mi coche, un Renault Clio gris perla con doscientos mil kilómetros que me espera en una plaza de pago como un perro viejo y leal. Iván, que mide uno ochenta y cuatro, dobla las piernas y suspira hondo.

— ¿Madrid?

— Madrid — contesto.

Salimos por la A-4 hacia el norte. Esta vez el viaje lo hago yo. Iván me deja conducir y se dedica a mirar el paisaje con esa cara concentrada de quien sigue trabajando mentalmente aunque la cámara descanse en una funda. A media mañana, en una gasolinera a las afueras de Carmona, paramos a por café y

bocadillo. Le hago una foto sin avisar con el móvil. Iván levanta la mano para taparla.

— No me hagas la foto que tú me haces — le digo.

— Yo a ti te hago retratos. Tú a mí me haces capturas de pantalla.

— Qué arrogante.

— Qué realista.

— Lo de "realista" lo vas a gastar mucho, te lo digo.

Sigo conduciendo. Bajo Despeñaperros sintiendo, por primera vez en años, la curva del cuerpo de otro caliente al lado del mío. Iván duerme un rato. Lo miro de reojo. La cabeza le cae hacia el cristal y luego se corrige. Tiene una pestaña negra

solitaria en la mejilla. Resisto la tentación de quitársela porque, si lo hago, paro el coche.

Cuando se despierta, en una recta de Manzanares, me pregunta si quiero que conduzca él.

— Te he hecho descansar — le digo —. Llevas tú dos semanas de furgoneta.

— He descansado, Bea. Cógete media hora.

— En la siguiente.

— Vale.

— Sastre.

— ¿Qué?

— ¿Tú has llamado alguna vez "pareja" a alguien en una recepción de hotel?

— Una vez.

— ¿Cuándo?

— En 2017. A Anna.

— Vale.

— ¿Por qué me lo preguntas?

— Porque la chica de Tarifa me ha llamado "pareja" a mí. Y se me ha quedado el nombre puesto.

— ¿Cómo te queda?

— Me queda. No sé. Como cuando estrenas botas. Aprieta un

poco.

— ¿Te molesta?

— No me molesta. Me llama la atención.

— Vale.

— Sastre.

— Bea.

— A ti, lo de "pareja" desde Tarifa, ¿te aprieta o te queda holgado?

Iván se queda callado un kilómetro.

— Me queda a medida.

— Vale.

— ¿Eso te parece bien?

— Eso me parece muy bien.

Conducimos un rato sin hablar. Iván me pone la mano izquierda en la rodilla. La deja allí cien kilómetros. Cuando llega Bailén, la levanta para coger una botella de agua. La devuelve a la rodilla a la altura de Valdepeñas. Soy una mujer adulta, con un divorcio firmado, una libreta Moleskine y ocho años de oficio, y, joder, una mano de hombre en la rodilla durante doscientos kilómetros me parece la cosa más bonita del mundo.

A las cuatro de la tarde llegamos a Madrid. La M-30 huele a calor y a obras y a panadería de barrio. Subo a Tirso de Molina por Atocha, callejeo por Lavapiés, aparco con dos maniobras

delante del portal de Buenavista 12. Iván se baja, mira el portal estrecho como si calculara cuántos centímetros le sobran, y dice:

— Esto es tu casa.

— Esto es mi casa.

— Vale.

— "Vale" es una palabra muy mallorquina, ¿no, Sastre?

— "Vale" es la palabra más universal que existe, Ros.

Subimos. Piso 3º izq, cuarenta y dos metros cuadrados, dos balcones a Buenavista y un radiador que está demasiado caliente para un día de finales de mayo. La luz de Madrid entra por la cocina como entra siempre: en cuchillo. Iván deja la mochila en el suelo. Mira las paredes. Mira las estanterías llenas de Moleskines amontonados como ladrillos negros. Mira la foto enmarcada de mi padre con un casco de electricista junto a la nevera. Se acerca.

— ¿Tu padre?

— Mi padre.

— Tienes su frente.

— Tengo su frente, su carácter y la manía de quedarme tranquila cuando todo arde.

Iván sonríe. No dice nada. Posa la mochila Patagonia en una silla del salón con el cuidado con el que pondría una cámara: como si la silla pudiera moverse. Yo, en la cocina, abro la

nevera y descubro un yogur caducado, dos cervezas y una mostaza. Cierro deprisa.

— Sastre, voy a bajar a por algo.

— Voy contigo.

Salimos al supermercado de la esquina como dos personas normales. Es la primera vez que vamos a comprar pan los dos juntos. Compramos pan, aguacate, tomate, queso fresco y una botella de Albariño que no debería entrar en el presupuesto pero que Iván coge sin preguntarme y deja sobre la cinta como si fuera lo más natural del mundo. La cajera nos dice "hasta mañana" y a mí me da por reírme bajito en la calle, porque "hasta mañana" suena a vida y no a despedida y eso, para ser día dieciocho, es un horror.

Antes de subir, Iván saca el móvil delante del portal. Hace dos fotos: una a la fachada y otra a la placa de la calle "Buenavista, 12".

— ¿Foto de qué?

— De la dirección donde voy a venir muchas veces.

— Sastre.

— Bea.

— Te has venido arriba.

— Me he venido al sitio que me toca.

— Vale.

Cocinamos cena en mi cocina. Cuatro pasos cuadrados. Yo corto tomate, él corta aguacate y se equivocan los codos. Se

equivocan a propósito. Cuando saco una vela para la mesa, Iván levanta una ceja.

— ¿Romántica, Ros?

— Romántica de quien ha conducido seis horas y no quiere que se le vea la ojera, Sastre.

— Ah.

— Pero sí, también romántica.

Nos sentamos a cenar en la mesa pequeña del salón, esa que normalmente está cubierta de papeles. Iván abre el Albariño. Sirve dos copas. Me mira por encima del cristal.

— Por la primera cena en Madrid juntos.

— Por la primera cena en Madrid juntos.

Brindamos. Comemos despacio. Hablamos de tonterías. Le cuento que Inés, mi mejor amiga, va a querer conocerlo. Le cuento que Laura, la abogada, hará tres preguntas y una broma y le adoptará. Le cuento que mi madre ya sabe que existe porque, cuando estábamos en Mallorca, se lo dije. Iván

me cuenta que su madre Tonia me ha mandado un audio esta mañana preguntándome si llegamos bien.

— ¿Tonia me ha mandado un audio? — digo, levantando las cejas.

— Te ha pillado el número de mi móvil. Mi madre opera así.

— Madre mía.

— Pero igual.

Cuando termino la pasta y me levanto a por agua, me cruza la mente una pregunta tonta y la suelto sin filtrar.

— Sastre, una cosa.

— Tú dirás.

— Si yo mañana no te dejo coger el avión, ¿qué pasa?

— Pasa que tu madre me llama nuera por teléfono y la mía me deshereda.

— Sastre.

— Bea.

— En serio.

— En serio: pasa que en cinco días tengo el encargo de Tarragona, no me lo puedo saltar, y tú tienes que entregar el

reportaje del Mediterráneo.

— Vale.

— Pero tú no me has hecho la pregunta de verdad.

— ¿Y la pregunta de verdad cuál es?

— "¿Tienes ganas de coger el avión?".

— ¿La tienes?

— Ninguna.

— Vale.

— Pero lo cojo.

— Vale.

A los postres ya no hay postres. Hay un beso largo apoyada en la encimera. Iván huele a Albariño y a fatiga y a un perfume de

viaje que le dura desde Calella. Le tiro de la camisa. Él me mira.

— Bea.

— Sastre.

— Mañana cojo el avión a las once.

— Lo sé.

— ¿Sofá?

— Sofá.

— ¿En serio?

— En serio. Mañana coges un avión y yo no quiero llorarte en una almohada que va a oler a ti tres semanas. Sofá.

Se ríe. Asiente. Me hace caso. Es la primera vez que un hombre me hace caso en este piso a la primera. Le saco una sábana azul de algodón, una almohada que huele a lavanda barata del Mercadona y una manta. Le monto el sofá como un

campamento. Cuando termino, me siento al borde y miro la cabeza despeinada que me observa desde el reposabrazos.

— Sastre.

— ¿Qué?

— Esto va a ser raro.

— Lo de Madrid-Sóller.

— Sí.

— Ya.

— Pero no quiero romperlo.

— Yo tampoco.

— Vale. Pacto.

— Pacto.

— Cada dos semanas.

— Cada dos semanas.

— Si una semana se nos va de las manos, las que sean.

— Las que sean.

— Y si te besa otra de buena cara, te denuncio.

— Si te besa otro de buena cara, le hago una foto y la publico en Panorámica.

Me río. Me agacho y le doy un beso en la frente. Él me coge de la nuca y me trae a la boca. Nos besamos un minuto en el sofá.

Cuando me separo, tengo la cara caliente.

— Buenas noches, Sastre.

— Buenas noches, Ros.

Me meto en mi cuarto. Cierro la puerta. Apago la luz. Me tumbo en mi cama de matrimonio con una almohada de menos y dos sábanas de más, y me doy cuenta de que llevo dieciocho días sin dormir sola y que ahora dormir sola me parece una excentricidad. Saco la libreta Moleskine negra del cajón, la quinta, y a la luz del móvil escribo:

"Día 18. Madrid. Sastre en el sofá. Sastre en mi salón. Sastre en mi nevera. Esta no es la ruta panorámica. Esta es la rampa de salida. Veremos."

Cierro la libreta. Apago el móvil. Me duermo a los diez minutos pensando en la cabeza despeinada en el sofá y en lo absurdo que es haber sobrevivido a Calella, Mallorca, Cullera, Calpe, La Manga, Almuñécar y Tarifa para ahora ponerse nerviosa porque hay un tío respirando a tres metros de mi puerta.

Por la mañana me despierto a las siete y media. Al asomar la cabeza al salón, Iván ya está vestido, doblando la sábana azul con esa precisión de quien ha hecho la mili o ha cuidado a un padre enfermo. Levanta la vista.

— Café.

— Café.

Hago café en la cafetera italiana que me regaló mi cuñada Gemma hace tres Navidades. Iván saca dos tazas. Bebemos en pie en la cocina. Yo en pijama corto y él vestido con la misma

camiseta gris, parecemos un anuncio mal hecho de una revista de domingo. Iván mira el reloj G-Shock.

— A las nueve y media salgo para Barajas.

— Te llevo en metro hasta Atocha y de ahí Cercanías a la T4. Es lo más rápido.

— ¿Vienes?

— Vengo.

Bajamos. Andamos por Tirso de Molina, paramos en una pastelería a por dos napolitanas calientes, las comemos en el andén del metro como dos críos. Iván sostiene la cámara y la mochila con un brazo y la napolitana con el otro, y por primera vez se le cae chocolate en la barba. Le miro.

— Sastre.

— Ros.

— Has perdido la compostura.

— Llevo dieciocho días perdiéndola.

Le limpio la barba con una servilleta. Me mira fijo. Le beso. En el andén de Tirso de Molina, un lunes a las ocho y media de la mañana, beso a Iván Sastre delante de una señora con un

carrito de la compra que nos saluda con la cabeza como si fuéramos vecinos suyos de toda la vida.

En la T4 lo despido en la puerta de seguridad. Ni dramas ni canciones. Un beso, una frente apoyada un segundo en la suya, una mano mía en su pecho.

— Sastre.

— Ros.

— Quince días.

— Quince días.

— Si te pierdes el avión, peor para ti.

— No me pierdo el avión, Ros.

Se mete en el control. Se vuelve dos veces. La segunda levanta la cámara y me hace una foto con el teleobjetivo desde diez metros, antes de desaparecer entre escáneres y zapatos de hombres con maleta de cabina. Me río sola en mitad de la T4. La señora del carrito de la compra ya no está, pero me la imagino diciéndome "guapa, ese chico te mira raro". Pepa Romero, desde Cullera, asiente desde alguna parte de mi cabeza.

Salgo de la terminal con un nudo en el estómago que reconozco. Es el nudo del día en que empiezas a echar de menos. Es la primera vez en tres años que me pasa. Me mete en el Cercanías de vuelta a Atocha, me lleva por Sol, me deja en mi piso a las once y media. Subo las escaleras de tres en

tres, abro la puerta y me siento en el sofá donde Iván Sastre durmió anoche. La sábana huele a él. Cierro los ojos.

Cojo la libreta. La abro por la página de hoy.

"Día 19. Madrid sola. Pacto: quince días. Iván Sastre, fotógrafo gastronómico mallorquín, ex enemigo, ahora pareja. La furgoneta está devuelta. Yo no."

Cierro la libreta. Saco el móvil. Abro el grupo de WhatsApp "Las Carcajadas". Escribo: "Tías, ha pasado la cosa". Inés contesta a los siete segundos: "tía". Laura, en seis: "tía". Después, Inés añade: "tía, exposición pública. Cuando puedas, fotos". Laura: "tía, hechos jurídicos. Cuando puedas,

declaración". Yo le contesto a las dos: "esta semana cena en el piso. Os cuento".

Suspiro. Sonrío. Madrid me espera con ocho artículos pendientes, una factura por cobrar y una vida que sigue.

A los diez minutos, suena el móvil con un mensaje. Es Iván desde Mallorca.

"Llegada a Sóller con dos higos secos en el bolsillo. La casa huele a piedra. Tú huelas a tomate de Buenavista. Que duermas bien."

Le contesto:

"Sastre. Yo, ya echo de menos. ¿Y tú?"

"Yo, también."

"Buenas noches."

"Buenas noches, Bea."

Apago el móvil. Me tumbo en el sofá. Miro la sábana azul donde durmió anoche. La doblé esta mañana con cuidado, la metí en el armario del pasillo y, sin saber por qué, le he puesto un trozo de lavanda dentro. Anda ya, Bea. Esto es flipar. Esto es flipar mucho. Esto es escribir mentalmente la nota de prensa de tu propia historia.

Y, fíjate, no tengo ningunas ganas de pararlo.

Pero algo en la furgoneta del próximo, sin avisar, ya se ha quedado dentro de esta.

Y eso, después de cinco años odiándolo, es casi divertido.

22

Iván

Sóller a finales de mayo huele a azahar tardío y a ese polvo dulce que dejan los camiones de naranjas en la carretera de Deià. Bajo del taxi delante de la casa de la calle de Sa Lluna 14 con la cámara colgada al cuello y una mochila Patagonia que pesa el doble de cuando salí. La maleta la abandoné a Bea en Madrid; se la cuida ella hasta dentro de quince días, dice. Ya veremos quién cuida a quién.

Abro la puerta con la llave que llevo en el llavero desde que mi padre todavía vivía. La casa huele a piedra fría, a aceite reciente y a higos secos. Dejo la mochila en el zaguán. Subo las escaleras. Abro las contraventanas del salón. La luz de Sóller entra como entra siempre: en haces gruesos. Me siento en el

sofá, en el mismo sitio donde Bea durmió hace seis días, y me quedo quieto un minuto.

Mira tú. Una semana entera echándola de menos antes de tiempo.

Saco el móvil. Escribo: "He llegado. La casa huele a ti todavía". Me arrepiento. Borro. Escribo: "He llegado". Lo dejo así. Lo envío. A los dos minutos contesta: "vivo. yo también". Sonrío como un tonto a una pantalla.

Antes de salir de la casa para ir a comer con mi madre, me siento un minuto en la cocina con un vaso de agua del grifo. La cocina huele a frío. Bea pasó por aquí hace diez días, lavó la taza grande del desayuno, la dejó del revés en el escurridor. Yo no la he movido. Está donde la dejó. Es un detalle que ahora mismo me parece más útil que cualquier acta notarial.

Saco la cámara. Le quito la tapa al objetivo. Hago una foto de la taza, sin pensarlo. La taza, sola, en el escurridor, con la luz

de la sierra entrando por la ventana. Foto fea, foto técnica, foto sin encuadrar bien. La guardo igual.

Cierro la cámara. La cuelgo del cuello. Me digo en voz alta:

— Sastre, eres un cursi.

No me contesta nadie. Eso me alivia.

A las dos llama mi madre.

— Fill, vente a comer.

— Mama, acabo de llegar.

— Por eso. No tienes nevera.

— Tengo nevera, mama.

— Tienes nevera con dos cervezas y una mostaza.

— Eso es Madrid.

— ¿Qué?

— Nada. Voy.

Cuelgo. Es exactamente la misma broma que me ha hecho Bea esta semana sobre su nevera. Las madres y las periodistas, en según qué cosas, son una sola persona repartida en dos provincias.

Bajo a Palma en coche. Cuarenta minutos por la sierra. Aparco delante del piso de Tonia en Génova. Subo. Mi madre abre con

el delantal puesto y un trapo en la mano. Me mira de arriba abajo como si yo fuera un paquete que ha llegado abierto.

— Estás más delgado.

— Mama, han sido dieciocho días, no un año.

— Estás más delgado.

— Vale, mama.

— ¿Y la periodista?

Vamos. Pregunta dos. Tres.

— En Madrid.

— ¿Y?

— Y la veo en quince días.

— ¿Por qué quince y no cinco?

— Porque trabaja, mama.

— Tú también trabajas.

— Mama, déjame entrar y cerrar la puerta.

— Ya estás dentro.

Me ríe sin querer. La beso en la frente. Tonia tiene 68 años, pelo blanco recogido en moño bajo y una capacidad de interrogatorio que fastidiaría a la Guardia Civil. Me sienta en la mesa de la cocina, me sirve un plato hondo de sopas mallorquinas con una porción que no se va a acabar ni

queriendo y, mientras como, ella me observa. Es lo que hace mi madre: se queda enfrente, no come, te mira comer.

— Ha pasado algo en el viaje.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque has estado dieciocho días sin contestar mis audios y eso solo pasa cuando estás concentrado en algo que no es trabajo.

Trago. Dejo la cuchara.

— Mama.

— Hijo.

— Es una cosa nueva.

— Lo sé.

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque te miro la cara, fill.

Le cuento un poco. Lo justo. Le cuento que hicimos las paces por lo del premio del 2021. Le cuento que el reportaje ha salido bien. Le cuento que el último tramo Almuñécar-Tarifa fue otra cosa. Mi madre me escucha sin interrumpir, lo cual, en Tonia, es una forma de decir te lo confirmo. Cuando termino,

ella se levanta, abre la nevera y saca un flan casero de huevo. Lo planta delante de mí.

— Cómete el flan.

— No tengo hambre, mama.

— Cómete el flan, hijo.

Me como el flan. Mientras lo termino, ella habla.

— Iván.

— Mama.

— Esa chica te ha mandado a casa con la cara que tu padre traía cuando volvía del mar y le esperaba yo.

— Mama.

— No la pierdas.

— No la voy a perder.

— No la pierdas por la geografía, te digo.

— Mama, vivo en Sóller.

— Y ella en Madrid. Y los aviones existen, fill.

— Lo sé.

— No sea que lo "pacto cada dos semanas" se convierta en un

mes. Y el mes en dos. Y los dos en una distancia.

Me quedo callado. Mi madre me mira.

— ¿Tan rápido vas, mama?

— No, fill. Yo voy a la velocidad de los 68 años. Eres tú el que va lento.

Suspiro. Asiento. Cuando termino el flan, le ayudo a recoger. Me echa un tupper de sopa para llevarme a Sóller. Antes de salir, en el rellano, me pone la mano en el brazo.

— Iván.

— Mama.

— Tu padre te miraba, ¿lo sabes?

— Lo sé.

— Te miraba y decía: a este hijo le va a costar enterarse, pero cuando se entere, no le suelten.

— Mama.

— No le suelten, fill.

Bajo las escaleras como si llevara una piedra encima. La piedra es el flan. La piedra es mi madre. La piedra es Bea Ros, periodista freelance, treinta y tres años, lunar redondo bajo el ojo izquierdo, una libreta Moleskine negra y la manía de apuntar todo lo que le pasa antes de saber qué hacer con ello.

Antes de bajar a Sa Truita, me siento en el despacho de la planta baja a poner orden a las fotos del viaje. Catorce días, ocho mil disparos, doscientos sesenta seleccionables, treinta

finalistas. Las paso una a una en la pantalla del portátil. La de Casa Solé, con las manos del señor Solé encima del mantel y la marca del jamón colgado al fondo. La de Es Trenc, las salinas con la luz de las seis. La de la cocinera Lucía Costa con un pulpo. La de Calpe, las manos de Bea apuntando con un boli azul en la libreta abierta, sin que ella lo supiera. Hay siete u ocho de Bea trabajando, sin que se dé cuenta. La que más me gusta es la de Tarifa, balcón, camiseta mía enorme, viento de Levante, libreta apoyada en el muslo. La he mirado catorce veces desde que volví. La voy a mirar otras catorce.

Pongo dos en una carpeta aparte. La carpeta se llama "Bea". No es la carpeta del reportaje, es una carpeta privada. Allí, además, hay tres del primer día: ella en el aeropuerto del Prat, con la coleta torcida y las gafas en la cabeza, mirándome como si fuera un imprevisto. La hice con la cámara desde el otro lado del hall, sin que se diera cuenta, mientras esperábamos al tipo del párking de la furgoneta. Si Bea me ve esa foto algún día, igual me arrea. O igual no. Igual la entiende.

Cierro el portátil. Me lavo la cara con agua fría. Cojo la chaqueta vaquera. Salgo a la calle. Pasan las siete y media.

Por la noche bajo a la Cafetería Sa Truita. Pere Quetglas, mi mejor amigo desde el colegio, dueño del local y profesional

certificado de las preguntas incómodas, me ve entrar y pega un grito.

— ¡Sastre! ¡Vivo!

— Vivo.

— Cuéntamelo todo.

— No.

— Te he dicho que lo cuentes todo.

— Y yo te he dicho que no.

— Sastre, yo te conozco desde los siete años. Si entras aquí con esa cara, yo a esta señora con la que estoy hablando le digo "perdona, tengo que atender una urgencia" y la urgencia eres tú.

La señora con la que estaba hablando es su mujer, Bárbara, que me saluda con la mano desde la otra punta de la barra. Me

siento en el taburete del fondo. Pere me planta delante una caña sin preguntar. Espera.

— Pere.

— Iván.

— He venido por trabajo y vuelvo enamorado.

Pere se queda un segundo callado. Luego se ríe. Luego me da un manotazo en la espalda que casi me tira la caña.

— Coño, Sastre.

— Coño, Quetglas.

— ¿La periodista?

— La periodista.

— ¿La del premio?

— La del premio.

— Mira tú.

— Mira tú.

— ¿Ella también?

— Eso parece.

— ¿Y por qué no estás con ella?

— Porque acabo de llegar de catorce días con ella y me ha

dado por respetarla un poco.

— Eso es nuevo.

— Eso es Bea.

Pere asiente como si entendiera algo importante. Me sirve una segunda caña que no he pedido. Se apoya en la barra con los codos.

— Sastre.

— Quetglas.

— Esa mujer me habla de ti como nadie te habla.

— ¿Cómo?

— En los pocos audios que tu madre me ha enseñado de un grupo de WhatsApp con tu hermana. Olvídalo. La cuestión es que se nota.

— Pere.

— ¿No vas a ir a por ella?

— Estoy a 800 kilómetros, Pere.

— Exacto.

— ¿Exacto qué?

— Exacto, los 800 kilómetros se cruzan, Sastre. Por agua y

por aire. Y por amor.

— Suenas a anuncio de Iberia.

— Sueno a tu mejor amigo. Que es peor.

Me río. Me bebo la caña. Pere se va a atender a un grupo de turistas alemanes que se han colado a las nueve y media. Yo me quedo solo en mi taburete, con la mirada perdida en la pizarra de las tapas del día, donde alguien ha escrito "tumbet" con tiza y un corazón al lado, y pienso en cómo una

pizarra de tapas puede recordarme a una mujer con la que cené en un balcón de Calpe hace seis días.

Pere se va a otro grupo. Yo me bebo una caña más yo solo. Me apoyo en la barra. Bárbara, la mujer de Pere, sale del fondo con un trapo en la mano. Me sirve sin preguntar.

— Iván.

— Bárbara.

— ¿La periodista?

— En Madrid.

— ¿Y?

— Y bien.

— Pere me ha enseñado dos audios donde hablas de ella.

— ¿Pere te ha enseñado audios míos?

— Iván, llevo veinticinco años con Pere. ¿Tú creías que lo que cuentas en la barra a las once de la noche se queda en la barra?

— Bárbara, eso es ilegal.

— Ilegal no es. Es matrimonial.

Me río. Bárbara me da un par en el brazo.

— Tráela cuando puedas.

— Vale.

— Y a tu madre dile que esta semana le toca venir a comer a

casa, que se la ve sola.

— Vale.

— ¿Vale en serio?

— Vale en serio.

Cuando vuelvo a casa, ya es medianoche. Subo las escaleras a oscuras. Entro al cuarto donde Bea durmió la noche que le pedí perdón por lo del premio. La cama está hecha. La almohada está hueca. Cierro la puerta y me voy a la mía.

Me siento al borde del colchón. Saco el móvil. Le escribo:

"Hoy he comido con mi madre. Ha preguntado por ti tres veces. Mañana cuatro. La quiero, pero a veces es más periodista que tú."

Bea me contesta a los dos minutos:

"Tu madre y mi madre. Veo el documental."

Sonrío. Le contesto:

"Catorce días, Ros."

Ella escribe:

"Catorce días, Sastre."

Apago el móvil. Me tumbo. Cierro los ojos. La habitación está oscura. Oigo el agua de una fuente lejana, un perro, el motor de un coche subiendo por la calle de Sa Lluna. Pienso en Bea durmiendo en su piso de Tirso de Molina con el radiador demasiado caliente y la libreta Moleskine encima de la

mesilla. Me imagino la página de hoy. Seguro que ha escrito algo idiota y bonito.

Entonces lo entiendo.

Lo de "no la pierdas por la geografía" no es una frase de mi madre. Es una instrucción.

Me incorporo. Enciendo la luz. Saco el portátil. Abro el calendario. Empiezo a cuadrar los próximos seis meses como quien cuadra una agenda fotográfica: catorce, quince y dieciséis de junio, posibles días libres entre el reportaje de Tarragona y la sesión de Maó. Catorce días después, Madrid. Y luego, por bloques, ir desplazando la balanza de los kilómetros hacia ella. Mi madre tiene razón, esa cabrona. La distancia se hace al andar.

Cierro el portátil. Apago la luz. Esta vez, cuando me tumbo, no echo de menos. Planeo. Es una sensación distinta. Más útil.

Antes de dormirme, me viene a la cabeza una imagen del último día en Tarifa. Bea, en el balcón del hotel, descalza, con una camiseta mía que le quedaba enorme, escribiendo en la libreta a las siete de la mañana mientras el viento de Levante le levantaba el flequillo. La fotografié. Tengo la foto en la cámara y no se la he enseñado. Hay fotos que no se enseñan. Se guardan.

Me duermo despacio, oyendo la fuente lejana y pensando en qué sentirá Pere mañana cuando me vea entrar a Sa Truita y le diga: "He cambiado de plan. No espero quince días". Sonríe

Pere en mi cabeza. Pere siempre sonríe cuando alguien le da la razón.

Es el primer día sin Bea de mi vida nueva. Y ya estoy contando los que faltan para el próximo.

Mira tú, Sastre. Y tú creías que estabas blindado.

A las dos y media de la madrugada, cuando todavía no me he dormido del todo, suena un mensaje. Es Bea: "tu cuñado Tomeu me acaba de mandar una foto del huerto. ¿Estoy en el grupo de la familia o me lo está mandando aparte?".

Me río en voz alta en la oscuridad. Le escribo: "estás en el grupo. Mi hermana Margalida te metió. No me ha avisado". Bea contesta: "tu familia opera por su cuenta, Sastre". "Ya". "Me parece bien". "Vale". "Buenas noches, Sastre". "Buenas noches, Ros".

Apago el móvil. Esta vez sí me duermo. Sin masturbarme con su recuerdo, sin dramas adolescentes, sin miedo. Me duermo como se duerme cuando ya has decidido algo. Y lo que he decidido, aunque mi madre y Pere lo sepan antes que yo, todavía no se lo he dicho a Bea.

Pero se lo voy a decir. En quince días, en Madrid, con una caña delante. O antes. O en cualquiera de los doscientos vuelos diarios que conectan Palma con Barajas. Como dice Pere: por agua y por aire. Y por amor.

Sí, Pere. También por amor. Aunque suene a anuncio de Iberia.

A las cuatro de la mañana me despierto sin querer. He soñado con mi padre. No es una pesadilla. Es una de esas escenas estúpidas y tiernas que solo se sueñan con un padre muerto.

Estamos los dos en el muelle de Sóller, él fumando y yo con una caña. No hablamos. Él me da un manotazo en el hombro, de esos que daba cuando me quería decir algo y no le salía. Yo me río. Me despierto.

Me siento en la cama. Saco el móvil. Las cuatro y trece. Bea estará dormida. No voy a despertarla. Pero abro el chat de los dos. Releo los mensajes de las últimas horas. La frase de ella, "vivo. yo también". La mía, "He llegado". La del mosquito raro de Tomeu sobre los tomates al setenta por ciento. La nuestra, sin firmar, "buenas noches, Sastre" / "buenas noches, Ros".

Le escribo. Sé que va a sonarle el móvil mañana al despertar.

"Bea. He soñado con mi padre. No te lo cuento aquí, te lo cuento por teléfono mañana. Pero quería decírtelo ahora. No, no estoy mal. Estoy contento. Buenas noches por segunda vez."

Lo mando. Me lo arrepiento medio segundo. Luego no. Lo dejo.

Apago el móvil. Me tumbo. Cierro los ojos. Miro la oscuridad del techo de mi cuarto. Pienso en mi padre. Pienso en Bea. Pienso en lo bonito que es que la persona a la que uno quiere decir cosas a las cuatro de la madrugada, sin filtro, esté del otro lado de un avión y tú igualmente se las digas.

Sí, Pere. Por agua, por aire y por anuncio de Iberia. Pero, sobre todo, por la cama vacía de las cuatro de la mañana, donde uno se da cuenta de las cosas. Esa cama, te enseña.

Me duermo otra vez. Esta vez sin sueños. Mañana, sí. Mañana habrá empezar a cruzar kilómetros como dice Pere. Por

adelantado. Por mi padre. Por Bea. Y por mí. Sobre todo por mí.

23

Tres semanas después del viaje, Madrid huele a junio. Es decir, a asfalto recalentado, a horchata en cafetería de Chueca y a una mezcla de protector solar y desodorante que solo entiende quien ha cogido el metro a las cuatro de la tarde un martes. Iván llega a Barajas a las once. Lo recojo en la T4 con el Clio. Trae la mochila Patagonia, la cámara Fujifilm al cuello y una camisa azul claro que no le había visto nunca y que, ay madre, le sienta como si la hubiera cosido la suegra.

— Sastre.

— Ros.

Lo abrazo. Huele a avión, a desodorante limpio y a Sóller. Me da un beso largo en la boca delante de un bedel de Aena al que sinceramente le importa muy poco lo nuestro.

— Tres días.

— Tres días.

— Aprovecha.

— Aprovecho.

Volvemos al piso. Comemos un revuelto de gambas en la cocina, en pie, los dos con un pie descalzo y otro con la chancla puesta. Me cuenta la última semana de Sóller, que su

madre Tonia ha hecho mermelada de ciruela y que su hermana Margalida me ha metido en el grupo de WhatsApp de la familia donde Tomeu, el cuñado, manda fotos del huerto cada dos días con comentarios tipo "los tomates están al setenta por ciento, Bea". Iván me cuenta también que Pere Quetglas, su mejor amigo, le ha estado tomando el pelo todos los días desde que volvió.

— ¿Qué te dice?

— Que cuándo me vengo a vivir a Madrid.

— Madre mía.

— Le he dicho que de momento vamos a un ritmo razonable.

— ¿Y él?

— Él ha dicho "razonable, vosotros, claro".

Me río. Me río porque Pere Quetglas, sin haberlo visto, lo quiero. Me río porque tres semanas de mensajes y tres llamadas largas a la semana me han dejado más conectada con un fotógrafo gastronómico mallorquín de lo que estuve

nunca con un tío de Madrid en seis meses. Me río porque, si me paro, igual lloro.

A las cinco, mientras Iván duerme una siesta corta en el sofá con la cabeza apoyada en mi hombro y los pies cruzados encima de la mesilla, suena el timbre. Salto. Iván se incorpora.

— ¿Esperas a alguien?

— No.

— ¿Repartidor?

— No he pedido nada.

Bajo a abrir. Por el telefonillo, una voz que conozco.

— ¿Bea?

— ¿Marina?

— Bajo. Me pillas en plan visita rápida.

Marina Sender, directora editorial de Panorámica, cuarenta y dos años, melena rubia teñida hace tres días, gabardina beige aunque hace veintinueve grados, irrumpe en mi rellano con

una bolsa de tela de una papelería del barrio. Subimos al piso. Iván, en el salón, se levanta cuando la ve. Marina sonríe.

— Iván.

— Marina.

— ¿Mi reportaje a buen camino?

— A buen camino.

— ¿Mi pareja también?

Lo dice mirándome a mí, con cara de bruja. Marina es una bruja. Una bruja editorial, lo cual la hace peor que las del cuento.

— Marina, no me has dicho que venías — protesto yo.

— Es que no había decidido venir hasta hace media hora. Iba a salir del despacho a casa y, por el camino, he pensado: voy a pasarme. Y aquí estoy. ¿Café? ¿Cerveza?

— Cerveza — decimos los dos a la vez.

Marina se sienta en mi sofá como si fuera el suyo. Saca de la bolsa de tela un sobre y un cuaderno. Pone los dos encima de la mesa.

— Bea. Iván. Os he traído dos cosas.

— Tú dirás.

— Una: el reportaje del Mediterráneo lo va a sacar Panorámica en doble especial digital y papel exclusivo de

verano. Lo van a empezar a maquetar la semana que viene. Subo el caché un quince por ciento a los dos.

— Marina.

— Bea, no me hagas la cara de "uy, Marina, qué generosa". Lo merecéis. Las pruebas están en el sobre. Firmad cuando tengáis cinco minutos.

— Vale.

— Dos: en otoño me gustaría hablar con vosotros de un encargo de Costa Atlántica. Doce días, furgoneta otra vez, presupuesto similar. Quiero una pareja Mediterráneo-Atlántico. Es decir, quiero a Bea & Iván otra vez. Si os apetece.

No es urgente. Os lo voy proponiendo desde ahora porque sé que tenéis agenda.

Iván y yo nos miramos. Iván sonríe. Yo también.

— Lo hablamos — digo yo.

— Sin presión.

— Sin presión.

— Y tres — continúa Marina —, una cosita personal.

— ¿Personal?

— Personal: a los dos. He visto en redes una cuenta nueva que se llama "Bea & Iván viajan", o algo parecido, con tres fotos y catorce mil seguidores. ¿Es vuestra?

— ¡Ni de coña! — decimos los dos a la vez.

— Vale, lo sospechaba. Pero existe. Os voy a pasar el contacto del community manager de Panorámica para que me ayude a pillar a quien sea y a hacer reclamación.

— Marina, eres una pieza.

— Soy editora. Es lo mismo.

A los veinte minutos, se va. Iván cierra la puerta detrás de ella.

Se apoya en la madera.

— Bea.

— Iván.

— Tu mundo es un circo.

— Tu mundo también.

— El mío tiene menos personajes.

— El mío más, pero los de Mallorca son más caros.

— Vale.

— Vale.

A las ocho salimos a cenar. Iván quiere conocer La Latina. Le cuento que es turismo de domingo y de mil cervezas, pero le hago caso. Cogemos la línea 5 hasta La Latina, callejeamos por la Cava Baja, comparamos las pizarras de tapas como dos profesionales que se conocen el oficio, y acabamos en una taberna pequeña de la calle Almendro que se llama La Concha. Mesa de pino. Velas a las nueve. Un camarero joven con bigote vintage que nos trae dos vinos sin que se los pidamos.

Estamos a la mitad de unas croquetas y de una conversación sobre si Inés y Laura se merecen conocer a Iván este finde o el siguiente, cuando levanto la cabeza y veo una cosa que me hace bajar la copa con cuidado.

Tomás Aldán. Mi exmarido. Cocinero, propietario con socio de un restaurante en Chamberí, treinta y siete años, pelo rapado por arriba y ojos castaños que conozco más de lo que me gustaría. Está entrando en La Concha con una mujer joven,

rubia, alta, con un vestido verde y una bolsa de cuero al hombro. No es la sumiller. Esta es nueva.

Y, por supuestísimo, nos ha visto.

— Sastre — digo, sin mover los labios.

— Bea.

Cuando me llama Bea es porque se ha dado cuenta de algo. Le sale en automático.

— Es mi exmarido.

— ¿Cuál?

— El de la puerta. Camisa blanca. Con la chica del vestido verde.

Iván levanta la vista. La levanta como un fotógrafo: por encima del hombro, sin mover el cuerpo. Vuelve a mí. Asiente.

— ¿Quieres que me levante?

— No.

— ¿Quieres que me siente?

— Quiero que respires y que me dejes respirar a mí.

— Vale.

Tomás cruza la sala con la mujer del vestido verde. La sienta en una mesa al otro lado de la columna. Le dice algo. Se acerca. Tomás siempre fue así: el hombre que tiene que saludar. Llega a nuestra mesa con esa sonrisa de "qué

casualidad" que en él, después de seis años de matrimonio, sé identificar a tres metros.

— Bea.

— Tomás.

— Cuánto tiempo.

— Año y medio.

— ¿Tanto?

— Tanto.

Iván, sentado, levanta la vista. Tomás lo mira. Lo mira con la atención exacta que pone un cocinero cuando inspecciona la pieza de pescado de otro. Y entonces le viene.

— Iván Sastre, ¿no?

— Sí.

— Te he visto en revistas. Fotógrafo gastronómico.

— El mismo.

— ¿Es tu nuevo proyecto, Bea?

Lo dice con una sonrisa. Una sonrisa muy de Tomás, esa que tiene una décima de segundo de mala leche dentro. La conozco. La he visto en cumpleaños familiares, en

discusiones de pareja, en Navidades con su madre. Lo conozco. Lo conozco demasiado.

Suelto la copa. La dejo en la mesa.

— Es mi pareja, Tomás.

Tomás se queda quieto un segundo. La sonrisa se le suaviza por arriba y se le tensa por abajo, en el músculo de la mandíbula. Asiente.

— Vale.

— Vale.

— Pues nada.

— Nada.

— Que disfrutéis.

— Tú también.

Da media vuelta. Vuelve a la mesa de la mujer del vestido verde. Yo me bebo medio vino en un trago.

Iván me mira sin decir nada. Espera. Es lo que me gusta de

Iván. Que espera.

— Sastre.

— Bea.

— Esto es nuevo para mí.

— ¿El qué?

— Decir "es mi pareja" delante de él.

— ¿Te ha sentado mal?

— Me ha sentado bien.

— Pues ya está.

— Ya está.

— ¿Quieres irte?

— No. Quiero acabarme las croquetas y otra ronda.

— Hecho.

Pedimos otra ronda. Tomás y la del vestido verde piden la cena en la mesa del fondo. Yo intento concentrarme en Iván. Iván intenta concentrarse en mí. Por un momento lo conseguimos. Le cuento que mañana le presento a Inés y a Laura. Iván me dice que ha traído un libro para mí, una

edición pequeña de poesía de Maria Antònia Salvà que su madre le ha hecho meter en el equipaje "para la nuera".

— ¿Tu madre me llama nuera?

— Mi madre llama nueras a tres mujeres más, no te asustes.

— Sastre.

— Es coña. Solo a ti.

— Sastre.

— Sí. Te llama nuera.

— Madre mía.

— Es Tonia.

— Es Tonia.

A las once y media salimos de La Concha. Tomás levanta la mano para saludarnos cuando pasamos por delante. La levanto yo de vuelta sin mirarlo a los ojos. Iván me coge de la mano al cruzar la calle Almendro. La acera está mojada por

una manguera de un vecino. Vamos andando despacio hacia Tirso de Molina.

A medio camino, Iván para. Me coge la cara con las dos manos.

— Bea.

— Sastre.

— ¿Siempre te trataba así?

Me lo pregunta sin enfado. Es una pregunta limpia. La pregunta que nadie me ha hecho en tres años.

Yo me quedo quieta. Lo pienso. Pienso en cómo Tomás, durante seis años de matrimonio, me corregía la pronunciación de Lleida en público, "Bea, en Madrid se dice Lérida". Pienso en cómo me decía que mis reportajes eran "monos". Pienso en cómo cuando ganó él una crítica favorable en El País se compró una camisa blanca y, cuando gané yo el Premio Nacional Joven de Periodismo

Gastronómico, me dijo "está bien, cariño, pero no te lo creas mucho".

— Siempre.

— Vale.

— No siempre. Pero la mayoría de las veces. Y cuando no, era porque tenía un día bueno.

— Vale.

— Sastre.

— ¿Qué?

— No me hagas hablar de él más esta noche.

— No te lo voy a hacer hablar.

— Vale.

— Pero te voy a abrazar, ahora, en mitad de Almendro.

— Vale.

Me abraza. Largo. Largo de verdad. Me abraza con la cabeza apoyada en mi cabeza, su barba en mi pelo, la mano en mi nuca como si fuera un objeto frágil que han traído del aeropuerto. Yo tengo la cara apretada en su camisa azul claro

y noto que se me empapa un trozo. No estoy llorando, no del todo. Estoy mojando la camisa. Es distinto.

Cuando me separo, Iván me limpia un punto debajo del ojo izquierdo, justo encima del lunar redondo.

— Bea.

— Sastre.

— Llámame Iván.

— Iván.

— Mejor.

— Mejor.

— Vamos a casa.

Vamos a casa. Subimos los tres pisos sin ascensor. Abro la puerta. Dejo las llaves en el cuenco azul que me trajo Conchi de Lleida hace cuatro años. Me quito las botas. Iván deja la chaqueta en el respaldo. Voy a la cocina a por agua. Cuando

vuelvo, Iván está sentado en el sofá donde durmió la noche que llegamos de Tarifa. Me hace un sitio.

— Ven.

Voy. Me siento. Me apoyo en él. Me coge un mechón de pelo y me lo pone detrás de la oreja del piercing.

— Bea.

— Iván.

— Tu exmarido es un capullo.

— Ya.

— Pero ahora ya no eres su mujer, eres la mía.

— Vamos despacio, Sastre. "La mía" suena mucho.

— Vale. Eres mi pareja.

— Mejor.

— ¿"Mejor" lo dices por la palabra o por el contexto?

— Por todo.

Nos quedamos un rato así. Yo apoyada en su pecho, escuchando un corazón que late lento y firme, como un metrónomo que ha estado afinándose dieciocho días. Iván me

coge la mano. Me aprieta la pulsera de cuero trenzado de la muñeca.

— ¿Esta pulsera?

— Me la regaló Marc, mi hermano, en mi divorcio.

— ¿Tu hermano te regaló una pulsera?

— Me regaló una pulsera con un mensaje grabado por dentro.

— ¿Cuál?

— "Para que te ate a ti misma".

Iván suelta una risa muy baja en mi pelo.

— Tu hermano me cae bien.

— A mi hermano le vas a caer bien.

— ¿Tú crees?

— Mi hermano es un ingeniero que dice una frase cada media hora, pero las que dice pesan. Te va a soltar dos. Las dos te van

a gustar.

— Vale.

— ¿Lo conoces este finde?

— ¿Quieres?

— Quiero. Pero no necesito.

— Pues lo dejamos en otro viaje.

— Otro viaje.

Nos quedamos callados. Por la ventana abierta de Buenavista entra un ruido lejano de moto. Una pareja discute en alguna

acera. La luz de la lámpara baja se queda en una esquina de la habitación. Iván me besa la coronilla.

— Bea.

— Iván.

— ¿Esto va bien?

— Esto va bien.

— Vale.

— ¿Y lo de Tomás?

— Lo de Tomás ya está hecho.

— ¿Seguro?

— Seguro. Hace tres años que está hecho. Lo de hoy era el cierre.

— Vale.

— Sastre.

— ¿Qué?

— Me alegro de que el cierre haya sido contigo delante.

— Yo también.

— Pero la próxima vez no estaría mal que le hubieras puesto

la cara a una croqueta.

— ¿Qué?

— Nada. Una frase mía.

Iván se ríe. Me levanta la barbilla. Me besa. Despacio. Como en el primer beso del pasillo de La Manga, aquel beso que él besó por dentro y yo besé por fuera. Esta vez nos besamos los dos por dentro. Me coge en peso a medias, a medias yo me dejo, y nos vamos a la cama de mi cuarto, no a la del sofá. Esta noche no hay sofá. Esta noche hay cama de matrimonio.

No es la noche de la escena íntima del libro. Es la noche del abrazo. Iván me desnuda despacio. Yo lo desnudo despacio. Nos metemos debajo de la sábana sin prisa, sin gimnasia. Me abraza por detrás. Me apoya la frente entre los hombros. Me dice cosas en mallorquín que entiendo a medias, "déu, què bona ets" y "no et deixaré, Bea, no et deixaré". Me quedo dormida con la mano de Iván en mi vientre y la respiración de Iván en mi nuca, sintiendo, por primera vez en tres años, que el ruido de fondo de mi cabeza ha bajado un escalón entero.

A las cuatro de la mañana me despierto un segundo. Iván está dormido. Tengo la cara apoyada en su brazo. Pienso en Tomás Aldán y en la mujer del vestido verde y en el cocinero que un día creí mío, y por primera vez en mucho tiempo lo pienso sin que duela. Lo pienso como se piensa un coche que ya no tienes: con cierta curiosidad y mucho desinterés.

Cierro los ojos.

Pero no consigo dormirme. Me incorporo despacio, salgo de la cama sin mover a Iván, voy a la cocina descalza. Abro el grifo.

Bebo agua. La nevera ronronea. El radiador ya no está caliente, agosto ha hecho su parte.

Me siento un minuto en el taburete con la luz de la cocina apagada. Pienso en Tomás Aldán saliendo de La Concha hace cuatro horas con la mujer del vestido verde. Pienso en cómo durante seis años de matrimonio tuve la cabeza puesta en cómo no molestar a un hombre que no me quería del todo. Pienso en cómo durante tres años de divorcio tuve la cabeza puesta en cómo no equivocarme otra vez. Pienso en cómo, a partir de hoy, tengo la cabeza puesta en otra cosa: en cómo cuidar lo bueno.

Es distinto. Es mejor.

Cierro el grifo. Vuelvo al cuarto. Iván sigue dormido boca abajo, con un brazo abierto. Me meto en el lado libre, debajo de su brazo. Él se mueve un poco, sin abrir los ojos, me coloca y suspira hondo.

"Día 39 desde el viaje", anoto mentalmente en la libreta que está en la mesilla. "Cierre. Ganó la croqueta."

Me duermo. Mañana, Inés y Laura. Y Tomás Aldán, escribiéndome al móvil un mensaje que no voy a contestar todavía, porque mañana sigue siendo mío y de Iván Sastre, fotógrafo gastronómico mallorquín, ex enemigo, ahora mi pareja. Y, según su madre Tonia, su nuera oficial.

Madre mía. Lo mejor: que no me asusta.

24

A la mañana siguiente, mientras Iván se ducha en el baño pequeño y deja un olor a champú de farmacia que me sienta a

la cara mejor que un café, suena el móvil. Tomás Aldán. Mensaje de WhatsApp. Las nueve y diecisiete.

"Bea, lo siento por lo de anoche. No fui correcto. Te debía un saludo y se me fue de las manos. Espero que estés bien. Un beso. T."

Lo leo dos veces. Bloqueo el móvil. Lo dejo en la mesa con la pantalla hacia abajo. Iván sale del baño con una toalla a la cintura, el pelo mojado y la barba con cuatro gotas. Me mira.

— Ros.

— Sastre.

— ¿Quién?

— Tomás.

— ¿Y?

— Pide perdón. Por lo de anoche.

— Vale.

— ¿"Vale" qué?

— Vale, ahora tú.

— Yo nada.

— Ros, mírame.

Lo miro. Iván tiene esa cara de fotógrafo que detecta luces

falsas a treinta metros.

— ¿Vas a contestarle?

— Hoy no.

— Mañana tampoco.

— Igual nunca.

— "Igual nunca" es una respuesta perfecta. Si me lo pides, te la firmo yo.

Me río. Me río porque sí, porque Iván Sastre es un fotógrafo gastronómico mallorquín que no se mete donde no le llaman pero cuando le llaman, se mete entero.

— No me lo pides — le digo.

— No te lo pido.

— Vale.

— Vale.

Le doy un café que está hecho hace cinco minutos. Él se sienta en el taburete de la cocina con la toalla y nada más. Yo me lo

como con los ojos. Iván se da cuenta. Levanta una ceja.

— Ros.

— Sastre, déjame mirarte cinco segundos sin hablar.

— Tres.

— Cinco.

— Cuatro.

— Hecho.

A los cuatro segundos le tiro un trapo a la cara. Él se ríe. Se viste deprisa. A las once vienen Inés y Laura a desayunar.

Inés Sandoval llega primero. Treinta y dos años, periodista cultural en Tendencias Madrid, melena rubia con dos centímetros de raíz castaña porque "ya no tengo tiempo, tía". Trae un brioche de la pastelería de Embajadores. Le abro la puerta. Detrás de mí, en el salón, Iván se levanta del sofá. Inés se queda parada en la entrada.

— Qué dices.

— Inés, este es Iván. Iván, Inés.

— Hola — dice él.

— Hola — dice ella.

Lo mira. Lo mira con la cara de "tía tú no me habías dicho que estaba así" que llevamos veintiún años poniéndonos. Yo la

cojo del brazo y la meto en la cocina antes de que se le escape un comentario que no necesitamos.

— Tía — me susurra.

— Tía.

— Tía, en serio.

— Sí.

— Tía, está mejor que en las fotos.

— Lo sé.

— ¿Y huele bien?

— Huele a champú de farmacia.

— Anda ya.

Laura Pereda llega cinco minutos tarde, como siempre. Treinta y cinco años, abogada laboralista, divorciada, un hijo Mateo de cuatro al que ha dejado con su madre en

Carabanchel. Sube los tres pisos resoplando. Me mete en los brazos un táper de tortilla.

— Es de Mateo. Sobró ayer.

— Gracias.

— ¿Está aquí?

— Está aquí.

— A ver.

Laura entra al salón, le tiende la mano a Iván con la cara más profesional que tiene, le suelta:

— Yo soy la abogada. Si me he equivocado de hombre te denuncio yo misma.

— Vale — contesta Iván.

— ¿Vale? Buena respuesta.

— He hecho un curso de "vale" intensivo. Tres semanas con tu amiga.

Inés se ríe a carcajada. Laura asiente con respeto. Yo pongo café. Nos sentamos los cuatro en el sofá y dos sillas de la cocina arrastradas, comemos brioche y tortilla, hablamos de Tarifa, del viaje, de la madre de Iván que nos manda mermelada, de la madre de Bea que se la come, de Tomás Aldán al que le menciono y al que Inés y Laura dedican exactamente diecisiete segundos antes de cambiar de tema porque, dice Laura, "ese ya está amortizado".

A las dos de la tarde Iván se va a la oficina de Panorámica a una reunión con Marina Sender para hablar de los próximos

encargos. Me da un beso en la cocina, se cuelga la cámara, se va.

Cuando cierro la puerta, Inés y Laura me miran. La cara de Inés es directamente un espejo.

— Tía.

— Inés.

— Tía, está colado.

— Yo también.

— Tía.

— Inés, ya.

— ¿Ya qué?

— Ya he flipado, ya estoy colada, ya he superado lo de Tomás, ya estoy bien.

Laura se levanta. Va a la nevera. Saca tres cervezas. Las abre.

— Pues por fin.

— Por fin — digo yo.

— Por fin — dice Inés.

Brindamos en mi cocina como si hubiéramos firmado algo.

Bebemos. Inés se inclina hacia delante.

— ¿Y qué hacéis?

— ¿De qué?

— Quiero decir, logísticamente. Madrid-Sóller.

— Cada dos semanas.

— Pero a la larga, tía.

— Pero a la larga ya veremos.

Laura asiente despacio. Es la cara de cuando un cliente le está mintiendo en el bufete.

— Bea.

— Laura.

— Esto va a quemar mucho avión.

— Lo sé.

— ¿Y?

— Y de momento aguanto.

— Vale.

A las cinco se van las dos. Antes de irse, Inés me coge la cara

con las dos manos.

— Tía.

— Inés.

— Este es bueno.

— Lo sé.

— No la cagues.

— No la voy a cagar.

— Vale.

A las seis, mientras intento centrarme en un mail para una editorial que me pide un texto largo sobre "la nueva forma de viajar despacio", suena el teléfono fijo del piso. Mi teléfono fijo es una pieza de museo a la que solo llaman dos personas:

Conchi cuando se le acaba el saldo y la del banco cuando me bloquean la tarjeta. Descuelgo sin ganas.

— ¿Sí?

— ¿Beatriz?

Es Tomás Aldán.

— Tomás.

— Hola.

— Hola.

— ¿Tienes un minuto?

— Tengo treinta segundos.

— Vale. Llamaba para pedirte perdón otra vez. Por lo de anoche.

— Tomás, ya me lo escribiste.

— Lo sé. Pero no me había contestado.

— Y no te iba a contestar.

— Vale.

— Vale.

Tomás respira hondo. Lo conozco. Es el respiro que hacía antes de pedir disculpas a su madre cuando llegaba tarde a

una cena.

— Bea.

— Tomás.

— Solo una cosa más.

— Tú dirás.

— Me alegro de que estés bien.

— Vale.

— ¿Lo estás?

— Tomás, no nos hace falta hablar de esto.

— Ya.

— Cuídate.

— Vosotros también.

Cuelgo. Me quedo mirando el teléfono fijo, gris polvoriento, con el cable enredado, y pienso que esto, ahora sí, es el último cierre. Nada de Tomás Aldán pasa por la línea. Nada de Tomás Aldán pasa por mi correo. Nada de Tomás Aldán pasa por mis cocinas. Es un capítulo cerrado con doble llave y un pestillo. Le hago una foto al teléfono fijo con el móvil. La mando al grupo "Las Carcajadas" sin texto. Inés contesta a los doce segundos: "tía, ¿qué es esto?". Laura, en quince: "tía, ¿es el

del museo?". Yo: "es el museo donde acaba de morir Tomás Aldán. Solemne." Inés: "MUERE". Laura: "DOY FE LEGAL".

Me río sola en mi cocina. Madre mía, qué buenas son.

A las ocho vuelve Iván con dos bolsas de la frutería de la esquina, un pan grande de Triciclo y una cara contenta. Marina ha vendido el reportaje del Mediterráneo a una revista alemana en exclusiva, paga el doble. Cocinamos pasta. Cenamos pasta. Reímos. A las once nos vamos a la cama. No hablamos de Tomás. No hace falta.

A la mañana siguiente Iván coge el avión a Palma a las nueve. Lo despido en la puerta del piso porque a Barajas no me da el cuerpo. Le doy un beso largo en el rellano. Bajo a por el

periódico. Subo. Me siento en la cocina. La taza de Iván está en el escurridor. La miro como si fuera un objeto arqueológico.

Y entonces decido.

Me voy a Lleida.

Llamo a mi madre. Conchi descuelga al segundo tono.

— Filla.

— Madre, voy.

— ¿Cuándo?

— Mañana.

— ¿Tres días?

— Tres días.

— Te hago canelones.

— Hazme canelones.

— ¿Y el chico?

— Está en Sóller.

— Ya. Tarda en aprender la geografía.

— Madre.

— Ven, filla.

Cuelga.

A las nueve de la mañana siguiente cojo un AVE a Lleida. Tres

horas. Llego a la estación y mi madre me está esperando con un Ford Fiesta blanco y cara de "estás más delgada". A todas las hijas, en todas las provincias, las madres siempre las ven más delgadas. Es una norma estatal.

Subimos al piso de mi madre, en el barrio de Cappont, tres dormitorios y un balcón con geranios. Olía a canelones desde la escalera. Comemos. Mi madre me sirve a mí dos veces y a sí misma una. Cuando termino el segundo plato, deja el tenedor.

— Beatriz.

— Madre.

— Cuéntame.

Le cuento. Le cuento todo. Le cuento Calella, Mallorca, Cullera, Calpe, La Manga, Almuñécar, Tarifa. Le cuento a Tonia, a Margalida, a Tomeu y a los tres sobrinos. Le cuento la noche de la disculpa por el premio. Le cuento el primer beso del pasillo de La Manga sin mucho detalle, que a Conchi tampoco hay que dárselo todo. Le cuento la habitación doble de Almuñécar. Le cuento el reencuentro con Tomás en La

Concha. Le cuento que Iván me dijo "siempre te trataba así". Conchi escucha con las manos juntas en la mesa.

Cuando termino, ella respira hondo.

— Filla.

— Madre.

— Este suena distinto.

— Es distinto.

— ¿Te mudas?

— Madre, llevo tres semanas con él.

— Tres semanas y una vida y un viaje y una cara que se te pone cuando hablas. Pero te vas a mudar.

— No sé.

— Sí sabes.

— Madre, no sé.

— Filla, yo me mudé a Lleida con tu padre a los veintinueve y llevábamos cuatro meses. Sabes.

— Tú eras tonta entonces, madre.

— Y tú lo eres ahora, filla.

Me río. Las dos. Conchi recoge la mesa. Por la tarde paseamos por la Seu Vella. Pasamos por la calle de Magdalena, por el

café de la esquina donde mi padre nos llevaba los sábados. Mi madre, que casi nunca lo nombra, me dice de repente:

— Tu padre te diría que te lances.

— ¿Sí?

— Tu padre era electricista, filla. Siempre decía: "los cables, o se conectan o no, pero conectados a medias arden".

— Eso lo decía cuando se cabreaba.

— Eso lo decía siempre.

Me río. Lloro un poco. Mi madre me da un trozo de servilleta de papel del bolsillo. Todas las madres llevan servilletas de papel en el bolsillo. Es otra norma estatal.

Por la noche cenamos pan con tomate y tortilla. Mi madre me enseña una caja de zapatos con fotos viejas y a mitad de la caja sale una en la que tengo seis años, las trenzas torcidas y

el lunar bajo el ojo izquierdo intacto. Mi padre, detrás, me sostiene los hombros. La miro mucho.

— Madre, una cosa.

— ¿Qué?

— Iván tiene los ojos azules muy claros.

— Lo he visto en el Instagram que te ha enseñado tu hermano.

— ¿Marc te ha enseñado el Instagram?

— Marc es un cotilla, filla.

— Marc es ingeniero.

— Eso no excluye.

— Madre, Iván está en lo nuestro de verdad.

— Ya.

— Pero yo no sé hasta dónde llego.

— Filla.

— Madre.

— Llega hasta donde te dé la gana. Pero ten en cuenta una cosa.

— ¿Qué?

— Que ya hubo uno que llegó más lejos de lo que tú querías y volvió contigo. Y luego se fue. Y tú aprendiste. Bien. Lo difícil

ya está hecho.

— Tomás.

— Tomás.

— Madre, no me lo recuerdes.

— Te lo recuerdo solo para decirte que ya pasaste por la prueba mala. La buena no se prepara igual. La buena se vive. Pero no la enredes pensando.

— Vale.

— Y si tienes que mudarte medio año a Sóller, te mudas.

— Madre.

— Filla.

Me quedo callada. Mi madre me coge la mano. Tiene los nudillos hinchados y un anillo viudo que no se ha quitado desde el infarto de mi padre hace siete años.

— Y otra cosa.

— ¿Qué?

— Si su madre tiene 68 y la mía 66, se llevan dos años. Yo les llevo a ti y a Marc dos años.

— Madre, ¿y?

— Y nada. Que somos compatibles para una cena en

septiembre.

— Madre, no corras.

— No corro, filla. Te aviso.

Suelto la risa fea. La de las cenas familiares. Mi madre suelta la suya. Nos quedamos un rato así, dos señoras de pueblo y de casa, una de 33 y otra de 66, en la cocina de Cappont, con las luces amarillas de Lleida entrando por la ventana.

El segundo día en Lleida, mi madre y yo bajamos por la rambla de Ferran a la una de la tarde. Hace calor. Lleida en junio te enseña la palabra "horno" con cariño. Cruzamos la calle Major y entramos en una pastelería de toda la vida, la de don Ramón, que tiene mostradores con hojaldres como

ladrillos y una caja registradora del año setenta. Conchi me coge del brazo.

— Filla.

— Madre.

— Una pregunta.

— Tú dirás.

— ¿Tienes miedo?

— ¿De Iván?

— De ti.

Me paro un segundo en mitad de la pastelería. La señora del mostrador está atendiendo a una abuela con dos críos. Mi

madre me mira de frente. Es una pregunta que no esperaba.

— Madre.

— ¿Sí?

— Sí. Tengo un poco.

— ¿Mucho?

— Lo justo.

— Vale.

— Madre, ¿qué hago con eso?

— Lo escribes en la libreta.

— ¿Y luego?

— Luego sigues.

— ¿Sin pararlo?

— Filla, el miedo de las cosas buenas no se va. Se vive con él al lado. Como con el frío en febrero.

— Vale.

— Y, además, este miedo no es como el de Tomás. El de Tomás era miedo de quedarte sin nada. Este, miedo de tener

algo. Es otro miedo. Es un miedo bueno.

— Madre.

— ¿Qué?

— ¿Cómo sabes tú estas cosas?

— Filla, yo me casé con tu padre en 1984.

— Vale.

Cogemos un croissant grande para Pau y otro pequeño para Júlia, los sobrinos. La señora del mostrador, doña Pepi, le pregunta a mi madre por mí. Mi madre, en lugar de decir lo de siempre ("la niña, en Madrid, con sus reportajes"), suelta:

— Mi hija tiene novio.

Doña Pepi pega una palmadita en el mostrador.

— ¡Conchi! ¡Por fin!

Yo levanto los ojos.

— Madre.

— Filla.

— ¿Tenías que decirlo en una pastelería?

— ¿Y dónde, si no, en Lleida?

A los tres días vuelvo a Madrid. En el AVE escribo en la libreta:

"Día 42 desde el viaje. Lleida. Conchi cree que me mudo. Yo creo que también, pero todavía no se lo digo. Iván Sastre, mallorquín, fotógrafo, cabezota, paciente. Le voy a llamar al

llegar. Le voy a decir que me parece bien que me llame nuera tu madre. Y que la mía ya está calculando cenas."

A las dos y media bajo en Atocha. Escribo a Iván desde el taxi.

"Sastre. ¿Sigues vivo?"

"Vivo, Ros."

"¿Mucho lío?"

"Lo normal. ¿Tu madre?"

"Te llamamos nuera oficialmente esta noche por videollamada."

"Vale."

"¿"Vale" en serio?"

"Vale en serio."

"Sastre."

"Bea."

"Te echo de menos."

Tarda treinta segundos.

"Yo también, Bea. Mucho."

Llego a Buenavista 12. Subo los tres pisos, abro la puerta, pongo la maleta en el suelo. La taza de Iván sigue en el

escurridor. La cojo. La pongo en su sitio. Me siento en el sofá. Sonrío sola como una idiota.

Madre mía. Esto va a ser un lío. Y yo, que me meto en líos por escrito desde hace ocho años, igual por una vez me meto en uno también con todo el cuerpo.

Iván Sastre. Lo siento por ti, mallorquín. Voy a por ti. Sigues sin saberlo y yo todavía no estoy del todo segura, pero la canción ya está sonando en mi cabeza y tengo la libreta abierta.

Voy a por ti, Sastre. Y eso, después de cinco años llamándote cabrón, no lo había escrito nunca.

25

Cinco semanas después del viaje, Madrid ya está en julio. Es decir, en el infierno. Las farmacias marcan treinta y nueve grados a las cinco de la tarde, los autobuses de la línea 60 huelen a sudor digno y mi piso de Buenavista, sin aire acondicionado, se ha convertido en un horno de pan italiano. Iván aterriza en Barajas a las once de la mañana. Esta vez he aprendido. He encargado un ventilador grande de pie por Amazon, lo he montado sola con un destornillador prestado de Laura y he metido tres cervezas en el congelador. Una mujer prevenida vale por dos.

Lo recojo en el T4. Iván baja de la escalera mecánica con una camiseta blanca y un pantalón corto beige, dos cosas que no le

había visto nunca en Madrid y que me hacen levantar las cejas como si fuera la primera vez.

— Sastre.

— Ros.

— Vienes muy de Mallorca.

— Es Madrid en julio. La camisa azul me la guardé.

— Bien hecho.

— ¿Ventilador?

— Comprado, montado y testado.

— Eres una mujer de recursos.

— Lo soy. Y, por cierto, hay cervezas en el congelador. Si reviento un cristal por presión, lo arreglas tú.

Iván se ríe. Me besa en mitad del hall de llegadas con la mochila al hombro y un saco de algo blando que no identifico.

Le señalo el saco.

— ¿Y eso?

— Higos secos de mi madre.

— Tonia.

— Tonia.

— Madre mía.

— Y dos botes de mermelada.

— Sastre, vas a tener que cruzar Madrid en metro con una bolsa de mermelada, a ver qué dice tu vida.

— Mi vida dice que con una mujer así de previsora, lo mejor es callarse y dejarse llevar.

Le doy un manotazo en el brazo. Salimos al parking. Subimos al Clio. Cuando arranco, le miro.

— Vienes tres días.

— Tres días.

— ¿Plan?

— Inés, Laura, mi madre y tú.

— ¿Mi madre?

— Tu madre por videollamada. Ayer cuadramos.

— ¿Vosotros dos cuadráis cosas a mis espaldas?

— A tus espaldas no. Tu madre y yo somos transparentes.

Tienes dos madres ya, Bea. Acéptalo.

Saco el coche del parking gritando "no, no, no" en voz alta. Iván se ríe con esa risa baja que me da escalofríos y un tic en el estómago.

A las dos llegamos a casa. Comemos ensalada. Le doy un puñado de higos a Iván para que vea que su madre no me ha ofendido. Le sale un trozo de mermelada a una galleta María del armario y declaramos a esa mermelada por encima de cualquier mermelada de Mercadona, lo cual va en contra de mis principios pero soy una mujer honesta. A las cuatro y media abro la videollamada con mi madre Conchi. Iván se sienta a mi lado en el sofá. Yo apunto la cámara hacia los dos.

Conchi aparece. Conchi tiene 66 años, 1,60 m, una permanente que mantiene desde 1998 y la cara de las madres

que han preparado lo que van a decir en la peluquería esa misma mañana.

— Bea. Iván.

— Madre.

— Conchi.

— ¿Conchi así, sin permiso?

— Iván dice que su madre Tonia lo ha dicho de mí.

— ¿Tonia te llama Bea sin permiso?

— Tonia me llama nuera, madre.

Conchi pega un gritito.

— ¡Iván!

— Conchi.

— ¡Bonjour, Conchi!

— ¿Hablas francés?

— Cuatro palabras. Las uso cuando estoy de buen humor.

— Iván, vente a Lleida la próxima vez con Bea. Te hago

canelones.

— Acepto.

— ¿Cuándo?

— Dame agosto.

— Agosto.

Yo intervengo, levantando la mano:

— Madre, paramos.

— ¿Qué?

— No se puede agendar agosto a los seis minutos de una

videollamada.

— ¿Por qué?

— Porque agosto no se ha hablado todavía.

— ¿Cómo no se ha hablado?

Iván me mira. Sonríe.

— Bea, exactamente, ¿qué quieres hablar?

— Lo de agosto. Los dos.

— Pues hablemos.

— Madre, te llamamos en una hora.

— Estaré aquí, filla. No tengo otra cosa.

Cuelgo. Me giro. Iván me mira con cara de "te lo iba a decir".

— Sastre.

— Bea.

— Tienes algo planeado.

— Tengo algo propuesto. Lo iba a decir esta noche.

— Pues dilo.

— Te quería pedir que te vinieras a Sóller en agosto.

— ¿En agosto entero?

— En agosto entero.

— Sastre, eso es un mes.

— Lo es.

— Yo trabajo.

— Eres freelance.

— Lo soy.

— Trabajas con un portátil, una libreta y una conexión decente.

— Lo hago.

— En mi casa hay portátil, hay libreta de sobra y la fibra es estable.

— ¿Y tú trabajas?

— Yo, en agosto, casi no salgo de la isla. Aprovecho para fotografiar lo que tengo cerca. Tengo dos encargos en Mallorca para Panorámica y un proyecto editorial. Te quedaría tiempo libre.

— Sastre.

— Bea.

— Es muy pronto.

— Es exactamente cinco semanas y media. ¿Es muy pronto?

— Es lo que es.

— ¿Vienes?

Lo miro. Iván tiene esa cara concentrada que pone cuando va a hacer una foto importante. La cara de cuando sabe lo que

quiere y solo le queda esperar a que el sujeto entre en encuadre.

Yo respiro hondo.

— Necesito veinticuatro horas.

— Vale.

— Sastre.

— Bea.

— ¿No te enfadas?

— ¿Por qué me iba a enfadar? Te he pedido un mes de tu vida. Pídete tu sí.

Le doy un beso. Largo. Después llamo a Inés y a Laura. Por separado. Inés se ríe a carcajada en mi oreja. "Tía, ve. Si te aburres vuelves. Pero ve". Laura, abogada laboralista, va más al grano. "Bea, ¿el alquiler del piso de Buenavista lo puedes pagar igual?". "Sí". "¿Tienes pareja en Madrid esperándote a parte de él?". "No". "¿Hay incompatibilidad técnica?". "No". "¿Estás esperando una excusa para no ir?". "Igual sí". "Pues no la busques. Ve."

A las nueve, Iván y yo cenamos en una terraza de la calle Toledo. Velas falsas con pila. Vino blanco. Una pareja a tres mesas que discute sobre quién paga la cuenta y al final paga un señor que no es ninguno de los dos, lo cual nos da media

hora de chiste. Iván me pasa un trozo de queso por encima de mi plato.

— Bea.

— Iván.

— ¿Has decidido?

— He decidido.

— ¿Y?

— Voy.

Iván deja los cubiertos en el plato. Despacio. Como si no quisiera hacer ruido. Me coge la mano por encima de la mesa.

Tiene la mano caliente. Yo, fría, por el aire acondicionado. Aprieta una vez.

— Bea.

— Iván.

— Vale.

— ¿"Vale"?

— Vale.

— Sastre, llevo cinco horas torturándome y tú me sueltas un "vale".

— ¿Qué quieres? ¿Que llore?

— Pues no estaría mal.

Sonríe. Entrecierra los ojos. Acerca la cara.

— Te juro que cuando lleguemos a Sóller el primer día de agosto, voy a llorar.

— ¿Sí?

— Bajito y por dentro.

— Vale.

— Vale.

A medianoche estamos en mi cama. Hace calor. El ventilador da vueltas y vueltas. Iván me besa el cuello, los hombros, la pulsera de cuero trenzado, el lunar redondo bajo el ojo izquierdo. No nos acostamos hasta el final esta noche. Estamos demasiado cansados, demasiado contentos,

demasiado en la víspera. Nos quedamos abrazados, hablando bajito.

— Sastre.

— Bea.

— Una cosa.

— ¿Qué?

— Si en quince días me arrepiento, ¿qué pasa?

— Coges un avión y vuelves.

— ¿Sin enfado?

— Bea, mírame.

Lo miro a la luz del móvil que hay sobre la mesilla.

— Si en quince días te arrepientes, no estaba madurado. Y si está madurado y te arrepientes, tú primero.

— Vale.

— Vale.

— ¿Tú te has arrepentido alguna vez?

— ¿De qué?

— De Anna.

Iván se queda quieto. Anna Vidal, la ex de cuatro años, fotógrafa documental catalana. La he mencionado ahora

porque, después del cuarto vino y a oscuras, una pregunta así sale sin pedir permiso.

— De cómo terminó, no — dice — . De no haber terminado antes, sí.

— Vale.

— ¿Tú?

— ¿Tomás?

— Tomás.

— De divorciarme, no. De casarme con él, sí, pero no demasiado. Dios sabe que esa Bea de veinticuatro años le miraba con ojos así y no había manera.

— Bea.

— Iván.

— No te arrepientas de tu Bea de veinticuatro años. Esa Bea hizo bien lo que pudo con lo que había.

— Vale.

— Vale.

Me callo un rato. Le acaricio la cicatriz blanca de la rodilla

izquierda.

— ¿La caída de moto?

— En la curva del Coll dels Reis. Tenía 23 años.

— ¿Te acuerdas?

— Me acuerdo de ver el cielo girar.

— Madre mía.

— Y luego el cielo dejó de girar.

— Sastre.

— ¿Qué?

— Yo a ti voy a hacer lo posible para que no se te gire el cielo otra vez.

— Vale.

— Vale.

Nos dormimos. A las seis de la mañana suena el móvil. Es un mensaje de mi madre, que no entiende los horarios.

"Filla. ¿Habéis hablado de agosto?"

Yo, sin abrir los ojos, contesto:

"Madre. Voy a Sóller en agosto. Y luego a Lleida los dos juntos

a por canelones. Pero deja de despertar a la gente."

Conchi:

"Filla, eres una santa. Iván, eres mi nuevo hijo. Buenos días."

Iván, a mi lado, lee el mensaje por encima de mi hombro.

— Bea.

— Iván.

— ¿Tu madre me llama hijo?

— Sí.

— Estoy hecho.

A las siete bajamos a una terraza de la calle Cabeza, dos cervezas frías, una tabla pequeña de queso y embutido que no

comemos del todo porque hace demasiado calor para morder nada que no sea hielo. Iván se quita las gafas de sol. Me mira.

— Bea.

— Iván.

— Una pregunta más.

— Tú dirás.

— En septiembre, después de Sóller, ¿vienes a Lleida con tu madre?

— Madre quiere canelones.

— Lo sé. Acepté.

— ¿Tú aceptas a mi madre las cosas y a mí las consultas?

— Tu madre tiene 66, tú 33. Cojo el doble el balón a tu madre.

— Vale.

— ¿Vamos?

— Vamos.

— ¿Y la tuya?

— Tonia me ha dicho que en septiembre os quiere ver a las

dos juntas en Sóller.

— ¿A mi madre y a mí?

— A las dos. Y, ahora, redoble: a Marc. Toda la familia Ros.

— Madre mía.

— Lo sé.

— Tonia se viene arriba.

— Tonia se viene arriba con cinco años de antelación.

Bebo un trago largo de cerveza. Pongo la copa en la mesa. Suelto el aire.

— Sastre.

— Bea.

— Estoy flipando.

— Yo también.

— Pero te flipas y aceptas.

— Acepto y me flipo, en ese orden.

— Vale.

— Vale.

Antes de que llegue Inés, Iván saca el portátil y me enseña una cosa. Es un PDF que ha preparado en Sóller con las fotos seleccionadas del reportaje del Mediterráneo. Cuarenta

páginas. Setenta y dos imágenes. Tres pies de foto borrador para cada una en formato bilingüe español-alemán.

— ¿Sastre?

— Bea.

— ¿Cuándo has hecho esto?

— En las dos semanas que no te he visto.

— ¿Esto entero?

— Esto entero.

— Yo en el mismo tiempo me he depilado y he leído tres libros.

— Vale.

— Sastre.

— Bea.

— Esto es trabajo bueno.

— Es nuestro trabajo.

— Le hace falta una página final con las dos firmas.

— ¿La hago?

— La hago yo. Mañana. Con un texto pequeño de cierre. Cien

palabras, no más.

— Vale.

— ¿Lo cerramos con frase tonta?

— Lo cerramos con frase tonta. Una.

— "Catorce días, siete chiringuitos, una furgoneta y dos personas que ya no se odian".

— Apuntada.

A las nueve viene Inés. Trae churros. Sale Iván de la ducha con una camiseta limpia y la cabeza mojada. Inés, en cuanto lo ve, dice:

— Tú confirma una cosa.

— ¿Qué?

— ¿Te vas con ella a Mallorca un mes?

— Me voy con ella.

— Iván.

— Inés.

— Si la cagas, te lo voy a contar yo, en persona, en Sóller. No

por teléfono. Cojo un avión solo para eso.

Iván levanta las dos manos.

— Tomado.

— Bien.

— Pero déjame los churros.

— Te dejo los churros.

A las once, antes de que Iván se vaya al avión, en la cocina, en pie, mientras yo enjuago las tazas y él me observa desde la barra, me dice:

— Bea.

— Sastre.

— Quiero contarte una cosa.

— Tú dirás.

— Pere Quetglas, mi mejor amigo.

— Sí.

— Me dijo el primer día que llegué a Sóller, después del viaje, que esa mujer le hablaba de mí como nadie le hablaba.

— ¿Tu madre te enseñó audios míos en su grupo de WhatsApp

con tu hermana?

— Algo así.

— Madre mía.

— Pero no es eso. Es que él me dijo "no la dejes en Madrid". Y yo le dije "estoy a 800 kilómetros". Y él me dijo "exacto".

— ¿Exacto?

— Exacto. Que se cruzan los kilómetros. Por agua, por aire y

por amor.

— Sastre, sonáis a anuncio de Iberia.

— Yo le dije lo mismo.

— Y él te dijo "sueno a tu mejor amigo, que es peor".

— ¿Cómo lo sabes?

— Porque ya conozco a Pere Quetglas sin haberlo visto.

Me mira.

— Bea.

— Iván.

— En agosto vas a conocer a Pere Quetglas.

— Voy a conocer a Pere Quetglas.

— Te va a caer bien.

— Lo sé.

Mientras Iván habla con el taxi por la app, yo bajo a por el correo. En el buzón, un sobre. Letra de mi cuñada Gemma. Lleida. Lo abro en el rellano. Es una postal de los sobrinos. La ha hecho Pau, seis años, con rotuladores azul y amarillo: una furgoneta con dos personas dentro, una con melena (yo) y otra con barba (Iván). Encima, en mayúsculas torcidas: "TIA BEA Y EL TIO". Detrás, con letra de mi cuñada: "Pau te ha echado de menos. Júlia ha preguntado si va a haber un primo

en Mallorca. Yo le he dicho que se calle. Marc dice que cuándo lo conocemos. Besos. G."

Subo. Le enseño la postal a Iván. Iván la mira. Se ríe.

— Sastre, por favor.

— ¿Qué?

— "El tío".

— "El tío".

— "El tío" lleva implícitas tres reuniones familiares, dos cumpleaños y un San Esteban en Lleida.

— Asumo.

— ¿"Asumo" en serio?

— Asumo en serio.

— Vale.

Pego la postal en la nevera, encima del calendario de Conchi de Lleida que me trajo en mayo, debajo del imán de la Estatua de la Libertad de la prima de Inés. La nevera, que era un objeto

solitario en mayo, está empezando a parecer una cartelera comunal.

A las once y media lo despido en la calle. El taxi negro de Madrid baja por Buenavista. Iván me besa con los dos brazos en la cintura. Le susurro:

— Sastre.

— Bea.

— Si no la cago en agosto.

— ¿Sí?

— Igual no vuelvo del todo.

Me mira. Quieto. Es una frase que se nos ha escapado a las once y media de la mañana en una calle peatonal de Tirso de

Molina y se nos ha quedado flotando entre los dos. Iván asiente. Despacio.

— Bea.

— Sí.

— Llevas la libreta.

— Llevo la libreta.

— Anótalo.

— Lo voy a anotar.

— Vale.

— Vale.

Sube al taxi. El taxi sale. Yo subo a casa, abro la libreta, anoto:

"Día 50 desde el viaje. Voy a Sóller en agosto. Igual no vuelvo del todo. Me lo ha pedido su madre por canelones, mi madre por hijo nuevo, y yo, por mí. La libreta lo confirma, así que es serio."

Cierro la libreta. Saco el portátil. Me siento en la mesa del salón a escribir el reportaje del Mediterráneo. Y, entre línea y línea, calculo lo que tarda un avión Madrid-Palma. Cincuenta minutos. Cincuenta minutos sin escala. Resulta que mi madre Conchi tenía razón cuando decía que los cables, conectados a

medias, arden. Iván Sastre y yo estamos estrenando un cable nuevo.

Madre mía. Me voy un mes a Mallorca. Y, lo más raro: no estoy asustada.

O sí, pero del modo bueno.

26

Llego a Palma el uno de agosto a las dos y media de la tarde con dos maletas, una mochila, una caja de calabacines de la huerta de Marc y la libreta Moleskine negra metida en el bolsillo del pantalón. Iván me espera en llegadas con una camiseta gris desgastada, la cámara al cuello y una sonrisa que, francamente, en plan literario, llamaríamos sonrisa pequeña pero, en plan periodístico, llamaríamos sonrisa pequeña que contiene treinta días de ganas.

— Sastre.

— Bea.

— Tira tú con esto — le señalo las maletas.

— Vale.

— ¿Tonia?

— Tonia ha venido a Sóller. Ha cocinado tumbet. Le había mandado yo un mensaje diciéndole "no cocines mucho, mama". Tonia ha cocinado mucho.

— Madre mía.

Cargamos las maletas en su Peugeot 308 viejo, con el techo cubierto de polvo amarillo de la tierra de la sierra. Salimos por la autopista Ma-11 hacia Sóller. Iván conduce despacio, con

una mano en el volante y la otra apoyada en mi muslo. Yo miro la sierra de Tramuntana subir por la ventanilla y pienso que, en un mes, esto va a dejar de ser paisaje y va a empezar a ser geografía propia.

Llegamos a Sóller. Calle de Sa Lluna 14. La casa es exactamente como la recordaba de mayo, pero ahora con un macetero más, con dos pares de chanclas mías al lado de la puerta y con la luz larga del verano dibujando rectángulos en el suelo. Tonia sale del salón con el delantal puesto. Me abre los brazos.

— Hija.

— Tonia.

— Hija, sin "Tonia". Soy Tonia, pero soy mamá segunda.

— Tonia, déjame procesar.

— Procesa con la boca llena.

Me sienta a la mesa, me planta delante un plato de tumbet del tamaño de un sombrero y empieza a darme conversación, en mallorquín a Iván y en castellano a mí, alternando palabras como una persona normal alterna canales de la tele. A los veinte minutos, mi nuca ha bajado dos centímetros. A los cuarenta, río con Tomeu, el cuñado, que ha aparecido con dos sobrinos. A las seis de la tarde, los siete sobrinos (es broma, son tres) están saltando en el sofá de Iván mientras

Margalida, la hermana, me cuenta la última anécdota de la consulta. Sóller no es una casa. Sóller es una ocupación.

A las nueve se van todos. Tonia vuelve a Palma con Margalida. La casa se queda en silencio. Iván cierra la puerta con doble vuelta de llave. Apoya la frente en la madera.

— Bea.

— Sastre.

— Mi familia es así.

— Lo sé.

— ¿Vives?

— Vivo. Voy a tardar tres días en aprender la palabra "déu" y dos meses en aprender los nombres de los tres sobrinos por orden, pero voy a vivir.

Iván me coge en peso a medias por la cintura, me lleva a la cocina, me sienta en la encimera y me besa con todo el cuerpo apoyado contra la encimera. Hay tumbet en la nevera y mosquitos cantando en el patio, y yo en una camiseta blanca y unos shorts vaqueros desgastados, y a la vez tengo treinta y tres años y diecisiete y cuarenta. Es un fenómeno temporal raro. Le quito la camiseta gris. Iván me quita la blanca. Las dos camisetas caen al suelo de la cocina. Y se queda ahí esa noche.

Hacemos el amor en su cama, despacio, con la ventana abierta. No es la escena del libro. Es la escena del aterrizaje. Cuando termino, me quedo apoyada en su pecho, con la

mejilla en la cicatriz pequeña que tiene en el bíceps derecho del tatuaje de la vela y el sol.

— Sastre.

— Bea.

— He aterrizado.

— Has aterrizado.

A los tres días he montado mi sitio. La terraza tiene una mesa de madera bajo una parra. Pongo el portátil ahí. Saco un ventilador pequeño. Conecto el móvil al wifi. Empiezo a trabajar a las nueve de la mañana, con un café y un melocotón. A las once, Iván sube con la cámara, me da un beso en la frente, me dice "vuelvo a las dos" y se va a fotografiar el almacén de un viticultor a Esporles. A las dos vuelve con una bolsa de tomates, dos limones y tres ideas para mi reportaje. Comemos en la terraza. A las cuatro él se mete a editar fotos en su despacho de la planta baja. Yo escribo en la terraza hasta las siete. A las siete bajamos a la Cafetería Sa Truita.

Pere Quetglas, mejor amigo de Iván desde los siete años, tiene 45 años, una calva que lleva rapada en plan estilismo, un delantal con la palabra "Sa Truita" bordada y la sonrisa más

grande que he visto desde que aterricé. Cuando entro detrás de Iván, se planta a mitad de la barra y pega un grito.

— ¡Bea!

— ¡Pere!

— ¡Por fin la tengo enfrente!

— Hola.

— ¡Por fin!

Me coge de los hombros. Me mira. Me suelta. Le pega un golpe en la espalda a Iván.

— Sastre. Te ha caído gorda.

— Pere, déjala respirar.

— Bea.

— Pere.

— Una cosa antes de que te emborraches.

— Tú dirás.

— Si Iván te trata mal, yo soy testigo.

— Vale.

— Si tú lo tratas mal, yo también soy testigo.

— Justo.

— Si os tratáis bien, vais a tener Sa Truita gratis dos veces al

mes.

— Aceptado.

— Si os queréis mucho, las cervezas también.

— ¿Hay límite?

— No.

— Pere, te quiero — le digo.

— Te quiero, Bea.

Iván levanta las manos.

— Estoy delante.

— Cállate, Sastre — decimos los dos a la vez.

A los cinco días estoy escribiendo el segundo reportaje de la temporada en la mesa de la parra a las once de la noche cuando Iván sale de la ducha con el pelo mojado y dos cervezas en la mano. Se sienta a mi lado. La luz de la luna

entra por encima de la sierra. La parra hace sombra incluso de noche.

— Sastre.

— Bea.

— He hecho una lista mental.

— ¿De qué?

— De cosas que no haría hace dos años.

— ¿Y?

— Una: dormir con la ventana abierta sin perfume puesto. Dos: comer melocotón sin pelar. Tres: meterme en una piscina pública a las once de la mañana sin maquillaje. Cuatro: dejarme llamar nuera por una mujer mallorquina que me llama así desde hace tres meses. Cinco: escribir un reportaje

en una terraza de un pueblo donde no conozco a nadie y no echar de menos Madrid.

— ¿Y?

— Y voy por la cinco.

— Vale.

— Sastre.

— Bea.

— Voy a echar de menos Madrid en algún momento.

— Lo sé.

— Pero todavía no.

— Vale.

A los cinco días me lleva Iván a Cala Deià, una piscina natural con bar de tablones y patas torcidas, donde la gente come pescado al sol y cantan los mosquitos a las cinco. Pasamos allí una tarde entera. Iván saca la cámara una vez, hace dos fotos a un viejo que pesca con un sedal anclado entre dos piedras y vuelve a guardarla. Es un día sin trabajo. El primer día sin

trabajo en seis meses, dice él. El primer día sin trabajo en cuatro años, le digo yo.

A las siete, sentada en un escalón mojado, con los pies en el agua y la cara enrojecida del sol, le miro y le suelto:

— Sastre.

— Bea.

— ¿Tú llevabas cuatro años así?

— ¿Así cómo?

— Así de "no me siento sin móvil al sol con una cerveza ni tres horas".

— Algo así.

— ¿Por?

— Por trabajo. Por mi padre. Por una cosa que se llama "no quería quedarme quieto".

— Vale.

— ¿Y tú?

— Yo, parecido. Yo trabajaba mucho para no echar de menos a nadie.

— ¿Y ahora?

— Y ahora estoy quieta, en una cala de Mallorca, contigo, sin

móvil, sin libreta, sin echar de menos a nadie.

— Bien.

— Bien.

A los siete días vienen Inés y Laura a Sóller. Iván las recoge en el aeropuerto. Bea me llevan vino, un libro y una caja de

pasteles de la pastelería de Embajadores. Inés me abraza en mitad de la cocina y me dice al oído:

— Tía. Esto es vivir.

— Esto es vivir.

— Mira tu cara.

— ¿Qué?

— Tienes color.

— Inés, llevo siete días.

— Tienes color de los buenos.

Laura, que se había quedado mirando el patio con un gin-tonic en la mano, se gira y dice:

— Bea.

— Laura.

— Si te casas con este, yo me ocupo de los papeles.

— Laura, no me casaré.

— Lo dices ahora.

— Lo digo ahora y dentro de cinco años.

— Vale. Pero si me llamas por bodas, descuentos para amigas.

Pasan dos días con nosotros. Cenamos con Tonia, con Margalida, con Tomeu, con los sobrinos. Tonia les pone a Inés y Laura unos platos del tamaño de bidones. Inés se enamora de un compañero de Pere que se llama Toni y mide 1,90, y a la

mañana siguiente desayunamos los seis a las once en Sa Truita. Laura suelta a Toni una broma de aforismo legal que él entiende a medias. Ríen. Yo miro la mesa.

Cuando se van, en el aeropuerto, Inés me da el último abrazo con los pies fuera del control de seguridad. Me lo dice fuerte, con la frente apoyada en mi frente.

— Tía.

— Tía.

— Si no vuelves, yo me alegro.

— ¿Tú?

— Yo. Me parto, pero me alegro.

— Vale.

— Vamos a venir a verte.

— Vale.

— Y este que se vea con un calzador, ¿eh?

— Sastre.

— Sastre el bueno.

— Sastre el bueno.

A los doce días llamo a Marc, mi hermano. Le pregunto por los sobrinos, por Gemma, por la fábrica donde trabaja como

ingeniero. Marc, monosilábico, contesta lo mínimo. Cuando termina su informe, me suelta:

— Bea.

— Marc.

— Te oigo distinta.

— ¿Cómo?

— Te oigo más Bea.

— ¿"Más Bea"?

— Sí. Tú, hace un año, sonabas como una versión cansada de

ti. Hoy suenas como tú.

— Vale.

— ¿Es por el chico?

— Es por mí.

— Pero ayuda él.

— Ayuda él.

— Vale.

— Marc.

— Bea.

— En septiembre.

— ¿Sí?

— En septiembre te lo presento.

— Vale.

— Cena en Madrid. Una.

— Una.

— ¿Vienes solo o con Gemma?

— Solo. La primera. Para que no parezca un examen.

— Vale.

— Y luego, si pasa la cena, traigo a Gemma y a los críos en

Reyes a Sóller.

— ¿En Reyes a Sóller?

— A Sóller. Si no os molestamos.

— No nos molestáis.

— Vale.

Cuelgo. Me río sola en la terraza. Mi hermano, que es un ingeniero industrial de Lleida que dice una frase cada media hora, acaba de planificar la Navidad de toda mi familia con tres frases. Eficiencia.

A los catorce días aprendo a llamar al panadero "Toni", a saludar a tres vecinas por la calle de Sa Lluna, a meter la ropa en la lavadora en mallorquín porque la rueda lleva las palabras escritas y a Iván le da pereza traducirlas. Aprendo a comer sobrasada en pan tostado a las once de la noche sin culpa. Aprendo que en agosto, en Mallorca, llueve un día y se queda tirado un día más, y que es bueno. Aprendo que Iván, cuando edita fotos, frunce el ceño exactamente igual que cuando me besa. Aprendo que su cuñado Tomeu, profesor de matemáticas, es la persona más cariñosa que he conocido en años.

A los quince días, una mañana de domingo, Iván me lleva a Palma a desayunar con su madre. Tonia tiene una mesa grande de madera al lado de un balcón con tres geranios y un olor a café que se nota desde la escalera. Hay tortillas, hay ensaimada de Sa Forn de Sant Jordi, hay una jarra de zumo.

Tonia me da dos besos. Tonia, sentada enfrente, mete una sola pregunta directa entre la primera y la segunda taza.

— Filla.

— Tonia.

— ¿Te gusta vivir aquí?

— Tonia, llevo quince días.

— Por eso te pregunto. Antes de que te quedes mucho.

— Sí. Me gusta.

— ¿Mucho?

— Mucho.

— ¿Por mi hijo?

— Por tu hijo, por la luz, por la parra, por Pere y por ti.

— Vale.

— ¿Eso era examen?

— No. Era pregunta.

— ¿Aprobé?

— No había aprobado. Era pregunta.

Iván, sentado al lado, se ríe bajo. Tonia, que aparenta no haber oído, vuelve a servirme zumo. Por debajo de la mesa, le acaricio a Iván la pierna.

A los dieciséis días me sale un texto bueno. Es el reportaje del

Mediterráneo, el largo, el del viaje. El que llevo escribiendo a trozos desde que volvimos. Lo leo de cabo a rabo en la terraza una noche, con Iván dormido a mi lado en la tumbona, y me digo: este texto es mío. Este texto es de Bea Ros. Este texto, además, es bueno. Me río sola. Me bebo media cerveza. Apago el portátil.

A los dieciocho días, una mañana de miércoles, mientras Iván está en la cocina haciendo un café que huele al fondo del Mediterráneo entero, me siento en la encimera con la libreta Moleskine en las rodillas y le digo:

— Sastre.

— Bea.

— Voy a escribir una cosa en la libreta.

— Adelante.

— Quiero que la veas tú primero.

— Vale.

Escribo. Despacio, con una letra que sale más legible de lo normal porque sé que la va a leer:

"Sóller me sienta bien. Pero no es Sóller. Es Iván Sastre y la luz de las parras a las nueve y media. Y, por cierto, es agosto.

Hay que volver a hablar de septiembre antes de que sea septiembre."

Le paso la libreta. Iván deja la cafetera. Lee. Lee dos veces. Cierra la libreta. Me mira.

— Bea.

— Sastre.

— Vamos a hablar de septiembre.

— Pero no hoy.

— Hoy no.

— A finales de mes.

— Antes de que sea finales.

— Vale.

— Vale.

Me besa la mejilla. Me da el café. Me apoya la cabeza en el hombro un segundo. Me deja en la encimera con la libreta en las rodillas y se va a su despacho. Yo, en la cocina, me como el café y un trozo de coca de patata que sobró ayer y me digo, en voz alta y sin testigos:

— Bea, esto es vivir.

A los veinte días, Sóller no es paisaje. Sóller es geografía propia. Lo escribo en la libreta esa noche, con esa letra de

borrador que tampoco entendía mi padre pero entendía mi madre.

"Día 80 desde el viaje. Sóller. Me he convertido en una habitante temporal con privilegios. Iván fotografía. Yo escribo. Tonia cocina. Pere Quetglas pone cañas. Mi madre, a 800 kilómetros, me manda audios cada dos días. Inés y Laura me amenazan con volver. Pere ha empezado a llamarme 'la madrileña' a propósito para tocarme las narices. Iván me llama Bea casi siempre, y a veces Ros, cuando bromea. La cama no tiene mi olor del todo. Pero tiene un olor que es nuestro. Y eso es nuevo."

Cierro la libreta. La meto debajo de la almohada. Iván llega de su despacho a las once. Se mete en la cama. Me besa la nuca.

— Bea.

— Iván.

— Septiembre.

— ¿Qué?

— Lo digo solo para que sepas que no se me ha olvidado.

— Vale.

— Vale.

Me duermo. La parra cruje un poco al viento. Por la ventana entra un olor a higuera lejana. Iván respira hondo a mi lado. Yo, debajo de la sábana, le pongo la mano en la pierna, justo

en la cicatriz blanca de la rodilla izquierda, donde un día se le giró el cielo y luego dejó de girar.

Septiembre puede esperar dos semanas más. Sóller, no.

Y eso, después de cuarenta y dos días de Madrid sola y veinte de Mallorca acompañada, lo apunto sin necesitar firmarlo. Es una verdad de las que no piden testigos.

27

Es 21 de agosto y en Mallorca el calor cambia de signo a las siete de la tarde. A esa hora, la sierra de Tramuntana proyecta una sombra azul sobre Sóller, los pájaros del valle se alborotan tres minutos seguidos antes de callarse y las terrazas empiezan a tener gente con una manga corta sobre los hombros. Iván tiene un encargo en Cala Tuent, una caleta pequeña, escondida, al norte de la isla, una hora de curvas por la sierra. Saca la cámara, me mete en el Peugeot, me dice "vamos a robar luz" y arranca.

Yo voy con la libreta en el regazo y un vestido azul oscuro que me compré en una tienda de Sóller hace cinco días. Voy descalza, los pies en el salpicadero. Iván conduce con una mano. La otra en mi pierna.

— Sastre.

— Bea.

— ¿Trabajo o paseo?

— Las dos cosas.

— Vale.

A las ocho y media llegamos. Cala Tuent es una luna estrecha entre dos paredes de roca, con la arena gris de los riscos y un agua que, cuando le da la luz baja del sol, se vuelve verde

aceite. No hay nadie. Bueno, dos parejas y un perro al fondo, en una toalla. El perro nos mira un segundo y vuelve a su charco.

A media curva del Coll, le pongo la mano en la nuca. Iván sonríe sin mirarme.

— Sastre.

— Bea.

— Una cosa.

— Tú dirás.

— Hoy no quiero hablar de septiembre.

— Vale.

— Hoy quiero hablar de hoy.

— Vale.

— Con eso me basta.

— A mí también.

Bajamos al borde de la cala por un sendero estrecho de piedras planas. Iván va delante, con la mochila al hombro y una toalla grande enrollada bajo el brazo. Yo voy detrás, descalza desde el coche, con el vestido azul oscuro pegado a las rodillas por la sal del aire. La luna no ha salido todavía. El cielo todavía es naranja por la izquierda y azul por la derecha. Es ese cuarto de hora que en el oficio fotográfico llaman la

hora azul, según me explicó Iván una noche de Cullera. Yo, que escribo pero no fotografío, le robo el nombre.

Iván saca la Fujifilm, se quita las chanclas y baja al borde del agua. Trabaja media hora. Yo me siento en una piedra plana, abro la libreta y escribo en una página que arranco diez minutos después porque me ha salido cursi. Lo intento de nuevo. Sale mejor. Lo apunto.

A las nueve y media el sol ha bajado del todo. La cala se queda con esa luz azul que viene después del rosa, ese momento en que las cosas pierden el color y solo quedan los volúmenes. Iván cierra la cámara. La deja en la mochila. Se acerca. Me ofrece la mano.

— Vamos al agua.

— ¿Ahora?

— Ahora.

— Sastre, no he traído bañador.

— Yo tampoco.

— Hay dos parejas allá.

— Se han ido.

Miro. Es verdad. Miro otra vez. La cala está vacía. Hay luna. Hay un viento pequeño que mueve la superficie del agua en círculos.

— Vale.

Me quito el vestido azul oscuro despacio, sin ceremonia. Iván se quita la camisa y los pantalones cortos. Quedamos los dos

en ropa interior. Él me mira con la cara de quien ya no necesita la cámara. Yo le miro con la cara de quien lleva veintiún días dejándose mirar.

Entramos al agua. Está fresca. Caminamos hasta donde nos cubre por la cintura. Iván me coge por la espalda. Apoya la frente en mi hombro. La luna se refleja en su pelo despeinado.

— Bea.

— Iván.

— Quiero hacer una cosa.

— ¿Qué?

— Decirte una cosa antes.

— Tú dirás.

— Te quiero, Bea.

Lo dice así, sin avisar. Sin gestos. Sin grandes manos. Lo dice como diría que tiene hambre. Yo me quedo quieta. El agua me

llega por la cintura. Y, de repente, no estoy quieta. Estoy temblando, pero no por el agua.

— Sastre.

— Bea.

— Yo también.

— ¿Qué?

— Yo también te quiero.

Iván suelta el aire de un golpe. Como si lo hubiera estado conteniendo desde Almuñécar.

— Vale.

— Vale.

— Vale.

— Sastre, estamos en una cala, en agua, en agosto, dos adultos.

— Lo sé.

— ¿Qué hacemos con eso?

— Lo de siempre.

— ¿Lo de siempre?

— Sí.

Me besa. Despacio. Con la mano izquierda en mi cintura debajo del agua y la derecha en mi nuca. Me besa con esa precisión de fotógrafo que sabe dónde está el foco y dónde

está el aire. Yo le beso de vuelta. Le muerdo el labio inferior con suavidad y le tiro un poco. Iván se ríe en mi boca. Las primeras risas en una escena así son siempre lo mejor del mundo.

— Sastre, vamos a la arena.

— ¿Sí?

— Tengo cuatro buenas razones.

— Dilas.

— Una: si me ahogo aquí, te denuncia mi madre. Dos: el agua salada en según qué sitios escuece. Tres: tengo una toalla grande arriba. Cuatro: ya.

— Hecho.

Salimos despacio del agua. Iván coge la toalla grande de la mochila. La extiende en la arena, en el rincón más oscuro de la cala, debajo de un risco que esconde la luz de la luna. Nos

tumbamos. El aire fresco me eriza la piel mojada. Iván me mira de cabeza a pies.

— Bea.

— Iván.

— Joder.

Me río.

— Sastre, estás muy elocuente esta noche.

— Estoy en blanco.

— Bien.

Se inclina. Me besa el cuello. La clavícula. El hueso del esternón. Me quita el sujetador con dos dedos, sin esfuerzo. Lo deja en la arena. Me besa entre los pechos. Sube. Me besa la cara, los párpados, la frente, el lunar redondo bajo el ojo izquierdo. Yo le paso las manos por la espalda mojada. Le acaricio la cicatriz del bíceps derecho, donde están la vela y el sol.

— Sastre.

— Bea.

— Despacio.

— Despacio.

Y nos lo tomamos despacio.

Es agosto, es Mallorca, es una cala robada y es la cuarta vez que hacemos el amor desde Almuñécar, pero es la primera vez

con el "te quiero" dicho en voz alta. Eso lo cambia todo. Iván me toca como si me estuviera leyendo. Cada lunar es una palabra. La pulsera de cuero trenzado, una coma. El piercing de la oreja izquierda, dos. El tatuaje de la cara interna del antebrazo derecho con la palabra "anota" en cursiva, un punto y seguido.

Cuando me besa el cuello, me dice "déu, què bona ets". Y luego, en castellano, "no te haces idea". Y yo, que llevo años escribiendo crónicas y reportajes y reseñas, le digo "Sastre, déjame no escribir esto, déjame quedármelo". Y él: "Te lo dejo, Bea".

Entra despacio. Me deja respirar. Me mira a los ojos. Yo le miro. La luna está justo detrás de su cabeza y le hace un halo que pondría cursi una novela mala. La novela mala soy yo, en este momento, pensando "ay madre, qué halo". Iván se ríe sin saber por qué me río. Yo me río sin saber por qué se ríe. Nos reímos un segundo y luego volvemos a la concentración con los ojos brillantes.

Cuando empieza a moverse, lo hace despacio. Yo le pongo las piernas en torno a la cintura. Le tiro de la espalda. Le susurro "más" sin saber muy bien qué le pido. Iván obedece. Hay una arena que se nos ha colado entre la toalla y nuestros muslos y va a doler luego, y a los dos nos da igual. Hay un mosquito que nos pasa por encima de la oreja y nos da igual. Hay un coche lejano subiendo por la curva del Coll, donde Iván se cayó hace once años, y lo oímos los dos pero nos da igual.

Iván me besa entre el cuello y el hombro. Me muerde un poco. Me dice al oído cosas que no escribiría en un reportaje pero que apunto bien en la libreta interior, esa que nunca se publica. Me dice que llevaba cinco años imaginándose esto. Me dice que cuando me vio en el aeropuerto del Prat, en

mayo, con la coleta torcida y las gafas en la cabeza, supo que el reportaje del Mediterráneo era una excusa aunque todavía no sabía la excusa para qué. Me dice que el día del primer beso en La Manga, en el pasillo del hotel, no durmió porque cuando dormía me veía despierta. Yo le digo cosas también, en voz baja, frases pequeñas mías que me he guardado y que tampoco voy a escribir aquí.

Cuando llega ese momento, los dos casi a la vez, yo me agarro a su nuca con una mano y a la toalla con la otra como si la cala fuera a moverse. Iván deja escapar una palabra en mallorquín que no entiendo del todo pero que reconozco por el gesto.

Luego se queda quieto encima de mí, con la frente en mi frente, jadeando.

Estamos un minuto largo así. La luna sube. El agua de la cala suena bajita. Iván se mueve a un lado, no del todo, y me abraza por encima.

— Bea.

— Iván.

— Tengo arena en sitios donde no debería tener arena.

Me río. Carcajada de las que vibran en la arena.

— Yo también.

— ¿Mucha?

— Sastre, no hagas inventario.

— Vale.

— Vale.

Nos quedamos un rato así. La toalla, debajo de los dos, está empapada y arenosa y ya me da igual. Iván me besa la

coronilla.

— Bea.

— ¿Qué?

— Esto va en serio, ¿no?

— Esto va en serio, joder.

— Vale.

— Vale.

A los cinco minutos volvemos al agua para enjuagarnos la arena y los pelos pegados. Es el momento más absurdo del libro: dos adultos haciendo equilibrios desnudos a las once de la noche en una cala mallorquina, intentando quitarse arena de pliegues que no va a salir hasta la ducha de casa. Iván me ayuda. Yo le ayudo a él. Reímos como dos adolescentes que se han escapado del campamento.

A las once y cuarto subimos el sendero despacio, descalzos, con las toallas húmedas al hombro. Iván me coge la mano por las piedras planas. La sierra de Tramuntana está negra a esta hora, una mancha grande con dos luces lejanas en la cresta, casas aisladas con ventanas amarillas. Olemos a sal y a champú de bolsa de viaje. La cámara, dentro de la mochila, va

envuelta en una sudadera gris. Iván la lleva cuidando como si fuera un crío.

— Sastre.

— Bea.

— ¿Has hecho fotos?

— Antes, sí.

— ¿De nosotros?

— No. De mí solo, no del agua. Del agua y de las paredes de la cala.

— ¿Por qué no de nosotros?

— Porque eso solo se cuenta. No se enseña.

— Vale.

— Vale.

Cuando llegamos al coche, Iván me abre la puerta como si fuera un coche de etiqueta y no un Peugeot 308 de catorce años con polvo amarillo en el techo. Yo le doy un beso en la mejilla antes de subir.

A medianoche estamos en el coche, secos, vestidos, de vuelta a Sóller por las curvas del Coll dels Reis. Iván conduce con una sonrisa pequeña. Yo con la libreta en el regazo y los pies otra

vez en el salpicadero. La radio del coche da una canción de Sabina. La dejamos puesta.

— Sastre.

— Bea.

— Lo del "te quiero" no se devuelve.

— ¿Cómo?

— Que lo has dicho. Ya está dicho.

— Es lo que pretendía.

— Vale.

— Y lo has dicho tú también.

— Lo he dicho.

— Pues ya está.

— Ya está.

Antes de llegar a casa, paramos en el aparcamiento de delante de una pizzería cerrada. Iván para el coche. Apaga el motor. Se gira hacia mí.

— Bea.

— ¿Qué?

— Una cosa más.

— Tú dirás.

— Lo del "te quiero" en la cala, lo dije sin haber pensado

cómo decirlo.

— Lo sé.

— Pero llevaba tres meses preparándolo.

— ¿Tres meses?

— Tres meses. Desde Almuñécar.

— Sastre.

— Bea.

— Yo, dos meses. Desde Madrid.

— Vale.

— Dos meses guardados en la libreta sin escribir.

— Y ahora escritos.

— Y ahora escritos.

Iván se inclina. Me besa. Despacio, con la mano en la mejilla. Yo le devuelvo el beso. Cuando me separo, le acaricio la cicatriz blanca de la rodilla izquierda con la punta de los dedos. Es un gesto pequeño, mío, mi código.

A las doce y media subimos por la calle de Sa Lluna. Tonia, desde Palma, nos ha mandado a Iván un mensaje a la una

porque "quería saber si estabas vivo, no lo demás". Iván sonríe en la oscuridad de la cocina cuando lo lee.

— ¿Qué dice tu madre?

— Mi madre dice que mañana le toca canelones a tu madre.

— ¿Cómo?

— Le he prometido a Conchi por audio que en septiembre vamos a Lleida los dos.

— ¿Tú prometes cosas a mi madre por audio?

— Tu madre me obliga.

— Vale.

A la una y media estamos en la cama, los dos limpios, los dos cansados, los dos contentos. Iván me apoya la cabeza en el hombro. La parra cruje un poco. Saco la libreta debajo de la almohada. La abro a la luz del móvil. Escribo despacio, con la letra mejorada de cuando sé lo que digo:

"Día 81 desde el viaje. Cala Tuent. Iván Sastre dice 'te quiero'. Yo digo 'yo también'. Pasa lo que tiene que pasar. La libreta se queda con un hueco para la frase que no se escribe. Y eso,

después de tres años de no acostarme con nadie, es la mejor crónica que no se publica."

Cierro la libreta. La meto debajo de la almohada. Apago el móvil. Iván respira hondo a mi lado.

— Bea.

— Iván.

— ¿Mañana?

— Mañana hablamos de septiembre.

— Vale.

— Vale.

Me duermo con la luna entrando por la ventana, el olor a sal mezclado con champú de farmacia y la sensación rara de que esto, hoy, a las once y media de la noche en una cala robada del norte de Mallorca, lo voy a recordar dentro de cuarenta años con la misma luz exacta.

Eso solo pasa con dos o tres noches en una vida. Esta es una. Iván Sastre, fotógrafo gastronómico mallorquín, quiérete mucho. Que esto lo sepamos los dos cuesta y dura. Y, fíjate, lo escribo y todavía no me asusta.

Esto va en serio, joder.

Y no es la libreta la que lo dice. Lo dice el cuerpo.

Por la mañana, a las nueve, despierto sola. Iván ha bajado a por pan. Salgo a la terraza con una camiseta vieja suya y

ojeras. Encuentro encima de la mesa una nota con su letra de imprenta:

"Bea, vuelvo a las diez. Conchi te ha llamado dos veces. Tonia, una. Pere, ninguna, pero ha mandado un audio de tres

minutos. Yo: te quiero más a las nueve de la mañana que a las once de la noche. I."

La leo dos veces. Doblo la nota. La meto entre las páginas de la libreta. La nota tiene mar pegada en una esquina y huele un poco a la cala.

Cuando vuelve Iván, con una bolsa de panes y dos donuts cubiertos de azúcar, me ve sentada en la terraza con la nota apretada entre los dedos.

— Sastre.

— Bea.

— Esta nota se queda en la libreta.

— Vale.

— Para siempre.

— Vale.

— ¿Te das cuenta de lo cursi que has sido?

— Lo asumo.

— Vale.

— Vale.

Me pasa un donut. Le doy un mordisco. Tengo azúcar en la barbilla. Iván me lo limpia con el pulgar. Me besa el azúcar. Volvemos a entrar a la cocina, sin prisa, sin ceremonia, y nos preparamos un café que sale mal porque he puesto el doble de

café del que pone él. Lo bebemos igual. Lo bebemos hasta el fondo.

A las once de la mañana, todavía en la cocina, Iván me planta delante de los ojos un trozo de papel arrugado.

— ¿Y esto?

— Esto es una idea.

— ¿De qué?

— De septiembre. Pero no para hoy. Para guardarla.

Lo abro. Es un dibujo a tinta de un calendario. Tres meses partidos en dos colores. Verde para Sóller. Naranja para Madrid. En medio, una flecha con una palabra: "Roma".

Lo doblo. Lo meto en la libreta junto a la nota.

— Sastre.

— Bea.

— Septiembre habla cuando toque.

— Cuando toque.

— Pero a Roma vamos.

— A Roma vamos.

— Vale.

— Vale.

Cierro la libreta. La nota, el dibujo y la frase del techo de la cala caben las tres en la misma página. Una página, en una

libreta de viajes, equivale a una semana entera de mi vida anterior. Esto no es una libreta. Es un mapa. Y, fíjate, hoy he aprendido que los mapas se dibujan caminando, no leyendo.

28

Es 30 de agosto y a las nueve de la noche, la terraza de Sa Lluna 14 huele a tomate asado, a romero quemado y a una decisión pendiente. Iván ha cocinado tumbet (porque en esta familia se cocina tumbet hasta cuando hay ataque nuclear). Yo he preparado una ensalada con melón y queso de Maó. La

parra, encima de nosotros, hace su sombra infinita. Hay dos copas de un vino de Binissalem que nos regaló Pere ayer.

Iván sirve. Brindamos sin frase, solo levantando la copa. Bebemos.

— Bea.

— Iván.

— Septiembre.

— Septiembre.

— ¿Empezamos?

— Empezamos.

Saco la libreta. La pongo a un lado del plato. Iván la mira de reojo y sonríe.

— ¿Vamos a hacer un acta?

— Vamos a hacer un acta.

— Vale.

— Para los dos.

— Para los dos.

Empezamos a hablar a las nueve. Hablamos hasta las doce y media. Comemos y hablamos. Bebemos y hablamos. La parra cruje. Las luces de los vecinos se van apagando una a una. A

las once, Iván se levanta y trae café porque, dice, "esto no se cierra esta noche con vino solo".

Lo planteamos por capas, como un reportaje.

Capa uno: lo emocional. ¿Estamos los dos en lo mismo? Sí. ¿Queremos seguir? Sí. ¿Queremos vivir juntos en algún momento? Sí, pero no dentro de quince días. Queremos vivirlo despacio, no para no equivocarnos, sino para no acelerar lo bueno. Apunto en la libreta: "Capa uno: emocional. Vamos los dos. Sin prisa."

Capa dos: lo profesional. Yo soy freelance. Trabajo con Panorámica, Tendencias Madrid y, desde hace dos semanas, también con una revista alemana que ha comprado el reportaje del Mediterráneo en exclusiva traducida. Mi sitio puede ser cualquier sitio con buena fibra y un escritorio. Iván trabaja con publicaciones internacionales y tiene un encargo gordo en Mallorca cada dos meses (catas, viticultores,

restaurantes). Su sitio puede ser cualquier sitio donde tenga, una de cada dos semanas, vuelta a la isla.

— ¿Conclusión profesional? — pregunto yo.

— Conclusión: ninguno tiene que renunciar al trabajo. Tenemos que renunciar a la idea de "una sola casa".

— Acepto.

— Apunta.

Apunto: "Capa dos: profesional. Dos casas, sin urgencia de fundirlas. Reuniones presenciales en Madrid bimensuales (Bea); encargos en Mallorca puntuales (Iván)."

Capa tres: lo logístico. Aquí entran los kilómetros, los aviones, la pasta y el calendario. Iván saca el portátil. Lo deja sobre la mesa al lado del melón. Abrimos los dos calendarios. Empezamos a cuadrar bloques de seis meses.

Septiembre: Iván viene a Madrid los días 5-9, presentación a la familia (cena con Marc y Conchi, viaje rápido a Lleida si se puede). Yo voy a Sóller los días 18-25. En medio, llamadas largas tres veces a la semana, mensajes diarios, sin presión cronométrica.

Octubre: Marina Sender propone a los dos un nuevo encargo, esta vez sobre la Costa Atlántica (Galicia + Asturias +

Cantabria, doce días en furgoneta). Aceptamos en principio. Falta confirmación oficial. Bloqueamos primera quincena.

Noviembre: yo a Sóller dos semanas. Él a Madrid una. Tonia exige a su nuera (yo) un fin de semana en Palma para ir a un mercado de cerámica. Apunto.

Diciembre: Navidad partida. Nochebuena con los Sastre en Sóller, Año Nuevo con los Ros en Lleida. Conchi ya lo ha sentenciado por audio.

Enero-febrero: bloque más pesado en Madrid (encargos cerrados). Iván vendrá una semana cada dos. Yo iré dos fines de semana.

Marzo: dos semanas en Sóller las dos primeras y, si todo va bien, conversación abierta sobre cohabitar formalmente. Cohabitar, no casar. Cohabitar quiere decir: piso compartido en Madrid (en Tirso de Molina, Buenavista 12, mi casa), casa

compartida en Sóller (Sa Lluna 14, casa de Iván), turnos de seis meses partidos por bloques.

— ¿Seis meses repartidos? — pregunto.

— Por bloques. Algo así como tres meses tu Madrid, dos meses Sóller, un mes neutro o de viaje.

— Vale.

— Si funciona.

— Si funciona.

— Si no, replanteamos.

— Si no, replanteamos.

— Pero el "si no" no quiere decir cortar.

— No.

— Quiere decir cambiar el reparto.

— Bien.

Apunto: "Capa tres: logística. Septiembre. Octubre encargo Atlántico. Noviembre. Diciembre Navidad partida. Enero-

febrero pesado Madrid. Marzo conversación de cohabitar tres-dos-uno."

Capa tres-bis: el dinero. Porque hablar de pareja sin hablar de dinero es de cuento.

— Sastre.

— Bea.

— Vamos a hablar de la pasta.

— Vamos.

— Lo de los aviones.

— Mensual, dos vuelos cada uno, suelen costar entre setenta y ciento veinte euros. Si compramos con antelación de tres semanas, sale a tiro hecho.

— Vale.

— ¿Quién paga?

— Cada uno los suyos.

— ¿Sin escándalos contables?

— Sin escándalos contables. Si un mes uno está pelado, el

otro paga. No se devuelve.

— Aceptado.

— ¿Y comidas?

— Cada vez paga uno.

— Sin contar.

— Sin contar.

— ¿Y casas?

— Tu piso de Buenavista 12 es tuyo. Mi casa de Sa Lluna 14 es mía. Si en algún momento queremos comprar algo juntos, lo hablamos. De momento, no hay urgencia.

— Vale.

— Y si una de las casas se queda corta, la cambia su dueño con el otro de testigo.

— Aceptado.

— ¿Y gastos comunes en cada casa cuando viva el otro?

— Lo justo para no resultar invitado eterno. Tipo: cuando estás un mes en mi casa, llenas la nevera dos veces.

— Aceptado.

— ¿Y si uno gana más?

— Si uno gana más, a la larga, lo hablamos. Pero hoy

ganamos parecido. Y los dos somos freelance.

— Vale.

— Apunta.

Apunto: "Capa tres-bis: dinero. Cada uno los suyos. Sin escándalos contables. Casa propia. Si algo cambia, se habla. Hoy: ninguna deuda."

Capa cuatro: lo difícil.

Iván me mira por encima de la copa.

— Lo difícil — digo yo.

— Lo difícil — dice él.

— Lo difícil es: ¿qué pasa si en seis meses uno de los dos

quiere algo que el otro no?

— Buena pregunta.

— ¿Te asusta?

— No me asusta. Me preocupa.

— ¿Qué te preocupa?

— Que tú te canses de coger aviones.

— ¿Y qué te preocupa de ti?

— Que me canse yo de no coger aviones suficientes.

— Sastre.

— Bea.

— Las dos cosas se hablan cuando pasen.

— Vale.

— Sin esconderlo.

— Sin esconderlo.

— Y si la cabeza se pone tonta, lo decimos.

— Lo decimos.

— Pacto.

— Pacto.

Apunto: "Capa cuatro: lo difícil. Si uno cambia de ritmo, el otro se entera el mismo día. No hay dramas pequeños

guardados. Pacto."

A medianoche, cuando ya estamos los dos con el café medio frío y la libreta llena, Iván levanta la copa.

— Bea.

— Iván.

— Por septiembre.

— Por septiembre.

Brindamos. Bebemos. Iván deja la copa.

— Una cosa más.

— Tú dirás.

— En primavera, si va bien, quiero hacer un viaje de los nuestros.

— ¿De los nuestros?

— De ti y yo. No el del Atlántico, que es trabajo. De los otros. Una semana sin reportaje. Sin libreta. Sin cámara. Bueno, con

cámara. Pero sin encargo.

— Vale.

— ¿Algún sitio?

— Roma.

— ¿Roma?

— Roma.

— Hecho.

Apunto: "Primavera. Roma. Sin encargo."

Cierro la libreta. La pongo en la mesa, al lado del plato vacío. Iván me coge la mano por encima del mantel.

— Bea.

— Iván.

— ¿Estamos bien?

— Estamos muy bien.

— ¿Tu hermano me va a dar el apretón de manos del miedo?

— Mi hermano te va a dar el apretón de manos del miedo, sí. Pero a la cuarta cerveza, va a preguntarte cómo se ajusta el

diafragma de un objetivo gran angular y, a la sexta, te va a invitar a su casa de Lleida.

— Vale.

— Es así.

— Eres una guía buena.

— Soy periodista de viajes, Sastre. Tengo el oficio.

A la una y media subimos a la cama. Iván se queda dormido enseguida. Yo me quedo despierta un rato. Saco la libreta. Apunto, debajo del acta, en una página aparte, una cosa para mí sola:

"Día 90 desde el viaje. Sóller. Acta firmada en la terraza con tumbet, melón con queso de Maó, vino de Binissalem y café. Tres meses de Madrid, dos meses de Mallorca, un mes neutro. Roma en primavera. Iván Sastre, fotógrafo gastronómico mallorquín, mi pareja de seis meses. La Bea de hace tres años no se lo creería. La Bea de hace tres años no había hablado con un electricista muerto, una madre catalana de 66 y una madre

mallorquina de 68 en una misma semana. La Bea de hace tres años no se sabía Sóller de memoria. La Bea de ahora, sí."

Apago el móvil. Me tumbo. Iván, dormido, gira la cara hacia mí. Me pone la mano en el costado. Aprieta una vez. Suelta un pequeño "déu, Bea" en sueños y se queda dormido del todo.

Madre mía. Hasta dormido es así.

Por la mañana, a las nueve, Iván baja a por pan. Yo me siento en la terraza con el café. Cuando vuelve, trae dos cosas: una barra y un dibujo en una servilleta.

— ¿Qué es?

— Un boceto.

— ¿De qué?

— De un calendario.

Lo planta encima de la mesa. Es un cuadrado grande dividido en seis meses, con tres colores. Verde para Sóller. Naranja para Madrid. Azul para "viaje". El tres-dos-uno está dibujado

a tinta. Encima, con letra grande y pequeña: "PROYECTO ROS-SASTRE. SEIS MESES PRIMERA EDICIÓN".

Me río.

— Sastre.

— Bea.

— Eres un loco.

— Soy un fotógrafo. Necesito un encuadre.

— Vale.

— ¿Lo firmamos?

— ¿En la servilleta?

— En la servilleta.

Firmo. Beatriz Ros, 31 de agosto. Iván firma debajo. Iván Sastre, 31 de agosto. La servilleta queda como un certificado matrimonial pequeño, ridículo y útil. Iván la mete en una

bolsa de plástico transparente. La pega con celo en la pared de la cocina, encima del calendario que ya estaba colgado.

— Aquí.

— Sastre.

— Bea, queda raro decirlo, pero yo necesito verlo.

— Vale.

— Si te molesta, lo quito.

— No me molesta. Me hace gracia.

— Bien.

Cuando termino el café, Iván saca el móvil. Hace una foto a la servilleta del calendario en la pared. La envía al chat de los dos. Yo la guardo. La pongo de fondo de pantalla del móvil,

encima de la foto que tenía antes (un atardecer en la sierra de Madrid de hace cuatro años).

— Sastre.

— Bea.

— Eres el primer hombre cuya foto pongo de fondo de pantalla.

— ¿En tu vida?

— En mi vida.

— ¿En el móvil de trabajo o en el personal?

— Tengo solo uno.

— Vale.

— ¿Tú?

— Yo, en mi móvil tengo de fondo una foto de la cala de Sa Calobra que hice hace tres años.

— ¿Vas a cambiarla?

— Voy a cambiarla.

— ¿A qué?

— A una de las que te he hecho yo y no te he enseñado.

— ¿Cuál?

— Una en Tarifa. En el balcón. Camiseta mía. Libreta en la

rodilla. Pelo al viento.

— ¿Esa?

— Esa.

— Sastre, con esa me la has guardado tres meses.

— Llevo tres meses guardándola. Hoy salimos del armario los dos.

— Vale.

— Vale.

Por la tarde llamo a mi madre. Le cuento el acta. Conchi, al otro lado, escucha en silencio durante diez minutos seguidos,

lo cual en una mujer como mi madre es síntoma de pulmonía o de respeto extremo.

— ¿Filla?

— Madre.

— Suena bien.

— Suena bien, ¿verdad?

— Suena de gente adulta.

— Es lo que somos.

— ¿Vienes a Lleida?

— En septiembre. Tres días con Iván.

— Tres días.

— Tres.

— Te hago canelones.

— Madre, ya me has hecho canelones tres veces este verano por audio.

— Te los hago de verdad.

— Hazlos.

A las cinco, Pere Quetglas se presenta en la puerta de Sa Lluna

14 con dos botellas de vino y un sobre amarillo.

— Sastre.

— Pere.

— Bea.

— Pere.

— Tengo un regalo.

— ¿De qué?

— De despedida prematura.

Le hacemos pasar. Pere se sienta en la cocina. Pone el sobre encima de la mesa. Lo abre con dramatismo.

— Mirad.

Es un certificado falso impreso en color en una papelería del pueblo. Dice, con tipografías mezcladas: "DIPLOMA DE PROYECTO ROS-SASTRE PRIMERA EDICIÓN. Firmado por la sociedad imaginaria 'Amigos de Sa Truita'. Otorgado en Sóller, Mallorca, el 31 de agosto, a los señores Beatriz Ros

(Madrid-Lleida) e Iván Sastre (Sóller-Palma). Por agua, por aire y por amor."

Yo me río a carcajadas. Iván se cubre la cara con la mano.

— Pere.

— ¿Sí?

— Eres un loco.

— Soy un orgulloso.

— Vale.

— Bea.

— Pere.

— A ti te quería decir una cosa antes de que te vayas mañana.

— Tú dirás.

— Que llevábamos los del pueblo dos años con las orejas paradas para ver si este señor mallorquín volvía a ser él.

— ¿Y?

— Y volvió.

— ¿Cuándo?

— Cuando llegó él de Madrid en mayo, después del viaje del Mediterráneo. Tenía una cara de "no sé qué me ha pasado

pero algo me ha pasado".

— ¿Y luego?

— Luego, en agosto, con vosotros aquí, ya estaba él del todo.

— Vale.

— Cuídamelo.

— Te lo cuido.

— Y a ti que te cuide él.

— Me cuida.

— Sastre, escucha esto.

— Te oigo.

— Como la dejes ir, te quemo Sa Truita.

— Vale.

— "Vale" en serio.

— Vale en serio.

Pere se queda media hora más. Bebemos el primer vino, no el segundo, que se queda en la encimera para mañana. Pere se va a las seis. Antes de cerrar la puerta, me coge la mano y me la aprieta una vez. Me da un beso en la mejilla. No dice nada. Sale a la calle con su risa grande y su cabeza rapada. Tonta o no, yo le he cogido cariño en cuatro semanas como si fuera

familia. Es lo que pasa con los amigos de las parejas: o te entran o no te entran. Pere ha entrado.

A las nueve de la tarde estoy en la cocina haciendo cena. Iván aparece en la puerta. Tiene la cámara al cuello.

— Bea.

— Sastre.

— Vamos a la terraza.

— ¿Para?

— Una foto.

— ¿De qué?

— De ti, de mí, de la parra y del calendario.

— Sastre, eso es una foto de boda con ironía.

— Es exactamente lo que es.

— Vale.

Salgo a la terraza. La luz de las nueve está perfecta. Iván coloca la cámara en una silla. Programa el temporizador. Se

sienta a mi lado. Me coge la mano.

— Sonríe poco.

— Sonrío como me sale.

— Eso es mucho.

— Es lo que hay.

La cámara dispara. Disparamos tres veces para asegurar.

Esa noche, la última noche de agosto, la última noche en Sóller del primer mes nuestro, dormimos abrazados sin sexo,

abrazados de los de antes y de los de después. Iván me besa la nuca y me pregunta:

— Bea.

— Iván.

— ¿Mañana?

— Mañana coges el coche, me llevas al aeropuerto, me das un beso largo, me dices "vuelvo el cinco" y me dejas pasar el control.

— Y tú llegas a Madrid a las tres y te tomas un café en mi taza.

— En tu taza.

— Y abres la libreta y escribes algo.

— Sí.

— ¿Qué?

— Algo del estilo "Día 91 desde el viaje. Madrid. Sastre vuelve el cinco. La servilleta del calendario está en la cocina de Sóller. Una mujer con una libreta, un fotógrafo con una cámara y un proyecto Ros-Sastre primera edición. Lo firmamos. Lo iremos firmando."

Iván, en la oscuridad, me sonríe. Lo noto en la respiración.

— Apúntalo bien, Bea.

— Lo apunto bien, Iván.

Me duermo. La parra cruje. La servilleta del calendario sigue pegada en la pared de la cocina, encima del calendario de

verdad. Y eso, en la vida de dos adultos que llevan tres meses, es más oficial que un anillo. Me lo apuntaré también.

Mañana, otra vez, los aviones. Por agua, por aire y por amor, como diría Pere Quetglas. Y por servilleta, añado yo. Servilleta de papel, una madre catalana, una madre mallorquina, dos casas y un fotógrafo que dibuja calendarios.

Madre mía. Cómo escribo. Si esto fuera reportaje, lo entregaría sin titubear. Y, lo más raro, ya no titubeo.

29

Iván

Llego a Madrid el cinco de septiembre a las dos de la tarde. Bea me espera en el portal de Buenavista 12 con una camiseta blanca y unos vaqueros y la pulsera de cuero trenzado en la muñeca izquierda, esa que le regaló Marc, su hermano. Me da

un abrazo largo. Le huelo el champú nuevo en el pelo. Me suelto.

— ¿Cansado?

— Cansado y feliz.

— Sube. Comemos rápido. Cena con mi hermano a las nueve.

Subimos al piso. Bea me ha vaciado un cajón de la cómoda del cuarto. Lo ha forrado con papel, como hacían las abuelas. La tontería esa me deja parado dos segundos. Bea se da cuenta.

— Sastre.

— Bea.

— Es un cajón. Un cajón normal.

— Es un cajón con papel debajo.

— Es lo que hay.

Saco las cuatro camisetas y los dos pantalones, los dejo doblados, perfectos, y le hago una foto al cajón con el móvil. Bea me mira con cara de "tú estás idiota". Yo le contesto con cara de "lo estoy".

Antes de salir a cenar, estamos los dos en la cocina. Bea pica cebolla para una salsa que va a hacer mañana. Yo, sentado en el taburete, miro la nevera. La nevera de esta mujer es un mural. La servilleta de mi calendario plastificada (ella la plastificó, no yo, lo aclaro por escrito), la postal de Pau con la furgoneta, el calendario de Conchi de Lleida, el imán de la Estatua de la Libertad, una entrada vieja del Reina Sofía con fecha de octubre del año pasado, una foto pequeña del padre de Bea con casco de electricista, dos pedazos de cinta que ya

no sostienen nada. Es la nevera de una mujer adulta con vida. Me gusta.

— Bea.

— Iván.

— Tengo una idea para tu nevera.

— ¿Qué?

— Una foto pequeña. La cala de Tuent. Que la imprimo cuando vuelva a Sóller.

— Vale.

— ¿Te parece?

— Me parece.

— Sin texto.

— Sin texto.

Bea termina la cebolla. La mete en un bote. Se lava las manos.

Se gira. Me mira. Sonríe sin enseñar los dientes.

— Sastre.

— Bea.

— Estás tranquilo.

— Estoy tranquilo.

— ¿Mucho?

— Lo justo.

— Vale.

A las nueve estamos en un restaurante de Lavapiés. Mesa larga de madera. Marc Ros, hermano de Bea, treinta y ocho años, ingeniero industrial, casado con Gemma Boixadera, dos hijos. Marc ha venido sin Gemma esta vez, dice Bea, para "verme primero a solas". Llega. Lo veo entrar. Es una versión más alta y más callada de Bea, con la frente igual y el lunar

redondo bajo el ojo izquierdo en sitio simétrico, en el ojo derecho. Las cosas de los hermanos.

Se acerca a la mesa. Me da la mano. Es un apretón firme. Me mira a los ojos durante exactamente tres segundos sin sonreír. A los tres segundos, sonríe.

— Iván.

— Marc.

— Has llegado lejos para venir a comerte una croqueta de Lavapiés.

— Me motivaba el guía.

— Buena respuesta.

Bea, entre los dos, levanta una ceja.

— ¿Es la prueba?

— Es la prueba — dice Marc.

— ¿Y?

— La ha pasado.

— Vale.

Marc se sienta. Pide vino. Comemos los tres. Marc Ros es un hombre de respuestas cortas y ojos atentos. Hace exactamente lo que Bea me había anunciado: a la cuarta cerveza me pregunta cómo se ajusta el diafragma de un objetivo gran angular y a la sexta me invita a Lleida en Reyes.

Bea, sentada enfrente, me hace una mueca de "te lo dije" con los labios, y yo le contesto con otra de "ya".

A las once y media, salimos los tres del restaurante. Marc se mete en un taxi para volver a su hotel cerca de Atocha. Antes de cerrar la puerta, baja la ventanilla. Me mira.

— Iván.

— Marc.

— Una cosa.

— Tú dirás.

— Mi padre era electricista.

— Lo sé.

— Bea no se lo dice mucho, pero la marcó.

— Ya.

— Si tú quieres con ella, hazlo como mi padre quería las cosas.

— ¿Cómo?

— A fondo y con la luz puesta.

Asiento. Marc levanta el pulgar. Cierra la ventanilla. El taxi se

va por Lavapiés. Bea, a mi lado, me mira.

— ¿Qué te ha dicho?

— Que tu padre era electricista.

— Vale.

— Y que las cosas se hacen "a fondo y con la luz puesta".

Bea se ríe. Se le rompe un poco la risa al final.

— Ese era mi padre.

— Ya.

— A veces lo tengo guardado en sitios raros.

— Ya.

— Y hoy ha salido.

— Ya.

La abrazo en mitad de Lavapiés. Una pareja de turistas pasa cantando una canción en inglés. Yo abrazo a Bea y pienso en mi padre Joan Sastre, marinero retirado, muerto de cáncer de pulmón hace cuatro años, que me decía "fill, no et facis el llest, mira a la cara". Pienso en su cara la última vez que lo vi en la cama del hospital, mirándome a la cara. Y pienso en Marc Ros, ingeniero industrial de Lleida, que en una

ventanilla de taxi me ha dado una instrucción que también me hubiera dado mi padre.

Las familias hablan idiomas distintos. Pero a veces, en pequeños momentos, dicen lo mismo.

A medianoche subimos al piso. Bea pone música baja. Yo abro una cerveza para los dos. Nos sentamos en el sofá. Bea apoya la cabeza en mi hombro.

— Iván.

— Bea.

— Tu cara.

— ¿Qué cara tengo?

— Cara de tranquilo.

— Es lo que estoy.

— Eso es nuevo.

— Eso es nuevo.

Me pasa la mano por la barba. Me besa el cuello. Me dice algo en mallorquín que se ha aprendido en agosto y que dice mal pero con cariño. Yo le contesto en castellano. Es nuestro idioma, esa mezcla. Le ha cogido el truco.

A las dos de la madrugada, ya en la cama, ella dormida, yo despierto, miro el techo del piso de Tirso de Molina. Las farolas de Buenavista entran por una rendija de la persiana y dibujan una raya en la pared. La rendija lleva ahí, según Bea,

ocho años. Me incorporo un poco para no moverla. Me apoyo en el codo. La miro dormir.

Bea Ros. Treinta y tres años. Lunar redondo bajo el ojo izquierdo. Tatuaje "anota" en la cara interna del antebrazo derecho. Pulsera de cuero trenzado de su hermano, "para que te ate a ti misma". Periodista freelance de viajes y gastronomía. Divorciada hace tres años. Hija de Conchi Vallés, jubilada de Lleida, y de Joan Ros, electricista muerto de un infarto en una obra hace siete años.

Pienso en la primera vez que la vi. Premios Lola Iglesias de periodismo gastronómico, Madrid, 2021. Yo era un imbécil. Tenía 32 años, llegaba de Mallorca con una americana que no me sentaba bien, una cámara que llevaba colgada como armadura y un cheque que iba a ganar por una foto de un restaurante de la sierra de Tramuntana. La reseña que acompañaba la foto la había escrito Bea Ros, periodista freelance que yo no conocía pero cuyo nombre había leído. Cuando me dieron el premio, no aclaré que la foto sin la reseña no servía. Me llevé el cheque. Me llevé el aplauso. Me llevé un trozo de mérito que no era todo mío.

Bea, en una mesa al fondo, me miró desde la otra punta del salón con una cara que recuerdo todavía. No era rabia. Era decepción. Es peor.

Y luego pasaron cinco años en los que yo, cobardemente, no cogí el teléfono. No le mandé un mail. No la busqué. Pasaron cinco años hasta que Marina Sender, directora editorial de Panorámica, decidió por nosotros que catorce días en una furgoneta por el Mediterráneo era buena idea. Marina sabía

que no nos hablábamos. Marina lo hizo adrede. Marina, ahora lo sé, debería haber cobrado por ello una comisión de pareja.

Pienso en el día seis, en la cocina de mi casa, lavando los platos los dos en silencio, cuando le pedí perdón por lo del premio. Me costaba sacar la voz. Cuando lo dije, Bea no contestó inmediatamente. Cuando contestó, a la mañana siguiente, me dijo "te perdono, Sastre. Pero te lo voy a recordar a base de cervezas pagadas durante el resto del viaje". Y lo cumplió. Y luego cumplió cosas que ella no me había anunciado.

Pienso en el primer beso del pasillo del hotel de La Manga. Pienso en la habitación doble de Almuñécar, en la mañana en que ella se despertó con mi brazo encima de su cintura y los dos respiramos tres minutos sin movernos. Pienso en Tarifa. Pienso en Madrid en mayo y en Sóller en agosto y en Cala Tuent y en aquel "te quiero" en el agua hasta la cintura.

Y, por encima de todo, pienso en una cosa muy sencilla: no había estado tan tranquilo desde que mi padre vivía.

Es la frase. La frase que me viene esta noche, mirando la rendija de la persiana en la pared del piso de Tirso de Molina, con Bea durmiendo a mi lado. Es exactamente eso. Cuando mi padre vivía, yo entraba en su casa de Sóller y notaba que la casa respiraba. Cuando murió, la casa respiraba menos. Yo, también.

Llevo cuatro años sin sentir esto. Y entonces aterriza una mujer con una libreta Moleskine negra, un lunar bajo el ojo izquierdo y una manera de comer pan con tomate que mi

padre, si lo hubiera visto, me habría dado un manotazo en la espalda y habría dicho "fill, esa, no la dejes ir".

Mi padre no la conoció. Lo siento.

Pero mi madre Tonia sí. Y mi madre, cuando tres días en Sóller en mayo, cocinó tumbet para Bea y la metió en el grupo de WhatsApp de la familia, me estaba diciendo, con su lenguaje, lo mismo que me habría dicho mi padre.

Y Marc, en la ventanilla del taxi, en Lavapiés, hace dos horas, cerrando con un "a fondo y con la luz puesta", también.

Y mi propia cabeza, a las dos y media de la madrugada, también.

Bea se mueve. Suspira. Se gira hacia mí. No abre los ojos. Pone la mano en mi pecho, encima del corazón, sin saber que la

pone. Es una costumbre que ha cogido en agosto y que me sigue maravillando.

Le aparto un mechón de pelo de la cara. Le doy un beso en la frente. Susurro:

— Bea.

— Mmm.

— Estoy bien.

— Mmm. Vale.

— Tú duerme.

— Mmm.

Vuelve a respirar profundo.

Pongo la cabeza en la almohada. Cierro los ojos. Por la ventana entra un ruido lejano de motos por Tirso de Molina, una sirena que se aleja, una pareja que vuelve de la cena gritándose con cariño. Madrid suena así en septiembre: ya no es el horno de agosto, todavía no es el otoño. Es la frontera, esos quince días en los que la ciudad parece que respira. Yo respiro con ella.

Pienso en el calendario que dibujé en una servilleta, en la pared de la cocina de Sa Lluna 14. Pienso en que mañana cojo un taxi a las nueve, llegamos a las nueve y media a Atocha, montamos en el AVE y a las doce y veinte estamos en Lleida con Conchi, que ya tendrá los canelones encima de la mesa

con el horno apagado a tiempo y una manta limpia en el sofá del cuarto de invitados para mí.

Pienso en Tonia, que me ha mandado a las once de esta noche un audio diciendo "fill, dile a tu hermana que no le he olvidado los higos secos" y, en el mismo audio, "y dile a Bea que la quiero".

Pienso en Pere Quetglas, que cuando le conté en Sa Truita el acta de la terraza me dio una palmada y me soltó "Sastre, eres una persona razonable. Mira tú. A los 37".

Pienso en mi padre. Le hablo bajo, en mi cabeza, sin moverme. Le digo: "papa, esta es la mujer". Le digo: "papa, no era el momento de antes, ni el momento de hace cinco años, ni el de hace tres. Era ahora". Le digo: "papa, perdona por lo del premio. Lo arreglé". Le digo: "papa, voy a intentar hacerlo a fondo y con la luz puesta".

Mi padre no contesta. Mi padre lleva cuatro años sin contestar. Pero a veces, en según qué momentos, su silencio tiene un asentimiento dentro. Esta noche lo tiene.

Me duermo despacio. Antes de dormirme del todo, tengo tiempo de pensar una última cosa: que no había estado tan tranquilo desde que mi padre vivía, sí, pero que esta tranquilidad no es la misma. La de antes era la tranquilidad de un niño en su casa. La de ahora es la tranquilidad de un

hombre adulto que sabe lo que tiene y que, además, ha decidido cuidarlo.

Es distinta. Es mejor.

A las siete y media de la mañana suena el despertador del móvil de Bea. Bea estira un brazo. Lo apaga. Gira la cara hacia mí.

— Iván.

— Bea.

— Mañana Lleida.

— Mañana Lleida.

— ¿Has dormido?

— He dormido lo justo. Bien.

— ¿Pensando?

— Pensando.

— ¿Mucho?

— Lo que tocaba.

— Vale.

Me besa la frente. Se levanta. Se mete en la ducha. Yo me quedo en la cama tres minutos más. Miro la rendija de la persiana, la raya de luz en la pared, el cajón forrado con papel

donde están mis cuatro camisetas y mis dos pantalones doblados de cualquier manera. Sonrío al techo.

Y, en voz baja, en el idioma en el que pienso cuando estoy a solas, le digo a mi padre:

— Papa, ja està.

A las nueve, Bea y yo bajamos las escaleras de Buenavista 12 con dos mochilas y un termo de café para el AVE. La portera, doña Mari, asoma la cabeza desde el primero.

— Beatriz.

— Doña Mari.

— ¿Tu novio?

— Mi novio.

— Iván.

— Iván.

— Bonito nombre. Buen viaje.

— Gracias.

Salimos a la calle. Hace un día de septiembre, raso, con la luz alta. Bea camina a mi lado con esa manera suya de andar

deprisa cuando va contenta. Yo, detrás, con la cámara colgada al cuello y el corazón en su sitio.

Mira tú, Sastre. Mira tú.

Y mira tú, papa. También.

En el AVE a Lleida, frente a frente, Bea saca una baraja de cartas pequeña, gastada, que su padre Joan llevaba siempre en el coche.

— Sastre.

— Bea.

— ¿Tute?

— ¿Tute?

— Tute. Es lo que jugábamos mi padre y yo en los viajes en coche cuando él me llevaba a Madrid.

— No sé jugar.

— Te enseño.

— Vale.

Me enseña. Mal. Me ríe cuando equivoco las reglas. Yo, que me consideraba paciente, descubro que con esta mujer pierdo a

las cartas con una facilidad que no había probado. A media partida me suelta:

— Sastre.

— Bea.

— Mi padre te habría caído bien.

— Y yo a él.

— ¿Tú crees?

— Yo, sí.

— ¿Por qué?

— Por la frase de tu hermano. La de "a fondo y con la luz puesta". Los electricistas y los marineros viejos hablan parecido.

Bea sonríe sin levantar la vista de las cartas. Tira una sota. Yo gano la mano por error. Ella se ríe.

— Suerte de novato, Sastre.

— La aprovecho.

A las doce y veinte llegamos a Lleida. Conchi nos espera en la estación con su Ford Fiesta blanco, una sonrisa grande y una

bolsa con dos botellas de agua. Me da dos besos.

— Iván.

— Conchi.

— Has llegado.

— He llegado.

— ¿Cansado?

— Lo justo.

— Bien.

— Conchi.

— ¿Qué?

— Gracias.

— ¿De qué?

— De recibirme.

— Hijo. Por favor. Eres familia.

Lo dice así, sin maquillaje. Bea, a mi lado, finge buscar algo en la mochila para no mirarme la cara. Yo, en el parking de la estación de Lleida, treinta y siete años, fotógrafo gastronómico mallorquín, hijo de Joan Sastre marinero retirado y de María Antonia Mas profesora jubilada, hermano de Margalida médica de familia y cuñado de Tomeu profesor de matemáticas, estoy a punto de llorar delante de una señora

de Cappont a la que conozco de hace veinte minutos pero que me llama hijo en un parking.

No lloro. Pero me acerco. Le pongo la mano en el hombro a Conchi. Le digo "vamos". Conchi asiente. Bea, detrás, suelta el aire. Subimos los tres al Fiesta.

Y mira tú, papa. También por aquí.

30

Es 14 de octubre y, en mi cocina de Buenavista 12, son las once de la mañana de un sábado. Iván lleva en Madrid desde el martes. Es su tercer viaje desde Sóller en septiembre y octubre. La servilleta del calendario que dibujó él en agosto, fotocopiada en color y plastificada por mí (una vergüenza, lo sé, pero soy periodista, registro todo), está pegada en mi nevera, encima del calendario de Conchi de Lleida que me trajo en agosto y debajo de un imán de la Estatua de la Libertad que me regaló Inés en su última despedida de soltera de una prima.

Iván está sentado en el taburete de la cocina, descalzo, con un café delante. Yo, en pijama corto, con la melena recogida en

un moño que se sostiene por aerodinámica, leo un mail en el portátil que hace dos minutos no estaba ahí.

— Sastre.

— Bea.

— Marina.

— ¿Sender?

— Sí. Nos quiere.

— ¿Para?

— Costa Atlántica. Galicia, Asturias, Cantabria. Doce días. Furgoneta. Otra vez.

— ¿En serio?

— En serio. Mira el mail.

Le giro el portátil. Iván lee. Marina Sender, con su elegancia editorial habitual, propone "El Atlántico a 50 km/h. Beatriz Ros & Iván Sastre. Pareja gastronómica del año, según los lectores de Panorámica. Que sí, queridos, según el último

cuestionario en redes la gente os llama 'Bea & Iván' como si fuera marca registrada".

Iván se ríe.

— "Pareja gastronómica del año".

— Marina es una bruja.

— Marina es una pieza.

— Marina es una bruja pieza.

— ¿Aceptamos?

— Aceptamos.

— ¿Sin discutirlo dos horas?

— Lo discutimos en cinco minutos. ¿Te apetece?

— Me apetece.

— ¿Tú?

— Mucho.

— Pues hecho.

Le contesto a Marina el mail con una sola línea: "Marina, aceptado. Detalles por teléfono el lunes. Bea". Mando. Cierro

el portátil. Iván levanta la copa imaginaria.

— Por la furgoneta nueva.

— Por la furgoneta nueva.

— ¿Crees que pondrán otra vez una Volkswagen?

— Yo, si pueden, pido una con aire acondicionado serio.

— Apoyado.

Antes de bajar a comprar, Iván saca de su mochila un sobre acolchado. Lo deja encima de la mesa de la cocina.

— Bea.

— Sastre.

— Esto te lo traía de Sóller.

— ¿Qué es?

— Ábrelo.

Lo abro. Es una foto enmarcada, mediana, en un marco de madera oscura sin barniz. La foto de Cala Tuent. La que él hizo desde el agua antes de bajar la cámara y bajar conmigo. La cala con la luz azul del cuarto de hora, la pared de roca a la

derecha, el agua verde aceite, ningún humano en el encuadre. Detrás del marco, escrito a tinta con su letra de imprenta:

"Cala Tuent. 21 de agosto. La noche de las cuatro buenas razones."

Levanto la vista. Iván, apoyado en la encimera, me observa con cara de "no me digas nada".

— Sastre.

— Bea.

— Esto va a la nevera.

— Vale.

— Pequeña.

— Es como cabe.

— Vale.

Saco la foto del marco con cuidado. La pego en la nevera con un imán nuevo, justo al lado de la servilleta plastificada del calendario de agosto. La nevera, cada vez más mural, ahora tiene un mar suyo.

A mediodía bajamos a comprar comida. Subimos. Cocinamos pasta. Comemos en el sofá viendo una película que ninguno acabamos de seguir. A las cuatro hago una llamada larga a Conchi y otra más larga a Tonia. Tonia me cuenta que Margalida está embarazada por cuarta vez y que Tomeu, su marido, se ha apuntado a un curso de calistenia "porque dice que necesita estar fino para los cuatro". Yo le cuento que en noviembre le compraré las macetas de cerámica que vimos en

agosto en el mercado de Palma. Tonia, satisfecha, me suelta un "filla, ets una sant".

A las cinco, mientras Iván trabaja en el portátil en el sofá, mi móvil suena. Es Conchi. Videollamada.

— Filla.

— Madre.

— Iván.

— Conchi.

— Una cosa rápida.

— Tú dirás.

— En noviembre, antes de la furgoneta del Atlántico, ¿venís un fin de semana a Lleida?

— Madre, ya os vimos en septiembre.

— Ya, pero septiembre es septiembre. Noviembre es noviembre.

— Madre, eso no es un argumento.

— Es un argumento, filla, porque mi nieto Pau cumple seis

años el 18 y la abuela quiere a la tía y al tío en la mesa.

Iván levanta la vista del portátil.

— Conchi.

— Iván.

— Estamos.

— ¿Estáis?

— Estamos.

— Filla, me cae mejor que tú.

— Madre, ya lo sé.

Cuelgan. Iván vuelve al portátil con una sonrisa pequeña.

A las siete viene Inés. Trae dos botellas de albariño porque "si vais al Atlántico, hay que entrenar". A las ocho viene Laura con Mateo, su hijo de cuatro años, que hoy se queda con nosotros porque su exmarido tenía un cumple. A las ocho y media los cinco estamos en el salón. Mateo ha cogido la cámara de Iván con permiso supervisado y le está haciendo fotos a la lámpara. Iván sonríe con esa cara mía favorita, la de quien observa y se calla.

A las once se van todos. Iván baja con Laura para llevarles el cochecito de Mateo al taxi. Sube cinco minutos después. La casa, de repente, se queda quieta.

Cocina. Salón. Dos copas. Las luces bajas. Y un fotógrafo gastronómico mallorquín, treinta y siete años, descalzo, con la barba un poco crecida, que cierra la puerta a las once y

cinco de un sábado y me mira desde la entrada del salón como si yo fuera la mejor foto que ha visto en seis meses.

— Sastre.

— Bea.

— Estás raro.

— Estoy bien.

— ¿Cansado?

— No.

— ¿Bebido?

— No.

— ¿Entonces?

— Entonces estoy mirándote.

— Ah.

Me levanto del sofá. Voy hasta él. Me paro a un paso. Levanto

la barbilla.

— ¿Y?

— Y nada. Te miro.

— Sigue.

— Bea.

— Iván.

— Hace seis meses que llegaste a Madrid de Tarifa.

— Lo sé.

— ¿Sabes qué pensé yo en el avión de vuelta a Palma?

— ¿Qué?

— Que esa mujer va a tardar en acostumbrarse a mí. Y luego,

cuando se acostumbre, no la voy a dejar.

— Vale.

— Y aquí estamos.

— Aquí estamos.

— ¿Te has acostumbrado?

— Me he acostumbrado.

— ¿Y?

— Y me has cumplido la segunda parte.

— Bien.

Me coge la cara con las dos manos. Me besa con esa lentitud suya de fotógrafo que enfoca con calma, esa lentitud que en mayo me parecía irritante, en junio me parecía adictiva y en octubre me parece lo más sensato del mundo. Le respondo con la lentitud que he aprendido yo, porque uno se hace al ritmo del otro, esto lo sabe cualquiera.

Me suelta. Me coge de la mano. Me lleva al cuarto. La cama deshecha. La luz tenue de una lamparita de mesilla. La libreta

Moleskine en su sitio. El cajón forrado con papel, abierto, con sus cuatro camisetas dentro.

Se sienta al borde de la cama. Me hace una seña.

— Bea.

— Iván.

— Ven.

Voy. Me siento a horcajadas encima de él. Él me coge la cintura por debajo del pijama corto. Me besa el cuello. Me besa la clavícula. Me quita la camiseta. La tira al suelo. Me queda solo el pantalón corto y nada más.

— Joder, Bea.

Me río. Llevamos seis meses y todavía dice "joder" con la misma cara.

Le quito la camisa. La tira al suelo. Le miro la cicatriz del bíceps derecho, donde están la vela y el sol, esa que mi cuñada Gemma vio una vez en una foto de Instagram que le enseñó mi madre y, dijo Gemma, "es como si llevara un cuento tatuado". Le acaricio el tatuaje.

— Sastre.

— Bea.

— Te quiero.

— Yo a ti, Bea.

Me besa con todo el cuerpo. Me lleva despacio a la cama. Me quita los pantalones cortos. Me besa los muslos, la cadera

derecha, la izquierda. Sube. Me besa el costado, el ombligo, los pechos, la garganta. Yo le tiro del pantalón de algodón hasta sacárselo. Quedamos los dos sin nada, en mi cama de matrimonio del piso de Tirso de Molina, un sábado a las once y media de la noche del 14 de octubre.

No hay prisa. No hay urgencia. Es la cuarta o quinta vez de octubre, no las cuento, qué horror sería contarlas. Es una noche normal de pareja, salvo por una cosa: en el aire flota algo más esta noche. Es la confirmación. Es el mail de Marina aceptado. Es la furgoneta nueva. Es la sensación que tenemos los dos de que Bea & Iván es una marca registrada que se llevan los lectores de una revista digital de Madrid pero que, sobre todo, se llevamos nosotros.

Iván me besa muy despacio. Me dice cosas en mallorquín que ya entiendo. Me dice cosas en castellano que apunto en la libreta interior. Me dice que llevo seis meses cambiándolo desde dentro y que él lo nota cada mañana cuando se levanta. Me dice que mi pulsera de cuero trenzado de Marc es ahora también suya, en el sentido de que él la conoce de memoria y la mira cada noche en mi muñeca antes de dormirse. Me dice que mi tatuaje "anota" del antebrazo derecho, esa palabra en

cursiva fina, le hace gracia desde el primer día y que un día va a hacerse el suyo, en algún sitio.

— ¿Qué te vas a tatuar?

— Una palabra.

— ¿Cuál?

— Te la digo cuando me la haga.

— Vale.

— Vale.

Me entra. Despacio. Pego un suspiro pequeño, el de las cosas que se reconocen. Iván me besa la nariz. Empieza a moverse. Yo le rodeo la cintura con las piernas. Le tiro del pelo de la nuca, que ya tiene un poco más largo que en mayo.

— Sastre.

— Bea.

— Más despacio aún.

— Vale.

— Quiero que esto dure.

— Va a durar.

Lo aguanta. Aguanta más de lo que ha aguantado nunca. Yo, debajo, le pongo las palmas en los hombros, en el pecho, en la cara, en el cuello. Le toco la cicatriz de la rodilla izquierda con

la planta del pie. Es una manía. Lo hago siempre. Le hace gracia.

Cuando llegamos, los dos casi a la vez (no del todo, los manuales mienten), me agarro a su nuca con las dos manos y lo tiro hacia abajo, hacia mí. Iván jadea con la boca apoyada en mi cuello. Yo cierro los ojos. La lamparita de mesilla pone luz amarilla en el techo. Estamos un minuto largo así.

Él se mueve a un lado. Me abraza por encima. Me besa la sien.

— Bea.

— Iván.

— Llevamos seis meses y un día.

— Lo sé.

— ¿Te das cuenta?

— Me doy cuenta.

— ¿Y?

— Y me parece poco.

— ¿Te parece poco?

— Me parece poco para todo lo que hay dentro.

— Vale.

Se queda un rato callado. Le acaricio el pelo. Pienso en el primer día que lo recogí en el aeropuerto del Prat de Barcelona, en mayo, con su mochila Patagonia y su camisa lila tonta. Pienso en las dos habitaciones individuales de la

pensión Maria Lluïsa de Calella. Pienso en el primer beso del pasillo de La Manga. Pienso en Tarifa.

Y pienso, por encima de todo, en la furgoneta. La Volkswagen Multivan T6 que olía a aceite de oliva andaluz tras la primera noche, que aguantó dieciocho días de carretera, peajes, ferries, una rueda pinchada en la N-332, una sudadera mía con grasa, catorce comidas largas y dos personas que se odiaban un poco, luego se aguantaban, luego se respetaban,

luego se reían, luego se besaban, luego se juraban no separarse al final del trayecto.

Iván me sigue acariciando el pelo. Me apoyo en su pecho.

— Sastre.

— Bea.

— En noviembre, cuando empecemos el Atlántico, ¿vas a llevar la misma cámara?

— Sí.

— ¿Y la misma mochila?

— Sí.

— ¿Y la misma camisa lila tonta de Mallorca?

— ¿La camisa lila tonta?

— La que llevabas el primer día en el aeropuerto del Prat.

— ¿Era tonta?

— Era tontísima.

— ¿Y por qué te casarías con un hombre que llevaba una camisa lila tonta?

— Porque debajo de la camisa lila tonta había un fotógrafo gastronómico mallorquín de 37 años que me iba a llamar

"Ros" durante dieciocho días y al diecinueve me iba a llamar "Bea".

— Vale.

— Y porque "casarme" lo has dicho tú, no yo.

— Hipotético.

— Hipotético.

— Vale.

— Vale.

Nos reímos un minuto. Luego nos quedamos los dos callados. La parra de Sóller no está aquí, pero el ruido de Tirso de Molina entra por la ventana entreabierta. Es un sábado noche

de octubre. Una pareja se grita de cariño en la calle. Una sirena se aleja. Una moto cambia mal de marcha en Atocha.

Cojo la libreta Moleskine de la mesilla. La quinta. La abro por una página en blanco. Iván levanta la cabeza para ver qué escribo. Le doy un manotazo en la mano.

— No mires.

— ¿No?

— Esta es para mí.

— Vale.

Escribo, despacio, mientras Iván cierra los ojos a mi lado y se va quedando dormido con la cabeza apoyada en mi cadera:

"Día 153 desde el viaje. Madrid. Sábado. Marina ha vuelto a llamar. Atlántico en noviembre, doce días, furgoneta, fotos premium, dos personas que ya no se odian un poco. Bea & Iván, marca registrada. La libreta cumple. La servilleta del calendario sigue en la nevera. Iván Sastre, mallorquín, 37 años, fotógrafo gastronómico, mi pareja desde el día 18, mi compañero de viaje desde el día uno, mi hombre desde antes de saberlo yo. Conchi me llama dos veces por semana. Tonia tres. Inés y Laura siempre. Las cosas grandes ya no me asustan. Las pequeñas son mi alegría diaria."

Cierro la libreta a medias. La dejo abierta encima de la mesilla. Apago la lamparita. Iván, dormido, suspira en mi cadera y sube la mano hasta cogerme la muñeca izquierda, justo

encima de la pulsera de cuero trenzado. La aprieta una vez, sin despertarse. Es su gesto.

Cierro los ojos. La calle suena bajita. La rendija de la persiana hace su raya en la pared. Madrid respira. Iván respira. Yo respiro.

Mañana, domingo, vamos a llamar a Marina al móvil personal porque seguro que está despierta a las nueve. Vamos a confirmar el Atlántico. Vamos a sacar dos billetes ida y vuelta para el 8 de noviembre. Vamos a ir al mercado de la Cebada a comprar pulpo y a discutir de política con el del puesto. Vamos a dormir la siesta. Vamos a hacer la cena. Vamos a llamar a las dos madres. Vamos a vivir un domingo entero de los nuestros.

Y, dentro de catorce días, una furgoneta nueva, no la misma, y dos personas que ya saben quién conduce primero y quién pone la música. Y a la vuelta, otra cocina, otra terraza, otra parra. Y la libreta puesta, otra vez, encima de la mesilla. Y la nevera con dos imanes más.

A las cuatro de la madrugada, sin querer, abro un ojo. Iván tiene la mano izquierda en mi cintura. Le miro la cicatriz blanca de la rodilla, la que asoma por debajo de la sábana. Le pongo la planta del pie encima, mi gesto. Iván suspira en sueños. Aprieta una vez, sin despertarse. Es nuestro código. Llevamos seis meses construyéndolo y, por lo que veo, va a durar mucho más.

Buenas noches, Sastre. Buenas noches, Bea.

Y, fíjate, lo que voy a escribir ahora no se cuenta a nadie. Pero esta libreta es mía y me lo permito. Enciendo la lamparita un

segundo. Cojo la libreta. Paso a una página en blanco. Escribo despacio, sin prisa, con la letra de las cosas que duran:

Hay viajes que no son los que se cuentan en la revista. Eso ya lo sabía yo desde el día uno. Lo que no sabía es que los buenos no se acaban en el último chiringuito. Se quedan, sin avisar, dentro de la furgoneta del próximo.